

MIRTA YÁÑEZ

**CAMILA
Y
CAMILA**



Premio Memoria 1999

*Ediciones La Memoria
Centro Cultural
Pablo de la Torriente Brau*

MIRTA YÁÑEZ

CAMILA
Y
CAMILA

Premio Memoria 1999

Colección Coloquios y Testimonios

Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
La Habana, 2003

Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
Ediciones *La Memoria*
Director: Víctor Casaus
Coordinadora: María Santucho
Editor Jefe: Emilio Hernández Valdés
Jefe de diseño: Héctor Villaverde

Edición: Denia García Ronda
Diseño de cubierta: jvl'o (Maldonado Mourelle)
Emplante: Vani Pedraza García

© Mirta Yáñez, 2003
© Sobre la presente edición:
Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, 2003

ISBN: 959-7135-28-0

Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
Calle de la Muralla No.63, La Habana Vieja,
Ciudad de La Habana, Cuba
E-mail: centropablo@cubarte.cult.cu
www.centropablo.cult.cu
www.centropablo.org

CENTRO CULTURAL



P A B L O
de la Torriente Brau

DEDICATORIA

*A Camila Henríquez Ureña, mi maestra.
Y a todos mis profesores del Instituto Preuniversitario Especial Raúl Cepero
Bonilla y de la Escuela de Letras y de Arte de la Universidad de La
Habana.*

AGRADECIMIENTOS

*A Nancy Alonso, como siempre; a la Biblioteca del Instituto de Literatura y
Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba, en especial a Marcia Castillo
Vega; y a un buen número de entusiastas colaboradores, movidos por su
entrañable amor a nuestra Camila.*

Contenido

Comentario de inicio / 11

Camila y Camila

Esa es Camila / 17

La gran Camila / 24

La pasión del conocimiento / 39

Nunca seas algo mediano / 51

«La vital belleza»: los fecundos años 30 / 64

Nuevos paisajes / 88

Somos sus alumnos / 120

Sedentaria obrera de la palabra / 141

Testimoniante / 151

Minutario / 153

Fotos / 295

Comentario de inicio

Cuando se esperaba en el aula, por primera vez, la entrada de Camila Henríquez Ureña, los alumnos se sentían poseídos por una sensación de euforia y naufragio, exclusiva de las ocasiones únicas.

Si difícil es llegar a la ancianidad con lucidez, más aún debe serlo el mantenerse en la memoria con el respeto y el cariño de todos. Eso logró Camila Henríquez Ureña (1894-1973), maestra de dignidad y probidad intelectual, mujer de una enérgica personalidad cuyas enseñanzas no se encaminaron sólo a ilustrar acerca de la literatura, sino también sobre la conducta en la vida. Su legado ha sido no sólo augusto en cuanto a su quehacer docente o en relación con sus tempranos aportes al feminismo continental. Hija y hermana de célebres nombres de la historia latinoamericana, dentro de la trayectoria familiar de los Henríquez Ureña, Camila tuvo su propio sendero como humanista, en la confirmación de una moral activa ante la creación intelectual. De hecho, su intervención dentro del progreso de la cultura cubana del siglo XX ha dejado una marca ética excepcional.

Cada vez que pienso en las personas que más han ejercido su ascendencia en mí, entre dos o tres nombres esenciales está el de Camila. Cuando ella murió, escribí una notita que apareció sin firma en la revista *Cuba*, de noviembre de 1973, y que empezaba con palabras muy semejantes a las que he elegido para este comentario de inicio. A lo largo de todos estos años, Camila ha sido para mí algo así como un destino, no en su acepción de «voluntad divina», sino en aquel sentido, antaño utilizado, de «ocupación», «designio», «encargo», en última instancia, *vocación*.

En 1995, logré llegar, con resguardada emoción, a Vassar College, donde Camila fue profesora. Allí me encontré con personas que todavía la recordaban con respeto y de ahí nació la idea de rescatar los testimonios sobre ella. En 1997, pude consultar correspondencia inédita de Camila en la Sala «Zenobia y Juan Ramón Jiménez», de la Universidad de Puerto Rico. Ya decidida a cumplir aquel destino, durante el tórrido verano de 1998, me sumergí en la abundante papelería inédita de los Archivos de la Familia Henríquez Ureña, preservados en el Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba. Entre 1998 y 1999 colaboré en el proyecto «Hijas de Camila», dirigido por la Dra. Daisy Cocco de Filippis, del York College, y que obra en divulgar su legado. Por último, en 1999, el Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau me otorgó —más que un reconocimiento, un compromiso de honor— el Premio «Memoria», para el rescate de las fuentes testimoniales, tanto orales como escritas, de quien dejara una huella en varias generaciones de cubanos.

Y además fui su alumna.

Al empezar a adentrarme en su mundo privado, no me sorprendí demasiado. Desde que la conocí, siendo yo como era, muy joven, sentí que había dos Camilas, una era la Profesora, algo distante y señorial, y otra era una Dama que no se dejaba ver del todo, aunque a veces sí, un poquito.

Yo espiaba a Camila, debo confesarlo. No le quitaba el ojo de encima, tanta era mi admiración, mi curiosidad, y, valga decirlo, mi amor de estudiante. La veía llegar todas las tardes a las clases, vestida con sencilla comodidad, pero llevaba aquel simple vestuario con la alcornia de una reina. Aunque no de una reina cualquiera, sino quizás como aquellas guerreras, austeras soberanas de los tiempos del Cid Campeador. Nunca portaba aretes, el maquillaje se sospechaba en una sutil película de polvo del mismo rango del color de su piel, algo mestiza; a veces llevaba anillos, uno en cada mano, un omnipresente collar de cuentas, y —si la memoria no me falla— usaba un mínimo relojito de manilla metálica (oro, quizás) algo pasado de época. Nada más en ella daba

la impresión de antiguo o avejentado, sino como la presencia rotunda de un personaje novelesco, cambiante y permanente a la vez.

Ese es, al menos, su imagen en mi recuerdo.

Han pasado muchos años desde que ella, la doctora Camila, siguiendo la antigua leyenda de los elefantes, se marchó lentamente y como sin querer, de los predios de su vida, para encontrar el asiento definitivo en su sitio original. Y ahora yo, su alumna, al ir tras sus huellas, me debato entre las ganas de adentrarme en el develamiento de Camila y el sentimiento insoportable de que estoy hurgando, metiendo las narices, profanando sin permiso sus papeles, su privacidad.

Pero me tranquilizo: Camila no dejó nada escrito —al menos que yo conozca— que pusiera en conflicto mi curiosidad como escritora y mi deber como antigua discípula, de acatar su pudor. Aunque pulcramente anotaba al detalle fechas y acontecimientos, conservaba postales y cartas, y textos de sus cursos y conferencias, hay un notorio vacío de todo lo realmente íntimo. Literalmente brillan por su ausencia los amores, los fracasos, los dolores, las iras, las felicidades, inevitables fragmentos de la existencia humana, incluso en la correspondencia, casi toda dedicada a asuntos profesionales, o en los diarios de viaje. Apenas aquí o allá, como en una rendija, se corre un velo apenas para permitir vislumbrar el alma apasionada de Camila.

De ahí el título, «Camila y *Camila*», con que he dado en llamar este «álbum de recortes». Este texto no es un testimonio, ni mucho menos una biografía, sino eso que ya he dicho, un álbum de recortes, en donde he tratado de hilar, junto a recuerdos de quienes la conocieron, algunos de sus manuscritos y documentos, cartas, poemas, fotos, fragmentos de diarios, papelería, parte de los lugares y aventuras intelectuales en que intervino a lo largo de su vida; un recorrido sobre algunas de sus reflexiones, y mi propia memoria de lo que fue el inefable privilegio de haber sido su alumna.

Hay una Camila bien sabida y otra *Camila* que quedará a buen cuidado, por fortuna apenas atisbada en los parajes de las conjeturas.

Huir del veredicto de lo vulgar
Djuna Barnes

I Esa es Camila

En el año 1965, cuando entré en el primer año de la carrera de Letras, en la Universidad de La Habana, los cursos no tenían todavía una fecha estable para comenzar. Eran épocas de vorágines, de intensidades y desasosiegos. Lo mismo podía ser septiembre que diciembre. No recuerdo el día ni el mes; a esa edad supongo que pasaba por alto esos detalles. Pero entre las primeras impresiones imborrables de mi querida Escuela de Letras, de las muchas que después conservaría (o incluso *arrastraría*) a lo largo de la vida, fue aquel mediodía de ventoleras y lloviznas cuando vi atravesar las puertas de cristales de la entrada a aquella Dama, serena y regia, tan

campante como si viniera de transitar por una alfombra de un salón palaciego, y no desde los rigores de una tempestad habanera.

Alguien me dijo: «Esa es Camila».

Todos, en la Escuela de Letras de aquellos años, la llamábamos sencillamente así: Camila.

El recuerdo de aquellos años, los nuestros como estudiantes en la Universidad de La Habana, me hace pensar en la repetida falacia de buenos tiempos pasados o futuros. No hay tiempos «mejores» de manera absoluta. Y ni «cualquier tiempo pasado fue mejor», de la manera que afirmaban los célebres versos, ni el futuro, por el mero hecho de no dejarse adivinar, será «luminoso». Hay épocas buenas, malas y excepcionales. Nosotros tuvimos una época excepcional en la década de los 60. En la Escuela de Letras no todo era color de rosa, ni mucho menos; había sus encendidos púrpuras de la furia y otros tonos nada lindos, pero sin dudas nadie podrá decir que fueron tiempos mediocres. Un aura de originalidad y brillantez rodeaba las paredes, y hasta los arbolones del parque frontal. Eran los tiempos en que al mismo «Teatro» en el que acampábamos tres días y tres noches para cuidar el edificio de un ciclón, llegaba después Bola de Nieve para dar un concierto.

Fue una etapa donde junto a la familiaridad que da el compartir la zozobra de un mal tiempo o la confianza de la cotidianidad, entre los profesores y nosotros los alumnos se asentaba la imprescindible distancia que otorga la autoridad. No hay dignidad sin jerarquía; esa fue la primera y permanente enseñanza que recibí de aquel claustro inefable y, por supuesto, de Camila.

En aquel entonces, las clases empezaban a la una y treinta y terminaban a las siete y treinta. Cada día, Camila llegaba un buen rato antes y se dirigía a la Biblioteca. Recuerdo que nuestra biblioteca estaba en la primera planta a la izquierda: era un lugar pequeño, con muchos ventanales, largas mesas, un cálido silencio y un mostrador donde se movían las entrañables y sabias bibliotecarias que, aunque desaparecían de vez en cuando por una puerta al inaccesible y resguardado almacén de los libros, nos mantenían bajo un amable control. Camila entraba despacio, saludaba y solicitaba algunos libros, se ponía a leer, y en una que otra ocasión tomaba alguna nota. Sentada allí, entre la muchachada que estudiaba sus asignaturas tratando de no desperdiciar ni un minuto antes de entrar al aula, Camila hacía lo mismo. Parecía una «estudiante» más que apuntaba alguna idea para después responder con excelencia las preguntas del examen. Yo la observaba desde mi puesto, sin poderme concentrar en la lectura de mis propios materiales. Veía cuando alguien se le acercaba para hacerle alguna consulta; ella, la gran Dama, interrumpía sus «estudios» con una sonrisa, y cuando el intruso se alejaba, volvía a embeberse en la lectura, aunque hubiera calor o frío, silencio o ligero bullicio. En cierta ocasión, la descubrí riéndose para sí misma, no soporté más la curiosidad y bajo un pretexto cualquiera me acerqué a preguntarle algo y poder echarle un vistazo a aquel libro mágico que provocaba su hilaridad. Era el *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Esa misma tarde, cuando nos tocó la clase con Camila, quien en ese momento nos impartía la asignatura de Literatura Española, empezamos nosotros también a reírnos con las andanzas del Quijote.

Borrador de guión para un documental sobre Camila Henríquez Ureña

Proyecto de guión de Mirta Yáñez

Fecha: 1994

Título: CAMILA

Idea general:

El guión y el documental se articularán en torno al concepto del mar, o sea, un elemento estable y en movimiento a la vez. Este será el factor unificador de las distintas facetas en la vida de Camila, entre su nacimiento, su niñez, su madurez y su muerte. Es el signo también de la «errante» familia Ureña, siempre de alguna manera en el «exilio» o viajando.

Además, la imagen señorial de Camila, su serenidad, su dignidad peculiar se enlaza con una fuerza natural cuya apacibilidad viene de lo insondable (la sabiduría, la paz interior), no de la mansedumbre.

Objetivos:

Dar los rasgos esenciales de la vida de Camila a través de un itinerario espiritual por su espacio, sus objetos, sus documentos y los testimonios de quienes la conocieron.

Como es sabido, siempre se ha resaltado la labor pedagógica de Camila o la importancia de su familia, en especial su hermano Pedro. Lo primero debe estar en este documental como *trasfondo* sustancial, pero debe enfatizarse fundamentalmente su lado íntimo, privado, que no me gustaría llamar simplemente humano, como aparente oposición a docente, pero insisto en eludir el esquematismo de la «Camila maestra» como única posibilidad, al igual que evitar que los testimonios se desvíen hacia Pedro o Max, o al resto de su célebre parentela. Ambos aspectos deben tener su presencia, pero la imagen fuerte debe dirigirse a cómo era ella, y de manera enfática a *la impresión perdurable que causaba Camila en quienes la conocieron*.

Temas:

A) Recoger el espacio de Camila, sus lugares, su huella.

B) Reflejar la labor de Camila en la Escuela de Letras (ahora la Facultad de Artes y Letras).

C) Apuntar algunos detalles atractivos como su periplo viajero entre el puerto de La Habana y Buenos Aires, los comentarios de sus diarios, su intervención en la vida cultural habanera de los años 30, su estancia en los Estados Unidos y su labor como feminista.

Concepto central: EL MAR.

Razones: la vida de la familia Henríquez Ureña fue de exilio y migraciones constantes. La vida de Camila estuvo marcada por los viajes en barco. Nació y murió en una isla, Santo Domingo. Vivió y se nacionalizó cubana (también una isla). Su escrito más personal son unos diarios de viajes; su infancia la pasó en Santiago de Cuba, ciudad al mar, y los últimos años de su vida los vivió en un apartamento frente al mar habanero.

Desarrollo:

Vistas de mar abierto, vistas de mar costero, vistas de mar urbano, desde lo alto como desde una baranda de un barco o desde un balcón.

La cámara subjetiva en retroceso sale de en un apartamento muy sencillo, lleno de libros, no ofrece una imagen clara (como si los ojos no vieran bien o se mirara a través del agua).

Esto es: comenzamos por el final. Camila anciana —ella, por supuesto, no se ve a sí misma—; es una mirada que antes de abandonar ese lugar está repasando sus objetos, en un apartamento que puede ser tanto el suyo habanero del reparto Miramar, como el de sus últimos días en Santo Domingo.

Tomas panorámicas de la Calle G en el Vedado, de los jagüeyes de la Escuela de Letras, la escalera, y algún otro ángulo satisfactorio del edificio, como la zona de los vitrales.

Close up al «Sillón de Camila»: recuerdo gozoso por la particular jocosidad de Camila.

Barco antiguo navegando: barandas, perfil femenino. Voz en *off* (tal vez sobre su llegada de niña a Santiago de Cuba).

Referencias biográficas sobre los Henríquez Ureña. Fotos fijas de la familia. Testimonio de alumnos. Alusión a textos escritos. Camila dijo de su madre: «En cuanto dijo o hizo, no hubo jamás señal de violencia o discordancia. No resonó jamás una nota estridente, no hubo mezquindades», frase que serviría para definir a la propia Camila.

Etape santiaguera: voces en *off* de los testimoniantes. Niña Camila caminando por las calles de Santiago, muchacha joven y alta, maestra de una escuela.

Transición

Para las transiciones se utilizarán tomas del mar y una silueta femenina alta, sin ocultar, pero sin mostrar abiertamente el rostro.

Una voz de hombre anónima cita una frase de Pedro Henríquez Ureña sobre Camila en una de sus cartas: «Un carácter perfecto, sin debilidad; pero sin violencias».

Camila en La Habana de los años 30: imágenes de archivo de la ciudad en ese tiempo.

Su relación con Juan Ramón Jiménez. El Lyceum. Su labor como promotora cultural y feminista. Voces en *off* de testimoniantes.

Silueta de mujer alta escribiendo un diario. Voz de mujer en *off* narrando el comienzo del diario de viajes de Camila donde hace referencia a La Habana. Fotos fijas antiguas de puertos como el de La Habana y el de Buenos Aires.

Su estancia en los Estados Unidos en Vassar College y en Middlebury College. Testimonio de Rosario Novoa sobre lo bien que bailaba Camila. Fragmentos cortos de películas americanas de una Escuela de señoritas y parejas de jóvenes bailando. Silueta femenina bailando como si le acompañara una pareja, pero haciéndolo sola, con música de danzón.

Con el testimonio de Diony Durán y de otros testimoniantes como Nuria Nuiry y Teresa Blanco, y quizás yo misma, se irán intercalando los distintos elementos. El motivo recurrente es el mar, ahora sí evidentemente el mar habanero.

Elementos que tomar en cuenta para la selección de las imágenes, breves, veloces que vayan conformando un espacio espiritual de su quehacer intelectual sobre el espacio marino de la vida, por decirlo de alguna manera: su vieja casa de la calle G, sus textos sobre las poetisas Delmira Agustini y Gabriela Mistral, la Universidad de La Habana, la escalinata, las consabidas palomas. Evitar lo que podría llamarse, de manera rápida, la modernidad. Debe haber un toque «añejado» en el lenguaje visual que imprima majestad a los testimonios.

Cuando se haga referencia a su nombramiento de «Profesora Emérita» de la Universidad de La Habana por parte de los testimoniantes, debe estar ya acercándose el final. Tomas del Aula Magna vacía y de un ángulo de un aula de la Escuela de

Letras, ese espacio donde siempre la ubicamos todos los que fuimos sus alumnos. Sugiero, como ya se ha dicho, usar el lente algo desenfocado, sensación de mirada borrosa, que haga la ilusión de ser la propia mirada de Camila la que se desliza sobre los objetos.

Si puede encontrarse aquella película que filmó el ICAIC a Camila, felicidades; utilizar algunas partes. Algún testimoniante debe hablar de la voz de Camila, algo aguda, y, sorpresivamente, solo al final, entra la voz auténtica de Camila en la grabación del disco «Palabras de esta América» (Casa de las Américas); fragmento final, cara B, donde al leer un fragmento de su tesis sobre Eugenio María de Hostos (aunque todos debemos sentir la sensación de que estamos oyendo a Camila hablar de Camila) dice:

Han pasado muchos años desde que emprendió su viaje definitivo. El siglo que apenas alcanzó a ver nacer se va acercando a su fin. La obra a la cual dedicó su existencia entra en vías de vigorosa realización. Si él pudiera ver hoy levantarse en nuestra América a hombres nuevos que por nuevos caminos luchan con la misma finalidad que él luchó, por lograr que nuestras naciones alcancen plena conciencia y dominio de sus destinos de pueblos libres, y del destino común del Continente, el gran prócer solitario, mirando hacia el futuro, podría decir como Guyau: «Ninguno de mis sueños se perderá quizás»

La voz se va montando sobre la imagen de Camila caminando por los pasillos de la Escuela y termina con su imagen fija en pantalla. Y aparece la palabra «Fin».

II

La gran Camila

A la recién nacida —según cuentan, era sietemesina—, le pusieron por nombre Salomé Camila. Hija de Salomé y Francisco, había nacido en la isla caribeña de Santo Domingo, el 9 de abril de 1894, bajo Aries, el signo de fuego. Camila sería la benjamina del matrimonio, y varones sus tres hermanos mayores: Francisco Noel (1882-1961), Pedro Nicolás Federico (1884-1946) y Maximiliano Adolfo (1885-1968). La madre, Salomé Ureña Díaz (1850-1897), poetisa y maestra, espíritu libre y fuerte, solo doblegada por la enfermedad y las ausencias del esposo. El padre, Francisco Hilario Henríquez y Carvajal (1859-1935), el clásico marido siempre fuera del hogar, con una vida doméstica enredada y más de una familia, con una vida pública de respeto y prestigio.

La niña fue bautizada el 29 de junio de ese mismo año. Fueron sus padrinos Salvador Henríquez y Ramona Ureña —la única hermana de Salomé, la querida y omnipresente Mon—, según reza la tarjeta de bautismo guardada cuidadosamente entre su papelería, junto con el Certificado de Bautismo del Arzobispado de Santo Domingo: Archivo General de la Arquidiócesis, cajón XL, legajo 66, Libro I de Bautismo de la Parroquia del Sagrario de la Santa Catedral, folio 187, bajo el número 38:

En esta parroquia mayor de la Santa Iglesia Catedral de Santo Domingo, el día 29 de [junio] de 1894, yo el infraescrito Cura interino de ella, bauticé solemnemente a Salomé que nace el 9 de abril del corriente año; hija legítima de Francisco Enríquez [sic] y Salomé Ureña de Enríquez [sic]. Fueron sus padrinos Salvador Enríquez

[sic] y Ramona Ureña a quienes advertí el parentesco espiritual y obligaciones. Doy fe. Firmado José Martínez Cárceles.¹

Francisco y Salomé habían contraído matrimonio el 9 de febrero de 1880. Algo más joven que su esposa, Francisco partió para Europa el 3 de agosto de 1887 con el propósito de estudiar medicina en París, por unos meses que luego se convertirían en años. En la correspondencia de Salomé, primordialmente cartas dirigidas al marido distante y reveladoras de la pasión y el tormento que la unía a su esposo, los párrafos dedicados a su hija Camila representan ya a la niña, desde aquel entonces, como un vigoroso carácter. Según las primeras referencias de finales de 1895 era parlanchina, independiente, graciosa, «sigue tan tormentosa como siempre» y «a medida que crece se vuelve más interesante y parlera».²

¹ Texto mecanografiado que obra en el Fondo de la Familia Henríquez Ureña con ref. Hen-C, n. 672. Véase Marcia Castillo Vega, *Catálogo de los documentos manuscritos de Camila Henríquez Ureña*, Publicaciones ONAP, Santo Domingo, 1994. A partir de ahora, cuando se hagan citas del Fondo se indicará únicamente su numeración.

² Familia Henríquez Ureña, *Epistolario*, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, Santo Domingo, 1994, p. 221.

³ *Ibidem*, pp. 224-225.

«La gran Camila»,³ como la llama su mamá, aparece en una foto singular, algo maltratada por la pátina del tiempo: es una niña corpulenta para la edad, usa una vistosa bata de colores claros de cortas mangas abombachadas, y una gigantesca orla en torno al cuello y hombros; lleva en las manos un ramito de flores que deben ser silvestres ya que la foto obviamente no es de estudio; se vislumbran unos balaustres y en el suelo crece descuidada la hierba. La acompaña un perro de buen tamaño, de color blanco y orejas negras, con la lengua afuera y en posición de guardián de la niña, ya que no mira hacia la cámara, sino con aguerrida atención hacia la derecha. La actitud del perro y de la niña provocan la impresión de haber sido interrumpidos en pleno juego. Lo más curioso es el rostro de la niña que lleva una melena corta y despeinada: con la cara ligeramente ladeada, expone una mirada muy triste, su semblante sereno e inteligente desconcierta por su prematura seriedad.

En la correspondencia de Salomé a Francisco —todavía en Francia con sus estudios de medicina—, fechada el 10 de enero de 1896, puede leerse:

De nuestra Camila ¿qué decirte? Lo de siempre. Ya sabe corregir cuando cree que no están cantando bien: debes ir preparando el piano, porque a ella le gusta mucho tocar [...]

Camila, grande, gorda y decidora. [...] Ahora me la saca a pasear una joven negra llamada Regina que es la cocinera. Alta, vigorosa y de un carácter mansísimo, ella y Camila se quieren muchísimo.⁴

Esta Regina es, al estilo de antaño, más que cocinera, compañía tutelar. Seguiría lealmente a la familia por sus ajetreadas travesías y vuelve a aparecer años después en La Habana, según narraría el hermano Pedro:

Esta mañana antes de levantarme, tu carta del 19 de este mes me fue entregada por Regina, la antigua criada —aunque joven todavía, no llega a los cuarenta años— que cuidó a mi hermana recién nacida y que, después de diversas evoluciones y temporales separaciones, acompaña a mi gente: para mí es el símbolo de la estabilidad familiar. Es, por supuesto, negra, de los campos de San Cristóbal que surten de los mejores sirvientes a la capital dominicana, y, como las gentes de ese lugar, sencilla e inteligente; poco folklórica, por desgracia; sabe leer, y todas las tardes se sienta a leer los libros de cuentos o de instrucción primaria que usan mis

hermanitos. Es, además, de suavísimo carácter, acomodado a su enorme cuerpo, alto y grueso.⁵

⁴ *Ibíd.*, pp. 227 y 232.

⁵ Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *Correspondencia*, t. I, José Luis Martínez, ed., Fondo de Cultura Económica, México, DF, 1986, p. 335. [Todas las citas son de las cartas de P.H.U.]

Por su parte, Natividad Lauransón, de apodo «Tivisita», quien después sería la madrastra de los hijos de Salomé, ya aparecía por esas fechas instalada en la familia —de manera particularmente perturbadora, en las cartas de la propia Salomé—, cuidando de Camila con quien duerme en la misma habitación. Entre Tivisita, el hermano Maximiliano —Max—, de temperamento inquieto, y la sempiterna Regina —a quien la niña ya ha aprendido que debía llamar en lugar de su papá— complacían a la niña en sus peticiones de acercarse al mar, pues según cuenta Salomé, la casa donde viven en Puerto Plata estaba tan cerca de la orilla que el mar se veía con facilidad. Muchísimos años después, el último apartamento de Camila en la ciudad de La Habana, también estaría frente al mar.

Con un padre por el momento perennemente ausente, complicado, que más se las pasaba lejos de la familia que con ella (y así sería por lo demás, casi siempre, aunque aparentase renegar por la adversidad del destino que lo aleja), los quebrantos de salud, esos percances que serían uno de los distintivos de la familia, y que agobiarían al padre —al histórico Don Francisco Henríquez y Carvajal, el Pancho de la intimidad de las cartas de su esposa, al «Papancho» de los hijos—, y que se convertirían en una obsesión, desde las fatídicos fallecimientos tempranos (como los de sus dos esposas y la menor de sus hijas del segundo matrimonio) hasta las ridículas prevenciones que se reiteraron a lo largo de su vida; esas afecciones atacaban a la niña Camila que, entre tanto, y al lado de su mamá ya herida de muerte, iba dejando asomar las cualidades y los gustos que la acompañarían toda la vida.

En septiembre de 1896, mientras se agravaba su salud, Salomé —quien moriría finalmente de tuberculosis—, hacía estas conmovedoras observaciones acerca de su pequeña hija:

Tú no sabes el tesoro que tenemos en Camila. Las cosas que hace esa niña conmigo son para verse. Se hace cargo de mi estado y cuando cree que algún ruido puede molestarme, aunque sean los cantos que tanto le gustan, hace que bajen la voz, porque mamá está fatigada. Es un ángel cuando tan tierna se acerca para preguntarme ¿Qué tienes, mamá? ¿Cómo estás, mamá? Está hermoheando bastante.⁶

El encanto proverbial de Camila ya se dejaba ver: «Varias niñas desconocidas para mí le dicen adiós y la llaman por su nombre. Es maravilloso cómo esta niña logra atraerse la simpatía de todos».⁷ En su media lengua llamaba a sus hermanos mayores los «lombrazos». Enfermedades, conflictos, tareas, ausencias, limitaciones económicas, pero también inteligencia, estudio, gracia y... perspicacia. El 29 de octubre de 1895, en una breve y patética epístola, Salomé, agobiada, se declara con «confusión de ideas» y le escribía a Francisco: «Camila, ya puedes considerarla, cada día más graciosa. De mañana señala tu catre y dice papá no».⁸

⁶ Familia Henríquez Ureña, p. 258.

⁷ *Ibíd.*, p. 261.

⁸ *Ibíd.*, pp. 214-5.

Además de su pasión por la música, por el canto, su afición y su facilidad para el baile ya quedaba registrada en la última referencia de Salomé sobre su hija, de apenas dos años y medio, en carta también fechada en septiembre de 1896 y dirigida, naturalmente, al padre:

Se me olvidó decirte que [Camila] asistió a un baile. Una sociedad de niñas adolescentes dio un baile en casa de Zafra y había niñas como Camila. Creímos que ella se distraería con la música y el movimiento; pero a poco de estar allí le dice a Tivisita: «Yo quiero bailar». Se le buscó una compañera y se desempeñaron como pudieron. Bailó una segunda pieza, y tan satisfecha ha quedado, que cuando la sacan a paseo pide frecuentemente que la lleven al baile. Está grandísima.⁹

Al llegar a la edad escolar, Camila comienza la primaria en la escuela Salomé Ureña. Uno no puede dejar de preguntarse qué habrá significado para una niña tan pequeña y tan lista, el hecho de asistir por primera vez al colegio, justamente en la escuela que llevaba el nombre de su propia mamá.

¡Cuánto quiso Camila a su escuela! Al regresar a Santo Domingo, a su país natal, a pasar los últimos días de su vida, trae consigo la primera bandera dominicana que fue izada en el Instituto Salomé Ureña, para donarla al Museo del Hombre. Hecho que no pudo realizar, porque le sorprendió la muerte y deseo que fue cumplido por sus familiares.¹⁰

⁹ *Ibidem*, p. 264.

¹⁰ Consuelo Nivar, «A la Dra. Salomé Camila Henríquez Ureña», en Camila Henríquez Ureña, «Las ideas pedagógicas de Hostos», *Revista de Educación*, Consejo Nacional de Educación, nn. 13-14, Santo Domingo, 1932; y en C.H.U., *Las ideas pedagógicas de Hostos y otros escritos*, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, Santo Domingo, 1994, p. 8.

Reconocida en vida como una ilustre poetisa, Salomé Ureña, de temperamento apasionado y entrega absoluta a sus verdades, ya fuese al amor del matrimonio, a sus hijos, a sus poemas y a sus educandas, es de esos seres arrasados por las contradicciones de la suerte que con una mano coloca el laurel de la gloria y con otra propina la estocada del infortunio. Dueña de una respetable posición intelectual; considerada en su tiempo como «Poetisa Nacional»; casada con un joven ambicioso, diez años menor que ella; mestiza y enferma, Salomé se vio obligada a enfrentar sola la crianza de sus cuatro hijos, las preocupaciones económicas y la vida cotidiana en medio de agitadas pugnas sociales. Sin dejarse avasallar, solo la venció una muerte inmerecida, entre tanto aire de mar y tantas recetas médicas que no faltaban, incluso desde el otro lado del océano. Fallecida el 16 de marzo de 1897, se cuenta que su entierro fue no solo extraordinariamente sentido, sino populoso. Su pueblo no la ha olvidado.

La escritora e intelectual dominicana Chiqui Vicioso considera a Salomé Ureña como una pionera del feminismo en la República Dominicana, porque en muy temprana fecha y gracias a su «fogosidad de mulata caribeña no-domesticada»,

traspasa las reglas de la recatada y pudorosa (para no decir represiva e hipócrita) sociedad en la que le tocó vivir, y se atreve, como muy pocas, o quizás ninguna de las mujeres de su época, a violentar la represión que las normas vigentes le imponían a sus contemporáneas, para la expresión de sus sentimientos más íntimos.¹¹

El 3 de noviembre de 1881, a la edad de treinta y un años, Salomé Ureña había fundado el Instituto de Señoritas Salomé Ureña. En esta empresa la acompañaba el

insigne maestro y escritor puertorriqueño Eugenio María de Hostos. Con el paso del tiempo, el estudio de la obra y el ideario de Hostos sería un reiterado tema de estudios para su hija Camila. «Las ideas pedagógicas de Hostos» fue su tesis para obtener el título en Pedagogía por la Universidad de La Habana, publicada por primera vez en 1932.¹² En 1976, la Casa de las Américas publicaría *Obras de Eugenio María de Hostos*, con compilación y prólogo de Camila Henríquez Ureña.

Sobre el Instituto de Señoritas Chiqui Vicioso dice:

Dada la calidad de la enseñanza que se impartía, el Instituto se elevó a categoría de Escuela Normal de Maestras y las egresadas fueron escogidas e inmediatamente incorporadas al magisterio. Esta escuela normal funcionó hasta diciembre de 1893. Es decir, seis años, cuando por razones económicas, causadas en gran parte por presiones políticas, tuvo que cerrar.¹³

¹¹ Tomado de Chiqui Vicioso, «A cien años: Salomé Ureña o la praxis entre poesía y feminismo», en Daisy Cocco de Filippis, *The women of Hispaniola*, Selected Proceeding of the 1993 Conference, Executive Report, v. I, n. II, York College, Nueva York, pp. 62-3.

¹² Camila Henríquez Ureña, obs. cit.

¹³ Chiqui Vicioso, ob. cit., p. 65.

La necesidad de acceso de la mujer a la educación y lo que, con mucha justicia, califica Chiqui Vicioso como «la conciencia feminista de Salomé Ureña», son notables en el fragmento de su discurso durante la última graduación de alumnas normalistas, a razón del cierre del Instituto en 1893. En él, Salomé Ureña afirmaba, hace ya más de un siglo, que «hay que preparar a la mujer y a la niña, para coadyuvar inteligentemente a la Reforma Social que se inicia con el desarrollo de la conciencia».¹⁴

Sus hijos nunca olvidaron sus enseñanzas. En la que habría de ser quizás su última entrevista, realizada para un periódico dominicano unos días antes de su muerte, cuando se encontraba de visita en su país natal, Camila Henríquez Ureña conversaba sobre su infancia y su quehacer en la vida:

Mi manera de jugar con los otros niños más pequeños era sentarlos y darles clases. Ellos jugaban conmigo, cooperaban. Nadie me lo sugirió, fue espontáneo, y así gradualmente pasé de aprender a enseñar [...] Mi obra es esencialmente docente. Mi tesis de grado en educación fue «Las ideas pedagógicas de Hostos», por quien he sentido una profunda admiración por su personalidad y la intención de su obra, dedicada a la unidad, el progreso y la independencia de América Latina.¹⁵

¹⁴ *Ibíd.*, p. 66.

¹⁵ Entrevista de Emma Tavárez Justo, «La educación en Cuba», *Ahora*, n. 55, Santo Domingo, 16 de julio de 1973, pp. 24-9. Tuve acceso a ella gracias a la gentileza de Marcia Castillo, quien a su vez la recibió por la amabilidad de Minou Tavárez.

El 10 de agosto de 1904, con apenas diez años de edad, llegaba Camila a una Cuba efervescente y gozosa por una aparente recién nacida república. Desembarcó en Santiago de Cuba, pasajera del vapor cubano *Julia*. La familia se ha visto obligada, por la confrontación política, a tomar el camino del exilio. Han escogido establecerse en la propia ciudad de Santiago de Cuba, quizás por la cercanía de isla a isla, por los antepasados cubanos y por los inefables lazos que unen el apellido Henríquez con la historia de Cuba.

El padre de Camila, Francisco Henríquez y Carvajal había nacido el 14 de enero de 1859. Había declinado el ejercicio de sus primeros estudios de abogacía para doctorarse en París en Medicina, durante aquellos años en que Salomé criaba sola a sus cuatro hijos. Su hermano, Federico Henríquez y Carvajal, había sido gran amigo de José Martí, a quien este dirigiera su famoso testamento político del 25 de marzo de 1895. Pancho, un hombre buen mozo y de aguzada inteligencia, autoritario y preclaro en cuanto a la educación de sus hijos, se transparenta en su correspondencia también como un hombre quejoso, en extremo aprensivo con las enfermedades y la contabilidad doméstica. Ya viudo de Salomé, terminaría por casarse en segundo matrimonio —con aquella Natividad Lauransón que mencionaba Salomé en sus cartas—, el 19 de abril de 1898, en Cabo Haitiano. Con Tivisita se estableció en Cuba y tuvo varios hijos: Cotubanama, Eduardo, Rodolfo y Marta María, fallecida tempranamente. También se rumora la existencia de una familia francesa, de sus lazos amorosos con una «madama», e incluso de una probable descendencia: una niña francesa, a veces mencionada como Mercedes. Con la nueva prole nacida en Cuba, finalmente el doctor Henríquez abriría su primer consultorio de galeno en el número 5 de la santiaguera calle Carnicería.

Camila, a su vez, continua sus estudios primarios en la Escuela Modelo, de Santiago de Cuba. Sus hermanos mayores andan por otros sitios, y Don Francisco se ocupa directamente de redondear su instrucción. Según contaba la propia Camila, el padre mismo le enseñó los rudimentos del idioma francés que luego perfeccionaría con una profesora francesa.

Huérfana y separada de sus primeros lugares, de sus parientes maternos, de su escolita dominicana, niña solitaria en una familia de varones prepotentes y brillantes —donde las mujeres con talento como su madre desaparecían demasiado temprano, y el resto era de amas de casa—, entraba en su adolescencia a principios de siglo en la ardiente y colorida ciudad de Santiago de Cuba. En 1916, cuando ya era una joven que había cumplido sus estudios de Pedagogía y Letras, le llegó a la familia —que vivía en ese momento en la calle San Gerónimo número 27— la tremenda noticia: el doctor Henríquez debía regresar inmediatamente a Santo Domingo para jurar como presidente de la República Dominicana. Con anterioridad a este imponente nombramiento, Don Francisco había tenido una activa vida política que le había llevado incluso a ser nombrado ministro de Relaciones Exteriores bajo la presidencia de Juan Isidro Jiménez (1899-1902). Mas esta convulsa etapa de la vida política de Quisqueya terminó a los pocos meses para la familia Henríquez Ureña, con la intervención militar norteamericana a Santo Domingo, su destitución como primer mandatario del país y el regreso de Henríquez y Carvajal a Santiago a Cuba, donde, ya definitivamente exiliado, siguió trabajando como médico y profesor. Pedante y pésimo esposo, pero de firme corazón, Don Francisco tuvo la dignidad política suficiente para no aceptar la presidencia de un gobierno «títere».

Francisco Henríquez y Carvajal, «el presidente errante», quedó acuñado con ese sobrenombre para la historia; epíteto que resumía su cumplido destino de desarraigo, de ese «no estar» que ya se había asentado en la memoria familiar con aquella lejana y premonitoria observación de Camila: «papá no». Murió en Santiago de Cuba el 6 de febrero de 1935. La paradoja final de un hombre tan obsesionado por las enfermedades consistió en que no reconoció la última, la fatal. Ninguno de los hijos varones se encontraba a su lado. Pedro y Max en el extranjero, los otros en La Habana. En carta a la familia, la hija cuenta los sucesos:

Papá murió repentinamente de un infarto del corazón. Hacía dos noches había sentido un fuerte dolor en el pecho, que cedió al tratamiento que él aplicó, pensando que era del estómago. Estuvo bien al día siguiente, comió con gusto,

atendió a sus pacientes, y el miércoles se sentía bien. Al mediodía estuvo conversando conmigo sobre literatura, pidiéndome que le buscara las obras de Cicerón para releerlas. En las primeras horas de la tarde estuvo atendiendo a su consulta. Estaba contento y animoso, iba a hacer dos pequeñas operaciones.

Yo estaba en una clase cuando fui llamada, a las cuatro y media, porque él se sentía atacado de nuevo por el dolor. Dos enfermeras que estaban presentes le inyectaron, y el dolor se moderó en pocos minutos. Entonces dijo en voz fuerte y clara que esa sería su última enfermedad. Pidió que enseguida llamaran al doctor Latorre y ordenaran a Enrique que viniera de La Habana. Diré como Bayardo al encontrarme con la muerte: «Pónganme de frente al enemigo, porque nunca le di la espalda». Latorre llegó enseguida. Ya él no sentía dolor. Por algunos minutos discutió los síntomas con Latorre. De pronto, tuvo una contracción en el rostro, se agitó su pecho, y quedó muerto instantáneamente, sin un gemido. Latorre le prestó todos los auxilios posibles; pero no reaccionó [...]

A las cuatro de la tarde fue el entierro. Le fueron rendidos honores de Presidente. El pueblo entero siguió su féretro. La Escuela Normal suspendió sus clases. Cubanos y dominicanos, sin distinción de partido, han significado su dolor.¹⁶

Político errante, marido errante, y padre errante también, ya los restos de Don Francisco han encontrado reposo, por fin, en su tierra natal.

¹⁶ Familia Henríquez Ureña, ob. cit., pp. 798-9.

En 1950, durante la conmemoración del Centenario del natalicio de Salomé Ureña, eminente antecesora de la poesía femenina del siglo XX latinoamericano, educadora de ideas adelantadas para su tiempo y pionera de nuestro feminismo, le pidieron a su hija Camila Henríquez Ureña, ya para ese entonces una distinguida profesora de Vassar College, unas palabras sobre su madre, para el acto solemne que habría de celebrarse, con motivo del homenaje a la poetisa dominicana, en el Departamento de Español de la Casa Hispana de Europa y de América de la Universidad de Columbia, en los Estados Unidos de Norteamérica. El original de aquel breve discurso, mecanografiado, consta de cuatro páginas, y se conserva en los fondos cubanos. De ahí este fragmento:

Mucho agradezco a los miembros del Departamento de Español de la Casa Hispana de Europa y de América de la Universidad de Columbia, el haberme designado para decir las palabras finales en el acto de generoso homenaje rendido a una memoria para mí sagrada. Pero acaso la elección que de mí se ha hecho no haya sido la más acertada porque de los cuatro hijos de Salomé Ureña de Henríquez, yo soy la menos favorecida de la fortuna. La menos afortunada; porque eran mis días tan cortos cuando murió mi madre que no me ha sido dado recordar de ella ni un solo recuerdo personal. Y el vacío que así ha quedado en mi vida, vacío imposible de colmar, se me presenta en esta noche de recuerdos como un extraño abismo original, como si a mi existencia le faltara comienzo. Yo he tenido que conocer a mi madre a través de la memoria ajena, he tenido que preguntar, como lo preguntaba Browning a los que habían visto a Shelley, como era el vuelo del águila, y tratan de recoger siquiera una pluma caída de sus alas. Al menos no me faltó ayuda tan alta en número como en mérito para lograr este empeño. La recibí en el seno de mi familia, donde se rendía a su memoria culto constante, a través de mi padre y de mis hermanos mayores, los que tuvieron la dicha de ser sus discípulos; la recibí de sus discípulas, las primeras Maestras Normales de la República Dominicana, a través de las cuales me llegó indirectamente su enseñanza en el Instituto que llevaba su nombre «Salomé Ureña». Visitaba yo casi a diario la

casa en que ella vivió en sus años juveniles, situada en la calle que lleva su nombre también; en aquella casa mantenían vivo su recuerdo las dos personas que en el mundo estuvieron más tiempo junto a ella: su madre y su única hermana. Recuerdo que mi tía copió para mí de su puño y letra todas las composiciones inéditas de mi madre y yo desde que tuve las primeras letras, que fue a los cuatro años de edad, leía y aprendía de memoria esas poesías por espontáneo y ávido deseo. Y recuerdo también que al entrar en la Iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, de noble tradición colonial, leía siempre el nombre de Salomé Ureña de Henríquez en la lápida de una tumba perennemente cubierta de flores. Fue así como lo que no pudo ser conocimiento directo se convirtió para mí en medio vital. Salomé Ureña es un ambiente en el que yo me formé. Ella me ha rodeado, me ha circundado siempre como atmósfera viviente.¹⁷

La atmósfera viviente de la ética intelectual fijada en el rigor, en la honradez y en la propagación de las ideas nobles. El porvenir de Camila estaba trazado.

¹⁷ Fondo Hen-C, n. 86.

Sobre el documental *CAMILA*

Este es un documental «narrado» por su guionista. Aquí hago el proceso inverso del cine; traslado las imágenes a palabras, a mis comentarios. Este documental fue hecho con todo amor para que estuviera a tiempo para las celebraciones del centenario de Camila que se celebrarían en dos sedes, Cuba y República Dominicana. La idea surgió de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana. Me convocaron para que escribiera el guión, y le pidieron a Raysa White, destacada documentalista cubana, poetisa ella misma, que lo dirigiera. Por razones que se pudieran contar, pero no se pueden entender, el documental, terminado en fecha y transportado con todo cuidado hasta la isla natal de Camila, nunca se estrenó en el homenaje. Era nuestra ilusión presentarlo en los parajes de la XXII Feria Nacional del Libro y del Coloquio Internacional de Literatura Dominicana «Camila Henríquez Ureña», celebrados en el propio año de 1994, en Santo Domingo. Así había sido programado, pero no fue posible cumplir nuestro sueño de estrenarlo allí. Corcomillas y celos ajenos al arte y a la docencia, pugnas entre oscuros funcionarios dominicanos y cubanos, hicieron que las latas con el documental fueran tristemente «traspapeladas», a pesar de las quejas y protestas de algunos de nosotros.

Tiempo después, lo pasaron por la televisión cubana y según noticias que me han llegado, rumores, y susurros, a más de uno se les escaparon las lágrimas cuando al final, con algo de sorpresa, se escucha esa voz aguda que pronunciaba castizamente las letras, pero sin exagerar, con dejo habanero y serena entonación: la voz de Camila.

Documental *Camila*

CRÉDITOS

Dirección: Raysa White

Guión: Dra. Mirta Yáñez [sic]

Cámara: Alejandro Pérez y Eladio Ledesma

Producción: Yenina Soto

Asistente de dirección: Zoe Armenteros

Post-producción: Tony Caballero y Carlos Flores

Operador de sonido: Rafael Galaña
Diseño: Adrián Obegarotano
Asesores: Dra. Diony Durán y Dr. Rafael Soler Martínez
Actuaciones especiales: Ruth Escalona, Josefina Silva, Elsa Camp, Jorge L. López y
Andrea Olema
Producción ejecutiva: Ana María González

Agradecimientos a:

Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba

Archivo Fílmico del ICAIC

Departamento de Extensión Universitaria

Casa de las Américas

Dra. Nuria Nuiry

Miriam Rodríguez Betancourt

Pedro Bergues (MES)

Marina Esturo

Ricardo Repilado

Amparo Barredo

Escuela Normal de Santiago de Cuba

Aurora Porrata

Irma Dorado

Marta Fernández

BTC Sail Peter

Capitán Carlos García Beggero y su colaboradora tripulación

Familia Henríquez:

Emma González

Martha Cecilia Henríquez

Porfirio Henríquez

Amelia E. Henríquez

Una producción de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana,
Universidad de Oriente, Universidad de La Habana, Ministerio de Educación
Superior y la Televisión Cubana.

1994

1. Después de los créditos, una silueta femenina borrosa avanza hacia la cámara. En off se escucha una voz que debió haber sido la mía, pero yo no pude asistir el día de la grabación. Se trata de un fragmento de una crónica que escribí originalmente para una publicación italiana que me pedía hablar sobre la mujer que más hubiera influido en mi vida profesional y yo lo hice, por supuesto, sobre Camila: «Todos, en la Escuela de Letras de aquellos años, la llamábamos así: Camila».
2. Aparece el título y los créditos sobre la imagen de Camila.
3. El mar. Una mujer mira por la borda y escribe. Se oye en off una voz leyendo fragmentos del *Diario de viaje*, de Camila.
4. Etapa de Santiago de Cuba. Imágenes de época, la familia Henríquez y su llegada a Cuba por Oriente. Su educación primaria en Santiago. Referencia a «la marca familiar» de «vivir para la educación».
5. Textos e imágenes de viaje marino.
6. Camila en La Habana a principios de siglo. Voz en off de Diony Durán donde narra el acecho del hermano Pedro en torno a Camila, en busca del galán desconocido

en los tiempos en que ella estudiaba en la Universidad, según se sabe por la correspondencia entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Comenta Diony que nunca se dio con aquel pretendiente, al cual supuestamente Camila «le dio calabazas».

7. Voz en *off* sobre la casa de la familia en Santiago de Cuba donde Camila iba a pasar invariablemente sus vacaciones durante los últimos años de su vida. Imágenes superpuestas, ciudad, mar, fotos de Camila. Lectura de un texto de Camila.
8. Testimonio de Diony Durán que habla frente a la cámara sobre Camila como profesora, la peculiaridad de la voz de Camila, su «voz de timbre quebradizo».
9. Famosa foto de Camila con birrete, probablemente en alguna ceremonia académica en USA.
10. Testimonio de la Dra. Rosario Novoa y de sus experiencias junto a Camila en Vassar College durante el verano de 1942.
11. Testimonio de Miriam Rodríguez Betancourt sobre la ocasión en que fue a entrevistar a Camila, en los tiempos en que la propia Miriam era apenas una estudiante de Periodismo.
12. Testimonio de Aurora Barredo donde cuenta de la única vez que vio a Camila nerviosa. «Parece ser que a Camila se le hizo tarde para llegar a un círculo de estudios que dirigía la Dra. Mirta Aguirre, todo el mundo respetaba mucho a Mirta, y más bien se le temía, y Camila no estaba exenta de eso».
13. Fotos de la participación de Camila en la Universidad del Aire.
14. Intervención de Diony comentando la bella frase de Mirta Aguirre, profesora del claustro de Letras, sobre la presencia de Camila en las reuniones de claustro y que «la cabecera estaba donde ella se sentara».
15. Textos de los diarios de viajes, narrando el regreso de Camila a La Habana. Otra vez el mar.
16. Imágenes del «sillón de Camila» que aún se conserva en el la Facultad de Artes y Letras. Es un sillón de madera, aparentemente un típico balance, común y corriente. Para nosotros, es una reliquia. Diony hace un comentario muy exacto y lírico: «Si alguien se sienta en ese sillón, al menos por un momento tendrá a Camila en la mirada».
17. Imágenes de La Habana.
18. Imágenes fílmicas de la entrega del Título de Profesora Emérita.

Aquí entra su voz, LA VOZ VERDADERA DE CAMILA:

Ni la vida azarosa, ni la muerte temprana podrán quitar al maestro la esperanza de que en el porvenir germine la semilla que ha sembrado en el presente, porque del alma de sus discípulos ha tratado de hacer un templo para la razón y la vida, para la libertad y el bien para la patria americana.

FIN

III

La pasión del conocimiento

En sus distintos apuntes sobre la poetisa mexicana Sor Juana Inés de la Cruz, Camila Henríquez Ureña insiste con sagacidad en una idea iluminadora acerca de la actitud de Sor Juana: «la pasión del conocimiento». Igual dictamen valdría para el destino de Camila.

En una foto de su temprana juventud se ve con el rostro enérgico, el ceño algo adusto, mantiene apretados sus labios gruesos, sin asomo de sonrisa, como con cierta inconformidad. Tiene la piel trigueña y el pelo muy negro, peinado con aire severo. Está de pie, con uno de los brazos apoyado en una silla de mimbre; usa un vestido claro de muchos vuelos, mangas largas y cuello alto, las manos sostienen un abanico cerrado y transmiten un aspecto poco natural, con la rigidez de la estética de la época que debe haberle exigido posar de esa manera ante la cámara fotográfica. En todo caso, no es la estampa de una tradicional señorita sumisa y contemplativa. Todo lo contrario: su imagen irradia temple, determinación, desafío, y al mismo tiempo serenidad y equilibrio. Esa es la adolescente que decidió dedicarse a los estudios literarios, a la pasión del conocimiento.

De la vida de Camila en Santiago de Cuba conserva vívidos recuerdos el profesor y crítico literario cubano Ricardo Repilado, quien estuvo muy cerca de ella por varias razones: la primera radicó en que Camila estudió, a partir de su llegada a Santiago, en una escuela privada y coincidió en el mismo curso con María Ana Parreño Revolta, madre de Repilado. Fueron, además, vecinos en la etapa de los años 20 cuando Camila vivía con su padre —Papancho, como le decían a Don Francisco:

A pesar de una modestia y una sencillez absolutamente genuinas, raigales, la rodeaba un aire inconfundible de majestad. Sosegada, jamás la vi hacer nada con prisa. Todos sus gestos y movimientos eran elegantes. Siempre vistió con la mayor discreción y usaba muy pocos afeites. Su voz —con una ligera insinuación de timbre nasal— era el vehículo de una dicción impecable, pero sin el menor asomo de afectación. [...] Durante los varios años que visité con frecuencia las casas donde vivían Papancho y Camila, jamás la vi «en facha». Aun en la intimidad del hogar nunca fue posible descubrirle muestra alguna de desaliño.¹

En las cartas que Pedro Henríquez Ureña le escribe a su familia desde México, donde se ha instalado durante la primera década del siglo, no deja de recordarle a su padre que inicie a Camila en la lectura de los clásicos griegos. Don Francisco, en carta a su hijo Pedro, del 5 de mayo de 1908, le manifiesta, por su parte, su preocupación por Camila:

Deseo consultarte sobre este punto: Camila, que ha echado un cuerpo de mujer en poco tiempo, ha llegado a un momento en que su educación, demasiado incompleta, requiere el influjo de los viajes y del contacto con sus hermanos. Creciendo como va en este medio estrecho y en este barrio de gentes de educación rutinaria y sumamente limitada, natural es que desarrolle tendencias muy poco satisfactorias. Su horizonte es muy reducido.

No pudiendo hasta el presente enviarla a Europa, pienso que tal vez sea posible hacerla viajar a la Habana y México, hasta que otra cosa se pueda. Pasaría en la Habana tres meses y en México otro tanto o más, si es que ahí se pueden utilizar algunos medios de educación a su favor.²

¹ Ricardo Repilado, «Los Ureña que yo conocí», *Del Caribe*, a. I, nn. 3-4, Santiago de Cuba, enero-junio de 1984, p. 67.

² Familia Henríquez Ureña, ob. cit., p. 447-8.

También en cartas a su hijo Max, entonces radicado en La Habana, Don Francisco insiste en que presten su colaboración en la educación de la hermana, que considera un «problema arduo».³ Camila lee mucho, no tiene problemas de salud, canta, aprende idiomas, va a la escuela. Pero Pancho no está satisfecho. Vuelve una y otra vez con sus eternas manías: los viajes a Europa, las enfermedades, el conteo de las arcas hogareñas, la autolástima. Las lamentaciones salen a relucir de nuevo, pero esta vez no propiciadas por Salomé, ya difunta, sino por su hija. Después de muchas quejas, por fin se toma la decisión de que Camila salga para La Habana acompañada de sus hermanos menores Cotubanama y Eduardo, y de Malín, la hermana de Tivisita, a instalarse con los hermanos mayores, Fran y Max, en una casa grande que han alquilado en la calle San Isidro, de La Habana Vieja.

En realidad, esta no era la opción que don Francisco hubiera preferido. Como le escribe a Pedro en carta de febrero de 1907: «Pienso como tú. Que Cuba es un país muy antipático y con gusto cambiaría de lugar, si lo pudiera con ventaja».⁴ Don Francisco, el errante, habría elegido París o Nueva York. De todas maneras, a falta de «ciudades civilizadas», Camila es enviada a la que ellos consideraban la frívola y soberbia Habana. Viaja con una comitiva, en travesía por mar, de nuevo en el vapor *Julia*, y desembarcan la mañana de 26 de septiembre de 1909 en el puerto habanero.

Esta es la primera vez que llega a La Habana. A diferencia de su padre y de su hermano Pedro, parece que ahí se va a sentir bien. En todo caso, La Habana le ha atrapado el corazón. A ella volverá siempre, y será la ciudad que le está destinada para pasar su vejez.

³ *Ibíd.*, p. 491.

⁴ *Ibíd.*, p. 319.

Entretanto, Don Francisco no cesa. En carta tras carta, le insiste a Pedro para que regrese a Cuba a ocuparse de Camila. No obstante, Pedro pone oídos sordos y se queda en México. Don Francisco no tiene otro remedio que hacer retornar a la hija a su lado, y ya para el verano de 1910 —apenas unos meses más tarde—, ella ha regresado a Santiago de Cuba con su padre, sin encontrarse con Pedro.

Sin embargo, en 1911 viaja Camila de nuevo a La Habana, esta vez para hacer los estudios de segunda enseñanza, el bachillerato, en el Instituto de La Habana. Allí cursó, como ella misma ha contado, «dos años, con muy poca asistencia a clases. Después matriculé en la Universidad. Esto coincidió con una estancia de mi hermano Pedro aquí y él me preparó en los estudios literarios».⁵ El 27 de septiembre de 1913 obtiene el título de Bachiller en Ciencias y en Letras y dos días después, el 29 de septiembre, entraba en la Universidad de La Habana para estudiar las carreras de Filosofía y Letras, y Pedagogía.

⁵ Miriam Rodríguez Betancourt y Minerva Salado, «Camila, maestra» (entrevista), *Vida universitaria*, nn. 216-217, La Habana, julio-diciembre de 1969.

A principios de 1914, llega nuevamente Pedro Henríquez Ureña a la capital cubana y estará en ella hasta principios del año siguiente cuando logra irse para los Estados Unidos como eran sus deseos. Las cartas que le dirigió durante esas etapas a su íntimo amigo Alfonso Reyes describen detalladamente esta época en La Habana, junto a su hermana Camila:

Camila, que solo tiene diecisiete años, es de mi estatura; como no es gruesa, parece delgada por la estatura misma. Sabe francés e italiano, y estudia inglés; ha leído a

los poetas griegos, cierto número de autores clásicos, y muchas poesías, para las cuales tiene mucha memoria; de todas recuerda algo. Tiene algunas amigas sencillas y cultas, que gustan de Nervo y Urbina y que conocen, por Camila, la «Salutación al romero»,⁶ juegan *lawn tennis* y al *parchise*.⁷

El hermano Pedro —el célebre intelectual Pedro Henríquez Ureña—, ejerció sin dudas una de las mayores y determinantes influencias sobre Camila. Se consideraba, y así lo expresa repetidamente, más que un hermano mayor, un tutor. Le cuenta a Alfonso Reyes todos los intrínquilis literarios, salpicados de chismografía doméstica:

Como a visitar a mi hermana vinieron desde el primer día muchas mujeres, pude darme cuenta enseguida de la cuestión femenina. El primer día, como que solo vi a las mujeres que vinieron a la casa, y estas pertenecían casi todas a las familias más distinguidas, me pareció que se vestían muy bien.⁸

⁶ Poema de Alfonso Reyes.

⁷ Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *Correspondencia 1907-1914*, t. I, José Luis Martínez, ed., Fondo de Cultura Económica, México, DF, 1968, pp. 170-171.

⁸ *Ibidem*, p. 177.

[...] [El poema de Alfonso Reyes «Canción bajo la luna»] se ha publicado en *La Cuna de América*, en número que te llevo; pero yo la leí o recité antes a diversas personas, y también lo hizo mi hermana Camila, que tiene más memoria que yo, y ya se sabe de memoria lo mejor de la poesía mexicana por habérmelo oído leer dos o tres veces a diversas gentes de letras. Habrás de saber que en Santo Domingo se asegura que ella es el mayor talento de la familia, aunque no escribe ni cree saber nada; tiene mucho de mi carácter por la tranquilidad, y del de Ma por la inventiva. El ambiente literario es para ella una cosa natural —lo que no es para Julio Torri, por ejemplo—, es un motivo de placer, de diversión y de todo a la vez, menos de *pose*. Sin que nadie pusiera empeño en ello, por simples indicaciones de papá y de Ma, ha hecho un buen número de lecturas fundamentales: Homero, los trágicos, Platón, Dante, Shakespeare, Goethe.⁹

Pedro Henríquez Ureña ha venido a vivir a La Habana contra su voluntad. No le gusta Cuba, y así lo dice con frecuencia en su correspondencia. Pero la situación social y política de un México revuelto por la Revolución se le había hecho insostenible, y no le queda otro remedio que regresar a donde están los suyos, viviendo respetados y con estabilidad, y así se lamenta: «En México yo vivía entre mexicanos; en Cuba trato a cubanos: no más dominicanos que los de mi casa (¡ay! más cubanizados de lo que yo quisiera, porque la adaptación que yo procuro no excluye el sabor *castizo* interno)».¹⁰ No obstante, su excepcional capacidad de trabajo, sus inquietudes intelectuales y su brillantez originan de inmediato un grupo que se reúne y labora a su alrededor, entre ellos Mariano Brull y José María Chacón y Calvo. Como Camila recordaba, ellos «se reunían en casa, en el Vedado»:

Se sabía cuando llegaban a la casa; pero nunca se sabía cuando terminaban, a las dos, a las tres de la mañana, o nunca [...] Leían y discutían; porque claro es que muchas de esas cosas las habían leído ya, pero se volvía sobre esos pasajes, se volvían a discutir y comentar [...] las conversaciones se agrupaban en torno a un tema, y en torno a este ellos iban leyendo obras que se discutían, hasta agotar el tema o pasar de él a otro, ya que un tema iba sugiriendo otros».¹¹

⁹ *Ibidem*, pp. 184-185.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 331.

¹¹ Camila Henríquez Ureña, «Conversatorio con Camila», *Estudios y conferencias*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1982, p. 633. Tomado del texto original publicado en *Boletín del Departamento de Lengua y Literaturas Hispánicas*. Escuela de Letras y Periodismo, Universidad de La Habana, número especial de 1970.

Mucho estudio y consagración era la exigencia constante de Pedro. Por su parte, la familia le demandaba atención constante. Su padre sobre todo. En la correspondencia a su amigo Alfonso Reyes se encuentran párrafos muy reveladores del carácter del «hermano Pedro», y cómo pensaba en la intimidad:

Ya te he dicho que para mi padre la vida es una tragedia. Siempre la ha considerado así. Cada vez que recibo una carta suya siento un ligero escalofrío: sé que contiene alguna preocupación. Ha tenido dos matrimonios con el lamentable resultado de que sus esposas nunca gocen de salud, si se exceptúan los primeros años de mi madre. Acaso se haya aumentado con esto, pero en realidad su concepto trágico de la vida es más antiguo.

Y aunque ninguna de las dos esposas ha sido de temperamento pesimista, este pesa sobre la casa. Mira el caso presente. Aquí en La Habana no está ahora mi padre, ni mi madrastra, ni Max: los tres residen en Santiago de Cuba. Mi hermano Fran y mi cuñada viven en otra casa. Aquí solo está mi hermana que sigue Filosofía y Letras en la Universidad, los tres hermanitos del segundo matrimonio (que van a un colegio de curas franceses, porque a las primarias públicas no va la gente *comme il faut*), y la tía de los muchachos, hermana de mi madrastra.¹²

[...]

Yo también (quizás todo el mundo) he tenido que luchar contra el instinto ajeno de dominación, afortunadamente libre de egoísmo: a la dominación solo he encontrado posible oponerle dominación, y otras veces resistencia pasiva.¹³

[...]

Mi hermana triunfa y vive en magnífica paz interior y exterior gracias a su admirable e invisible resistencia pasiva, única política discreta en mujer.¹⁴

¹² Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *ob. cit.*, pp. 309-310.

¹³ *Ibíd.*, pp. 336-337.

¹⁴ *Ibíd.*, nota al pie de la carta.

El sagaz Pedro ha dado con una de las claves de la personalidad de Camila: lo que él llama «su admirable e invisible resistencia pasiva». Criterio propio y control, solidez y equilibrio emocional, salirse con la suya, en definitiva. Aunque, por supuesto, para Pedro Henríquez Ureña, sometido a una cultura machista, transforma la fortaleza interna de Camila en la «única política discreta en mujer». No será esta la última vez en que trate de ejercer su poder y sus prejuicios sobre su hermana. Pero Camila, de apenas unos veinte años, ya sabe lo que quiere y, además, cómo y de qué forma conseguirlo.

Sigue Pedro en sus comentarios a Alfonso Reyes:

Mi hermana tiene un carácter perfecto: sin debilidades pero sin violencias. Está dispuesta a estar contenta siempre. Intelectualmente se parece más a mí que Max. Lo *clásico* es espontáneo en ella. Pero tiene el mismo apasionamiento que todos nosotros por la vida intelectual. Ha vivido en Santiago de Cuba, lugar inculto, y junto a mi padre, cuya manía de trabajar le imposibilitaba para enseñarla metódicamente. Tampoco se escribía conmigo ni con Max para recibir estímulos. Así y todo, y contra la voluntad de la familia, se empeñó en hacer los estudios

preparatorios, demostrando que lo hacen centenares de señoritas, y de excelentes familias. Después se empeñó en cursar los Doctorados en Pedagogía y en Filosofía y Letras, que tienen siempre un 80% de mujeres, y entre ellas algunas muy distinguidas. El mes entrante termina su primer año.

Pero cuando yo esperaba encontrarla desocupada y dispuesta a conversar y pasear conmigo, resulta que sobrevienen los exámenes (porque aquí se hacen primero muchas pruebas a voluntad de los catedráticos y después vienen los exámenes). El resultado es que los estudiantes no hacen sino prepararse: mi hermana tiene que examinar Literatura Española, Griego, Historia, Biología, y no sé bien qué más. Ahora todos los días hay pruebas. Mi hermana no hace otra cosa que pasarse el día en la Universidad, y cuando vuelve, en la tarde, llega tan cansada que no es materia apta para el esparcimiento. Me quedo yo sin su compañía las más de las veces. Todo esto me ha inspirado temores por su salud o por otras cosas. Llegué a pensar que el excesivo interés por la Universidad fuera ficticio, y que hubiera algo más; pero he ido varias veces, y a varias horas, a la institución, y siempre la he encontrado con las amigas, estudiando o en clases. Pero de todos modos, yo me quedo contrariado con el poco tiempo que tiene para mí y preocupado por su salud. De hecho solo nos hemos acompañado la primera semana, cuando yo llegué, porque era la Santa, y ella no tenía clases. Fuimos a un gran baile elegante; pero a la semana siguiente ya no quiso ir a otro que se daba.¹⁵

[...]

Muchas mañanas me despierto oyendo a mi hermana estudiar, con una o dos compañeras, en medio de grandes carcajadas. ¡Qué contraste con nuestro sistema de quejas! Es verdad que ella gusta de lo que estudia, y nosotros no del Derecho. Ha estado examinándose ya desde el día 1ro; las materias presentadas han sido Latín (primer año: toda la Analogía), Biología (esta pertenece a la carrera de Pedagogía —¡cosas de Varona!¹⁶— y se estudia con el mismo profesor y la misma profundidad que en la Escuela de Ciencias, es decir, es el mismo curso para todos) y Literatura Española. Le faltan Psicología, Historia de América y primer año de Griego. En las anteriores obtuvo nota de sobresaliente, en México 4 o PB. Asistí ayer al examen de Literatura: se hace primero escrito, y luego oral, pudiendo las preguntas ser sobre lo mismo escrito, libremente sobre otra cosa. El tema que tocó a mi hermana fue: las escuelas poéticas del siglo XVII; el buen gusto (Rioja), el culteranismo, el conceptismo y el prosaísmo (Conde Rebolledo).¹⁷ Escribió tres horas y todavía dejó muchas citas indicadas solamente, y las completó al leer su trabajo: íntegras o en trozos citó unas cincuenta poesías. En lo escrito ya te imaginarás que hemos colaborado con ideas, yo en lo que se refiere a Rioja, tú en lo que se refiere a Góngora, aunque tuvo muchas ideas propias sobre este. La reivindicación de Rioja es curioso que ella la hubiera intentado en un trabajo de clase, meses atrás, antes de publicarse el mío. Su estilo (lo conozco por primera vez) me parece mejor que el de Max; ella lo encuentra afectado, pero yo le digo que no pierda eso que le parece afectación, pues caería en el *democrático* estilo cubano, en que no se distingue a un escritor de otro. ¿No te has fijado que los redactores —no los colaboradores o no siempre— de *Cuba Contemporánea* escriben todos igual?

¹⁵ *Ibíd.*, pp. 310-311.

¹⁶ Enrique José Varona (1849-1933), insigne intelectual y pedagogo cubano.

¹⁷ Fernando de Rioja y Bernardino de Rebolledo, escritores españoles del siglo XVII.

Al acabar mi hermana, la felicitó el jurado *ex cathedra*, cosa que rara vez se hace, y le pidieron el trabajo para publicarlo en la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*.¹⁸

[...]

Mi hermana se examinó ya en Biología y se presentó a oposiciones de premio; se examinó en Psicología y se presentará a oposiciones. Ha llamado mucho la atención su prueba en Biología, pues citó a Tirso [de Molina] con una observación precursora del transformismo y una mención de Nebrija¹⁹ en igual sentido. Esto llamó la atención del profesor de Biología, el famoso naturalista Carlos de la Torre, doctor *honoris causa* de Harvard, y le pidió el dato para publicarlo (mencionando la procedencia, por supuesto), en la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* de aquí y en una revista de Biología de los Estados Unidos.

En Literatura obtuvo el premio ordinario con una prueba escrita sobre el Arcipreste en comparación con Quevedo (cosas del Erásmulo de aquí) y una oral sobre Cervantes: en esta le oí una cita de Juan Mal-Lara que no imaginé de dónde la habría sacado, y resultó ser de tu trabajo sobre los refranes. Se le dio tema, y dos meses, para el premio extraordinario de cien dólares: el tema es Rioja.²⁰

¹⁸ Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, ob. cit., pp. 351-352.

¹⁹ Antonio de Nebrija (1442-1522), célebre gramático y Juan de Mal Lara (1524-1571) humanista, se mencionan aquí junto con otros escritores españoles que no requieren aclaración.

²⁰ Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, ob. cit., pp. 355-356.

Por las propias cartas de Pedro, se pudiera tener la impresión de que el intercambio entre él y su hermana no fue muy intenso. Aparte de las actividades llamadas «recreativas», Camila sigue sus estudios con intensidad. Pero el hermano insiste en sus alusiones acerca del comportamiento de su hermana, y las sospechas sobre un amorío oculto no dejan de turbar la mente del Pedro:

Camila ha seguido de éxito en éxito. Me ha convencido de que sus viajes a la Universidad eran siempre motivados, y de que el gusto de estar con las amigas la inducía mucho a prolongar su permanencia allí. Naturalmente, ella tiene (como es Henríquez Ureña) su grupo que lleva el sobrenombre de «cuarteto clásico» (alusión a la música de cámara). De ese grupo, su amiga más íntima es Consuelo González, excelente muchacha que hace poco renunció a los ejercicios de Biología (oposiciones para premios) a fin de dejar que obtuviera el premio otra muchacha inferior a ella.

Pero todo esto no implica que yo deje de pensar. Nada hay más difícil de destruir que una hipótesis. Y yo no he logrado renunciar por completo a la mía, aunque he ensayado pruebas diversas: el examen ocular de los posibles, que parece negar; el concurrir frecuentemente a la Universidad; el poner en antecedentes a mi «tiastra» observadora y aguda. Todo es prueba en contrario. Creo que será imposible descubrir pruebas en otro sentido. Y en tal caso, contra cosa tan discreta no sería fácil fundar oposición.²¹

[...]

Mi hermana se prepara a un premio de Psicología. Mis temores ya casi no existen; dos o tres días más serán prueba suficiente. La localización fue imposible.²²

[...]

²¹ *Ibidem*, p. 364.

²² *Ibidem*, p. 368.

Dirás que dejé sin resolver aquellas sospechas que tuve con relación a la Universidad. Realmente exageré: los viajes constantes eran motivados, pero, ya que no los viajes —que para mí fueron erróneamente el síntoma—, sí cierta inquietud, o más que inquietud (menos que inquietud, quiero decir), falta de reposo, *restlessness*, que era lo que yo atribuía a los exámenes, resulta ser, a mis ojos de ahora, el síntoma. Había de por medio una posibilidad —entre varias— a la que se estuvo concediendo atención, es decir, se la estuvo *analizando*. Todo pude saberlo un mes después de los exámenes, con franqueza no pedida y mucho mayor que la esperada. No pasaron las cosas de un *comenzar* a tomar en *consideración*, que acabó por suspenderse con la terminación de los exámenes. No sé si reaparezca, y no sé si deberé sentirlo. Uno, el próximo, es siempre temeroso y descontentadizo en estas cosas. Cualquiera cosa que resultara, lo sé, sería definitiva; hay mucha *seguridad* de carácter.²³
[...]

²³ *Ibídem*, p. 457.

Camila hizo su trabajo sobre Rioja para optar al premio extraordinario de literatura española, y por error lo entregó un día después de expirado el plazo. Se ha hablado con el catedrático a ver si se admite la excusa; no se resuelve aún [...] Por supuesto, que si nada se logra, no lo sentiré demasiado; acaso serviría para que Camila se decepcionara de la deplorable Escuela de Letras, y preferiría hacer otra vida que no la de estudio. Yo vivo deseándolo (¿parecerá contradicción con mis ideas?) y preferiría que le gustara la vida de sociedad. Vivo instándola, no a cambiar una cosa por otra, sino a alternarlas, pero no hace esfuerzo ninguno en el sentido que yo propongo. Y es que, como a mí (pero yo soy hombre y tengo demasiado que hacer), no le disgusta la vida de sociedad, pero no piensa en ella ni la desea.²⁴

²⁴ *Ibídem*.

Parece que Pedro comparte también algunas de estas ideas con el padre, pues en carta del 18 de abril de 1914 le escribe Don Francisco a Pedro, ya en Nueva York:

Soy de tu misma opinión respecto al valer de los estudios de La Habana; pero ya Camila no puede variar el camino que ha emprendido: necesita tomar el título que pretende de la Universidad habanera. Luego extenderá sus conocimientos de un modo racional y conveniente. El título le asegura una posición de que pueda quizás tener necesidad algún día. Su acercamiento a los profesores en parte es indispensable para crear esa posición. Pasados estos exámenes, deberá asegurar el éxito escolar de los del próximo año. El último lo podrá hacer aquí o fuera de la isla. Creo, pues, por esa y otras razones de orden doméstico, que todavía no puede ir a Europa, aunque sí a los EE.UU. por pocos meses.²⁵

Después de la partida de Pedro hacia los Estados Unidos, Camila continúa en sus empeños de estudiar Letras y se muda con el hermano Fran y la esposa María, a Neptuno 230.

²⁵ Familia Henríquez Ureña, *ob. cit.*, p. 604.

En 1917, con veintidós años, Camila Henríquez Ureña termina su doctorado en Filosofía y Letras. La exposición de su tesis de Filosofía, *Francisco de Rioja: su verdadera significación en la lírica española*, la realizó el 7 de febrero y fue calificada como «sobresaliente y con recomendación de publicación. El otro requisito académico, donde intervenía algo el azar, consistía en sacar un tema a la suerte, prepararlo en veinticuatro horas, y dar una clase de cuarenta y cinco minutos. A Camila le tocó «Racine y la tragedia francesa», con iguales resultados de sobresaliente y felicitación.

Ya está graduada y con una vocación definida. Entonces, cumpliendo, con toda probabilidad, los deseos de la familia, viaja a la Universidad de Minnesota, donde la espera Pedro, para hacer estudios sobre las Literaturas Romances. Allí, mientras también colaboraba como flamante profesora, estudiaba al Dante, una de sus pasiones, y durante alrededor de tres años recibió clases sobre *La Divina Comedia*.

En su archivo se conservan 45 hojas mecanografiadas de lo que hubo de ser su estudio de tesis para optar por el grado de Master: «Introducción al estudio de *Los pastores de Belén*, pastoral sacra de Lope de Vega». En junio de 1920 obtiene su «Master of Arts» por la Universidad de Minnesota y regresa —como ha de hacerlo siempre a lo largo de toda su vida— a Cuba.

Y si fuera flor

Cuando éramos estudiantes de la Escuela de Letras y de Arte jugábamos a un juego que comenzaba... «Y si fuera flor...». Consistía en lo siguiente: en un grupo, el jugador de turno, a quien le tocaba «poner juego», pensaba en una persona que podía ser un sujeto célebre, o familiar. El único requisito consistía en que fuera alguien conocido por todos los jugadores y que las respuestas no hicieran trampa. El grupo ganaba si llegaba a adivinar quién era el personaje a partir de preguntas que debía responder el jugador que ponía juego, estableciendo asociaciones entre las preguntas y las características del personaje, a partir de relaciones metafóricas.

Si Camila fuera una flor, ¿qué flor sería? *Un lirio.*

¿Si fuera un libro? *Un diario.*

¿Si un ave? *La paloma.*

¿Si un poeta? *Juan Ramón Jiménez.*

¿Si una virtud? *La sencillez.*

¿Si un defecto? *La modestia excesiva.*

¿Si fuera un árbol? *El pino.*

¿Si un sentido? *La voz humana.*

¿Si un efecto de la naturaleza? *La brisa.*

¿Si una luz? *La mirada.*

¿Si una ciudad? *La Habana Vieja al amanecer.*

¿Si un sentimiento? *La ternura.*¹

¹ Miriam Rodríguez Betancourt y Minerva Salado, ob. cit.

«Never be the middle thing»

Con toda seguridad, el grupo de estudiantes que habitualmente jugaba a «Si fuera flor...» hubiera reconocido, en las proposiciones de las periodistas, a la Camila profesora, anciana ya, flemática, impertérrita en su pedestal, esa Dama que todos conocían y veneraban en la Escuela de Letras y de Arte de los años 60. Pero había otra *Camila...*

Entre su papelería se encuentra una auténtica prenda para el intento de apresar una sombra, una apariencia de la zona confidencial de *Camila*. Se trata de un cuaderno de la Librairie Classique Gibert, que su dueña tituló «Libreta de apuntes» y en donde llevó rigurosas anotaciones, fechas, citas literarias, aforismos, máximas que se revelan como verdaderas divisas de conducta.¹

Entre los prolijos y diversos registros, de puño y letra de Camila, tomo nota de los siguientes:

- Estudios de canto bajo la dirección de Miss Nellie Joyce (1918-1920).
- Estudios de danza de salón antigua.
- Estudios de canto bajo la dirección de Tina Farelli de Bovi (1920- 1922).
- Canté en dos conciertos Habana.
- Enseñé en el «Instituto Cagnet» y la «Academia Herbart» (1924-1927), Santiago de Cuba.
- Estudios de noruego, alemán y ruso.
- Estudios de canto bajo la dirección de Gustavo Roger en Santiago de Cuba (1923-1924).
- Estudios de canto bajo la dirección de Mme. Roberta Glaville (1933) Baltimore.
- Sub-directora de la Revista *Lyceum*, febrero de 1936-enero de 1937.
- Traductora de la Revista *Ultra*, julio 1936-abril 1937.
- Secretaria de la Institución Hispano-cubana de Cultura, mayo de 1926.
- Vicepresidenta del Lyceum enero 1937 elección por dos años.²

Y entre muchas actividades, secretarías y aprendizajes (Directora técnica del Colegio Ariel, Vice-secretaria del Teatro de arte *La Cueva*, miembro de la Academia Nacional de Ciencias de la Educación,) aparece este:

Clases de equitación en el Picadero San Jorge, Habana. Comenzadas el 1 de octubre de 1939 [interrumpidas en noviembre 15].³

¹ Fondo Hen-C, nn. 223-231, 233.

² *Ibídem*.

³ *Ibídem*.

Canto, baile, traducciones, funciones teatrales, labores públicas y de promoción cultural, estudios de idioma, trabajo como maestra, periodismo, y ¡equitación!⁴

En el cuaderno de notas, de tanto en tanto y con su estilizada caligrafía, irrumpen versos, como este del poeta francés Arthur Rimbaud: «He tenido en mis brazos a la aurora del estío»; o preceptos, algunos en inglés en el original: «Be content, but never satisfied», «Sé feliz, pero nunca estés satisfecho», en definitiva consejos de «cómo ser», una pauta para la ruta de la vida, seleccionados por Camila y por *Camila*: «Never be the middle thing», «Nunca seas algo mediano».

Luego, bajo el epígrafe de «Educación vocacional», que aparenta ser como un cuestionario, aparece en su libreta de apuntes este listado:

- a) Un juego al aire libre: [no responde]
Un juego de salón: *baile*
- b) Un hobby: *many varied* [variado]
Un deporte (no juego): *natación, equitación*
- c) Lecturas recreativas: *exploraciones*
- d) Un arte bello: *música, piano, canto, otros instrumentos acompañantes*
- e) Un servicio social: *educación*
- f) Vacaciones *organizadas* [subrayado de CHU]⁵

⁴ Otras muestras reveladoras de la curiosidad intelectual de Camila: «Notas sobre Zen», Fondo Hen-C, n. 234; notas sobre cursos como portugués, Fondo Hen-C n. 566; «Teoría del conocimiento», Fondo Hen-C, n. 569.

⁵ *Ibidem*, n. 223-231, 233.

De su gusto y sus habilidades para el canto no solo quedan los testimonios de quienes la conocieron. Siguiendo su costumbre de guardarlo «casi todo», también está archivado un Programa del Conservatorio Cervera, en Santiago de Cuba,⁶ a celebrarse el día 31 de mayo de 1930, a las 8:30 de la noche, en el cual se puede leer que durante la tercera parte, habría un «canto acompañado por un conjunto instrumental», y que la Señorita Camila Henríquez Ureña interpretaría el «¿Qué faró?» de *Orfeo* de Gluck, y luego el «Dúo de Rezia y Fatime» de *Oberon* de Weber.⁷

Aunque la familia, en particular Pedro, la consideraba enemiga de las «obligaciones sociales», Camila llevaba una intensa vida en nada parecida a la misantropía.

A principios de la década de los años 20, de retorno de la estancia en los Estados Unidos, Camila se instala de nuevo en La Habana.

En carta de Don Francisco a Max, del 25 de julio de 1921, le cuenta que «Camila no quiere abandonar más sus cursos, sino que está resuelta ya a tomar su doctorado en Pedagogía».⁸ El propio Max le escribe a Camila en octubre de 1921, después de enterarse por su padre de que su hermana ha seleccionado el estudio de la vida y obra de Eugenio María de Hostos, como tema de investigación. Esta carta es un impresionante documento de las relaciones entre dos figuras de la magnitud intelectual de Max y Camila: aunque declara que solo le va a transmitir sus recuerdos personales, en realidad Max desarrolla en la epístola una auténtica clase magistral, pormenorizada, con bibliografía que localizar; una típica carta «Henríquez Ureña» sobre lo que él llama «sistema de Hostos» y que según Max «fue el mismo adoptado por mamá al fundar el Instituto de Señoritas, poco tiempo después de establecerse Hostos en Santo Domingo».⁹

⁶ *Ibidem*, n. 687.

⁷ Entre sus documentos personales, también aparecen registradas cuidadosamente muchas de sus actividades, como el acta de posesión como Profesor Titular interino en Comisión de Cátedra A, del Instituto de Segunda Enseñanza de Matanzas (1939), Fondo Hen-C n. 544; Certificado de Miembro de la National Geographic Society de Washington (1935), Fondo Hen-C n. 706; Contrato con la Escuela de Verano de la Universidad de la Habana (1941), Fondo Hen-C n. 539; Diploma de miembro de honor del Club *Nosotras* de Santo Domingo (1929), Fondo Hen-C n. 707.

⁸ Familia Henríquez Ureña, *ob. cit.*, p. 669.

⁹ *Ibidem*, p. 679.

En carta del 30 de marzo de 1922, también a Max, escribe Don Francisco:

En cuanto a la familia, la situación es la siguiente: Camila en La Habana, con Rodolfo, Pimpa,¹⁰ Miss Risk y Rosita. Malín aquí, cuidándome. Francisco, aquí,

desde hace ocho días. Todo el mundo goza de salud. La familia Lora, que veo a menudo, también goza de salud. Camila se decide a preparar su tesis, pero aún no lo ha hecho.¹¹

En esta carta, el padre se ufana de haber mandado a dos de sus hijos varones a estudiar a París, y lamenta que «aún no se han *descubanizado*», y que «si me fuera posible mandaría ahora a Camila».¹²

Independiente de estos deseos paternos, Camila escoge su camino propio. En una revista cubana, dedicada en parte a la familia Henríquez Ureña,¹³ aparece el nombre de Camila inusitadamente asociado a un sonoro concepto. Para quien solamente lea el índice, la duda permanecerá como sembradora de esos malos entendidos que se fijan a veces de igual manera que el perfume barato. El título de la información es «Camila Henríquez Ureña ¿anarquista?» y a pesar de semejante interrogación, el texto se limita a reproducir un hallazgo en los archivos, y los datos principales rezan de esta manera:

En el Archivo Provincial de Santiago de Cuba, legajo 787, no.18, dirigida al Gobernador Provincial de la provincia [sic], el 6 de julio de 1929, sobre la solicitud de naturalización de Camila, vecina de calle 6, esquina a 7, reparto Vista Alegre, para averiguar si la antes dicha «es anarquista o ha sido expulsada de su país de procedencia o comprendida en el artículo 1 letra A decreto 1601 [?]» y «trasladada la petición a la Policía Secreta». El 4 de septiembre de 1929 informan que «esa señorita no es ni ha sido anarquista».¹⁴

¹⁰ Pimpa y Malín, las «tías», como las llamaban en la familia, eran Olimpia y Amalia Lauransón, hermanas de Natividad Lauransón, segunda esposa de Don Francisco.

¹¹ Familia Henríquez Ureña, ob. cit., pp. 698-699.

¹² *Ibidem*, p. 699.

¹³ Revista *Del Caribe*, ed. cit., pp. 87-88.

¹⁴ *Ibidem*.

La decisión de Camila Henríquez Ureña de convertirse en cubana, de pedir la ciudadanía, provocaría, con probabilidad, el desencadenamiento de este trámite que debe haber sido —es solo una suposición— un requisito de tipo general y obligatorio para todos los solicitantes, aunque también cabe pensar que los vínculos familiares tan cercanos con los procesos políticos de la vecina Santo Domingo hubieran levantado especiales suspicacias. Lo que nos interesa es que Camila, ya una mujer en su treintena, a contrapelo de las disquisiciones de sus familiares más cercanos, ha decidido «cubanizarse» del todo al convertirse oficialmente en cubana. En el documento, de fecha 23 de diciembre de 1926, que suscribe el otorgamiento a la solicitante (Folio 314, tomo 33, del Registro Civil del Distrito Este),¹⁵ a la sazón vecina de Villegas 88, se le concede a Camila Henríquez Ureña la ciudadanía cubana.

¹⁵ Fondo Hen-C, n. 681.

Corre la década de los 20. Camila, de regreso de su estancia en Minnesota, vive entre Santiago de Cuba y La Habana, realiza estudios universitarios de Pedagogía, y participa de unos movidos quehaceres culturales. Esta es la época del inicio de su amistad con Miss Marion Risk, una joven norteamericana.

Varias personas dieron la pista de Marion. Nuria Nuiry contaba acerca de una gran amiga extranjera de Camila y que la acompañara durante su estancia de los años 20 en Santiago de Cuba; Marcia Castillo, quien conoce en detalle el transcurso de la vida

familiar de los Henríquez Ureña, comentaba sobre cómo la parentela de Camila hablaba de Marion con naturalidad, como alguien más de la familia; por último, Diony Durán me reveló la existencia de una intransigente carta de Pedro Henríquez Ureña, excluida de la correspondencia publicada y, hasta la fecha, inédita.

Entonces encontré la foto. Hay que mirarla con lupa pues es muy pequeña; es también una de las pocas fotos personales de Camila tomada con camarita de aficionados, es decir, no de estudio, ni para pasaporte, ni de acto público; sino una foto chiquita de dos pulgadas cuadradas: allí están paradas dos mujeres jóvenes que no miran a la cámara; se miran a los ojos con intensidad como si se despidieran o se acabaran de encontrar. La más alta, Camila, inclina la cabeza hacia la derecha, lleva un enorme abrigo tigresco y botas de invierno; la otra, Marion, también trigueña, levanta el rostro ligeramente hacia la izquierda. Están de pie delante de un arbolito sin hojas, y detrás se distingue un estanque de agua, o un fragmento de lago o de río, y la nieve se ve en franco deshielo. Es una foto distinta a todas las conservadas por Camila, de ahí su extrañeza. En todo sentido, es una foto excepcional.

Cabe suponer, por la juventud y el paisaje, que fue tomada durante la estancia de Camila en Minnesota, alrededor del año 1918. Sobre lo que parece ser la amistad más cercana y duradera de Camila, recuerda Ricardo Repilado:

Camila había regresado a Santiago desde 1921 después de permanecer algún tiempo en Minnesota, en cuya Universidad había ampliado sus estudios —muy posiblemente junto a Pedro, que también estudio allí— y ocupó una cátedra [...] Bien junto con Camila, bien un poco más tarde, vino a Santiago de Cuba una muchacha norteamericana que Camila había conocido en los Estados Unidos. Se llamaba Marion Risk y había sido discípula de Isadora Duncan. Marion enseguida fundó una escuela de danza moderna —quizás la primera que hubo en Cuba— [y que] funcionó en Santiago de Cuba unos diez años, y en ella se formaron varias estimables bailarinas [...] Todos los años que permaneció en Santiago, Marion vivió con Papancho y Camila.¹⁶

En carta de Don Francisco, del 25 de enero de 1925 a Pedro, ya radicado en La Plata, Argentina, dice:

No sé si Camila te habrá explicado nuestro modo actual de vivir. Habitamos la casa dos hombres: Rodolfo y yo; y cinco mujeres, Ramona, Pimpa, Amalia, Camila y Marion, que retornó en diciembre de su país [...] La salud de Camila es muy buena. La de Marion ha mejorado mucho. Ambas trabajan en colegios. Camila trabaja quizás demasiado, lo que le produce fatiga en el semblante.¹⁷

¹⁶ Ricardo Repilado, ob. cit., p. 67.

¹⁷ Familia Henríquez Ureña, ob. cit., p. 705.

Por las anotaciones en su cuaderno de notas se sabe que Camila estudió baile clásico con Marion, se conservan también fotos y cartas afectuosas de los padres de esta, quienes vivían en North Dakota, enviadas a Pimpa, una de las «tiastras». Entre las postales de Marion a Camila, algunas sin fecha, se conserva una muy peculiar donde aparece la ilustración impresa de una mujer trigueña, vestida de amarillo chillón, con un sweter rojo, sentada al borde de un lago bajo una palmera. Está dedicada a las celebraciones de «Season's Greetings» y el texto impreso anuncia «Best Wishes for the Holidays and much Happiness in the New Year»; luego, de puño y letra, se lee «Lovingly, Marion 1952-1953 (over)», [Cariñosamente, Marion 1952-1953 (ver detrás)]. Y en la parte de atrás dice:

My very dear Camila: I have not heard a word from you for so long. I wonder if you are at Vassar and how things are with you. Where are Guarina and Max. Have had the flu and as I could not go to bed have been sick longer. Dad too has not felt too well [...] We shall have Christmas dinner with Jean. My dearest love to you Marion».¹⁸

[Mi muy querida Camila, no he escuchado una palabra de ti desde hace mucho tiempo. Me pregunto si estás en Vassar y cómo van tus cosas. Dónde están Guarina y Max. Tuve la gripe y como no pude estar en cama me ha durado más la enfermedad. Papá tampoco se ha sentido muy bien [...] Vamos a comer en Navidad con Jean. Con mucho cariño para ti Marion].

¹⁸ Fondo Hen-C, n. 379. Las traducciones son mías, y libres. m.y.q.

Otras postales y cartas son enviadas por Marion, ahora con el apellido Rhodes de casada, a Vassar, donde muchos años después de aquellos años 20, se encuentra Camila laborando como profesora. Una la envía Marion desde Atlanta narrando un viaje a esa ciudad; otra quejándose de no recibir noticias de Camila; otra que cuenta las enfermedades del anciano padre y finalmente sobre su inexorable ataque al corazón; en otra le agradece un regalo del viaje a Sevilla; en una, de 1952, le comenta que está «very worried about your health», muy preocupada por tu salud, y cuenta minuciosamente detalles de su vida familiar, ahora matrimoniada con Alfred E. Rhodes, y sobre su casa en Sarasota, y además pregunta por toda la familia de Camila. Hay una postal especial, fechada el 9 de abril de 1954, día del cumpleaños de Camila; no cualquier aniversario, sino sus sesenta años, dice «With very much love, Marion». Entre los papeles de Camila también se conserva una foto de Marion, ya mujer mayor, frente al jardín de su casa floridana.

El 2 de junio de 1922, Pedro Henríquez Ureña enviaba a Max, su hermano menor, una carta donde empezaba diciendo, con aires ríspidos, que iba a tratar varios «puntos» para cuya solución requería la ayuda de Max. Los asuntos eran todos de índole seria y perentoria: la fundación de una biblioteca para Santo Domingo con el nombre de Salomé Ureña, un listado de sus libros para saber cuáles envía a Santo Domingo, un próximo viaje a Brasil y la probabilidad de establecerse en Argentina, y finalmente, los problemas familiares y la necesidad de llevar a Mon, la tía anciana y sola, para Cuba, y buscarle acotejo. Siempre con el tono de superioridad, autoritario, frío, y sin dejar resquicio a opiniones que lo contradijeran, esta carta no se diferencia mucho de casi todas las de Pedro. Poniendo a un lado su sitial olímpico, bien ganado por el brillante intelectual que fue, Pedro Henríquez Ureña parece haber sido un hombre de estrechas miras en algunos aspectos, como en su visión hacia la mujer. Cuando valora las distintas opciones del sitio probable para ubicar a su tía Mon, escribe esta intolerante y maliciosa opinión:

Vivir con Camila tiene sus dificultades, porque Camila ha optado por un sistema de vida anormal (me refiero a su manía de no abandonar a Miss Risk, lo cual no produce sino molestias y enfermedades) y costoso además, el cual no se sabe si podrá sostenerse: por más que le escribo, no logro saber si quiere casarse, si quiere venir a México o qué. Varias veces la he invitado a venir, pero siempre con miembros de la familia o sola, nunca con Miss Risk ni menos con Rosita Marsán.¹⁹

¹⁹ Esta carta se encuentra completa, inédita y sin clasificación en los archivos del Fondo Hen-C.

Aquí salen a relucir, dos de las preocupaciones obsesivas que comparte con su padre: las enfermedades y los gastos de dinero. El tono de «orden y mando», junto a su adhesión a las posturas más convencionales y prejuiciosas, no causan sorpresa, después de haber leído con atención buena parte de su correspondencia, de conocer el trato despótico hacia su amigo Alfonso Reyes, de sus suspicacias hacia otros intelectuales, y de descubrir sus aires aristocráticos que rechazaban en privado las costumbres, el habla y otros entornos espirituales de las tierras latinoamericanas, entre ellas Santo Domingo, su tierra natal y Cuba, que lo adoptó como un hijo.

Por fortuna, Camila le hizo poco caso en cómo llevar su vida. Tampoco obedeció la inadmisiblemente insistente del hermano para que no se dedicara consagradamente a la literatura, y se incorporara a la «carrera de la mujer» —el matrimonio—, ni que abandonara la Escuela de Letras, ni que dejara sus maneras demasiado «cubanizadas» para el gusto germánico de Pedro. Tampoco renunció Camila a la amistad de Miss Risk, de Marion, quien tenía una escuela de danza y a quien algunos todavía recuerdan con las muchachitas en túnicas, como debe haberlo hecho ella misma bajo la enseñanza de Isadora Duncan.

Del año 1927 al 1930, Camila da clases en el Colegio y Academia Herbart, de Santiago de Cuba. María Luisa Rodríguez Columbié, quien muchos, muchos años después colaborara con Camila en la formación de profesores cubanos, recuerda esta etapa:

¡Ah, Camila! Yo fui alumna de Camila. ¿En qué año? En el 1928 debe haber sido, que fue el primer año del bachillerato. Porque yo empecé el bachillerato muy joven, no tenía la edad suficiente... Cuando nosotros llegamos a Santiago, porque mi familia vivía en Baracoa, figúrate, nosotros éramos ocho hermanos, todos estudiamos y entonces la Academia Herbart, era una academia, una escuela de señoritas y de gente muy... Beatriz Maggi estudió en ese colegio, y la hermana Eva también estudió. Yo era de la época de Eva, yo soy mayor que Beatriz, yo le llevo a Beatriz como nueve años, cantidad de años. Y allí a esa escuela yo llegué con un séptimo grado adelantado y tenía diez años nada más, entonces después al otro año me aumentaron la edad, me cambiaron los papeles allá para que yo pudiera estudiar, porque decía mi papá: «¿Pero cómo va a perder todo ese tiempo?» y allí conocí a Camila, fui alumna de Camila y teníamos una profesora Miss Marion, ella era muy amiga de Miss Marion... Yo fui alumna de Miss Marion también, de Educación Física. Ellas vivían en la misma casa. Camila era una mujer encantadora, la verdad, a mí me parece que tenía la vida tomada con una calma y una serenidad... era una mujer serena, completamente serena, además, una mujer que estudió italiano para poder leer a Dante, con una facilidad para los idiomas, una mujer muy inteligente. La madre, Salomé, era una mujer también muy exquisita y una poetisa muy buena en Santo Domingo. Ella, Camila, a nosotros nos hizo amar la literatura. Cuando ella explicaba las cosas, las leía, era como una pasión que lo hacía que tú te sentías transportada, era una cosa fantástica. Después pasaron los años, Camila se fue para los Estados Unidos, pero ella siempre venía en las vacaciones... Yo sé que tuvo aquí un enamorado... Sí, un enamorado. Yo lo conocí a él también y todo, yo le decía que era un amorío de verano. ¡Ay, dios mío, estamos hablando algo que no se puede grabar!... Ella tenía un tipo muy fino, no delgada, alta, muy alta, muy derechita. Tenía unas maneras muy bonitas. Camila era un ejemplo de profesora, es decir, como yo entiendo que tienen que ser los profesores, como yo entiendo, un modelo que tú lo ves de pulcritud, un modelo de serenidad, que se le note a distancia la inteligencia, que se le vea en los ojos, en la forma de comportarse, en la forma de

vivir también. Y yo creo que ella era un modelo en todo, por eso te digo, la vida de ella me parecía muy tranquila. Alguien me dijo que le gustaba muchísimo bailar, aunque yo nunca la vi bailar. Rosario Novoa dijo que cómo bailaba Camila, como un trompo. Ella bailarían, pero me parece que bailarían algún vals o algo así por el estilo. Además, quien la conoció después, muchos años más tarde de cuando yo la conocí, me parece que le resultaría más difícil aún pensar que era bailadora. Dicen que le gustaba mucho bailar, sé que a ella la música le gustaba mucho, sí le gustaba mucho la música... Con Camila me vuelvo a encontrar en el año 1960, acá en La Habana... Ella estaba en el Ministerio, Dulce María Escalona la llevaba, entonces estábamos ella y yo, las dos, y nos pusieron a las dos en la enseñanza secundaria. Hicimos cambios de planes... Entonces ella nos dio un curso para la inspección de profesores de Español, para preparar inspectores. De ella aprendimos muchas cosas porque ella daba muchas charlas, muchas conferencias, de tipo pedagógico, metodológico, era una gran profesora, una gran profesora. Leía las obras de teatro, era una maravilla seguirla en las clases. Ella después pasó a la Universidad y yo me quedé en el Ministerio a hacer todo lo que hacía Camila, y allí pues entonces yo fui la asesora nacional de Español.

Camila, ya laborando como maestra en Santiago de Cuba, invierte buena parte del año 1926 en sus estudios para alcanzar el título de pedagoga. En carta del 27 de marzo de 1927, le escribe Don Francisco a Pedro:

Camila regresó, hace cerca de dos meses, de La Habana, en donde pasó cerca de seis preparando y pasando el examen de grado en la Facultad de Pedagogía. Ese doctorado le hacía falta para optar a alguna cátedra en la Normal de Oriente. Max y yo hemos opinado desde hace mucho tiempo que ella debe ingresar en el profesorado de esa escuela. Existe vacante la plaza de profesor auxiliar de Pedagogía, que goza de un sueldo de \$167 oro cada mes. Dando las clases que da en los colegios particulares, se fatiga demasiado y gana menos. Se fatigó mucho en La Habana; pero se va reponiendo bastante ahora. También se fatiga demasiado Marion con todo el trabajo diario que realiza: profesora de inglés y de ejercicios físicos y bailes clásicos. Ella ha alcanzado un éxito cabal en esto último.²⁰

El 31 de enero de 1927, Camila había presentado su tesis para alcanzar el título de Pedagogía: «Las ideas pedagógicas de Eugenio María de Hostos». La clase elegida al azar para completar el ejercicio de diplomado correspondió a la asignatura «Cívica», de sexto grado, y el tema fue «La ciudadanía».

²⁰ Familia Henríquez Ureña, ob. cit., pp. 714-5.

Con su nuevo título, su ciudadanía cubana, Camila Henríquez Ureña finalmente ocupaba la cátedra en la Escuela Normal de Oriente. Allí trabajó desde el 1º de noviembre de 1927 hasta el 1º de octubre de 1931, y volvió a incorporarse desde el 11 de abril de 1934 hasta el 1º de septiembre de 1945. Según ella contaba, los años intermedios se debían a las cesantías durante el gobierno machadista, entre 1931 y 1934. En 1927 le había sido otorgado el Premio María Luisa Dolz.

El 28 de julio de 1928, Don Francisco le escribe a Pedro:

Actualmente la familia está instalándose en Vista Alegre. La salud de Camila declinaba cada día y fue preciso tomar una resolución definitiva. Hace tres meses que vive en Vista Alegre, en donde la acompañan Marion, Eduardo y Olimpia Lauranzón. Con ese cambio de ambiente y unas inyecciones intravenosas que le

pongo entre días, ha ganado ya 12 libras y se encuentra mucho mejor. Ahora hemos buscado una casa bien grande, para reunir allí a toda la familia.²¹

Y el 30 de junio de 1929 dice: «Camila sigue en la Escuela Normal, con \$200 mensuales. Marion entre sus cursos de inglés y sus lecciones de ejercicios físicos y bailes clásicos, ha llegado a ganar hasta \$300».²²

Todavía el 12 de diciembre de 1931 siguen viviendo juntas Camila y Marion. Don Francisco le cuenta a Max que tiene decidido viajar a Port au Prince, aunque se encuentra enfermo y no lo dejan viajar solo, así que «Camila y Marion querían irse conmigo; pero probablemente irán Pimpa o Malín».²³

A finales de 1931 o principios de 1932, Camila ha decidido por fin realizar ese viaje iniciático a Europa que, sin dudas, forma parte de los ritos familiares y de las obsesiones de su padre. Parece ser que Marion Risk regresa a los Estados Unidos por las mismas fechas en que Camila se marcha a Francia.

²¹ Ibídem, pp. 722-723.

²² Ibídem, p. 725.

²³ Ibídem, p. 749.

El 3 de mayo de 1960, en carta a Max en donde, entre otros detalles del orden de gestiones, e informarle que llegará a La Habana el día 7 de junio, Camila, ya una señora de sesenta y seis años, le cuenta que estuvo «en la Florida en Semana Santa y visité a Marion y a su marido, que están admirablemente. Me llevaron a pasear por muchos lugares hermosos del Estado».²⁴

En 1969, Camila Henríquez Ureña y Ricardo Repilado tuvieron un encuentro fortuito en las calles de La Habana, y así lo recuerda Repilado:

-¿A que no adivina quién me escribió el mes pasado? [pregunta Camila].

No, yo no podía adivinarlo [piensa, por su parte, Repilado].

-¡Marion! [le dice Camila].

¡Miss Marion Risk! Camila jamás había perdido el contacto con su vieja amiga, de quien hacía muchos años yo no tenía noticias. Miss Marion se había casado algo tarde y vivía felizmente [...] Entonces supe por boca de Camila cómo había sido la trayectoria de aquella inteligente y sensitiva mujer.²⁵

En una carta de 1953, después de recibir una carta de Camila enviada desde Sevilla, Marion le responde: «I know we are both poor correspondents. You, because you have so much to do with meetings and I because of the house, garden, etc, time just seem to pass».²⁶ Yo sé que las dos somos muy malas para escribir. Tú porque tienes muchas cosas que hacer con reuniones y yo a causa de la casa, del jardín, etcétera, y el tiempo va pasando. Y termina: «¿Has Havana changed very much?» ¿Ha cambiado mucho La Habana?

²⁴ Ibídem, p. 923.

²⁵ Ricardo Repilado, ob. cit., p. 72.

²⁶ Fondo Hen-C, n. 379.

Sobre los campos danza la gracia de las flores
y resuena la verde sonata del follaje;
se han vaciado en el aire mil ánforas de olores;
el color fluye y colma las venas del paisaje.

Mientras mi pie devuelve a la ardorosa tierra
el beso de las ramas que rozan mi cabeza,
yo pienso en la raíz que en el polvo se entierra,
pedestal ignorado de la vital belleza.

La raíz que en silencio, como madre amorosa,
mantiene el fruto, oculta bajo la opaca alfombra,
y extiende con la rama y eleva con la rosa
hacia la luz, el lento trabajo de la sombra.

Lo externo puede siempre renovarse. La hoja
cae, el tallo se quiebra, la flor pierde sus galas,
el fruto aguarda una mano que lo recoja
mas la vida no cierra sus palpitantes alas.

Y la planta renace, si la raíz atenta
Sostiene su latido misterioso y fecundo.
Ella nada posee, mas todo lo sustenta
Y por sus venas corre la fuerza que creó el mundo.

Amor, toda mi sangre te vierto por la herida.
¡Bébelo! y al sol alza tu impetuosa hermosura.
Soy una extraña, un nudo secreto de la vida,
una raíz, henchida de eternidad oscura.¹

¹ Poema inédito de Camila, escrito en 1934. Fondo Hen-C, n. 187-9.

V

«La vital belleza»: los fecundos años 30

Entre 1932 y 1934, según diversas versiones que no siempre coinciden, Camila Henríquez Ureña hace un viaje a Francia y allí realiza estudios en la Universidad de La Sorbonne. Por carta a Max, de Don Francisco, fechada el 13 de febrero de 1933, se sabe que Camila está por fin en París y asiste a algunas actividades y festejos, como a una fiesta solemne en Notre Dame en honor al Papa y otros convites nocturnos «de gran toilette», para lo cuales ha tenido que prepararse ropa: «cuesta mil francos cada pieza. No sé de dónde los sacaré —prosigue el padre— pero ya no podía mantenerla por más tiempo alejada del mundo social».¹

¹ Familia Henríquez Ureña, ob. cit., p. 762.

De regreso a Cuba de este primer viaje trasatlántico, Camila continúa en la enseñanza. En 1934 vuelve a ocupar su cátedra en la Escuela Normal de Maestros de Santiago de Cuba. Pero el hecho de impartir docencia en la oriental provincia, no le impide llevar una activísima vida intelectual y social en la intensa Habana de los años 30. Efectivamente, La Habana era un hervidero de diversión, pugnas políticas, agitación social, feminismo, y además la cultura a todo vapor, entre otras razones impulsada por la brillante intelectualidad española que transitaba o venía a residir en la capital cubana.

En una foto de ese tiempo, Camila tiene una edad imprecisa. Lleva el pelo recogido bajo un casquete, las cejas delineadas y el óvalo del rostro delicadamente torneado. La mirada es soñadora y a pesar de que su expresión sigue siendo muy seria, los labios se han dulcificado. El lente solo ha tomado la parte superior del torso, mas se presiente una figura maciza y, al mismo tiempo, airosa y distinguida. Serenidad es la primera impresión que recibe el ánimo de quien se encuentra con ese rostro.

Camila y *Camila*, ya era además **Camila**. De la mujer que andaba por la madurez, queda esta imagen que apareció en un periódico de la época:

Rozándola, nos hace sentir distantes. Atractiva, desde luego, porque Camila Henríquez Ureña hace de su presencia un regalo. Es alta, erguida, viste impecablemente y armoniosamente. No desentona en la asamblea ni en el frívolo salón. Sus modales acompasados proyectan un clima grato que desearíamos frecuentar. No obstante, emana un aura hermética —¿reserva o timidez?— que dificulta su acceso. Camila Henríquez Ureña es una persona «que no se da» al primer cambio de frases que sigue a la presentación [...] Cuando le oí decir «a mí nunca me vencerá la vida, solo me abatirá la muerte», mientras sus modales acompasados le suavizaban el reto audaz, no sé, pero eso me dio su medida.²

Se han terminado los «locos años 20». Camila había viajado por esos mundos, tenía dos títulos de la Universidad cubana y estudios en los Estados Unidos y Francia; se consagraba a su vocación de la enseñanza y, con toda certeza, debe haber transitado por desesperanzas y sufrimientos, pesadumbres que se abrían paso a través de esa frase acometedora: «nunca me vencerá la vida». Es una Camila ecuánime, llena de espiritualidad, pero también una *Camila* desafiante.

² Berta Arocena, «Camila Henríquez Ureña», *El Mundo*, La Habana, 25 de julio de 1939.

Manuscritos a lápiz en hojas de papel de carpeta, algunos, los menos, transcritos en maquina de escribir, con tachaduras y añadidos, y con acotaciones críticas de lectores como sus hermanos Pedro y Max, y los emocionantes comentarios de Juan Ramón Jiménez, se conservan los pocos poemas que Camila dejó. Apenas algo más de veinte, algunos fechados, otros no, quizás sean estos todos los poemas que ella escribió a lo largo su vida.³ En todo caso, la primera fecha que aparece es 1933 y la última 1944. En hojas sueltas, con aparente descuido, está su breve obra lírica.

³ Cabe suponer que pudieran existir más poemas trasapelados o perdidos, como algunos que se mencionan en la correspondencia familiar y no están entre los documentos del Fondo.

Estos son sus títulos, datas, algunos comentarios, y algunos fragmentos: «Spes», un soneto escrito en el mar, (diciembre de 1933); «Vox Clamantis» (México, enero de 1934):

[...]

*Lanzo, rumbo a la incógnita playa
la pregunta febril que es mi vida.
Como oído que acecha, mi alma
se apoya anhelante contra lo vedado,
la sutil barrera que ante mí se alza,
y ávida escucho, dolorosamente,
con un temblor de secreta esperanza.*

«Romántica», sin fechar, donde se puede leer «Me defienden las nieves del pasado / bajo ellas duerme el corazón llamado»; «Futuro» (abril de 1934); «En la orilla» (Santiago de Cuba, abril de 1934); «Vivaz» (La Habana, julio de 1936), las notas de este indican que Pedro lo consideraba «original y moderno» y Juan Ramón «logrado».

Otros lo titula «Árbol íntimo»; «Lo verdadero»; «¿Triste?»; «Voz inmensa»; «La Evasión»; «Vida y libertad». «El halo» es pequeño y apasionado, sin fecha:

*Mi corazón lo iluminaba todo
y estabas tú
con mi luz, a mi lado,
sin saberlo.*

«Lamento de anochecer» (La Habana, enero de 1936), con nota de Juan Ramón que lo critica por tener «demasiado lorquismo», es uno de los más personales:

[...]
*Ansia de las penas suaves
consolidadas en mi frente
por tu hombro tierno y grave,
por tu mano que sabía
hallar mi mano y callarse,
por ti, profundo y secreto....
tarde al borde de los mares.*

En «Hermana Ana» (La Habana, junio de 1936) hace referencia al cuento de Barba Azul; «Viaje por el espejo» (La Habana, junio de 1936) también es catalogado como «logrado» por Juan Ramón; «Humedad» (1936) y «A través de los siete recuerdos» (Vassar, Nueva York, mayo de 1944), con muchos arreglos, casi ininteligible, cambia quieto por «manso»:

*El recuerdo acabado, quieto, estéril,
un punto lo limita
Recuerdo, olvido.
Fruto que ya no toca el jugo que abandona el labio.*

Su poema «La raíz» (Santiago de Cuba, diciembre de 1934) es quizás el más bello, apuntalada la apreciación de hoy por la nota al margen de Juan Ramón Jiménez que le concede ser «lo mejor que ha dicho, en general», y en donde la poetisa deja estos versos que resultan doblemente atractivos, por sus propias cualidades líricas y también porque Camila, de manera excepcional, intenta una definición de sí misma: «Soy una entraña, un nudo secreto de la vida, / una raíz, henchida de eternidad oscura».⁴

Desde Londres, en julio de 1936, Max Henríquez Ureña le envía a su hermana una carta, dedicada a comentar sus poemas:

Me han interesado mucho los versos que mandas a Guarina [la esposa de Max]. No creo incurrir en exageración si te digo que de un salto te has puesto en lugar envidiable dentro de la poesía femenina de América, que hoy tiene tan rico florecimiento. No habrá muchas que te iguallen. Buena adjetivación, pensamiento elevado, sentimiento exquisito, ideas nada vulgares, y cierta aristocracia de

expresión que se avalora con imágenes de buen gusto. No resisto al deseo de dar a conocer algunas de esas composiciones, y las mandaré a alguna publicación interesante, como el «Repertorio Americano» de García Monge.⁵

Siguen a continuación varios párrafos de sugerencias técnicas y de apreciación sobre usos poéticos, para terminar diciendo: «Pero lo esencial es que los versos son buenos, y, en general han de merecer franco aplauso. Debes seguir produciendo y superándote».⁶

Su tío, el ya octogenario don Federico Henríquez y Carvajal, en su peculiar ortografía, también le escribe sobre los poemas a Camila, a quien llama con cierta jocosidad «La poetisa ignorada»:

⁴ Todos en el Fondo Hen-C, n. 187-199.

⁵ Familia Henríquez Ureña, ob. cit., pp. 820 y 821.

⁶ *Ibídem*, p. 822.

Tu carta del 12 de mayo, con su post-data del 14 de junio, recibida el 23 [de junio de 1936], he podido leerla complacido. No así los poemas. Esos fueron leídos, p[ara] mí i para ellos i Luz, nadie más, Carmita i Luis Adolfo, deliciosamente, encantados todos con la honda i alta emoción lírica de tus diez poemas. Cuatro han sido leídos i recitados varias veces. Estos *Alpes*, *En la orilla*, *Lamento de anochecer* i *La raíz*. A esos, —no menos dignos del lauro— agregamos luego: *Futuro* y *Vox clamantis*. Hemos —aunque lo respetemos— opinado en contra de la incógnita silenciosa. La memoria de Salomé i de Pancho es acreedora a la ofrenda pública de la lira de la hija amada. De nó, aunque sea por ahora, pide tu anuencia para una página, mía, en amor de mi sobrina i sus poemas. Guardaré la incógnita. Citaré versos o estrofas i acaso alguno de los poemas... El título de ese ensayo podría ser *Una poetisa anónima* o *La poetisa ignorada*.⁷

Por su parte, el 21 de enero de 1937, y desde Santiago de Chile, le escribe su opinión el hermano Pedro:

No te aconsejo que te dediques a los versos. No porque estén mal los tuyos, sino porque en español hay demasiados poetas, y, de no ser uno de los mayores, el esfuerzo es poco lucido. Eso mismo que dices de tus versos debes ponerlo en prosa: sé que resulta más difícil; en prosa los sentimientos parecen confesiones descarnadas y en verso hay una apariencia de ficción, que permite mayor franqueza, por lo mismo que el lector no la toma del todo en serio: muchos poetas fingen sentimiento que no tienen o exageran. Escribe, pues, lo que pienses y lo que sientas, sin ánimo de publicar: después podrías escoger lo que te parezca prudente publicar. Pero guárdalo todo. Y féchalo. Como una especie de diario; pero no diario íntimo, en conjunto, sino cuaderno de apuntes en que escribas *constantemente*.⁸

⁷ *Ibídem*, pp. 419-420.

⁸ *Ibídem*, pp. 828-829.

Cabe recordar la bien sabida y documentada anécdota de cómo fueron eliminados por el propio Pedro los poemas de amor de la primera edición, en 1920, de la poesía de Salomé Ureña. Parece que Pedro Henríquez Ureña sentía particular alergia por el develamiento de intimidades y aplicaba con toda naturalidad la censura, sobre todo en cuanto a las mujeres de la familia.

Pero lo que me gustaría saber es ¿qué ocurrió en la vida de Camila en 1933 que la impelió a escribir el supuestamente primero de este breve manojito de poemas? ¿Por qué no siguió escribiendo más poesía? Acaso la severidad del juicio de su hermano mayor troncharía la inclinación poética, acaso pudor, acaso las exigencias de la cotidianidad, acaso exigencia... todo quedará ya entre las hipótesis sin respuestas.

De alguna manera, Camila siguió esos consejos de Pedro: que se sepa no escribió más versos, ni los hizo conocer, a pesar no solo de que consta que Max se los pidió para publicar en revistas prestigiosas, sino de que a Camila le sobraban oportunidades para ello; entre otras, ella fue codirectora de los primeros números de la revista *Lyceum*, publicación fundada en 1936 y órgano de la célebre institución femenina. Camila acató, pues, a Pedro, al menos en sus exhortaciones literarias, y también se hizo cargo de su sugerencia de anotar y fechar, sin alusiones «íntimas», y guardarlo todo... o, bueno, casi todo.

En la misma carta en que le desaconsejaba escribir versos, Pedro le celebraba los ensayos que consideraba de gran soltura en el estilo, aunque algo impersonales. Se lamenta de que no escriba más y de que, aunque tiene lo que llama *personalidad*, «esa personalidad se expresaría mejor en prosa».⁹ En otra carta, esta vez de 1939 le dice:

Tu conferencia *Feminismo* es admirable de severidad, de objetividad y de puntería. Certera en todos los blancos a que apunta. Es el primer trabajo tuyo que [es] de absoluto primer orden. Lo de Hostos, por ejemplo, es una buena tesis; pero en *Feminismo* hay originalidad en el planteo de las tesis y en la forma casi ruda de presentarlas. Aquí ha hecho sensación entre los pocos que la han leído.¹⁰

En la década de los 30, Camila Henríquez Ureña se ha involucrado de lleno en las luchas feministas. En 1935, organizó la Unión Nacional de Mujeres y en 1936 fue electa para una vicepresidencia. Bajo su gestión se organizó el III Congreso Nacional de Mujeres en Cuba, que habría de celebrarse en abril de 1939.¹¹ Entre las actividades de auspicio del Congreso, ofreció en el Lyceum, el 9 de marzo de 1939, sus ya famosas palabras sobre «La mujer y la cultura», de iluminada anticipación e inquietante vigencia:

⁹ *Ibidem*, p. 829.

¹⁰ *Ibidem*, p. 840.

¹¹ En 1941, Camila Henríquez Ureña también representaría a las profesoras en el Congreso de la Federación Internacional de Mujeres Universitarias, en los Estados Unidos.

El verdadero movimiento cultural femenino empieza cuando las excepciones dejan de parecerlo [...] Quizás las mujeres cubanas, por dedicarse con tanto entusiasmo a esa labor de propagación, no tengan ahora tiempo para la de concentración en el aislamiento que implica la creación de una gran obra personal en el arte o en la ciencia; pero están realizando una obra colectiva de inmensa trascendencia, en la que se suman sus esfuerzos a los de todas las mujeres americanas [...] En un momento de crisis no es fácil determinar la ruta de la verdad; pero a la mujer corresponde aceptar en esta lucha su responsabilidad [...] *La inferioridad mental de la mujer ha sido principalmente falta de libertad.*¹²

A Camila le tocó también pronunciar el discurso de apertura del Primer Congreso Nacional Femenino en La Habana, el 18 de abril de 1939:

Es cierto que la mujer cubana ha tenido siempre, aun en tiempos de la servidumbre que le imponían las antiguas costumbres, una personalidad más vigorosa que la mayoría de las mujeres de nuestra América. En la vida social, en la vida doméstica

y aun en la vida cultural, dentro del estrecho campo en que podía moverse, se ha conducido siempre con una altivez, con una dignidad que hicieron difíciles y raros en este país los casos extremos de abuso de autoridad sobre la mujer que en otros lugares solían ser hartos frecuentes. No es de extrañar, pues, que en el momento en que la mujer llega a la libertad, las cubanas tomen su puesto en la vanguardia.¹³

Su combativa e interiorizada postura feminista, fundamentada en conceptos más generales de la problemática de la especie humana, son relacionados con perspicacia en su discurso al Congreso donde describe que la característica de la mujer consciente, de ese entonces, era «la universalidad de la intención y el respeto a la individualidad», y que el feminismo cubano es «la demostración del grado de desarrollo que entre nosotras ha alcanzado la conciencia de la libertad».¹⁴ De este manera enfatiza Camila:

¹² Camila Henríquez Ureña, *Estudios y conferencias*, ob. cit., pp. 451, 453-454 y 455. (El énfasis es mío; m.y.q.).

¹³ Fondo Hen-C, n. 79. Supongo que inédito.

¹⁴ *Ibíd.*

Por esa misma universalidad, el Congreso ha querido hacer patente su imparcialidad. Se ha querido que aquí se oigan todas las voces, se exterioricen todas las ideas. No porque toda idea merezca subsistir y propagarse. Eso es una falacia. Hay ideas perjudiciales al bienestar que busca la humanidad. Pero aquí querríamos discutir las todas, para someterlas a la prueba de la verdad. Las ideas del mal pueden imponerse al mundo por la fuerza; pero no resisten al razonamiento. Quienes no osan discutir es porque no tienen confianza en la validez de sus principios; es porque no pueden creer en ellos sino en la oscuridad, en la ceguera [...] La mujer, esa mitad de la humanidad problemática, está buscando su conciencia. Se asoma —¡en gravísimo momento de la historia del mundo!— a la profundidad aún confusa de lo que llamamos *libertad*, libertad económica, libertad política, libertad cultural, libertad sexual, libertad moral: causa y efecto a la vez de todas las demás formas, esencia íntima de la libertad.¹⁵

Y termina diciendo: «Las mujeres cubanas, las mujeres hispanoamericanas que han venido a prestarnos su cooperación valiosa, estamos dispuestas a luchar por que se transforme en destino cumplido nuestra conciencia de la libertad».¹⁶

¹⁵ *Ibíd.*

¹⁶ *Ibíd.*

Camila Henríquez Ureña fue también una laboriosa colaboradora de una de las aventuras culturales más ricas de la primera mitad del siglo XX en Cuba: la Institución Hispanocubana de Cultura (IHC), fundada por el eminente sabio Fernando Ortiz. Apoyada fundamentalmente en la realización de conferencias, durante sus dos etapas (1926-1932 y 1936-1947), la IHC realizó una variadísima y desprejuiciada gestión intelectual, dentro del pensamiento más progresista y avanzado de su época, tiempos por demás complejos, no tan solo dentro del acontecer histórico cubano, sino del internacional. La divisa de su emblema advierte que ha de irse «Plus ultra», o sea *más allá*. De amplio registro, esta Institución previó tempranamente la gravedad de marginar a la mujer, de impedirle su plena incorporación a la cultura y, sin rodeos ni paternalismos, incorporó desde sus inicios la conciencia de la igualdad intelectual de mujeres y hombres.

En su texto sobre la Institución Hispanocubana de Cultura, así la describe Carlos del Toro González, que por su interés voy a reproducir *in extenso*:

Fue un gran paso de avance en esta época, en la lucha de la mujer por la igualdad de derechos con el hombre, el haber tenido acceso a la membresía activa de la Hispanocubana de Cultura, aun cuando ella perteneciera a las capas privilegiadas de la sociedad cubana. Apenas habían transcurrido pocos años de haberse celebrado el Primer y Segundo Congresos Nacionales de Mujeres de 1923 y 1925. Se mantenían ancestrales prejuicios y discriminaciones contra el sexo femenino y, por supuesto, esto se hacía extensivo a los intereses deportivos y culturales, cuyas prácticas no se concebían en sociedades mixtas. Así existían para el ejercicio femenino de las mismas, el Lawn Tennis Club desde 1913, la Sociedad Pro-Arte Musical creada en 1918 y el Lyceum, establecido en 1928. Ya desde su primer año, organizó una Comisión Asesora Femenina, entre cuyas integrantes estaban Pilar Morlón, Hortensia Lamar y Renée Méndez Capote (Pilar Morlón fue la presidenta de los dos congresos nacionales de mujeres [...] en los que participó activamente Hortensia Lamar. Renée Méndez Capote fue fundadora de la sociedad cultural femenina Lyceum Lawn Tennis Club en 1932).

La mujer cubana, española, latinoamericana e incluso norteamericana estuvo presente como conferencista, o fue tema de las intervenciones.¹⁷

Para comentar sobre la mujer durante la segunda etapa de la Institución Hispanocubana de Cultura, del Toro hace una lúcida distinción entre «participación» y «activismo femenino»:

Así [lo] hemos denominado expresamente [como activismo femenino] [...] para marcar una diferenciación con la [...] Primera Etapa, donde la mujer —como tema de conferencias o membresía— está presente o colabora eficazmente en el desenvolvimiento de la Hispanocubana. Ya al concluir esa fase inicial, la mujer cubana —perteneciente a la burguesía o a la clase media— tuvo representación en la Junta Directiva de la IHC. Así, para los años 1930-1931 ocupaban cargos de vocales: Pilar Morlón, Hortensia Lamar y Renée Méndez Capote.¹⁸

¹⁷ Tomado de Carlos del Toro González, *Fernando Ortiz y la Hispanocubana de Cultura*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 1996, p. 21.

¹⁸ Renée Méndez Capote (1901-1989) es una de las más conocidas escritoras cubanas, autora de *Memorias de una cubanita que nació con el siglo* (1964).

Las convulsiones socioeconómicas y políticas en la década del treinta incidieron profundamente en la situación del sexo femenino. No obstante la supervivencia de los tradicionales prejuicios y discriminaciones hacia la mujer, hubo un notable avance en el proceso liberador y de igualdad de los derechos civiles de la misma. Esto se hace evidente en la mayor intervención femenina en diversos campos de la sociedad. Por ejemplo, al fundarse la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC) —en enero de 1939— ocupó la Secretaría de Finanzas la dirigente sindical Teresa García —cubana y negra— en el Comité Ejecutivo Nacional. Mientras en 1940, Esperanza Sánchez Mastrapa, María Esther Villoch Leyva y Alicia Hernández Labarca fueron delegadas a la Asamblea Constituyente que elaboró una nueva Carta Magna para el país. Y en ese mismo año resultaron electas para el Senado: María Gómez y María Teresa Zayas, mientras Teresa Porro Hernández y Herminia Rodríguez Fernández ocuparon escaños en la Cámara de Representantes.¹⁹

Desde temprana fecha, y sobre todo después de haber alcanzado el derecho al voto en 1934, la mujer cubana estuvo presente como voz pública. Seguía dominando una hegemonía blanca y masculina, pero ya no se podía negar la comparecencia femenina. Continúa Del Toro:

A partir de 1936, en la Junta Directiva de la IHC, la mujer ocupa una y hasta dos de las Vicepresidencias de las cuatro existentes, así como otras responsabilidades. En 1940, Elena Mederos y Sarah Izalgué fueron vicepresidentas, mientras Conchita Fernández desempeñó la Administración de la IHC hasta agosto de 1944, fecha en que la asumió Celeste Marrero.²⁰

María Zambrano, Mirta Aguirre, Gabriela Mistral y, por supuesto, Camila Henríquez Ureña, entre otras destacadas intelectuales, impartieron durante esta segunda etapa de la Institución Hispanocubana de Cultura, variadas conferencias, no tan solo de temas literarios, sino también de carácter político y social. Fue el 25 de julio de 1939 la fecha en que Camila ofrecía sus luminosas y osadas ideas sobre la mujer en su disertación «El feminismo», que despertara el interés, e incluso los comentarios elogiosos de su hermano Pedro. Decía entonces Camila:

Cuando la mujer haya logrado su emancipación económica verdadera; cuando haya desaparecido por completo la situación que la obliga a prostituirse en el matrimonio de interés o en la venta pública de sus favores; cuando los prejuicios que pesan sobre su conducta sexual hayan sido destruidos por la decisión de cada mujer de manejar su vida; cuando las mujeres se hayan acostumbrado al ejercicio de la libertad y los varones hayan mejorado su detestable educación sexual; cuando se vivan días de nueva libertad y de paz, y a través de muchos tanteos se halle manera de fijar las nuevas bases de unión entre el hombre y la mujer, entonces se dirán palabras decisivas sobre esta compleja cuestión. Pero nosotros no oiremos esas palabras. La época que nos toca vivir es la de derribar barreras, de franquear obstáculos, de demoler para que se construya luego, en todos los aspectos, la vida de relación entre los seres humanos.²¹

¹⁹ Carlos del Toro González, ob. cit., pp. 44-45.

²⁰ *Ibidem*, p. 45.

²¹ Camila Henríquez Ureña, «Feminismo», *Estudios y conferencias*, ob. cit., p. 570.

Mirta Aguirre, quien recordaba muy bien esta etapa de confrontación y creación entre la intelectualidad habanera, contaba sobre Camila:

Su presencia se hizo sentir con intensidad. Poseía el don de, sin parecerlo, conseguir que los otros anduvieran por los caminos que ella trazaba; sabía trazar caminos y convencer de la justeza de ellos a cuantos la rodeaban [...] En días en que hervían en el país las contiendas feministas —derecho al voto, divorcio, lucha por igualdad de salarios con el hombre en iguales circunstancias de trabajo, etcétera— Camila Henríquez Ureña dedicó atención, en muchas ocasiones, a los problemas de la mujer y a su participación en el progreso cultural. Sus comentarios sobre Laura Mestre, sobre Delmira Agustini, sobre Gabriela Mistral, aun sobre la película «Lucía», su análisis de la presencia femenina en el género epistolar y en el movimiento romántico, son aquí [en la recopilación de sus conferencias] índice de ello. Sin animosidades antimasculinas, inconcebibles, sin parcialidades en las que su equilibrada inteligencia no podía incurrir, nunca rehuyó Camila Henríquez el combate en favor de la emancipación femenina, sin miedo a las salpicaduras de

ridículo que fácilmente recibían, en el pasado, quienes se lanzaban a él. Cuantas veces lo creyó oportuno o se necesitó, se mezcló en la contienda.

Eso se vio muy claro cuando, en vísperas de la Asamblea Constituyente de 1940, y como un medio de conseguir que la nueva Carta Magna hiciera justicia a las aspiraciones de nuestras mujeres, el Partido Socialista Popular y la antigua Federación Democrática de Mujeres Cubanas consideraron oportuno la celebración del III Congreso Nacional Femenino. Muy a sabiendas de que la iniciativa partía de «rojos» y de una organización femenina tachada de lo mismo, Camila Henríquez Ureña prestó de inmediato su nombre a la Comisión Organizadora del Congreso, a fin de propiciar que este pudiera alcanzar los objetivos con el apoyo de lo que por aquellos días se llamaba un «frente único» de gran amplitud.

De esa coyuntura data «Feminismo», probablemente el trabajo más profundo, de mayores aspiraciones de rigor histórico, que hasta entonces se hubiera hecho en Cuba sobre el tema. Hay que pensar que gran parte de lo que hoy nos resulta familiar y sabido no lo era, ni mucho menos, hace más de cuarenta años.²²

²² Mirta Aguirre, «Prólogo» a *Estudios y conferencias*, ob. cit., pp. 7, 9-10.

En la vedadense esquina de Calzada y 8 estaba la sociedad femenina conocida como *Lyceum*, fundada en 1928, de su fusión con el club deportivo y social, Lawn Tennis Club.²³ En sus principios, el local del Lyceum y Lawn Tennis Club estaba también en el Vedado, en la calle B, cerca de Línea, para finalmente encontrar su ubicación definitiva en un edificio diseñado por una mujer, la arquitecta Lilian Mederos. Allí, en Calzada y 8, se reunían las liceístas, y de hecho buena parte de la vanguardia artística e intelectual que residía o transitaba por Cuba. El salón de actos tenía cabida para cerca de doscientas personas. La vocalía de Conferencias, en su propósito de difusión cultural, programaba charlas acerca de diversos temas de las ramas del saber y problemas contemporáneos de interés para las liceístas y el público que asistía. Junto a las conferencias, se celebraban sesiones de cine, exposiciones de arte y conciertos organizados por la Vocalía de Música. El lugar más distinguido del Lyceum era su Biblioteca, con una de las pocas colecciones juveniles de ese entonces en Cuba. En un momento llegó a reunir más de diecisiete mil volúmenes. También podía disfrutarse de una discoteca, participar en concursos, asistir a una Escuela Nocturna, u otros cursos organizados por la vocalía de Clases, en sus aulas de idiomas, secretariado, artes manuales, decoración interior. Había un gimnasio que a veces también era sala de ballet. Anualmente celebraban el Día del Libro. En el Salón de Socias, se reunían simplemente o conversaban sobre los artistas jóvenes cubanos, lo mejor del arte y la literatura contemporánea, la filosofía y también sobre los problemas que azotaban a la humanidad; no en vano el Lyceum también desplegaba una vida activa de socorro y asistencia social.

²³ El Lyceum se prolongó hasta una fecha indeterminada entre el año 1960 y 1961 cuando lamentablemente fue clausurado. Parece que sus archivos andan extraviados.

Sobre esta institución cuenta la profesora Rosario Novoa, una de las más aguerridas navegantes de aquella travesía única en la historia de la cultura y la mujer cubana durante el siglo pasado:

Yo impartí muchas charlas en el Lyceum que seguía siendo el baluarte de la gente más progresista. Muchas de esas conferencias se reproducían en la revista que editaba el Lyceum. Había allí también una biblioteca pública, fue la primera que

tuvo el Vedado, que se abría de noche como escuela pública, superación para las trabajadoras como una iniciativa provechosa del Lyceum.

El Lyceum tenía una situación económica muy crítica, la cuota de socio era solo de dos pesos y lo que se reunía era realmente muy poco dinero, así no se podía sostener una institución como aquella que además organizaba clases de idiomas, mecanografía, taquigrafía, distintas cosas que ayudaron a mucha gente en su oportunidad. La actividad del Lyceum era constante y no alcanzaba el dinero, entonces un grupo de muchachas con más posibilidades, que tenían una sociedad dentro de un club, dentro del Vedado Tennis ellas tenían el Lawn Tennis Club que era para mujeres, lawn quiere decir césped, de modo que esa asociación de muchachas que no tenían dónde hacer nada, decidieron colaborar, nos daban el dinero, ayudaron a fabricar el edificio de Calzada y 8, pero hubo que cambiarle el nombre al Lyceum y ponerle una cosa muy extraña, Lyceum Lawn Tennis Club. Vicentina Antuña fue presidenta del Lyceum, yo fui secretaria de Correspondencia un tiempo.²⁴

Las insignias de la sociedad eran la palabra *Lyceum* dibujada en blanco sobre fondo verde, y el monograma *LTC* sobre fondo azul marino. La presidencia, elegida libremente por las socias, era colegiada, de tres personas, cada una de las cuales fungía como presidenta por ocho meses, y se hacían elecciones cada dos años —Camila Henríquez Ureña fue una de estas presidentas. En sus estatutos se exaltaba como objetivo elevar el espíritu de la mujer a partir de actividades de orden cultural, social y deportivo. Su revista, órgano oficial de la sociedad, era trimestral²⁵ y allí se publicaban, entre muchos materiales de tipo cultural, benéfico y social, las conferencias impartidas en sus salones. Una de sus primeras directoras fue la propia Camila Henríquez Ureña.

²⁴ «Testimonio de Rosario Novoa», tomado de Mirta Yáñez, *Una memoria de elefante*, Editora Abril, La Habana, 1991, pp. 85-86.

²⁵ La revista *Lyceum* surge en 1936, cesa por un tiempo en 1939, para reaparecer en 1949 hasta su extinción en 1961.

Entre la papelería y recuerdos conservados por Camila se encuentran varios programas del Lyceum Lawn Tennis Club. En ellos se puede apreciar el sinnúmero de actividades culturales, benéficas, de entretenimiento, de estudio y fomento de becas, y entre otros avatares, una agitada vida social. Los caballeros intelectuales de la época colaboraban en buen número, no tenían a menos ser partícipes de una organización de mujeres, muchas de ellas, como la propia Camila, militantes distinguidas y orgullosas del movimiento feminista cubano.

María Luisa Rodríguez Columbié, quien también presidiera en algún momento el Lyceum, una de las pedagogas más activas de la historia de la educación cubana, atesora la memoria de lo que fue esa institución:

En el 1929 se funda el Lyceum. Berta Arocena fue la presidenta este primer año. Berta era una mujer muy inteligente, una mujer muy fina, muy delicada, fue una de las iniciadoras de este proyecto del Lyceum. Allí siempre nos consideramos iguales, la mujer igual que el hombre, que la mujer puede hacer mucho y además fundamentalmente ayudar a desarrollar a las mujeres, eso era fundamental, es decir, devolverle a la sociedad lo que se le debía. Y los derechos de la mujer, claro, la mujer tenía sus derechos, la mujer era un ser igual al hombre, en el sentido de que tenían sus derechos y donde no estuvieran esos derechos había que luchar por ellos, eso sí, naturalmente. Cuando ya yo vine a estudiar aquí a La Habana, se produce el Congreso Femenino del 39, yo estuve en ese congreso. Y es que el Lyceum hizo

tantas cosas: por ejemplo, en el año 1953, por el centenario de Martí hicimos una campaña de alfabetización, fue grande, se hizo un curso para alfabetizadores. Era una manera de homenajear a Martí, haciendo algo a favor de la cultura que eso era para él lo más importante que se le podía hacer a los pueblos, que se le podía donar a los pueblos, entonces nosotras ese año pues tratamos de hacer algo. Por ese entonces, la sociedad Nuestro Tiempo y el Lyceum eran las dos puntas de la cultura de este país.

Muchísima gente se alfabetizó, en La Habana, por supuesto, no teníamos poder para hacer esas cosas más allá, aunque el Lyceum se extendió a Camagüey, se extendió a Santiago de Cuba... Mira, este es el programa del Lyceum, aquí está el programa de asistencia social, por ejemplo, que la asistencia social era una cosa muy, pero muy interesante, cómo hay un «usted puede hacer algo», hay donativos, el ropero, la fiesta del Día de Reyes, todo era una cosa tremenda, la cantidad de cosas que se hacían, la biblioteca. Hay una actividad que era la más grande que se hacía en el Lyceum, que era la «Exposición de flores», era precioso, allí había una cantidad de gente que hacían maravillas con las flores, se reunía dinero. ¿Para qué era ese dinero? Para asistencia social y para la biblioteca, eran las dos cosas fundamentales a lo que se destinaba esa cantidad de dinero, todo se invertía en libros. También se hacían muchos cursos. Cursos regulares para los años escolares, cursos académicos, cursos domésticos, porque además había clases de cocina, clases de bordado, clases de música... y después venían las conferencias, Medardo Vitier con Teoría de la Literatura, Teoría del Estado, de nuevo Medardo, porque estos eran unos cursos donde había varias conferencias de Medardo Vitier, los hombres se volvían locos por ir allá, Mañach era delirio, Jorge Mañach, Juan Marinello, todo lo que valía intelectualmente pasaba por allá. Una vez vino Rafael Alberti, y María Teresa, la mujer, también. Yo fui la que hice la presentación; Gustavo Pittaluga, un médico español que se refugió en Cuba después de la guerra, y él iba al Lyceum siempre. Nosotras teníamos una cafetería muy buena, María Dolores que se llamaba la que atendía la cafetería era una dulcera pero de esas fantásticas y allí había exquisiteces, entonces Pittaluga iba con la mujer y merendaban allí y conversaban... Gustavo Pittaluga hizo un libro que se llama Diálogo sobre el destino, y él dice que ese libro lo hizo conversando con las mujeres del Lyceum. Y mira este curso: Introducción a la Filosofía, a cargo de María Zambrano... Cuando venían a Cuba, ellos venían encantados de venir para el Lyceum porque era ya el prestigio de la sociedad... tenía prestigio... mucho prestigio.

Camila Henríquez Ureña fue no solo fundadora, presidenta electa y directiva del Lyceum, sino una de las principales colaboradoras de su revista, y conferencista. A pesar de que durante la década de los 40 y los 50 vivía durante todo el período escolar en los Estados Unidos, no dejó de colaborar con él. Siguió dando conferencias e impartiendo cursos. Entre sus diversas conferencias, los temas femeninos y literarios tenían una presencia privilegiada, pero también otros asuntos más arduos, como la charla impartida ante la Asociación de Maestros, sin fecha en el manuscrito, pero fácilmente presumible: «El educador de hoy frente a la cuestión de la guerra y la paz del mundo».²⁶ En 1935, ofreció en el Lyceum un curso de 24 lecciones sobre «Apreciación literaria»²⁷ que después fue repasado por estudiantes de diversos niveles y épocas. Sobre el tema de la mujer impartió ocho lecciones sobre «Mujeres en la Colonia», en 1952.²⁸ Entre los tantos cursos de Camila en el Lyceum, me despierta especial interés uno sobre «Lectura expresiva» (quince lecciones, martes y viernes de 4:30 a 5:30, gracias a la cuota mensual de un peso), clases que mucho deben haber apreciado sus asistentes dada

la extraordinaria habilidad que poseía Camila para leer en voz alta. En uno de los epígrafes del programa del curso se lee: «Conferencia VI - El *efecto* en la lectura. Calidad emocional».²⁹

²⁶ Fondo Hen-C, n. 32.

²⁷ *Ibíd.*, n. 90-112.

²⁸ *Ibíd.*, n. 122-129. La relación de sus ensayos y conferencias es de una sorprendente variedad; pero independiente del extraordinario interés literario de todos, quisiera realzar algunas conferencias por el sitio donde fueron dictadas o por el tema: «El aprendizaje de la literatura», pronunciada en la Casa de Beneficencia, en 1936; «Conferencia sobre la paz», del año 1939; «Discurso en la Asociación de Mujeres Universitarias», Buenos Aires, mayo de 1941; «Discurso en la sesión de clausura de la Primera Reunión Interamericana del Caribe», 1939, cuando asistió como representante de la Universidad de Santo Domingo; inauguración de la Biblioteca de la Cárcel de Mujeres de Guanabacoa en febrero de 1936, donde expuso ante las presas la importancia del libro en la educación del ser humano; conferencia «Women in Spanish American Culture» [«La mujer en la cultura hispanoamericana»], impartida en marzo de 1942 en el Instituto Hispanoamericano de la Universidad de Miami y, en abril del mismo año, «La mujer en las letras hispanoamericanas», en la Casa Hispana de la Universidad de Columbia; «Evolución de la cultura cubana», conferencia ofrecida en la Universidad Alejandro Korn, de Argentina; presentación de Gabriela Mistral en La Habana, en 1938, publicada en la revista *Ultra*. Véase Marcia Castillo, *ob cit.*

²⁹ Fondo Hen-C, n. 686.

Muchos de los aspectos abordados en la década de los años 30 por Camila Henríquez Ureña, siguen asombrando por su vigencia y lacerante actualidad.³⁰ Se pudiera seguir suscribiendo, en los inicios del siglo XXI, sus argumentos acerca de la necesidad de reconocer un espacio para la mujer:

La mujer de hoy, en su mayoría, está de vuelta del antiguo concepto de feminismo que significó (fenómeno natural, pero pasajero) antagonismo hacia el hombre. Si siguen organizando *congresos* y *asociaciones* privativas de su sexo, es con el fin de organizar las actividades femeninas aún no encauzadas».³¹

Su visión acerca de la situación de la mujer, desde una postura feminista nada vergonzante, sigue siendo en la actualidad un modelo de cordura e incisividad: «No podemos pretender seguir a través de la vida con fórmulas de sustitución. Tenemos que hallar nuestra fórmula de realización».³²

María Zambrano, en una carta del 9 de noviembre de 1952, después de oírle una conferencia, le escribe a Camila acerca de «la maravillosa impresión que me causó su trabajo [...] Y qué bien hace en exhumar y dar a conocer la historia de la mujer en estas tierras».³³

³⁰ Muchas fueron las conferencias y algunas permanecen inéditas, no estaría de más conformar un volumen con los textos de Camila Henríquez Ureña sobre el tema de la mujer.

³¹ Fondo Hen-C, n. 9.

³² *Ibíd.*, n. 18.

³³ *Ibíd.*, n. 422.

En 1935, Camila Henríquez Ureña estuvo presa en la Cárcel de Mujeres, de Guanabacoa. Después de la caída del dictador Gerardo Machado, el ambiente estaba muy caldeado en Cuba. El encarcelamiento de Camila y los detalles en torno a tan inusitada situación era una de las tantas anécdotas que solía contar Mirta Aguirre. Ninguno de nosotros, los alumnos, podíamos siquiera imaginar la circunstancia de la doctora Camila detenida como una vulgar delincuente; pero Mirta Aguirre lo contaba a guisa de muestra de cómo la venerada profesora no perdía su majestad ni su calma,

incluso en tan cruento trance. Recuerdo que a la doctora Aguirre —«la vieja», por antonomasia se le decía así a la doctora Aguirre a sus espaldas, sin que ello mermara su autoridad o el pavor que muchos sentían ante ella, quien a la sazón tendría apenas alrededor de cincuenta y cinco años— se le saltaban las lágrimas de tanto reírse al evocar la manera en que, sin rebajar un ápice su augusta presencia, a Camila le sobraban como dos palmos de piernas en el precario camastro donde se vio obligada a dormir por varios días. El pretexto para el encarcelamiento de un buen número de mujeres, entre ellas también Carolina Poncet, surgió a consecuencia de que las del Lyceum, entre otros intelectuales de la época, fueron a dar la bienvenida a un grupo de escritores norteamericanos que llegaron a visitar La Habana, y para la policía todo aquello que oliese a «rojos revoltosos» debía ser rápidamente reprimido.

Vicentina Antuña, colega y amiga de tanto tiempo de Camila y Mirta, rememora aquellos sucesos:

Por esa misma época ocurrió un incidente en la vida de Camila que no quiero pasar por alto, porque se enlaza con uno de los aspectos menos divulgados de su actuación pública. Con motivo de la visita a Cuba del conocido dramaturgo, entonces comunista, Clifford Odets, una comisión de artistas y de hombres y mujeres de izquierda acudió al muelle a darle la bienvenida. Entre las liceístas que formaban parte de la comisión, estaba Camila. La persecución ideológica, desenfadada por aquellas fechas, hizo que se detuviera, con amplio despliegue de fuerzas policíacas, a las integrantes de la comisión. Camila y sus compañeras de comisión fueron enviadas a la Cárcel de Guanabacoa, donde existía ya un numeroso contingente de presas políticas. Ella, por supuesto, no perdió en ningún momento la serenidad y el buen humor y, por compañeras que compartieron con ella los diez o quince días que duró su encierro, conocemos lo que significó para todas su digno porte, su disciplina moral y su adaptabilidad a las penosas condiciones de la prisión. Charo Guillaume me ha contado cómo, al llegar aquel nuevo grupo de mujeres, hubo necesidad de improvisar incómodos catres para ellas, pues todas las camas disponibles estaban ya ocupadas por reclusas, y cómo Camila, que, por su elevada estatura, apenas cabía en el catre que se le asignó, se negó de plano a aceptar el ofrecimiento de Charo y de otras compañeras de cederle su cama. Maestra fue allí también y no solo por el ejemplo de su conducta personal, sino por su preocupación por elevar el nivel de convivencia de aquel disímil grupo de mujeres entre las que había obreras, estudiantes, profesionales y políticas de muy variadas culturas e ideologías. Cada noche se reunían a su alrededor para disfrutar de sus amenas pláticas, pues era una conversadora insuperable, y para oírla leer y comentar, con aquel arte exquisito que solo en ella hemos conocido, alguna obra de contenido literario o político social, porque «diariamente», les decía, «hay que leer un libro». Y fue así tan eficaz su predica y su ejemplo, que, liberada ella, continuaron esta práctica las reclusas; «seguimos yendo después a la escuela», me decía una, con mucha gracia.³⁴

³⁴ Vicentina Antuña, «Camila Henríquez Ureña In Memoriam», *Casa de las Américas*, a. XIV, n. 84, La Habana, mayo-junio de 1974, pp. 98-99.

¿De dónde sacaba Camila el tiempo para emprender empresas tan diversas? Además de su luchas en el feminismo combativo, de su vinculación estrecha con las instituciones culturales de la época, de sus jefaturas al mando de revistas y directivas, de sus aficiones y de su trabajo como maestra, Camila Henríquez Ureña acometía con energía otras tareas.

Corría el año de 1932, la llamada «Universidad del Aire» transmisión cultural de la popular emisora *Mil-Diez*, entraba en todos los hogares cubanos donde hubiera un aparato de radio y un oyente dispuesto. La vocación de expandir los conocimientos universitarios a todos los cubanos tuvo en este proyecto una entusiasta acogida entre los intelectuales de la época, que de inmediato se pusieron a la tarea de elaborar conferencias para el espacio radial.

Entre los radioyentes —por cierto, un público muy aficionado al invento de la radiodifusión, en un país donde nacieran los folletines radiales—, la extraordinaria idea de organizar una universidad que llegara a través del *éter* pegó enseguida. Pero a esta bien llamada «Universidad del Aire», no se la llevó el viento. Tanto de la primera etapa, breve e intensa a todo lo largo del año 1932, como de la segunda, entre 1949 y 1952, salieron sendas colecciones de textos: los *Cuadernos de la Universidad del Aire* y *Cuadernos de la Universidad del Aire del Circuito CMQ*.³⁵

³⁵ El conocido intelectual cubano Jorge Mañach fue el principal promotor de la Universidad del Aire: «Bajo tal denominación fue creada en 1932 esta institución que tuvo como finalidad difundir la cultura por medio de la radio, para así despertar el interés sobre diversos temas: políticos, literarios, sociales, históricos. Las disertaciones fueron ofrecidas dos veces a la semana por la emisora CMBZ —más conocida por 1010— y posteriormente por la CMQ», en *Diccionario de la Literatura Cubana*, t. II, Instituto de Literatura y Lingüística, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1984, p. 1055.

Sobre esa experiencia recuerda Rosario Novoa:

*La «Universidad del Aire» fue una empresa que tuvo bastante repercusión. Su primera etapa fue a través de las emisiones radiales, y el público podía hacer consultas a la emisora. A finales de la década de los 40 empezó a funcionar de nuevo en un local, con público presente, y se lanzaba al aire en vivo. Los conferencistas tenían que escribir unas pequeñas charlas que duraban poco tiempo, unas diez o doce cuartillas, se leían y luego quedaba abierto el debate con el público presente. La «Universidad del Aire» cumplió un papel muy importante en la divulgación de temas culturales. Ahí participó mucha gente. Luego las conferencias se publicaban en forma de folleto. Todo aquello fue una experiencia muy abierta, que se tomó por sus participantes con extraordinario calor, fue una empresa que resultó muy útil.*³⁶

«Universidad del Aire», qué nombre tan bien puesto y qué intención tan generosa. Mi mamá me contaba que a través del pantagruélico aparato de radio, entre las noticias del omnipresente *Radio Reloj*, las transmisiones de los juegos de pelota entre el *Habana* y el *Almendares*, y las aventuras de Leonardo Moncada o de Los tres Villalobos, entraban en «el aire» de la casa de mi abuela, las voces de Rosario Novoa, Fernando Ortiz, Vicentina Antuña, José María Chacón y Calvo, Emilio Roig de Leuchsenring, y, entre otros más, también Camila Henríquez Ureña.

«Los valores literarios de Cuba en la cultura hispánica» fue el tema seleccionado por Camila para una de estas charlas, en la emisión del 17 de septiembre de 1950.³⁷ En este exhaustivo recuento, y al comentar sobre el permanente tema de su interés —la literatura femenina—, en específico dentro de la poesía del siglo XIX, afirmaba con contundencia: «Nos parece importante señalar la amplitud de ese movimiento [el de la poesía femenina en Cuba] y la gran libertad de expresión que alcanza en él el alma femenina, la mayor que puede encontrarse en el mundo hispánico antes del siglo XX.»³⁸

³⁶ Mirta Yáñez, ob cit.

³⁷ Publicada originalmente en *Cuadernos de la Universidad del Aire del Circuito CMQ*, 4º curso, no. 22, La Habana, 1959, pp. 47-63, y posteriormente en Camila Henríquez Ureña, *Estudios y conferencias*, ob. cit., pp. 13-29.

³⁸ *Ibíd.*, p. 23. (El énfasis es mío, m.y.q.).

Entre 1937 y 1939, el poeta español Juan Ramón Jiménez y su esposa, Zenobia Camprubí, su excepcional compañera que brillaba con luz propia, pasaron una parte de su vida de definitivo exilio en Cuba. La amistad con Camila comenzó en La Habana donde la pareja se alojaba en el céntrico Hotel Vedado, continuaría después en los Estados Unidos a donde se mudarían los Jiménez, y seguiría, por carta y fugaces encuentros cuando ambos, Juan Ramón y Zenobia, terminaban sus días en la isla de Puerto Rico. Allí, en 1955, el célebre y angustiado autor de *Platero y yo* donó los libros de su biblioteca a la Universidad de Puerto Rico, que acogió no solo sus libros, sino al propio escritor, quien tuvo en uno de sus salones un sitio tranquilo que lo aliviara de esa sensación de falta de tierra firme. Allí se creó posteriormente la Sala «Zenobia y Juan Ramón Jiménez», estancia de consulta y museo.³⁹

³⁹ Quiero hacer expreso mi agradecimiento a quienes tan amorosamente cuidan de la Sala y sus archivos, donde pude leer originales de la correspondencia intercambiada entre Camila y los Jiménez. Siguiendo el reglamento de la Sala, no tomé notas, las citas pertenecen al Fondo cubano, así como al *Diario I. Cuba (1937-1939)*, de Zenobia Camprubí, Alianza Editorial, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1991.

Numerosas referencias a aquellas inefables conferencias de Camila en el Lyceum, y a sus visitas, que eran tan apreciadas por el matrimonio, aparecen en el *Diario* de Zenobia Camprubí. Casi siempre Camila va de visita acompañada de sus amigas, «las Lavedán», Amalia y Leonor, en especial esta última, a quien llamaban Coca: «Anoche Camila y Leonor vinieron a cenar. Un antídoto para la noche anterior»,⁴⁰ que parece haber sido pésima para Zenobia. «Las Lavedán» tenían una tercera hermana, Hortensia, quien era administradora de la Institución Hispanocubana de Cultura. Las tres, junto con Camila y Zenobia, que se incorporó al grupo, eran continuas animadoras del Lyceum.

La vida social de la pareja de Juan Ramón y Zenobia tenía sus altas y sus bajas, pero el gusto de tratar a Camila se mantenía incólume, como se reitera en varias páginas del *Diario*. El 3 de noviembre de 1937 escribe Zenobia:

Coca y Amalia vinieron a comer para despedirse de Camila, pues ella pospuso el viaje un día más, y al fin decidió quedarse hasta el lunes. Camila se lleva muy bien con J. R. y la conversación nunca es aburrida, además es una persona tan encantadora y cultivada que siempre es interesante oírles hablar. Me gustaría que encontrara trabajo en Europa, donde podría tener más oportunidades de llevar una vida interesante y encontrar gente que apreciara lo que ella vale.⁴¹

⁴⁰ Zenobia Camprubí, *ob. cit.*, p. 23.

⁴¹ *Ibíd.*, p. 120.

El 24 de agosto de 1937 se encontraron en Varadero, y así lo recuerda Zenobia:

Es cierto lo que se dice de ese lugar. Paramos en una casa inglesa grande y nos reunimos con Camila y Leonor. Hacía tiempo que quería ir y había perdido la esperanza de hacer ir a J.R., así que me aproveché de que una amiga de Camila iba a parar en este hotel para visitarle brevemente o más bien para ver a Varadero alojada con la agradable compañía.⁴²

Dos fragmentos de Juan Ramón y Zenobia, entre informaciones y otras cotidianidades de las cartas, son comentarios muy personales e ilustrativos de cómo la pareja distinguía a Camila; por cierto, también por su propio valer y no por el aura

sagrada de su familia. Dice Juan Ramón, en su letra infernal: «no quiero creer que esté usted enferma, no es posible usted tan [ilegible en el original] y equilibrada». Por su parte, en esa carta de agosto de 1955, Zenobia le escribe: «Querida Camila: no sé cómo andamos de correspondencia, ni quién tiene la culpa de que se haya estancado lo que empezó con una carta tan magnífica de usted».⁴³

⁴² *Ibíd.*, p. 85.

⁴³ Fondo Hen-C, n. 344.

Con independencia del fervor intelectual que existía en La Habana durante los años 30, a Juan Ramón y Camila los unió la preparación de una especie de anuario, luego célebre antología, cuya intención era calibrar el pulso de la poesía que se estaba haciendo en Cuba en esos momentos. Auspiciado por la Institución Hispanocubana de Cultura, se convocó a una presentación de obras poéticas ante un jurado de lujo: Juan Ramón Jiménez, José María Chacón y Calvo y Camila Henríquez Ureña, en un Festival de Poesía que se celebró el 14 de febrero de 1937. El resultado de esta empresa fue el famoso volumen, con prólogo del poeta español, *La poesía cubana en 1936*, publicado en La Habana en 1937.

Me tomo la libertad de la suspicacia y barrunto que la nutrida presencia de poetisas en esa antología, entre quienes se encuentran Dulce María Loynaz y Serafina Núñez, no le debe poco a la voz y al voto de Camila. En varias referencias de su *Diario*, Zenobia hace menciones a este memorable trabajo. El 31 de marzo de 1937 indica: «Por la noche visitamos a Camila para leer el prólogo de *La poesía cubana en 1936*».⁴⁴

Otras anotaciones del *Diario* de Zenobia Camprubí entregan aristas de la manera de ser de Camila, más allá de la conocida imagen de ilustre académica: Zenobia cuenta que durante un almuerzo en un Club, «Camila, Leonor, Josefina y Teresa se fueron a escape de la mesa presidencial».⁴⁵ Y esta otra: «Camila vino a cenar —como de costumbre, tarde».⁴⁶

⁴⁴ Zenobia Camprubí, *ob. cit.*, p. 20.

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 137 (anotación del 30 de diciembre de 1937).

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 309 (anotación del 4 de diciembre de 1938).

¿De dónde sacaba Camila energía y tiempo para todo?, una se lo sigue preguntando ante la diversidad de intereses, la pasión y profundidad que ponía en cada una de sus acciones. Se conserva el programa del Recital de Carmina Benguría, realizado en el Anfiteatro de La Habana, en 1939, donde la gran Dama no tiene a menos escribir las palabras de presentación. Y estas palabras, «La interpretación del poema»,⁴⁷ se convierten por obra y gracia de Camila en una apretada y deliciosa disertación sobre el arte de decir poesía en voz alta y, de paso, sobre algo más que incumbía no solo al espectáculo, sino a aspectos mucho más sustanciosos de la vida humana:

Bajo el hechizo musical de Carmina Benguría [...] en mi espíritu se precisaba en esperanza el anhelo de que en el mundo vuelva a reinar el clima poético y ese estado del espíritu colectivo que fue en el ayer inolvidable, un «estado de poesía».⁴⁸

Eran los fecundos años 30, y efectivamente eran convulsos, y no propicios a un estado de poesía, pero el espíritu colectivo de que hablaba Camila, como la raíz de su poema, era un pedestal de vital belleza.

⁴⁷ Fondo Hen-C, n. 590.

⁴⁸ *Ibíd.*, n. 590.

Soneto a Camila

Si ya nuestro país con su miraje
ha colmado la sed de tu pupila,
bien está que te alejes, oh Camila,
y busques a tu afán nuevo paisaje.

Mas quisiera decirte sin ambaje
y en lengua fiel que la verdad destila,
que la tierra fraterna que te asila,
deplora ya el designio de tu viaje.

Uno es el mundo y vana la apariencia
que las tierras y cielos multiplica
en giradora gama lisonjera.

Viajas, sí, mas nos queda tu presencia
inmóvil en un punto. Allí se ubica
nuestra amistad perfecta y verdadera.¹

¹ Poema inédito, obsequiado en México a Camila Henríquez Ureña, suscrito por varias firmas ilegibles y con fecha 11 de septiembre de 1947, Fondo Hen-C, n. 673.

VI Nuevos paisajes

En una fotografía dañada por el tiempo, Camila sonrío. Está de pie, con un vestido sin cuello y de manguitas cortas, la tela cae suave, la mano se apoya en el respaldo de una silla de madera. El rostro sigue siendo de líneas muy armónicas, el cuello largo, el pelo parece tener un corte con una melena o recogido detrás, no se aprecia bien. La mirada se dirige directamente a la cámara, como siempre sigue siendo soñadora. Una mujer hermosa y dueña de sí misma.

En diversas ocasiones ha sido citada la parca respuesta de Camila Henríquez Ureña ante un cuestionario que debía llenar para un trámite universitario. Cuando se le pregunta por qué tenía pasaporte, ella simplemente responde: «Tenía costumbre de viajar»,¹ pocas palabras que esconden quizás cierta nostalgia, un poco de sorna; en todo caso, mucha reticencia.

¹ Fondo Hen-C, n. 664.

En 1941 ha empezado el largo periplo. De esa época data una tarjetica de presentación: Miss Camila Henríquez. Durante el año 1940, Camila trabajó como maestra, por un curso, en el Instituto de Matanzas, en tanto seguía con sus labores de

vicepresidenta del Lyceum. En 1941 asiste como delegada a la conferencia de la General Federation of University Women [Federación Internacional de Mujeres Universitarias], en los Estados Unidos. Será en este país donde habría de pasar la mayor parte del tiempo en los próximos veinte años.

Pero antes de aceptar la cátedra de literatura en los centros académicos del país del norte, emprende un recorrido por Hispanoamérica: Panamá, Ecuador, Perú, Chile, México y naturalmente, Argentina, donde vive el hermano Pedro con su familia.

Camila no ha olvidado aquel consejo de Pedro, y anota sus impresiones de viajera. Por fortuna, se han conservado algunos de estos Diarios de viaje. La mayoría de sus páginas mantiene una expresión sobria, externa, pulcramente detallista del mundo de los objetos; en algunas se asoman breves impresiones levemente personales, alusiones a gentes; en otras, las menos, se descubre con fugacidad y discreción el corazón desnudo. Los primeros apuntes de peregrinaje se remontan a su juventud, a los recuerdos de aquellas travesías a Europa. En la presentación a las Notas de viajes de Camila, la investigadora Zaida Capote opina:

Los textos que componen este peculiar itinerario de viaje son desiguales. No solo por su escritura, distante en la geografía y en el tiempo, sino porque cada uno de esos lugares por los que pasó Camila dejó en ella una impresión distinta, que provocó escrituras diferentes. Por eso es necesaria la lectura superpuesta de estos documentos y su análisis comparativo. Lo que domina uno de los segmentos no estará siquiera presente en otro y el tono de cada uno guardará estrecha relación con el episodio, el paisaje o la cultura descritos y, por supuesto, con la huella que estos hayan impreso en quien escribe.

El primero de los diarios de viaje [...] consigna su recorrido por las principales ciudades italianas en marzo de 1922, en compañía de Guarina y Leonardo.² Quizás por la juventud de Camila —quien contaba apenas 27 años— o por la imponente saga clásica de la cultura italiana, estas páginas carecen del encanto de las posteriores y ofrecen, en cambio, una rigurosa evaluación de los valores artísticos de cada una de las obras admiradas y lugares visitados. Más contenidas, en ellas cada palabra está en su justo lugar y la autora no se permite, salvo en raras ocasiones, poner por escrito sus emociones ante la maravilla que vive. Describe prolijamente los itinerarios, incluso dentro de cada una de las ciudades que visita, y enumera las acciones de cada día con un detallismo y una distancia que dan una sensación de frialdad difícilmente compatible con su carácter.

En Italia, la abundancia de referencias culturales y la magnitud de lo que [ve] la obligan a establecer su propia selección. Su resumen de cuadros y estatuas *remarqués* al final de cada visita nos indica su necesidad de hacer constar sus juicios críticos; pero la acumulación de esos juicios dan al texto una rigidez de guía turística que no se repetirá en ninguno de los otros reportes de viaje.³

² Es posible suponer que existan otros Diarios de Camila Henríquez Ureña en posesión de personas que no los han dado a conocer todavía.

³ Zaida Capote, «Presentación», en Camila Henríquez Ureña, *Diarios de viaje*, Instituto de Literatura y Lingüística, Academia de Ciencias, La Habana, y Comisión Organizadora Permanente de la Feria Nacional del Libro, Santo Domingo, 1994, pp. 12-14.

En realidad, no creo que se trate de la juventud de Camila, ni siquiera del deslumbramiento ante la desmesura de la belleza, ambos evidentes. Creo que estaba ajustando la imagen escrita a la visión exacta para preservar ambos para el recuerdo. Nada de interferencias emocionales, Camila quiere conservar el registro periodístico de

su viaje, pues no necesita nada más por el momento. ¡Cuidado! Camila era una mujer pasional, pero podía ser de hielo. Es el severo autocontrol que exige su apellido. Pedro lo dice con claridad: nada íntimo. Sus «análisis artísticos» responden a sus ansias de aprendizaje, de sumar conocimientos, no se trata de meras descripciones turísticas, todo lo contrario, es una maestra que aprende y quiere conservar lo aprendido para volverlo a enseñar, o simplemente preservarlo en la memoria, para al cabo de los años volver a releer esas notas y decir «estuve aquí» y «vi esto». Pero estos primeros Diarios conmueven, efectivamente, por su pretensión de no conmovir. Se trata de la descripción maravillada y culta de su paseo por los tesoros culturales de la vieja Europa. Quiero suponer que la narración va también dirigida a alguien que ha quedado atrás. En las páginas del Diario del viaje a Europa, Camila anota con detalle las particularidades arquitectónicas, los nombres de las obras de arte, con minuciosidad de una cámara fotográfica, que, podemos suponer, no era de uso tan común como hoy. Arte pictórico, esculturas, arquitectura, el teatro, el bel canto y el cine, Camila recorre el mundo con fruición. Ha llegado a Venecia y el 20 de marzo de 1922, anota:

Por la noche fuimos al Teatro Goldoni: allí trabaja Eleonora Duse, ya frizando en los sesenta. No hace papeles de joven. Trabajó admirablemente [...] Los demás, bien. El teatro, bastante amplio y elegante (con un reloj lumínico sobre el escenario) estaba repleto.⁴

Y al otro día:

Gran excursión en góndola, todo el día, con un alto para visitar distintos lugares. Primero, recorrido minucioso del Gran Canal. Los palacios más interesantes: Corner dell Ca'Grande (de Jac. Sansovino), Foscari, Grimani (Middel San Michele, renac.), el Vendramin Calergi (donde murió Wagner, hay una lápida que lo recuerda) y la admirable Ca' de Oro [sic].⁵

⁴ Camila Henríquez Ureña, *Diarios de viaje*, ob. cit., p. 33.

⁵ *Ibidem*, p. 34.

Y luego en Florencia, anotado el día 23:

Mi primera salida ha sido para visitar el Palazzo Vecchio, o palacio de la señorita, en la soberbia plaza del mismo nombre. La Torre de este palacio empezado a fines del siglo XIII y terminado en el XVI, es un atrevimiento arquitectónico, pues no tiene base propia. A lo más alto de ella subí; contando desde la puerta de entrada son 438 escalones. La vista de Florencia es magnífica [...] Al costado opuesto del palacio, hacia la derecha, se inicia la Galería dei Uffizi, que en la parte exterior tiene estatuas de los más grandes florentinos; pero antes de llegar a la Galería está la maravillosa Loggia dei Lanzi, o dei Priori, donde están varias obras maestras [...] Por la tarde dimos un primer vistazo a la catedral (exterior de mármol de varios colores, según hay otros templos en Florencia; gran amplitud; puertas modernas de bronce, con magníficos relieves) y fuimos a la Galería dei Uffizi. Es una colección estupenda. En mármoles hay mucho: la Venus de Medici; los Luchadores; el Fauno atribuido a Praxiteles; el Recogedor de Cleomenes, hijo de Apolodoro de Atenas, etc. En pintura es imposible detallar.⁶

Mi reflexión, pues, va por otros caminos. Aunque Camila no deja escapar lo que pudiera considerarse como emociones «tradicionales», se transparenta de continuo otro tipo de emoción, su «pasión por el conocimiento». Quiere no solo ver, sino aprehender, retener la maravilla en la letra escrita. Solo una sólida cultura humanista, como la que ya poseía Camila Henríquez Ureña, podía permitirse esta «agenda turística». Prosigue

su viaje, y comenta el universo del arte europeo, va a cines, restaurantes y también disfruta la naturaleza. En el camino de París hacia Italia describe:

En suma: el paisaje, panorámico y deslumbrante, grandioso siempre, que se contempla en el cruce kaleidoscópico de una cordillera. El cruce de los Andes dejó en mi ánimo una fuerte impresión, pero esto no amengua las indescriptibles bellezas de estos montes.⁷

⁶ *Ibidem*, pp. 36-8.

⁷ *Ibidem*, p. 22. Esta edición está plagada de erratas. Ojo con cualquier incorrección no achacable a los textos manuscritos.

El 25 de abril de 1941, dos décadas más tarde, otra es la Camila que emprende el viaje. Es una mujer que se acerca a los cincuenta años y se encamina hacia otra zona del mundo para una estancia de dos meses en Chile y Argentina. Sale de La Habana en un barco llamado *Cefalú*. La podemos imaginar en la borda, atravesando el canal de salida del puerto, mirando en lontananza las calles y las casas de su ciudad. Camila se refiere a esta partida de La Habana y al inevitable retorno como el desenrollar de su hilo de Ariadna. La sensación juvenil de que toda la vida está delante y que hay que anotar en detalle lo que se ve, ha dejado lugar al sentimiento de pérdida, de ausencia, de melancolía. El estado de ánimo de la viajera parece ser algo singular; no está para fiestas, ni reuniones sociales con los pasajeros, aunque mientras avanza el recorrido algo la lleva a escribir: «Siento que me voy *reconstruyendo*».⁸ El subrayado una vez más es de Camila que, en mi opinión, oculta y al mismo tiempo preserva, piezas secretas de su vida:

Ya mi ciudad ha desaparecido a la distancia, pero yo permanezco atada a ella; al muelle gris, a los que dejé en él, a los edificios amigos, a todo lo que desde el barco miré por última vez, y a lo que no pude ver ya que, siendo lo que está más lejos, es lo que llevo más íntimamente próximo.⁹

En su comentario de Introducción a la publicación de estas notas, apunta Diony Durán:

En ellas aparece de inmediato el amor entrañable por el país que abandonaba y por «mi ciudad», como denominaba a La Habana. Y ya en el barco sentía un sano orgullo cuando se instauró una especie de familia panamericana y cada uno de los viajeros era designado con el nombre de su país. Camila era Cuba.¹⁰

Reflexiones de más calibre nos deja escritas la viajera:

Pensamos que el hombre, al irse descubriendo, hallaría en sí mismo un nuevo infinito espiritual. Pero no: el amor y la vida han perdido también su sentido de eternidad; el amor aspiraba a vivir lo que el alma [...] [Ahora] el amor (ni siquiera debía llamarse así) dura hasta el próximo cambio de deseo.¹¹

⁸ «Diario inédito de Camila Henríquez Ureña», *Letras Cubanas*, n. 7, enero-marzo de 1988, La Habana, p. 243.

⁹ *Ibidem*, pp. 239-40.

¹⁰ Diony Durán, «Nota» al «Diario inédito...», *ob. cit.*, p. 238.

¹¹ «Diario inédito...», *ob. cit.*, p. 241.

El 21 de mayo llega finalmente a Argentina, donde se reúne con su hermano Pedro. Allí empieza una febril actividad que parece disfrutar. Conoce a toda la pléyade

intelectual de Buenos Aires, entre ellos a Norah Borges, Eduardo Mallea, Ezequiel Martínez Estrada, María Rosa Oliver y Victoria Ocampo. Allí se encuentra también con organizaciones feministas y, como dato curioso, Camila que era una orgullosa y permanente crítica de la discriminación de la mujer, se toma el trabajo de contar y apuntar en su diario el número de mujeres expositoras —treintaiuna— en el Salón de Otoño; costumbre que, sin saberlo, repetimos hoy algunas de sus discípulas para conocer la proporción de olvido en comparación con la presencia masculina.

Pronto hace el viaje de regreso a La Habana, y ya el ánimo ha mejorado, como se transparenta en el buen humor con que comenta las peculiaridades de otra viajera:

Mi compañera de camarote es una belga de Amberes, con un colorido digno de Rubens y menos carnes. Vuelve de Bolivia, viajando por Chile y Perú y va a Colombia a casarse con un ingeniero sueco. Me ha dado vértigo oírlo. Estuve a punto de decirle que pensaba ir a visitar el Tibet en el próximo viaje para *epatarla* yo también. Pero bastó que le dijera que era cubana. Eso era para ella tan raro como el Tibet.¹²

Casi al terminar sus apuntes de este viaje, deja de regalo esta frase que se podría tomar como una divisa de vida: «Una sonrisa, aun sobre fondo doloroso, tiene virtud de serenidad».¹³

¹² *Ibídem*, p. 255.

¹³ *Ibídem*.

En una ocasión le escuché comentar a Camila Henríquez Ureña que los campus en las universidades de los Estados Unidos eran «letárgicos», y que allí siempre había extrañado la animación de la Universidad de La Habana. En los Estados Unidos había empezado como profesora universitaria en 1918, junto al hermano Pedro, quien ya estaba en la Universidad de Minnesota, en Indianapolis. Allí, mientras estudiaba a Dante, enseñaba español, hasta el año 1921, cuando regresa a instalarse en Santiago de Cuba. Durante ese breve tiempo, hizo amistades perdurables, conoció el sistema de enseñanza, en especial el universitario, y compartió la vida cultural norteamericana. Un cuarto de siglo después, las circunstancias la llevan de nuevo a los Estados Unidos.

En 1942 llega a Vassar College, lugar donde va a residir permanentemente por diecisiete años. Vassar College se encuentra en una pequeña ciudad, llamada Poughkeepsie, en el valle del río Hudson, a unas setenta millas de la ciudad de Nueva York. Cuando Camila llegó allí como profesora del Departamento de Español, Vassar era una exquisita institución solo para muchachas. Fundada en 1861, se consideraba ya entonces como una de las instituciones universitarias pioneras en la educación de la mujer. Fue el primer centro universitario en incluir en su campus un museo, así que la celebridad le venía también por sus estudios en artes y su espiritualidad liberal. La tradición de la excelencia.

El emblema de Vassar College muestra a una dama en peplo con una rama de olivo, sentada con algo que parecen libros; detrás de la dama en cuestión, se distingue un edificio que pudiera tomarse como una réplica del Partenón y la inscripción *Vassar College A.D. 1861*. En ese entonces, el lema de la institución era la defensa del conocimiento en la mujer. ¿Qué mejor sitio para Camila Henríquez Ureña? ¿Qué mejor sitio para *Camila*?

La idea de este libro sobre Camila me surgió un helado mediodía de noviembre de 1997, cuando me bajé del tren en la estación de Poughkeepsie. Ya yo había estado antes allí en Vassar, en 1995, invitada a dar una conferencia sobre la literatura cubana escrita por mujeres, y esa primera vez asimilé silenciosamente la emoción por estar en

los predios de Camila. En la segunda ocasión, en aquel otoño de 1997, mientras viajaba en el tren que había tomado en la *Central Station* de Nueva York, meditaba sobre los paisajes aledaños al río Hudson y sobre cuántas veces habría hecho Camila aquel mismo trayecto. La pequeña estación de Poughkeepsie probablemente se mantenga idéntica que hace setenta años, pulcra, provinciana, con sus bancos de madera pulidos y, efectivamente, un cierto aire letárgico.

Cuando Camila llega por primera vez a esa estación, tiene cuarenta y ocho años. Comienza la difícil década de los 40. Nueva York, como siempre, era un remolino. Los tambores de la guerra atronaban Europa, pero Manhattan seguía siendo el ombligo de la cultura moderna, sobre todo Broadway y los pequeños teatrillos que llaman «Off Broadway», como si esa zona citadina fuera un país. Y de hecho lo es: es el país del teatro y el music hall. ¡New York, New York! Conciertos, gruesos periódicos cada mañana, la grandiosa Biblioteca, el Museo Metropolitano, los cafetines y restaurantes de comidas de todo el mundo, el Central Park y gentes de los más diversos pelajes, que pululan por la Quinta Avenida.

En el Nueva York de aquel entonces, también se asentaba una tribu de escritoras como en largo tiempo no aparecerá otro. Aunque la tensión estética convocada por aquel elenco estelar de mujeres era de alto voltaje, por esa razón o por otras, no se sentían muy en familia entre ellas. Sin embargo, la prensa, la crítica literaria neoyorkina, los editores, se hacían generosamente eco del éxito literario de estas damas: Jane Bowles, Willa Carther, Eudora Welty —quien en 1956 haría una lectura de su obra en el propio Vassar—, la jovencísima Silvia Plath,¹⁴ la ya célebre Katherine Anne Porter, de quien Camila traducirá al español su cuento «La tumba», para darlo a conocer a los lectores cubanos,¹⁵ la nueva estrella rutilante de la narrativa norteamericana, la muy joven Carson McCullers, quien acababa de saltar a la fama con *El corazón es un cazador solitario* y que acampaba por esos tiempos en Brooklyn Heights, en la mítica casa de Middagh Street donde vivió una extravagante comunidad intelectual, como el propio matrimonio Bowles. Cinco años antes de la llegada de Camila a Vassar College —que es como decir a la órbita cultural de Nueva York—, otra inusitada mujer, Djuna Barnes, acababa de dejar publicar uno de los libros más extraños del siglo XX, *El bosque de la noche*, cuya reedición en los años 40 lo habría de convertir en el libro raro de una generación. Djuna Barnes, después de mucho vagabundeo, se había asentado en el Village en un sitio llamado Patchin Place, cerca de la calle Greenwich y la Décima, callejuela donde también había vivido la Bowles.

¹⁴ Silvia Plath irrumpe en la década de los 50.

¹⁵ Camila Henríquez Ureña tradujo del inglés el cuento «La tumba», de Katherine Anne Porter, en 1945. Fue publicado en la revista *Orígenes*, La Habana, julio de 1945. Cabe presumir que es la misma traducción que seleccionó José Rodríguez Feo para su memorable antología de narradores norteamericanos *Cuentos norteamericanos*, Editora Nacional de Cuba, La Habana, 1964. El manuscrito de 16 hojas de esta traducción se encuentra en el Fondo Hen-C, n. 237.

Nada más lejano, aparentemente, de Camila Henríquez Ureña era la imagen terrorífica que aspiraba a obsequiar Djuna Barnes; pero la escritora norteamericana dejó escrita una especie de consigna que igualmente la habría suscrito Camila: «Huir del veredicto de lo vulgar».

El 5 de enero de 1950 se estrenaba en L'Empire, un teatro de Broadway, la versión para teatro de la novela *Frankie y la boda*, de Carson Mc Cullers, con tanto lucimiento que permanece en cartelera catorce meses. Por ese entonces, también arde en efervescencia la Yaddo Artists' Colony, sitio fundado para que los artistas pudieran trabajar. En Middlebury, Vermont, donde Camila ejercerá la docencia durante algunos

veranos, se celebran encuentros literarios anuales; por allí estuvieron la Welty y la McCullers en 1940. La propia Carson se muda a Nyack, a una media hora en auto de Poughkeepsie, donde pasaría los últimos años de su vida y donde yace enterrada.

Camila Henríquez Ureña se ha instalado en el campus de Vassar College. Desde su recoleta estación, toma el tren número 140, que llega a la *Grand Central* de Nueva York. Va al teatro, a la ópera, a conferencias y tertulias literarias, se toma un café y vuelve a Poughkeepsie. ¿Por qué no pensar que llegó a encontrarse con alguna integrante de aquella inefable pandilla de escritoras y hasta conocerse personalmente? Eran las mismas rutas.

Poughkeepsie es una pequeñísima ciudad de esas que suelen llamarse universitarias, casi toda colmada por Vassar College. Habitada por jóvenes, que la rebosan en los meses escolares y que luego se retiran, como la marea, en tiempos de vacaciones. Desde muchos sitios del lugar se distinguen las columnas de ladrillos rojos, con el símbolo en bronce de una V y una C enlazadas, coronadas las pilastras por una bomba de luz. El campus es extenso y sereno, los edificios, también de ladrillos rojos y ventanas blancas, están aislados unos de otros por amplias extensiones de césped, buena parte de los meses cubiertos de nieve e interrumpidos a tramos por unos severos bancos de piedra y madera y por unos altos árboles. También se distinguen otras construcciones con cierto aire medieval. Cerca se encuentra un bucólico laguito, el Sunset, y un Observatorio, abierto en 1951 para los estudios de astronomía de las muchachas de Vassar. Parece ser que Camila residió allí en dos lugares: en el Kendrick House, residencia de profesores dentro del campus, austera y dramática como el resto de los edificios, y en una casa de madera pintada de blanco fuera del campus, más alegre, clara, de dos pisos y una buhardilla, rodeada de jardín, típica construcción del norte de los Estados Unidos. Allí, en los altos de 166 College Avenue, vivió más tiempo. Desde ese punto caminaba unas dos largas cuadras hasta llegar a la verja del campus de Vassar College.¹⁶

¹⁶ Camila Henríquez Ureña, profesora de Vassar College, llegó allí a ser *Chairman* del Departamento de Español. A manera de curiosidad, el salario como *Visitor Professor* en Vassar College, del 1º de febrero de 1942 al 1º de febrero de 1943, era de 4 000 dólares mensuales, según obra en los documentos de Camila. Ver Fondo Hen-C, n. 416.

En abril de 1999 me encontraba de nuevo en Vassar College, era la tercera vez. En esta ocasión, en espera de una primavera que no llegaba y mientras hacía tiempo para la hora de mi conferencia, tomaba un café en el *pub* del «Alumnae House», un edificio de elegante estilo Tudor. Mi anfitriona, la profesora Lisa Paravisini, me escuchaba comentar conmovida, con la alta voz de los cubanos, que en aquel mismo sitio debería haber estado sentada muchas veces Camila Henríquez Ureña. Entonces una vocesita tímida, en un español correcto, con acento, me dice «Yo conocí a doña Camila». La profesora Ilse Lipschutz, de una frágil figura, llena de encanto e historias, me invita a ir a su casa, y por el camino me señala la casa donde vivía Camila. En su acogedor hogar, Ilse con inocultable placer, me cuenta sus recuerdos de Vassar y de Camila:

Llegué a Vassar en abril de 1951 y enseguida conocí a Camila.

Yo había llegado a Estados Unidos en 1946 después de abandonar Europa por la guerra. Cogí mi doctorado en Harvard. En aquella época había sobre todo chicos, muy pocas chicas. Y fui, vamos a decirlo, una alumna predilecta de Amado Alonso que era profesor en el Departamento de Lenguas Romances. Conocí a muchos de los emigrados españoles de la Guerra Civil, a Don Alonso, a los Marechales, a Carlos Larrinaga. Mi campo es en los estudios del romanticismo francés y la pintura española. Vassar, en ese entonces, era solamente para chicas, para muchachas, y allí llegué yo al Departamento

de Francés, pero al fin y al cabo entré más en contacto con los académicos españoles, y en el Departamento de Español pronto me sentí muy en mi casa, porque todos me aceptaron con los brazos abiertos. Doña Camila pertenecía a ese departamento, que era en extremo acogedor, y junto con Pilar de Madariaga y Sofía Novoa formaban un trío estelar, de las profesoras más importantes del grupo de hispanohablantes. Todas ellas eran cálidas, afectuosas, pero Camila era al mismo tiempo muy regia. De común, desde luego, no tenía nada. Siempre parecía en equilibrio. Se movía de una manera lenta, armoniosa, tenía una especie de velo transparente alrededor de ella, aunque a la vez no te rechazaba, ella te dejaba ser tú misma. Enseñaba esperando y exigiendo que hagas lo mejor que puedas; siempre resulta asombroso lo que se puede conseguir de este modo, de la confianza que ella depositaba en el poder mismo del estudiante. Muy segura de sí, penetrante, muy dueña de ella misma, pero no había en su persona nada duro. La palabra es gentil. Y que daba a entender hasta en sus movimientos una enorme discreción. Doña Camila tenía lo que en francés se llama doiteé, la sensibilidad en la punta de los dedos. Yo pasaba todos los días frente a la casa de Camila, caminando o en bicicleta, apenas una cuadra separaba su casa de la mía, y en alguna que otra ocasión me invitó a tomar el té, recuerdo una vez que tenía de visita a una sobrina de Cuba, que a veces la acompañaba durante el curso escolar, yo fui allí al apartamento de Camila, muy sobrio, bien arreglado, tenía todo el piso alto de esa casa blanca, y me acuerdo que fui a tomar el té con Camila y con esta chica, y ella siempre llena de atenciones, me encantaba charlar con ella.

Yo estaba encantada del espíritu de gran familia de Vassar. Por ejemplo, que una profesora ya mayor como Camila que estaba en el pedestal en la mente de muchos, y seguro en la mía, y te invitaba a tomar el té. Nunca un profesor de Vassar hubiera hecho eso. A la pregunta de si se trataba del espíritu de Vassar o el de Camila, yo te respondo que se debía a una buena conjunción. Porque ella podía ir tan despacio como quisiera en su relación con la gente.

Te sonríes cuando piensas en ella... en doña Camila.

Entre la correspondencia de Camila, se encuentran guardadas cuidadosamente algunas notas y postales de Ilse. De 1960 es una foto de sus tres hijos como postal de Navidad donde le dice que la echan de menos «sus cuatro Lipschutz»,¹⁷ que la llamaban «Tata Camila». De 1961 es otra foto de sus hijos: Marion de cinco años, Elizabeth de siete, Marc de dos y la bebé Margaret: «Recordándola con todo cariño y esperando que el 1962 le sea bueno... y lleno de paz para todos. Vuestros Lipschutz y Lipschuzitos.»¹⁸

Antes de despedirme de Ilse Lipschutz le hago una última pregunta y ella, con dulzura, firmeza, y feliz de hablar de doña Camila, me responde que para ella Camila Henríquez Ureña era cubana, sin dudas.

En la correspondencia de Camila desde Vassar se lee: «Por aquí seguimos nuestra vida invariable».¹⁹ Pero, sin dudas, no era una vida ociosa. Durante esas dos décadas, y aun cuando pasaba las vacaciones en La Habana, Camila Henríquez Ureña realiza en los Estados Unidos muchas actividades, escribe y publica,²⁰ dicta conferencias. En el periódico *Colorado Spring Free Press*, del viernes 22 de julio de 1949, aparece una reseña sobre una charla ofrecida por Camila sobre la historia de la mujer en Hispanoamérica, donde se dice de la Profesora: «the attractive, dark haired woman lecturing in the library of Hayes House...» [la atractiva conferencista de pelo negro en la Biblioteca de Hayes House].²¹ En misiva de Minerva Bernardino, vicepresidenta de la Comisión Interamericana de Mujeres, se le agradece que «hablara en la Convención de la General Federation of Women's Club, en Forth North», el 17 de abril de 1942.²² Y en no se sabe cuál «tiempo libre», Camila también da clases en el Center College, de Kentucky y en la Escuela de Verano del Middlebury College, la llamada «Escuela

Española».²³ En una postal a la familia envía una imagen del Portal de Hepburn Hall, en Middlebury College, Vermont, residencia en donde vivía en el campus, en una colina.²⁴ Rosario Novoa conserva preciados recuerdos de aquella Escuela Española que reunió, de manera excepcional, un conjunto de escritores y humanistas de habla hispana. Allí estaban Pedro Salinas, Raimundo Lazo, Jorge Guillén, Camila Henríquez Ureña y la propia Rosario Novoa, profesora de Historia del Arte de innumerables generaciones de estudiantes, testigo de aquel verano de 1942:

¹⁷ Fondo Hen-C, no.365.

¹⁸ *Ibídem*.

¹⁹ De 1952. Fondo Hen-C, n. 450.

²⁰ Relación de algunos textos manuscritos de Camila Henríquez Ureña relacionados con su estancia académica en los Estados Unidos: «Comentarios sobre las nuevas tendencias en la enseñanza de las lenguas modernas», conferencia ofrecida en Middlebury College, 18 de julio de 1945; «Palabras de presentación del poeta español Jorge Guillén, en Vassar College, 25 de mayo de 1944; presentación del profesor español Tomás Navarro Tomás, en Vassar College, 1944; comentario sobre *Santos Vega* a razón de una obra presentada en Vassar College, 22 de febrero de 1942 y publicado en *Vassar Miscellany News*; publicación acerca de *Escenas cotidianas*, de Gaspar Betancourt Cisneros en *The Hispanic American Historical Review*, Universidad de Wisconsin, 1951; conferencia ofrecida en el Instituto Hispanoamericano, Universidad de Miami, «Spanish American Contemporary Novel: its social significance», 13 de marzo de 1944; «Spanish prize poet», (sobre el Premio Nobel a Juan Ramón Jiménez), en *Vassar Miscellany News*, 7 de noviembre de 1956; comentario sobre el libro *Tres biografía*s, de Vidal Morales y Morales, en *The Hispanic American Historical Review*, Universidad de Wisconsin, mayo de 1951; conferencia «Two poems on the American Indian: Hiawatha and Tabare», en Roland Country High School, Baltimore, noviembre de 1933. Véase Fondo Hen-C.

²¹ Fondo Hen-C, n. 692.

²² *Ibídem*, n. 246.

²³ De sus documentos se obtienen también estos datos:

- Teaching fellow in University of Minnesota.
 - Visiting Professor of Spanish (1942-1943).
 - Associate Professor of Spanish (1943-1948) (1947-?).
 - Profesora en la Escuela de Español de Middlebury College (1942-44-45).
 - Visiting en la Escuela Española (1949) Summer Session Colorado College.
 - Estudios en la Columbia University.
- Véase Fondo Hen-C.

²⁴ *Ibídem*, n. 424.

En 1942 invitaron a Raimundo Lazo, con quien yo estaba casada entonces, a impartir docencia en la Escuela de Verano de Middlebury College, en Vermont, una escuela muy renombrada. Durante el verano el college se dedicaba al estudio de idiomas modernos como el español. Esta fue una época brillante de esta escuela pues por múltiples razones, entre ellas el exilio provocado por la Guerra Civil española, coincidió allí la crema y nata de los intelectuales españoles. Allí estaban Pedro Salinas, Jorge Guillén, Fernando de los Ríos, la familia de Federico García Lorca... Eran los tiempos de la guerra, pagaban poco, pero tenía mucho prestigio.

Allí en el college estaba también Camila, Camila Henríquez Ureña, toda una gran dama, además de ser una magnífica profesora.

Durante ese verano de 1942, se inscribieron en los cursos algunos militares norteamericanos de alta graduación para tomar clases de español durante aproximadamente seis semanas. Y para intensificar la práctica del idioma, almorzaban y cenaban juntos profesores y alumnos, y después de la comida, en una grata tertulia se seguía conversando como parte de nuestro trabajo docente. Allí los alumnos hacían preguntas, se escuchaba música, y ellos se interesaron en aprender a bailar el danzón, y también el son. Aparecieron unos discos de música cubana y terminamos Camila y yo

como las maestras de baile. ¿Puedes creer que Camila bailaba requetebién? Me llamó la atención que con aquella estampa, sin perder nada de su elegancia ni de su empaque, tan señorial, se movía en el baile como una auténtica caribeña, disfrutaba la música y era una bailadora excelente.

La buena memoria de Rosario Novoa, su «memoria de elefante», me inclina a seguirla interrogando sobre aquellos tiempos, de aquella Camila, ya una mujer madura ¿Hay algún secreto en torno a Camila?, pregunto, no sin temor. El ceño de «la Novoa» se ha fruncido y —como la conozco bien— presiento aires de tormenta:

En los últimos tiempos me han venido con algunas preguntas acerca de la vida íntima de Camila, y de eso yo no sé nada, pues ella era enormemente discreta. Recuerdo que en los años 30 o algo así, se comentaba de un romance imposible, un enamorado que no se podía casar con ella... Te repito, de eso no tengo nada que hablar.

¿Existió verdaderamente ese enamorado? ¿Se confunde ese misterioso romance con aquel de la etapa estudiantil de Camila y que provocó la vigilancia celosa de su hermano Pedro? A veces se menciona un nombre, un pintor, Lozano. Lo cierto es que Camila no se casó, al menos en la manera tradicional de la época. Pero en su ancianidad no tenía tampoco el aire de las solteronas típicas. Emanaba de su persona algo más que la mera realización intelectual.

Rosa Leonor Whitmarsh, a quien Camila recomendara para sustituirla en sus clases en Vassar College, guarda detallados recuerdos:

Ya yo tenía prácticamente terminada la carrera, me faltaba una sola asignatura, estaba cerrada la Universidad, y deseaba salir a coger aires nuevos fuera de Cuba. Era la época del 1955, del batistato, y por lo tanto, como otros miembros de mi generación, no muchos, pero sí algunos, deseamos ventilarnos, no estábamos directamente involucrados en la lucha contra Batista, aunque anímicamente sí, pues lo combatíamos con toda el alma y nos habíamos declarado en oposición al golpe de Estado inmediatamente del 10 de marzo de 1952. En vista de eso, manifesté a una persona muy querida de mi familia, una persona mayor, que tenía amistad con Camila Henríquez Ureña, mi deseo de conocerla, con vistas, precisamente, a la posibilidad de salir de Cuba, y así fue. Una tarde muy hermosa del año 1955, en el verano, la persona amiga hizo una cita, la señora Oria Varela, viuda de Albarrán, una de esas grandes y viejas amistades de la familia durante el exilio de la Guerra de Independencia. Amiga de Camila y amiga de mi familia, de toda la vida, y entonces se hizo la cita esa tarde, esa tarde hermosa, esa tarde soleada. Allí, precisamente en el lobby, Oria Varela me presentó a Camila. En medio de eso, ya ella conocía mi intención, se la había transmitido Oria, entonces ella dijo: «Bueno, Rosa, así que te interesaría venir a los Estados Unidos». Yo le dije: «Sí», pero, claro, yo tenía todas las preocupaciones que ese brinco significaba, y me dijo ella: «Es interesante la experiencia». Ahí quedó la cosa y en ese septiembre del 1955 fui a Nueva York. Camila entonces era profesora en el Vassar College desde hacía equis número de años... y cuando regreso en el mes de febrero del 56, me encuentro con que tenía una llamada de ella, que estaba interesada en que yo fuera de instructora a Vassar College. Como me faltaba una asignatura de la carrera me entró una preocupación por tener ya liquidado el asunto y tuve la buena suerte de que se volvió a abrir la Universidad, que estaba cerrada, en esos días de fines de enero, hice el último examen de la carrera con el Dr. Elías Entralgo, de Historia de Cuba. Camila, a la sazón, me había escrito diciéndome cómo era el clima, qué ropa había que usar, cómo eran las costumbres del College, y cuando tuve ya en mi mano, en la propia Facultad de Filosofía y Letras, la nota del examen, desde allí mismo llamé a

casa y pedí a mi familia: «Resérvenme un boleto de avión que me voy a Vassar», e inmediatamente contesté con un telegrama a Camila, porque entonces era la época de los telegramas, no se usaban tanto las llamadas como ahora... y entonces, efectivamente, 24 horas después entraba yo, esa noche, en Vassar College, una noche toda nevada, fríasima, llegaba yo a la estación de Poughkeepsie. Allí me recibió Pilar de Madariaga, hermana de Don Salvador, y Camila, con esa dulzura, con esa prestancia, con ese señorío, que ella tenía siempre. Y esa noche dormí, fin de semana era, en una suite especial para invitados de Vassar. La mañana siguiente fue una reunión con el Departamento de Español, y ya yo estaba en función con Camila.

Mi primera impresión de Camila, en lo físico, es que era una persona de cierta amplitud física, más bien creo que era el espíritu que la llenaba porque parecía una mujer muy alta y parecía una mujer gruesa; pero en la práctica no creo, no creo que fuera tan alta ni gruesa, simplemente que su espíritu era una manifestación poderosa a través de ese señorío que mencioné antes, lo que la hacía parecer tan distinguida y fina, y una actitud que tenía casi reverencial, es decir, en su trato, en sus modales, una persona delicada, siempre lo fue. Siempre fue sumamente delicada y sumamente atenta.

A medida que uno avanza en la vida se da cuenta lo relativamente joven que era Camila a la sazón. Camila se iba a retirar al año siguiente, quiere decir que yo la conozco cuando tendría sesenta y tres años y medio, no era nada de nada joven. Ella se retira de Vassar a los sesenta y cinco años, ya deseando regresar a Cuba, ya ella tenía comprado su apartamento en Río Mar, pero fue una deferencia de una Universidad, Chapel Hill University, de Carolina del Norte, que le otorgó una cátedra honorífica que ella no podía rechazar, y eso le demoró sus planes de regresar a Cuba más tarde de lo que había pensado, ella se queda un año más. Ella quería haber regresado a Cuba al retirarse de Vassar y eso debió haber sido en el año 1958. Se demora un curso escolar más, hasta el año 1959 en regresar a Cuba.

Quiero señalar que cuando ella, a la sazón, pasó a Cuba al edificio Río Mar, a su apartamento, todo su menaje casero, su sillón donde se mecía, sus libros, todo eso fue a parar a Cuba desde antes, y me lo enseñó. Cuando ella sale de Vassar manda sus cosas a Cuba y se va a la Universidad de Chapel Hill a esa cátedra honorífica.

Yo estoy en Vassar con ella en el año 1956 y en el año 1957 en que convivimos, este fue un privilegio para mí, convivimos en la misma Faculty House que se llamaba, y se llama, Kendrick House. Es un edificio de mucho sabor, de una vetustez grande, más bien pequeño, acogedor, donde a los profesores se les da un apartamento, si ya son profesores y a los instructores, como era yo, más joven, se nos daba una buena habitación con su baño. La casa esta tenía varios pisos, ella vivía en el segundo piso, yo vivía en el tercero. Tenía un comedor donde a diario desayunábamos, almorzábamos y cenábamos, los fines de semana había una combinación de hacer otras cosas. La Faculty House quedaba exactamente frente al College, era campus, efectivamente, pero frente al College, porque había que cruzar lo que era entonces una carreterita. Y entonces teníamos la casa junto a un laguito y allí generalmente hacíamos una tertulia nocturna. Prácticamente a diario, salvo excepción, bajaba yo de mi piso y nos reuníamos a conversar, en el apartamento de ella, donde tenía todos sus libros y todas sus cosas. Recordemos que allí el invierno es largo y poderoso, entonces no invita a salir, hablábamos mucho. Camila, una vez a la semana en la época de ópera, iba a Nueva York, cogía su tren y después de un día de clases, a veces de sus clases de ruso —ella tomaba ruso allí, estudiaba ruso en Vassar, decía que no se conformaba con las traducciones— pues cogía su tren en la tarde y se iba a Nueva York a oír óperas, operas que eran rarezas, no eran las conocidas, no eran las óperas populares... eran óperas especiales, óperas raras, cogía un taxi para la estación de ferrocarril, se iba a

Nueva York, allá, tendría que hacer sus maromas también para llegar y terminando la función cogía su taxi en la estación de Pennsylvania y de ahí a la estación de Poughkeepsie y de la estación de Pookeepghsie al College. De manera que llegaba tarde entre semana para seguir en clase al día siguiente a primera hora. Estas reuniones que hacíamos casi todas las noches, aquellas tertulias eran fabulosas. En ellas hablábamos de lo divino y de lo humano. Por ejemplo, nos agarró allí, en 1957, lo que fue el ataque a Palacio, y entonces ella estaba muy apenada de las torturas que podrían estar sufriendo los asaltantes que fueran atrapados, ella estaba preocupada. También compartimos los momentos en que, cuando la Revolución de Hungría en 1956, hubo la matanza en Budapest y la salida de numerosas familias húngaras que en todos los Estados Unidos se prepararon a recibirlas. Todas las universidades americanas dieron facilidades, Vassar que era una universidad costosa, pero que tenía sus becas también, inmediatamente se comprometió a aceptar a varias alumnas de Hungría, y así fue. Al poco tiempo, serían muy pocas semanas, llegaron muchachas de Hungría a Vassar, auspiciadas por un programa especial.

Pilar Madariaga era la directora del Departamento de ese entonces, y teníamos un equipo formado por tres españolas, la cubano-dominicana que era Camila y esta cubana que era yo. Inicialmente tuvimos a tres españolas: Pilar de Madariaga, Lucinda Moles y Sofía Novoa. Eran mujeres encantadoras. Cuando se retiró Sofía, entró Carlos Hamilton, chileno radicado aquí en los Estados Unidos.

Camila, por ejemplo, me contaba de sus estudios, cuando estuvo con Pedro, en Minnesota, de cuando fue al Fondo de Cultura Económica, en México, con Pedro también, allí conoció a Alfonso Reyes y supongo a toda la intelectualidad.

Camila era siempre una persona tan sensible. Para Camila el mundo del conocimiento era muy poderoso y ese mundo del conocimiento la llevó a otras regiones. Camila no era de este mundo material, siendo una persona muy afectiva y afectuosa, no parecía ser en ningún momento una mujer de pasiones, de emociones desatadas. Yo tengo a Camila por un ser muy imparcial.

En Vassar teníamos lo mejor de lo mejor. Recuerdo cuando el presidente de Filipinas estuvo de visita. O cuando con ella fui a recibir a Julián Marías a la estación de ferrocarril y lo presentamos en el Departamento, lo presentó en una conferencia y lo atendimos privadamente en el apartamento de Pilar de Madariaga. Con ella recibimos a Don Salvador de Madariaga que también nos fue a dar otra conferencia. Con ella, en el Departamento, recibimos a Jorge Guillén también, todos ellos estaban exiliados —quiero decir, menos el presidente de las Filipinas, ¿no?—, estaban exiliados en los Estados Unidos, ese remanente que había ahí en los años 56-57 de los republicanos antifranquistas.

¿Entretenimientos? Había magníficos conciertos, corales, de órgano, había las Juntas, por supuesto, las Juntas de Facultad que las teníamos semanalmente, alguna pequeña reunión del Departamento para agasajar a esas personas que venían, como dije, y los deberes que eran bastante ceñidos. Quiero decir que es muy interesante pensar que aunque el número de clases comprometidas en el College fueran tan pocas, o sea 14 horas semanales, el tiempo realmente no alcanzaba para irse a Nueva York entre semana, ni aun a título de mujer joven, era muy duro poder hacerlo porque siempre había que calificar mucho, hacer muchas tareas. Y Camila se las arreglaba. Quería decir que en una ocasión Camila sufrió mucho de la córnea, tuvo un problema en la córnea que le molestaba y le molestaba, y como esos problemas son largos pues ella sufrió por eso, y a tal punto que estaba en época de exámenes y a finales no pudo calificar y me pidió que la ayudara a calificar. Camila me tenía como amiga, pero yo realmente sentía respeto, como mujer joven, y máxime en la Cuba que yo conocí... Es

más, cuando se me planteó en el departamento y lo dijo Pilar de Madariaga: «Bueno, chica, —así recién llegada yo— aquí nos tratamos de tú», yo le dije: «Bueno, ustedes me van a perdonar pero yo no tengo el «flus» para tratarlas a ustedes de tú, ¿cómo yo voy a tratar a Camila de tú y a Pilar de tú?». No era nuestra costumbre universitaria, yo no sé ahora, pero ni a Vicentina la tratábamos de tú.

Camila era muy bondadosa, muy perceptiva de los sentimientos ajenos. Hablamos en una ocasión de los idiomas que ella había estudiado, como tú sabes muy bien ella había profundizado en el Dante, ¿verdad?, mucho, una cosa que ella mencionaba con verdadero cariño, y las literaturas que ella no solo conocía sino que podía leer y por eso era su ambición leer también en ruso, ella conocía no solo latín y griego sino las lenguas nórdicas. Era muy entusiasta para leer a Ibsen, de manera que en conjunto, si mal yo no lo recuerdo, eran siete lenguas las que ella tenía entre manos. Las latinas, las nórdicas y la alemana y, pues, el inglés, y te voy a decir mi impresión, y lo que ella me dijo al respecto. Yo estudié inglés en la Universidad de La Habana y eso me fue de beneficio para la vida. Entonces, claro, mi inglés era suelto, con una pronunciación suelta. Camila no tenía una pronunciación bonita, pero en una ocasión me hizo esta observación y ella era una persona muy sencilla. Me dijo algo así, yo no sé cómo decirlo con la elegancia que ella lo dijo: «Tú tienes buena pronunciación...», pero, bueno, manifestó entonces que su conocimiento del inglés era muy amplio. No era una censura hacia mí... ella se estaba excusando de su deficiente pronunciación, pero con la aclaración, esa es la cosa, de que su vastedad de conocimiento era grande en el idioma inglés, cosa que no hay ni qué dudar, exactamente.

Yo era muy deferente con ella, la agarraba para cruzar, para caminar cada vez que podía, máxime que sabía que tenía ese problema en la vista, yo sentía que ella merecía toda la deferencia y ella la aceptaba con naturalidad. Siempre tenía su pelo recogido, eso es interesante. Camila tenía su pelo entre negro y canoso, claro nada más que tenía sesenta y cinco. Se hacía un moño y una sola vez, cuando fuimos a Princeton a ver a Germán Arciniegas, a un congreso de hispanistas, como compartimos una noche en un hotel en Princeton, fue la única vez que la vi desatarse el pelo y lo tenía extraordinariamente largo. Un pelo larguísimo, tal vez a mitad de la espalda, lo que era un pelo finito, de haber sido un pelo grueso hubiera sido difícil hacerse el moño que habitualmente ella tenía. Era muy atildada. Muy sencilla en el vestir, usaba zapatos de medio taconcito, cómodos, pero entonces se iba a clase con vestido, no existía aquello del pantalón, ni en el invierno, era el abrigo grueso, el vestido, las medias y los zapatos, entonces, imagínate. Yo enseguida me conseguí allí mi bicicleta, pero no Camila, ella iba bajo la nieve y yo muchas veces bajo la nieve también con la caperuza, totalmente embozadas. Era de buen comer, podía comer de todo, y compartíamos esa hora del almuerzo con otros profesores, generalmente había gente de todas las edades, americanas, griegas y de todo, profesores de francés, pero del Departamento de español en la casa, éramos nosotras dos, en la «Faculty House».

Camila recibía a diario The New York Times y oía religiosamente las noticias de la radio, en la mañana temprano. Ella estaba en todo. Cuando yo me compré mi carrito, que realmente allí no hacía falta porque a Nueva York no se podía llevar el carro, era un dolor de cabeza, había que coger el tren, pues ella inmediatamente me dijo: «Aquí lo conveniente es usar unos trapitos, unos trapitos para limpiar el carro, que son unos trapitos mágicos —bueno, mágicos se anunciaban como tales—, que le dan brillo al carro». Me recomendó eso. Y lo primero que hizo fue decirme: «No puedes sacar el carro sin un seguro», y a mí eso me molestaba porque acababa de comprar el carrito y yo estaba loca por usarlo y tenía que esperar dos o tres días a que los del seguro de accidentes funcionaran. «No, no, no, (esto lo dijo con menos pasión de lo que

estoy diciendo), es un requisito importantísimo, hay que tener un cuidado extraordinario en no salir a la calle sin un seguro». Tenía los pies totalmente en la tierra y luego una cosa muy hermosa, el cariño con que ella se expresaba de sus tres sobrinas jóvenes. En Cuba residían más familiares, por supuesto, residía Max, como tú sabes, con su biblioteca y toda la cosa, pero residían también su medio hermano Rodríguez Lauransón, Henríquez Lauransón. El Dr. Henríquez Lauransón era dentista, tal vez lo siga siendo, digo, ya debe haberse retirado en Santo Domingo..., inclusive fue mi dentista La Habana, en el Vedado tenía su consulta. Y entonces, pues, ella hablaba con mucho cariño de las hijas del Dr. Henríquez Lauransón que eran Ena Rosa, Beatriz y Sol, la más chiquita. Entonces ya Ena Rosa estudiaba, hacía sus estudios para ser dentista, y las quería muchísimo, ella iba comprando a lo largo del año las cositas para cuando fuera a Cuba, en Navidad y en el verano para obsequiarlas, e iba haciendo su acopio, vamos a decir así, de cositas, de objetos muy seleccionados por ella para obsequiárselos cuando fuera allá. Las niñas, que era como ellas las llamaba, eran de su total cariño y era un fundamento básico para el retorno a Cuba después de tantos años de periplo y eso fue su gran ilusión que vio completada, un poco demorada como dije, hasta el año 59 que regresa a Cuba tardíamente con respecto a sus intenciones.

Camila tenía en Vassar los cursos superiores como es natural, cursos más monográficos, aunque tenía cursos de lengua y a nivel más sencillo porque en eso a todo el mundo le tocaba de algo, pero lógicamente tenía los cursos superiores. Quería señalar que eran pocas las alumnas de habla española. Lo que quiero decir es que tenía un escaso número de personas de habla española, como María Elena de Cárdenas que murió hace unos dos años aquí en Miami, [ininteligible] Gutiérrez, una alumna muy brillante también, Olguita Linares, de Panamá, Bárbara [ininteligible] y Johanna Goodrich, norteamericanas que hablaban muy fluidamente el español por su relación y contacto desde pequeñas con el mundo mexicano. Pero a lo que quiero referirme es que el elemento de habla española natural era muy poco, por lo menos dentro de mi experiencia de esos años con Camila, y eso me permitiría una pequeña especulación, de que eso en cierta forma podía limitar las posibilidades, no del cabal magisterio que lo tuvo en cualquier nivel y con cualquier elemento, sino con alumnos hispanos, con alumnos cubanos concretamente, como sería en la Universidad de La Habana posteriormente. Es decir, no es lo mismo tener un auditorio totalmente de habla española a tener un auditorio mixto con mayor conocimiento de la lengua, a los efectos de las muchachas americanas, recordemos que en esta época Vassar era un college de mujeres... posteriormente ya eso evolucionó, en los años siguientes, ya Vassar evolucionó hacia ser un colegio totalmente mixto. Lo que quería decir es que Camila anhelaba, anheló siempre enseñar en Cuba y a un nivel universitario como le correspondía. No tengo los datos de lo que hizo en Santiago, creo que fue profesora de la Escuela Normal, pero no hubo las oportunidades, recordemos que lógicamente todo era mucho más limitado, entonces eran cátedras de por vida, el caso es que no hubo la oportunidad, entonces Camila emigró y Cuba la perdió por un buen número de años a los efectos de su magisterio... pero disfrutamos en algunos veranos de sus conferencias, por ejemplo, en el Lyceum ella dio una conferencia muy enjundiosa, como eran sus cosas, llamada «El mito de Sísifo». Oh, sí, yo estuve presente, cómo no. En Cuba la situación es distinta, de mayor roce, con mayor número de gentes, y de pensadores y todo... menos aislado. Vassar realmente era un lugar de aislamiento, realmente lo era, el tipo de vida, el clima, todo conducía a la lectura, a las reuniones nocturnas, a ese tipo de intimidad, de soledad con una misma. Académicamente sí era la gran forma de estar en un ambiente de privilegiados y de formación. Allí aprendí mucho con respecto a las universidades americanas, el método de trabajo, la necesidad de publicar, pero al

mismo tiempo resentía ese aislamiento, tal vez fuera, en definitiva, la ausencia de Cuba... lo que me hizo renunciar a mí y regresar en el peor momento, en el año 1958, en medio de la barahúnda que era el régimen de Batista para regresar a lo que era la patria.

No sé en qué momento exactamente Camila regresa a Cuba. Tenía su apartamento, como tú sabes, en el edificio de apartamentos Río Mar, ahí en Primera, frente al mar, su apartamento daba al mar, muy bonito, yo estuve en ese apartamento antes de que ella cambiara de residencia y se fuera a Cuba; fui con ella allí, ya lo tenía todo acomodado hasta su mismo sillón, yo no podía creer que ese mismo sillón, esa mecedora donde ella se sentaba, que había estado allí [en Vassar] tanto tiempo, fuera la misma que estaba en Cuba, un silloncito, no era una mecedora cubana, era una mecedora americana que se movía hacia adelante y hacia atrás, pero no en balance, era con un mecanismo interior que se podía movilizar un poquito.

En Cuba, debe haber sido en el año 1960, Camila se estaba pasando una temporadita en casa de alguien, no recuerdo quién, pero sé que era en la carretera de Cuabitas, y yo me las arreglé para ir con una amiga mía y agarrar la guagua hacia ese Cuabitas y allí fue un pequeño encuentro, no puedo decir que fuera más que otra cosa, pero allí ella gozaba, se veía que estaba muy contenta en esta casita campestre, del tipo cubano típico.

Ella estaba muy contenta, no sé en qué momento empezaría a trabajar en el Ministerio de Educación. Su pensamiento siempre fue un pensamiento en general muy poco pasional, yo te vuelvo a repetir, por lo menos en el terreno de las ideas o de los acontecimientos, Camila no es un ser que se le pueda juzgar al calor de una época, no es una persona interpretable. En el exilio, en alguna ocasión sufrí en México el embate de una persona que la anatematizó, por sencillamente estar trabajando dentro del sistema educativo cubano. Camila, y lo dije en algún momento antes, está y estaba por arriba de toda interpretación partidarista, puede haber creído en un bien, en el bien de algo y haberlo ejercido por estar en la posición en que podía transmitir ese bien. Humanista totalmente... las dos cosas: humanista en cuanto a su concepción del mundo y humanitaria en cuanto a sus puntos referentes a los demás, a las personas. En fin, es lo que te puedo decir, yo creo que el contacto, mi humilde opinión, mi limitada posibilidad de opinar, puesto que he dejado de oír durante muchos años, es que el hecho de poder expresarse dentro de un estudiantado cubano, dentro de un estudiantado pensante, interesadísimo, y capaz de valorar lo que era ella, tener una dimensión de lo que era Camila, pues eso tiene que haber sido para ella un feed back, una retroalimentación tremenda, para que, si antes era grande en todo, pues lo fuera aun muchísimo más. Es mi sensación.

Camila era un ser... yo te diría que ella es trascendente. Ella es como la persona que cuando tú estás con ella es tu magisterio, ella es tu maestra, es lo que quiero decir, es la persona cuyo juicio es muy atendible y que indiscutiblemente es una de las personas que son definitivas en tu vida, cuando tú tienes que mencionar un hito de personas que han influido en tu vida, tú tienes que decir que Camila Henríquez Ureña es una persona que influyó en tu existencia.

Entre 1947 y 1948, Camila disfruta de un año sabático y decide irse a México. Allí trabaja como consejera y editora del Fondo de Cultura Económica y dirige la Biblioteca Americana.

Entre los poemas dedicados a Camila, selecciono uno fechado el 11 de noviembre de 1947, donde por el reverso del manuscrito aparecen cerca de ¡catorce firmantes! Entre las firmas legibles puede reconocerse la del mexicano Juan José Arreola y la del español radicado en México Enrique Diez Canedo. La fecha, el lugar, el tono simpático y el

título, permiten suponer que se trata de una despedida lírica a Camila, quien después de pasarse su año sabático en México, debía retornar a sus «cuarteles de invierno», en Vassar College. Dice así:

«A Camila reclamada por su deberes»

*Cúmplase al fin la fuerza del destino,
gocen tu luz, Camila, otras regiones
hacia donde te lleve tu contrato,
y nuestros corazones
vayan acompañándote el camino
para hacerlo más grato.*²⁵

El 17 de noviembre de 1951, Camila Henríquez Ureña le escribe a Ángel del Río y le solicita su recomendación para una beca de investigación del Vassar College («Research Fellowship»), con la intención de llevar a cabo un proyecto de libro sobre «El papel de la mujer en la sociedad colonial de la América española desde el siglo XVI hasta mediados del XVII».²⁶

²⁵ Ibídem, n. 673.

²⁶ Entre sus documentos aparecen unas notas sobre la mujer tomadas en el Archivo de Indias que contienen, entre otras referencias, apuntes sobre Isabel de Bobadilla. Fondo Hen-C, n. 602.

Así visita España entre 1952 y el 1953, y en 1958 regresa a Europa con el fin de recorrer España, Francia e Italia. En España trabaja en el Archivo de Indias sobre el tema «Mujeres destacadas de la colonia». En este último viaje a Europa, ya Camila es una mujer de casi sesenta años, pero su edad se olvida cuando se aprecia la frescura y la energía de sus notas de viaje en las cuales, como siempre, está La Habana, el mar, el gusto sensual por la buena mesa y la música, los juegos de salón y, entre otras frases, su picardía entre líneas, su pasión por el baile hasta en la mar picada:

Sábado, 7 de marzo de 1953

10:30

La salida de La Habana ha sido maravillosa. La ciudad se destacaba en blanco y verde, resplandeciente junto al azul zafiro del mar, largamente, desarrollándose como una cinta. Nuestro barco pasó tan cerca del malecón que casi podía verse la casa de las gentes. Me parecía que cada niño que veía alzarse en brazos de su padre para mirar el barco al pasar, era Rodolfito en brazos de Rodolfo. Pero no creo que era la familia la que estaba por allí, pues no reconocí a Elvira y a las niñas, ni siquiera por el traje.

Hemos salido con el tiempo hermoso. El barco va sereno. No es tan grande como los antiguos buques de la Compañía, pero es nuevo. Los otros, eran, además, más lujosos; este es modesto. Me alegro de haber sacado pasaje de primera, pues sus comodidades son equivalentes apenas a las de una clase turista en uno de los grandes trasatlánticos de hoy.

Domingo, 8 de marzo

Aunque el cielo se ha puesto gris y el mar algo picado, vamos bien, sin grandes vaivenes. El barco va casi vacío de pasajeros. En primera, solo va un matrimonio con dos jovencitos, probablemente sus hijos, y un señor que viaja solo y yo. En segunda, una amable señora mayor, suegra de uno de los Doctores Vieta, y una señora joven que va a Venezuela a reunirse con su esposo. Ellas vienen a conversar

a primera. Yo tengo un sueño constante, como un sopor, y no he hecho apenas otra cosa que dormir, sin duda a causa del cansancio de los días anteriores al viaje.

La comida es aceptable y abundante. El cuerpo de servidumbre es muy cortés y amable. Ya no se dan vinos en la mesa ni se sirve aquel famoso té con mermelada de albaricoque. La música es, ahora, de radio. Ya no se baila: no tiene el barco salón de baile.

11 de marzo

[...] [En tránsito por Puerto Rico]

Juan Ramón, lleno de alegría y entusiasmo al pensar en Sevilla, me ha dado los más graciosos y amables consejos: que no duerma la noche de jueves a viernes santo; que vaya a la plaza de San Francisco, donde hay tribunas públicas, a ver pasar la procesión, que cuando pase la Virgen la siga hasta el barrio de la Macarena, donde ella «quiere entrar y no la dejan»; que vaya, a las doce de la noche (?) al puente de Triana a ver pasar la procesión de Jesús Cachorro. Que vaya a oír la misa y ver la procesión del domingo de Ramos a la Catedral, y el Miserere que se canta el miércoles (a qué hora, no sé) y la misa del Sábado de Gloria. Acabó diciendo: ¡Ah, si yo estuviera con Ud. en Sevilla!

Que vaya a ver los jardines del Alcázar de noche para que no haya nadie [...]

Zenobia le mandó besos a todos, y prometí dárselos, menos al guapo capitán.

Me detuve un momento a dejar un recuerdo a Salinas en el Cementerio, y corrí a llegar al barco a la hora fijada para la salida: las 5. (¡Pero el infame no salió hasta las 9!).

Vi a San Juan de pasada, me pareció linda, alegre y al menos, como capital, no revela miseria. Ha progresado inmensamente en 35 años. Y vi flamear por primera vez la bella bandera de Puerto Rico, precursora, confío yo, de su próxima-futura independencia.

El barco sigue siendo monótono. Hay un poco de pasaje nuevo. Unas jovencitas dominico-venezolanas —una de ellas bellísima— nos alegran cantando y bailando. La bella tiene una estatura y un cuerpo muy semejantes a los míos cuando yo tenía sus años, aunque por desgracia, no tenía yo su cara. Pero en el barco no se hace nada para distraer a los pasajeros: ni cine nos han puesto.

El mar está picado, y la danza continuará, nos dicen, hasta salir de la Guaira.

Día 14 y sptes.

No hay más remedio que adaptarse al mar, que está muy malo: mar de fondo por mar de gruesa, no mejora. Hace viento y cada vez más frío. Me he equivocado al no traer ropa de invierno, pues se siente su necesidad.

Casi todo el mundo se marea. Yo me levanto tarde y después de almuerzo juego canasta o samba o crucigrama (cruci-cross) con Roberto y Pedro y una joven señora italiana llamada Carmela, que vive en Santo Domingo y va de visita a Italia (es de Spezia) y es una preciosa mujer y muy dulce. Roberto es mi compañero y Pedro el de Carmela. Parece que al principio ganaron Carmela y Pedro; pero luego Roberto y yo hemos llegado a comprendernos tan bien que casi siempre ganamos y vamos a ser los «campeones» de la jornada. Pedro imita el habla de la italiana y es divertidísimo.

Ahora, nos ponen cine dos veces por semana, buenas películas, pero no nuevas, de modo que yo las he visto casi todas: *Madame Bovary*, *Royal Wedding*, etc. Una que no había visto: *East side, West side*, con James Mason y Bárbara Stanwick.

A veces, en las noches, tratamos de bailar, pero es casi imposible, porque el barco se mueve tanto. Con todo, en la noche del Capitán todos hemos vestido de tiros

largos y hemos bailado. Por mi parte, con el único que bailé fue con el Capitán, quien, como buen marino, ni tropieza ni pierde el equilibrio.²⁷

Ha enviado postales desde Córdoba, ha escogido el Patio de los Naranjos para una de las tias, Malín.²⁸ Y también escribe asiduamente como ha sido siempre su costumbre,²⁹ en especial a sus dos amigas de largos años, Amalia y Coca, las «Lavedán». Coca, a su vez, desde Cuba la mantiene enterada de los acontecimientos, las noticias culturales, detalles familiares, la relación del pago del apartamento de Camila en el edificio Río Mar, ese que con gracia Coca llamaba «la cueva de las golondrinas».³⁰ A la llamada «cueva de las golondrinas» de La Habana, con sus enseres mínimos, sus libros, su balance de Poughkeepsie, regresa Camila Henríquez Ureña a principios de los años 60. Se ha despedido de Vassar College,³¹ cierra el capítulo de su estancia académica en los Estados Unidos, renuncia a su retiro como profesora, y viene, ya cercana a los setenta años, a encontrar su destino. Pero antes de regresar a Cuba, Camila pasa la Semana Santa de 1960 en la Florida, en compañía de Marion.

²⁷ Camila Henríquez Ureña, *Diarios de viaje*, ob. cit., pp. 83-84, 87-88 y 91.

²⁸ Fondo Hen-C n. 425.

²⁹ Entre la papelería de Camila Henríquez Ureña conservada en el Fondo Hen-C se guarda numerosa correspondencia recibida por Camila. Además de las aquí mencionadas y de familiares, hay cartas de José María Chacón y Calvo, John E. Englekirk, Dulce María Escalona, Jorge Guillén, Jorge Mañach, Juan Marinello, Ángel del Río y Pedro Salinas, entre otros.

³⁰ Fondo Hen-C, n. 362.

³¹ Donde la seguirían recordando. Pilar de Madariaga, en carta del 3 de diciembre de 1960 la invita al Centenario de Vassar. Fondo Hen-C, n. 373.

Escrito, al final del siglo, para una semblanza de Camila Henríquez Ureña

a Astrid González, condiscípula

El fragor de las aves acompañaba a Camila Henríquez Ureña
desde La Puntilla hasta los jagüeyes de la calle Zapata.
Tal parecía que todos los Adelantados de la
/ Conquista pavorosa
se aglutinaban ante las escaleras de la Universidad
para que la hija de Salomé Ureña entonara el verso medieval:

*Yo no digo esta canción
sino a quien conmigo va*

Así nos sorprendía Camila, cada tarde,
alzada entre las lluvias tropicales;
contándonos las peripecias de Telémaco
así como la intriga entre Penélope y los pretendientes,
la historia de las aventuras de Odiseo
en el mar y en otras tierras, en fin,
su llegada a Ítaca y la matanza de los pretendientes

mientras iba detallando las causas del talón de Aquiles.
Siento su piel cobriza, sus ojos avispados.
La vuelvo a ver alta como el humo,
derecha como su voluntad femenina,
con una sonrisa que amainaba los vientos,
con ese andar certero
de aquel que busca en las estrellas toda la sabiduría,
todas las gamas de las humanidades.
No había recurso literario, no había pasaje famoso
que no contara con su anuencia.
Camila Henríquez Ureña
viene de una tradición desde donde las letras
se hunden en el polvo de la tierra
descubierta a cada golpe del viento,
a cada batir de alas, a cada escozor.
Se asomaba a cualquier aula, a cualquier hora,
y entraba por el horizonte una luz extraña,
lejana, cayendo desde su boca que traducía del alemán
—como si solo estuviera leyendo a sus alumnos—,
capítulos enteros de *Los nibelungos*:
las hordas de los vencedores tronando en medio del atardecer,
a la sombra de los jagüeyes.

Camila leía.

Camila invitaba a la lectura. Investigaba el peso muerto
y el paso vivo de los griegos y de los romanos
y de las Termópilas. En su voz suave,
la *Paideia* era un himno primero
de una cultura más que primera
y nos hacía saber
que ninguna cultura es más funcional, ni más hermosa,
ni más transparente que otra
sino que cada una se estremece trasvasándose
a esa última cultura necesitada por todos
sus sensibles hacedores y aun por los insensibles.

Las princesas carabalés
se bañan en las aguas del Artibonite
y bailan una mascarada de plumas
en Quisqueya.

Nunca alabó a ningún capitán,
o a esos guerreros ciegos de epopeyas antiguas,
por haber empuñado una daga o una bayoneta
sino por haber enarbolado un sencillo escudo de hojas verdes
anegado en el rocío de la mañana próxima.
Camila hablaba de las literaturas europeas
porque defendió, y por eso las enseñaba,
a las literaturas infinitas de la humanidad toda.
No nos encaminó a apreciar la literatura
limitada a la palabra escrita.
Para ella, un concepto exacto de la literatura

debía abarcar la literatura oral,
«como lo hace la palabra alemana *wortkunst*,
arte de la palabra.
Porque la forma literaria,
como el lenguaje humano en general,
es *oral* en su esencia. La letra es contingencia».

Estábamos desprovistos de arco y flechas.
No conocíamos a Horacio,
ni el carácter *dolce* y *utile* de las letras.
Camila nos hundió en el valor del conocimiento,
en las aguas del Artibonite y en las de la *imago*.
Ya nunca más salimos a flote sino que respiramos
en sus cuevas marinas una sal de medusa incomparable.
Permanecemos sumergidos
como una nueva catedral
en el centro de los corales.
Las corrientes llevaban la dirección de las flechas
y un manatí abría sus fauces
(«Platero es peludo...»)
para devolvernos las imágenes ciertas
de la poesía que Camila elogiaba.
Ya entonces iba preparándonos para la fundación
/de la imagen.

Y el viejo romancero —peregrino en su hechura,
pastando en su verde pradera que quisimos—
alienta en las orejas de los alumnos
y en sus almas.

Camila trae unas velas y un halcón del Conde Arnaldos
planea sobre su cabeza.
En su agenda: el pañuelo de Desdémona,
una calle de Londres
por la que transitan Ricardo III y Falstaff,
que Camila amaba,
porque, sibarita, predicó el gusto por la vida
y el amor por las delicias de la carne.
En su voz, Lady Macbeth enardecida,
escondiendo el puñal,
urdiendo la política de su siglo.
Hamlet gimiente bajo la falda de Camila,
temeroso como los dementes pueden temer
/al viento de Cuaresma.

Las princesas carabalíes
se bañan en las aguas del Artibonite
y bailan una mascarada de plumas
en Quisqueya.

Oigo que nos susurra a Edipo Rey.
Oigo a Camila llamando a Esquilo, a Sófocles, a Eurípides

y, en medio del coro griego,
el anhelo de amparar la ventisca
en Santiago de los Caballeros.
En la glorieta del parque principal
de una aldea polvorienta,
se escuchan los redoblantes,
las trompas municipales de una banda
entonando el compás de un danzón
espumoso, tranquilo, sediento.
Un personaje sin nombre ni hoja clínica
la toma de la mano
y la va conduciendo hacia los claustros
de la Catedral de Santo Domingo
y suenan los sones de los alrededores
que hacen retornar a Camila y a Edipo
a una universalidad «trémula y sola».
Fue a Camila Henríquez Ureña
a quien oímos alabar,
en los pasillos de la Escuela,
las fabulaciones de Borges
y el fortísimo acento italiano de Cristiani
y la fugacidad de Beatriz Viterbo.
Camila abría las ventanas y no sólo irrumpían los soles
/del Ecuador
sino los rumores de los ultraístas
(Huidobro a la cabeza y Neruda y Gabriela,
y aun el rinoceronte que se autonombró Pablo de Rokha
y las aspilleras de Violeta Parra)
y el Orinoco ameno
y la pampa endiablada.
Entonces Camila nos hacía volver al rito,
a la semilla del teatro.
«El teatro nace del rito
y no ha perdido nunca del todo su sentido ritual».
Milagros, misterios.
Camila es un aroma de abril
que ha estado en una cava al cabo de cien años.
Hamlet lo aspira mientras crece la hierba.

*Esto fue escrito por Nancy Morejón, antillana,
y alumna de Camila Henríquez Ureña,
en abril de mil novecientos noventa y cuatro.¹*

¹ Nancy Morejón, *La Quinta de los Molinos*, Letras Cubanas, La Habana, 2001, pp. 102-108.

VII

Somos sus alumnos

La Escuela de Letras y de Arte de la Universidad de La Habana en los años 60 era un lugar polémico, nada plácido. Habría mucha tela por donde meter tijera, mas esa no es la historia que quiero contar en este momento. Para el lado amoroso de mi memoria, la Escuela de Letras de entonces era el sitio donde daba clases Camila Henríquez Ureña.

A su regreso a La Habana, Camila ya es una mujer que se acerca a los setenta años. La acosan las cataratas y la amenaza de ceguera; su libertad de movimientos se ve limitada por un parkinsonismo incipiente y una hernia que Max, siguiendo la tradición epistolar, le insistía en que debía operarse; su escritura es temblorosa. Pero cuando se confrontan los recuerdos, nadie de aquel entonces la reconoce como una anciana.

En una foto de esa época, probablemente tomada para asuntos legales o de pasaporte, Camila muestra el rostro maquillado, con el pelo recogido, el cutis terso, la expresión dulce, con una punta de ironía. Usa un vestido oscuro con unas flores y un breve collar de perlas. La familia se pregunta cuál será la fórmula de Camila para conservarse siempre «Bella, de cuerpo y de alma».¹ Nosotros, los que somos sus alumnos, nos preguntamos lo mismo.

¹ Fondo Hen-C, n. 358.

Bella y digna, de espíritu joven, segura de sí, en paz consigo misma. Atrás ha dejado no solo la seguridad de una pensión, sino unas memorias de veinte años, status, una vida cultural intensa y amigos. Viene a enseñar al sitio que más amaba, a La Habana.

Camila vive en un pequeño apartamento, el número 824 de *Ríomar*, en el edificio que ya era rebautizado con el nombre de *Sierra Maestra*, en la calle Primera del refinado reparto habanero de Miramar. El apartamento que Coca llamaba «La cueva de las golondrinas» era lo que antes se clasificaba como «propiedad horizontal», y Camila lo había comprado a través de una entrada y luego en pagos mensuales. Durante sus estancias en La Habana, a lo largo de los años 40 y 50 había vivido en diferentes direcciones del reparto Vedado, que ella misma consigna en una de las tantas planillas que se vio compelida a llenar en los años 70: de 1939 a 1941, en 15 esquina a 20; de 1941 a 1942, en C esquina a 29; de 1942 a 1946, en 25 y Marina, y hasta 1956, en calle 2, número 559.² Pero ha escogido para su vejez el octavo piso de una construcción frente al mar, cerca de la boca del río Almendares y con toda la ciudad de La Habana a los pies, «La cueva de las golondrinas».

A su regreso empieza a dar clases en la Universidad de Villanueva, institución privada al oeste de La Habana. La inscripción de alumnos, que decrecía, se reflejaba en el sueldo de los profesores que era en proporción. Al mismo tiempo, desde otros sitios reclaman a Camila, que decide, según la correspondencia de Max, abandonar Villanueva en 1960 e incorporarse al Ministerio de Educación como consultora, y a la enseñanza de la literatura en la Universidad de La Habana.

² *Ibidem*, n. 664.

El día 1º de enero de 1961, un año complejo por muchas razones, el Ministerio de Educación de Cuba contrata a Camila Henríquez Ureña por 350 pesos mensuales. Allí, en los organismos centrales, trabaja como asesora y prepara la formación técnica de un grupo de inspectores de la asignatura de Español. En 1962, participa, entre los fundadores, del Consejo de Publicaciones de la Casa de las Américas. También es llamada para integrar como miembro la Comisión Cubana de la UNESCO, y entre su papelería aparece alguna referencia a su vinculación con el existente entonces Pen Club de Cuba.

En el año 1962 entra, por fin, como profesora a la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Habana, en los momentos en que la antigua Facultad de Filosofía y Letras se estaba convirtiendo en la, ahora mítica, Escuela de Letras.

El edificio de la Escuela de Letras no es atractivo ni funcional. En verano uno se ahoga de calor y en invierno se muere de frío. El elevador es pequeño y de cualquier parte los ruidos inundan las aulas. Para alcanzar la cafetería había que apelotonarse en un pasillo estrecho. Pero para mi memoria (por el momento quiere ser selectiva) es el lugar de los conciertos, de los recitales de poesía, de las acampadas, de las lecturas rigurosas, de un claustro de profesores cultos y exigentes. Había mucho más, como ya se ha dicho. Pero ni lo bueno ni lo malo era del común. Dígase lo que se diga, la Escuela de Letras tenía en ese antaño, un verdadero ambiente de Ilustración.

En aquella Escuela de Letras y de Arte, Camila fue nuestra profesora de Literatura. Aunque fue más. Fue un emblema, un buque insignia que nos embanderaba, un escudo que nos protegía, en lo que pudo, de los embates de los extremismos y el mal gusto. Clásica, culta, refinada, contra la Augusta presencia de Camila Henríquez Ureña chocaban y se desviaban los «veredictos de lo vulgar». Profesora Titular de Literatura Española, Hispanoamericana y General, en 1962 actúa también, durante un tiempo, como Jefe de la Sección de Literaturas Hispánicas. Por aquel entonces, uno de los tantos planes de estudio de la carrera (en el de mi curso, que comenzó en el año 1965) era de cinco años con los dos primeros años de asignaturas generales para todas las especialidades. En ese primer año teníamos ocho asignaturas, todas peliagudas y con profesores que no se andaban con chiquitas.

Mi aula, en el cuarto piso, a la salida del elevador a mano derecha, era enorme, con un buró gigante sobre un estrado y un pizarrón doble que supuestamente debía poderse subir y bajar a voluntad, a veces se trababa. Todavía recuerdo las sillas de paleta, con la madera grabada por las cuchillas o las puntas afiladas de los lápices. En el lobby se encontraba el famoso «banco» de la Escuela donde los estudiantes arreglaban (y desarreglaban) el mundo a voz en cuello. A la 1:30 de la tarde comenzaban las clases, en punto como el cañonazo de las nueve, y se acababan seis horas más tarde. Los turnos eran dobles con unos minutos de intermedio que buena parte de las veces se pasaban por alto. El receso era de veinte minutos y muchos estudiantes y profesores corrían como desesperados a la cola del café en el vecino edificio del Comedor Universitario.

El libro *Invitación a la lectura*, publicado por primera vez en 1964 por el Instituto de Superación Educacional (ISE), es una compilación de las conferencias que Camila Henríquez Ureña les ofreció a inspectores y asesores del Ministerio de Educación. En su «Nota a la tercera edición», de 1975, el escritor cubano, ya fallecido, Luis Rogelio Noguerras, conocido como Wichy el Rojo y uno de los alumnos de Camila de aquel curso mío, recuerda:

Los que tuvimos la suerte de asistir a las clases que impartió durante más de diez años en la Escuela de Letras y de Arte de la Universidad de La Habana la doctora Camila Henríquez Ureña, no podremos olvidar jamás aquella forma tan suya de volcar sobre los atentísimos alumnos —con siempre renovada amenidad y con una modestia intelectual ejemplar— el caudal impresionante de su sabiduría. He hablado de modestia intelectual; esta virtud (una de las muchas que adornaron la fértil vida de la doctora Henríquez Ureña), fue casi proverbial.³

³ Luis Rogelio Noguerras, «Nota a la tercera edición», en Camila Henríquez Ureña, *Invitación a la lectura*, Editorial Pueblo y Educación, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1975.

Algún tiempo después de su época de estudiante, ya como profesora, Diony Durán escribiría su tesis doctoral sobre Pedro Henríquez Ureña. Pero su conocimiento de Camila sería mucho más entrañable. Fue primero alumna de Camila del mismo curso que Wichy y yo. Después, como Instructora Graduada, recibió su asesoría. Su sensitivo recuerdo se multiplica en textos y estudios. A ella le tocó componer el discurso de homenaje en la celebración del Centenario de Camila en 1994:

En aquellos años, la Escuela de Letras no fue un refugio, [para Camila] sino su lugar de estancia, el que siempre le había correspondido y desde el cual volvía a irradiar, mostrando la factura del profesor universitario y del centro de enseñanza superior abierto a recepcionar y a influir. Allí impartía sus conferencias redactadas por escrito, y es proverbial que la Asociación de Alumnos de la Escuela de Letras y Arte, las reproducían mimeografiadas, en pequeñas tiradas que ponían a circular por todos los años académicos el «Cervantes» de Camila o su «Shakespeare». Puede haber sido aquella iniciativa estudiantil que denotaba la necesidad de publicar a Camila, o la ausencia de textos autorizados, lo que determinó que se iniciara la serie «Cuadernos H» de estudios críticos sobre temas, etapas y escritores de la cultura universal, en los que Camila fue una de las primeras autoras, y de las más asiduas.⁴

Otra alumna suya, también escritora en la actualidad, Mercedes Santos Moray la recuerda así:

Para muchos, sobre todo para quienes no frecuentaron su intimidad, Camila Henríquez Ureña era un ser de extrema bondad. No niego su calidad humana, pero no quiero dejar esa falsa imagen. No es justa su beatificación. Yo conocí de su dulzura, pero también le conocí la ira. Muchos también, al recordar a Mirta Aguirre, hablan de sus cóleras sagradas y olvidan la ternura de aquella mujer singular. Camila y Mirta se compensaban. El gesto un poco airado, a veces brusco, de la cubana llevaba al temor. Los modales exquisitos, la fineza proverbial de la dominicana ofertaban mayores vías de comunicación. Sin embargo, ambas juzgaban con igual vehemencia, amaban y odiaban con la misma intensidad y eran parciales de sus afectos y de sus ideologías.⁵

⁴ Diony Durán, «Camila, magisterio y humanismo», *Revolución y Cultura*, a. 33, n. 4, La Habana, julio-agosto de 1994.

⁵ Mercedes Santos Moray, «Presencia de Camila Henríquez Ureña», en C. H. U., *Las ideas pedagógicas de Hostos y otros escritos*, ob. cit., p. 361. Tomado de la revista *Del Caribe*, v. I, nn. 3-4, Santiago de Cuba, enero-junio de 1984.

En la Escuela de Letras de entonces, los estudiantes habían pergeñado la tradición de los «vejámenes». Consistía en una celebración jocosa paralela al homenaje que pudiera recibir algún profesor. Mientras el tributo del homenaje era obligatoriamente formal y solemne, el vejamen consistía en exponer fotos poco presentables del susodicho, hacer una representación teatral alusiva a su persona, cantar y contar temas no muy académicos, parodiar sus clases o relatar anécdotas preferentemente burlescas, acompañado todo de un refrigerio, naturalmente. Recuerdo un vejamen muy sonado que se le hizo de despedida al Dr. José Antonio Portuondo cuando se marchaba por un tiempo como Embajador en la Santa Sede: algunos profesores se disfrazaron de obispos y algunas jóvenes profesoras de monjitas, aunque de aspecto no muy ortodoxo. En aquellos vejámenes, las dispares Camila y Mirta reían como dos malditas.

En varias reuniones las vi en un conciliábulo aparte («conspirando», como solían decir), y a veces estallaba la hilaridad de ambas. En más de una ocasión se narraban una a la otra, en nuestra presencia, el rosario de disparates que solían espetar los alumnos en los exámenes, o las insólitas respuestas y situaciones que se daban en las sufridas entrevistas a los solicitantes para la matrícula de Letras, y Camila se carcajeaba completamente, con el cuerpo, estremeciéndose los hombros, gozando ante las graciosas y alucinantes anécdotas. Como aquella ya clásica del joven estudiante de bachillerato que decía haberse leído completo el Quijote, pero, eso sí, «en una buena traducción al español», o, insistiendo en lo mismo, otro que decía saberse de memoria las aventuras del «Ingeniero Hidráulico Don Quijote de la Mancha».

Por ese tiempo, la profesora Camila Henríquez Ureña contestó varios cuestionarios. El Fondo Henríquez Ureña conserva algunas de aquellas rutinarias encuestas que debían rellenar todos los profesores, pero que se vuelve preciosa al estar respondido de puño y letra de Camila. Las preguntas, claro está, eran iguales para todos, y casi siempre simplonas en demasía. Camila disciplinadamente las contestaba, con seriedad, con profundidad, con una pizca de ironía, y aquel trámite burocrático se transformaba, este por ejemplo, en una verdadera lección sobre el método de aprendizaje:

1. Breve información sobre mi vida profesional

Tuve la fortuna de no hallar nunca obstáculos en el camino de mi formación profesional [...] He visto colmada mi aspiración de ser profesora en mi Alma Mater, la Universidad de La Habana, que acaba de otorgarme el título de Emérita, que juzgo ha sido concedido sobre todo a mi larga constancia en la labor docente.

2. Método o estilo de trabajo en mi superación

Tampoco en este aspecto me ha correspondido luchar contra obstáculos extraordinarios. En primer lugar, en el hogar tuve mi primer centro de superación [...] Pero lo más importante, en realidad, en la tarea de superación, no son tanto los centros de estudio a que podemos asistir ni los planes que podamos adoptar: es el esfuerzo personal y es el interés, el constante entusiasmo en el estudio; es el sentirlo como una necesidad ineludible; es que nos parezca tan imposible dejar de estudiar como dejar de respirar. Cada día, con cada lectura que realizo, en cada clase que imparto, considero que soy yo la que más aprende.⁶

Por aquella época se pusieron de moda los «trabajos sociales». Los estudiantes y profesores de la Facultad de Humanidades salían por pequeños períodos, organizados en grupos, a realizar tareas de diversa índole e indagaciones sociales, en rincones apartados del país. El 8 de octubre de 1967, Camila participó por dos semanas del trabajo social con alumnos de la Escuela de Letras y Arte. Allá se fue ella, a Cuabitas, en la entonces provincia de Oriente, donde vivía parte de su familia, y así obra un informe de la profesora Camila Henríquez Ureña sobre «Los resultados de investigación y observación en el poblado de Cuabitas», en Santiago de Cuba. Allí, incansable, cumplió su plan de trabajo y visitó siete núcleos familiares, entre ellos el de su propia familia, Eduardo y Emma y sus tres hijas.⁷

⁶ Fondo Hen-C, n. 664.

⁷ *Ibidem*, n. 648.

En 1968 tenía el cargo de «Coordinadora de cuarto año» de la Escuela. En una comunicación a la profesora de Historia del Arte, Dra. Adelaida de Juan, Camila, con mucha meticulosidad (aunque la cinta de la máquina de escribir estaba prácticamente

seca), da la relación de los alumnos ausentes a clase de ese semestre. Entre los becados con ausencias constan:

Esturo, Marina: día 22 de febrero

Rodríguez Coronel, Rogelio: enero 25 y febrero 2 y 8 ausencias justificadas mediante certificado médico.⁸

⁸ Ibídem, no. 423.

Miriam Rodríguez Betancourt, alumna entonces de la Escuela de Periodismo, narra su encuentro con Camila:

La primera y única vez que hablé con Camila Henríquez Ureña fue durante el transcurso de una entrevista que Minerva Salado y yo le hicimos en 1968, cuando ambas estudiábamos el último año de Periodismo en la entonces Escuela de Letras.

Camila era una de las profesoras más admiradas y prestigiosas del claustro, entre las que se contaban personalidades como Mirta Aguirre y Vicentina Antuña. No era solo su erudición lo que despertaba respeto; se admiraban también su ponderación y majestad como han dicho otros con acierto. Así la veía yo, que no fui nunca su alumna, que me encontraba con ella en el elevador o en los pasillos de la Escuela, disfrutando, en silencio, su cercanía siempre amable, ese tipo de persona, bastante inusual, que lo hace sentir bien a uno solo con estar ahí.

Camila era un mito, de los buenos, de los legítimos. Sus alumnos salían hablando de lo que dijo, de cómo lo dijo, de la justa reprimenda que dio a alguien; de la respuesta brillante a otro; y así salían también los asistentes a sus conferencias, y aquellos, privilegiados, que participaban de sus conversaciones. Siempre me llamó la atención que, a diferencia de los que provocaban otros ilustres profesores, los comentarios acerca de Camila destacaban, sin excepción, su condescendencia.

Un buen día, la Dra. Nuria Nuiry, a la sazón directora de la revista Vida Universitaria, nos pidió que le hiciéramos una entrevista a Camila. Era un reto para nuestra audacia juvenil, y por eso lo aceptamos de inmediato; si lo hubiéramos pensado dos veces seguro no estaría yo recordando ahora aquella entrevista.

En cuanto la gente de Letras supo que íbamos a entrevistar a Camila se dispusieron a colaborar; alumnos y profesores nos ofrecieron datos y relatos inéditos, a veces hasta sin pedírselos. La preparación previa de la entrevista devino un homenaje en vida porque todo el mundo sabía, además, que Camila era intransigente a la hora de hablar de sí misma.

Al fin aceptó la ilustre maestra conversar con nosotras en lo que fue sin dudas una lección más que recibimos de ella, porque el encuentro trascendió los límites de una entrevista.

La recuerdo serena, pero verdaderamente extrañada de que fueran a preguntarle a ella por su vida que, decía convencida, «no tiene nada importante»; aceptando, sin embargo, el reclamo periodístico como un deber, y, por tanto, merecedor del más riguroso cumplimiento, sin dejar pregunta sin respuesta completa, meditada, sincera.

Y por eso digo que fue una lección, por esa actitud ética, por ese rigor profesional, por hacernos sentir como si fuéramos, por lo menos, igual que ella; condescendiente, sí, pero no para dejar pasar cualquier obviedad, como cuando yo le pregunté por el lugar de José Martí en la crítica cubana, y respondió con el mismo tono de voz y el gesto amable: «Sí, pero Martí, señorita, es la excepción, y no se puede tomar a un genio como regla, porque escapa a todas las reglas». O cuando, sin asomo de modestia, solo porque buscaba llegar al fondo de la verdad, nos aclaraba a nosotras, ¡a

nosotras!, que no se consideraba escritora porque en ella no había nada de creación y el escritor casi siempre es un creador.

Me parece difícil poder describir con exactitud lo que yo sentí cuando, una vez publicada la entrevista, alguien, muy discretamente, seguro que como se lo comentó ella, nos dijo que a Camila le había gustado. El elogio era parco en verdad, pero nunca me sentí más orgullosa, sencillamente porque era un elogio de Camila.

Y así ve a Camila otra alumna de aquel curso mío, amiga entrañable de tanto tiempo, la lingüista y editora Dra. Teresa Blanco, Teté:

Yo quiero destacar cualidades que me parecen fundamentales para un profesor: la firmeza en el juicio con la suavidad más extrema en la expresión, su disciplina, su constancia, el estudio continuo hasta el último momento de entrar al aula. Después, proyectándola [su voz] magistralmente, hablaba sin esfuerzo y esta llegaba hasta la última fila. Desgranaba algún Canto de *La Divina Comedia* y cuando nos acercábamos para ampliar un juicio descubríamos que lo estaba traduciendo *prima facie*, del italiano. Ese sortilegio, esa atmósfera de unción sagrada con que revestía sus clases, donde lograba que nadie perdiera una sola de sus palabras, hace que todavía ella palpita y nos parezca que se desliza en los anchos pasillos de la Facultad. Su emoción era real y siempre nueva cuando leía sin dramatismo alguno, se emocionaba naturalmente ante «Adiós, Cordera»; se reía regocijada con una salida de Sancho, se mostraba grave leyendo a Quiroga. Con cuánta sencillez pedía una ficha y con cuánta naturalidad se refería a los trabajos de Pedro y Max, que apenas podíamos entender que aquellos grandes eran simplemente sus hermanos. Grande era ella también. El magisterio de Camila, su huella, es muy fuerte en mi generación. Fue para todos un modelo de lo que debe ser un maestro, un investigador, un ser humano. Me sorprendió un día solicitando que siempre que pudieran la llamaran para integrar jurados de literatura. «Quiero pulsar lo que hacen los jóvenes hoy», fue su sencilla respuesta; es decir, estar en el centro mismo de la actividad creadora, gustaba hacer lo que otro había tomado como una labor fastidiosa. Así vive Camila hoy en nosotros, con su eterna sonrisa dispuesta a oír, a ayudar, a asesorar de modo natural, sin los engolamientos de eso que se llama «opinión de expertos». Este es mi testimonio de Camila, vívido, sentido.⁹

⁹ Teresa Blanco, *Impronta de los Henríquez Ureña en la cultura cubana*, Publicaciones ONAP, Santo Domingo, 1993, pp. 14-5.

Yo también me referí en cierta ocasión a la lectura de «Adiós, Cordera». Me sentaba en segunda fila y no le quitaba los ojos de encima a Camila, no le podía tomar notas. Cuando leía los pasajes del Quijote, se reía suavemente, y con la punta de un dedo se retiraba una pequeña lágrima que llegaba a provocarle la risa. Recuerdo aquel día, hace ya casi cuarenta años, cuando Camila nos leyó «Adiós, Cordera», del español Clarín. Cuando se iba acercando al final del cuento, y los niños de la historia presencian cómo se van llevando a su vaca querida al matadero, las lágrimas de Camila empezaron a rodar por sus mejillas. Todos los alumnos nos quedamos de una pieza, sobrecogidos. Su voz quebrada nos leía:

Y Rosa y Pinín miraban con rencor la vía, el telégrafo, los símbolos de aquel mundo enemigo, que les arrebatava, que les devoraba a su compañera de tantas soledades, de tantas ternuras silenciosas, para sus apetitos, para convertirla en manjares de ricos glotones.

—¡Adiós, Cordera...!

—¡Adiós, Cordera...!¹⁰

¹⁰ Leopoldo Alas (Clarín), «¡Adiós, Cordera!», en *Cuentos españoles* (selección y prólogo de Ezequiel Vieta), Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1967.

Nos quedamos paralizados, ninguno se movía. Nadie se atrevía a romper el mágico y dramático momento que estábamos compartiendo. Todavía hoy se me ponen los pelos de punta. Sin embargo, me acuerdo que en aquel entonces, tal vez por la extrema juventud, además de conmovidos, los estudiantes estábamos pasmados. Por supuesto que el paso de la vida, con sus pérdidas y despedidas, va rayando el alma de tal manera que ya no me sorprende lo que presenciamos aquella lejana tarde. Yo misma, ahora, siento que pudiera llorar solo de decir en voz alta «¡Adiós, Cordera...!»

A la hora del almuerzo, la veíamos llegar a la cola del Comedor Universitario. Allí Camila esperaba paciente su turno, agarraba con sus dos manos ya trémulas una de aquellas cacharrosas bandejas de lata y con la pitanza ya distribuida en los diversos compartimentos (generalmente un menú consistente en chícharos, arroz, mermelada de guayaba y, si era un día bueno, una lasca de spam), se detenía un segundo a mirar aquel, por buen nombre, refectorio universitario, bullicioso y de olores indescifrables. Con lentitud avanzaba hacia algún puesto libre entre las tantas mesas atiborradas de estudiantes y profesores, mientras alguno de nosotros se precipitaba a buscarle agua fría en el grifo de aquellos artilugios que teníamos como bebederos. Contado así parece hasta simpático, pero confieso que a mí se me encogía el corazón cada vez que veía a Camila haciendo la cola del Comedor.

La profesora Mariana Serra, tuvo la suerte de trabajar en aquel entonces directamente con Camila Henríquez Ureña, en la selección de los textos de Eugenio María de Hostos. Así recuerda Mariana aquella etapa:

Mi encuentro con Camila fue como el de todos los estudiantes que empezaron en la Escuela de Letras en el año 1966. Mi primer recuerdo fue el de alguien que me impresionó mucho, no solo por su físico, era una persona muy alta, sino por su serenidad majestuosa. La sentí en aquel momento muy distante. Quizás en esa primera impresión mía influyera el hecho de que en aquel entonces los profesores daban clases en un estrado. Nosotros sentados y ellos allá arriba, el profesor era LA AUTORIDAD, era no solo un modelo, sino alguien muy lejano. Pero eso empezó a cambiar en un examen sobre el Dante que yo puse unos versos, nada menos que en el lenguaje original de La Divina Comedia como ejemplo en mi respuesta, y ella se me acercó, y me preguntó que cómo yo había hecho aquello. Y yo le digo que me los había aprendido de memoria. Y ella me dijo con cierta gracia: «¿Usted sabe que La divina comedia estaba escrita en toscano? Yo me quedé perpleja, pues pensaba que era en italiano. Camila se dio cuenta de todo... Y desde ese momento yo sentí una corriente de simpatía. Después, ya en tercer año, un grupo de alumnos fuimos seleccionados para trabajar con ella, pues Camila, entre sus muchas actividades, también era tutora de «alumnos ayudantes». De mi grupo estábamos Mercedes Santos, María del Carmen Víctori y yo. A Mercedes le asignó investigar Santo Domingo, a María del Carmen le dio Cuba y a mí Puerto Rico. Se trataba de una investigación dirigida por ella acerca de la literatura del Caribe hispano. Camila era muy rigurosa y nos exigía mucho. Después, cuando empezamos a trabajar en la Escuela ya como profesores, ella nos atendía a los Instructores recién graduados. En aquella época yo acababa de tener a mi hija, en el año 1971. Mi hija se llama Ariamna, y ese nombre fue idea de Camila. Yo no sabía qué nombre ponerle y se lo digo a Camila y le cuento que aunque me gustaba como yo me

llamaba no me gustaría ponerle el mismo nombre a la niña, y entonces me dice Camila: «¿Por qué no haces un anagrama con tu propio nombre?» Y así combinando las letras de «Mariana» salió «Ariamna», invento de Camila. Después, cuando nos reuníamos para trabajar con ella en su apartamento —estábamos preparando la selección de textos de Eugenio María de Hostos para la Casa de las Américas—, yo iba a su casa y naturalmente tenía que llevar conmigo, obligatoriamente, a mi hija, entonces muy pequeña, de un año, y allí descubrí la enorme capacidad de ternura de Camila; déjame explicarte que no como «una abuelita», sino que su trato hacia mi hija era de una ternura especial que me emocionaba mucho. Luego yo empecé a tener problemas, y nunca pensé que le contaría mis problemas personales a Camila y que ella me los escucharía con mucha atención.¹¹

¹¹ Otros testimonios inéditos sobre Camila Henríquez Ureña se pueden leer en el Minutario, en especial en la transcripción del Conversatorio en su homenaje, convocado en 1999.

Durante un período muy breve, entre el año en que terminé mis estudios en 1970 y la partida definitiva de Camila Henríquez Ureña en 1973, tuve el excepcional privilegio, junto con otros jóvenes profesores como Rogelio Rodríguez Coronel y Diony Durán, de ser algo así como «colegas». En las interminables asambleas de Facultad que se celebraban en el anfiteatro, ella asistía disciplinadamente como una más. En las reuniones del Departamento, Camila Henríquez Ureña se sentaba en su puesto, en aquel sillón de madera, el típico «balance» cubano, y allí se mecía suavemente, escuchando con atención. Cuando el absurdo llegaba muy lejos, se sonreía, y a veces incluso la recuerdo riéndose para sí.

Entre 1972 y 1973, la doctora Camila nos impartió un curso de posgrado sobre Literatura Hispanoamericana. Fue a sugerencia de ella que empecé a prepararme para impartir, dentro de esa cátedra, clases sobre la literatura prehispánica, segmento histórico que nunca antes había sido incluido en los planes de estudio. La revelación, a través de Camila, del universo americano antes de la Conquista, me llevó no solo a elaborar mi tesis de graduación de Licenciatura sobre el tema de la Literatura prehispánica mexicana, sino que, a partir de entonces y durante un buen número de años, mantuve atormentados a mis compañeros de especialidad con mi entusiasmo hacia las literaturas prehispánicas. Camila, por supuesto, fue la tutora de ese estudio, requisito que defendí en 1973. Se llamaba «La poesía lírica náhuatl» y todavía conservo los pliegos del trabajo con sus anotaciones en tinta de bolígrafo azul, su letra ya vacilante. Fue además parte de mi Tribunal de tesis. El día de la defensa, después de mi exposición y las preguntas de rigor, el tribunal (si mal no recuerdo estaba compuesto también por Portuondo y Rogelio) me solicitó que abandonara el local del Departamento para deliberar a solas sobre la calificación que me otorgarían. Cinco minutos más tarde me pidieron que entrara para notificarme circunspectamente que estaba ¡suspensa! Aterrada, estupefacta, miré hacia Camila que se daba balance en su sillón de siempre y noté que ella me guiñaba uno de sus ojitos. Respiré profundo: me estaban corriendo una máquina, ya sabía yo que el sobresaliente estaba seguro. Eso sí, luego supe que la broma había sido tramada por ella...

Las autoridades universitarias decidieron al fin entregarle a Camila el más alto rango académico, el de Profesora Emérita. El solemne acto de investidura se habría de celebrar el 21 de diciembre de 1970. Todos estábamos felices y orgullosos.

Unos días antes, la Directora de la Escuela, la Dra. Vicentina Antuña me convocó a su despacho de la Dirección. Acudí en un temblor. En aquel entonces, de rigores y jerarquías bien implantadas, el llamado «a la Dirección», no era cosa de juego. Con

satisfacción y pánico fui impuesta de que había sido seleccionada, como la más joven profesora del Departamento y «discípula dilecta» de Camila, para entregarle el ramo de flores en el Acto Solemne de su nombramiento como Profesora Emérita en el Aula Magna. Les ahorro los tránsitos entre el orgullo y el pavor escénico que viví durante esos días.

El rector José M. Miyar inauguró la ceremonia y entregó las insignias de Profesora Emérita. El Decano de la entonces Facultad de Humanidades, a la que pertenecíamos, era Carlos Amat. En la mesa estaba Mirta Aguirre en el extremo izquierdo, en el centro estaba Camila, sentada entre el Decano y el Rector, después venían tres personajes que no recuerdo y cerraba la mesa la Directora de la Escuela de Letras, Vicentina Antuña. Yo esperaba detrás, entre bambalinas, sudando frío, con un bellissimo ramo de flores en mis brazos.

Mirta Aguirre habló a nombre del claustro:

Ahora bien, hablar de Camila Henríquez como de alguien que ya no es joven, es juzgar la esencia por las apariencias y, en suma, faltar a la verdad. Su juventud es lozanía de carácter y de inteligencia, flexibilidad para el cambio, ausencia de rutinarios modos de hacer y de pensar, capacidad de admisión para la transformación revolucionaria del mundo en que se vive, los compañeros y los alumnos de la Escuela de Letras y de Arte podemos asegurar que no hay allí, y que acaso no exista en toda esta Universidad, nadie más joven que Camila, con sus espléndidos setentiséis años en perpetua renovación.

Hace más de medio siglo produjo Camila Henríquez su admirable estudio sobre Eugenio María de Hostos, una de las más brillantes tesis de grado que se hayan presentado en nuestra Universidad y que continúa siendo obra de obligada consulta para el cabal conocimiento del gran educador, político y filósofo puertorriqueño: hace más de medio siglo; y hace muy poco, cuando el Instituto de Libro publicó *El infierno*, a la pluma de Camila Henríquez Ureña se debió el magnífico ensayo sobre Dante que sirve de prólogo a esa edición. Entre una cosa y la otra se extiende una larguísima serie de trabajos cuya recopilación dará lugar algún día varios volúmenes, en los cuales esta mujer reacia a la letra impresa ha ido dejando, como quien no da importancia a lo que hace, las muestras de un enciclopédico saber literario que lo mismo abarca a Homero que a Ibsen, a Shakespeare que a la narrativa hispanoamericana contemporánea, a los clásicos españoles, franceses o alemanes que a la poesía de Vladimiro Mayakovski. Todo, por supuesto, conocido en las lenguas originales, y todo visto y juzgado desde un punto de mira original. Tanto como por su trabajo de cátedra, por esa numerosa obra dispersa en folletos y revistas, puede decirse, sin que a nadie cause escozor, porque es de unánime reconocimiento, que no existe en nuestro país especialista más completo en cuestiones literarias, ni crítico literario de más largo alcance que esta profesora de continentales dimensiones que la Universidad de La Habana tiene el privilegio de disfrutar.

[...]

Si Camila Henríquez Ureña recibe el título que esta noche le es concedido, ello se debe, sin duda, a su brillantez humanística; pero se debe, junto a eso, al signo de admirable austeridad que ha regido su vida entera; se debe a que es posible colocar esa vida ante los ojos de nuestros jóvenes como un modelo que amerita imitación. Hecha de estudio incesante, de trabajo sin tregua, de honestidad sin grietas, de perenne autoexigencia, de inquebrantable sencillez, de altísima dignidad intelectual y de acendrado amor a Cuba; esa vida es lo que sobre todo se aplaude y a lo que se rinde homenaje hoy.

[...]

El 25 de marzo de 1895, al partir de Santo Domingo hacia Cuba, José Martí le escribía a Federico Henríquez y Carvajal, en la carta que se considera su testamento político: «Debo a Ud. un goce de altura y de limpieza, en lo áspero y feo de este universo humano...».

Compañera Camila Henríquez Ureña: permítame repetirle eso hoy aquí [...] Los que hemos tenido la fortuna de conocerla de cerca, entre lo mucho que le debemos, le debemos también eso, que no de cualquiera puede obtenerse: un goce de altura y de limpieza que nunca podremos olvidar.¹²

Luego vino el Discurso de Agradecimiento de Camila:

[...]

Palabras breves y sencillas, pero no vacías; porque llevan una inmensa carga de emoción y gratitud. Gratitud a la Universidad de La Habana que, representada por sus dirigentes, me concede vivir hoy momentos de trascendencia única en mi existencia. Y gratitud íntima a lo que ya puedo llamar mi destino —puesto que se ha cumplido—, por haberme permitido ver la realización de mi empeño desde mis años juveniles perseguido: el de consagrar mi vida a la enseñanza.

[...]

Y puedo decir con entera verdad que ni una sola vez he entrado en un aula a dictar una clase, sin que me acompañara la feliz creencia de estar realizando una labor, si bien mínima, útil, por ser parte de la vasta obra esencial de la educación. Obra que a mi modo de ver ha de consistir más que en informar, más que en impartir conocimientos, en impulsar hacia ellos, en despertar en los jóvenes el entusiasmo por el saber y el concepto del «deber ser» fundamental del hombre. El deber de esforzarse por alcanzar la óptima calidad humana.¹³

¹² Mirta Aguirre, «Para Camila Henríquez Ureña», *Casa de las Américas*, a. XI, nn. 65-66, La Habana, marzo-junio de 1971, pp. 144-6.

¹³ Fondo Hen-C, n. 88.

Me habían dado precisas instrucciones de que cuando Camila terminara su agradecimiento, me tocaba a mí el turno de entregarle el ramo de flores. Yo esperaba temblorosa y miraba desde mi escondite a todos mis compañeros de la Escuela, a toda la plana mayor universitaria, a todos los estudiantes, sentados aplicadamente en aquella imponente Aula Magna. Desde la primera fila, cerca de mí, la Dra. Elena Serrano me hacía frenéticas y discretas señas para que yo acabara de quitarle el envoltorio de celofán al ramo de flores. Así lo hice, justo un segundo antes de que Camila diera fin a su discurso y abandonara a toda velocidad el podio, sin darme tiempo a nada. Irrumpí en escena con mi ramo de flores en ristre, presa del pánico, y no se me ocurrió otra salida que irme por detrás de la mesa y pedirle al Dr. Amat que ¡le alcanzara las flores a Camila! El Decano, sin volverse, y con una voz fulminadora me ordenó: «Hágame el favor de ir por adelante». Mientras tanto, el público ovacionaba a Camila. Rodeé la mesa, avancé como pude y casi a dos metros de Camila le extendí el ramo de flores como si se tratara de un batón de las carreras de relevo. No podré olvidar nunca la mirada risueña y comprensiva de Camila. Hasta hoy he mantenido la esperanza de que nadie se hubiera dado cuenta... Al menos, será una historia para contar en mi propio vejamen.

Un tiempo después, llegó el temido momento: Camila se nos iba a un pequeño viaje a República Dominicana para visitar a la familia. Yo le comenté a mi amiga Diony: «Me temo que ocurra como la vieja leyenda de los elefantes que se dice que retornan a

su sitio de nacimiento cuando sienten que la vida se les acaba». No disfruté, pues, nada, aquella fiestecita de despedida que se le dio a Camila.

Este es el testimonio de Diony:

Si hago un poco de historia, tengo como tres percepciones de Camila. Cuando entré en el aula por primera vez y fue nuestra profesora. Ya eso apareció en nuestra revista [Vida Universitaria], cuando Miriam Rodríguez hacía sus primeros intentos de ser periodista y nosotros, de conejillos de Indias, le poníamos la copla a su entrevista a Camila. Si lo pienso bien, ella me impresionó desde antes de conocerla, con ese deslumbramiento de los estudiantes de Letras por ver al personaje de alta nombradía. Realmente en ese momento solo era la hermana de Pedro y Max Henríquez Ureña, que por lo demás solo conocía de sus Historias de la Literatura y creo que digo mucho. Aquella fue una admiración lejana, tenía el desasimiento de la juventud... Cuando empezamos a trabajar como «Instructores» en la Escuela de Letras y de Arte —que entonces se llamaba así por muchas cosas que no vienen al caso— fue normal que se produjera un acercamiento. Dos recuerdos tengo como más valiosos de aquellos momentos. Uno, las reuniones que se producían en el apartamento de Camila con nuestro pequeño grupo de estrenados especialistas en Literatura Hispanoamericana [DD, MY y Rogelio Rodríguez Coronel]. La sala sencilla, una mesa que ocupaba buena parte de la habitación, un sillón, libros, claro. Fuimos tan presuntuosos que le pedimos discutir Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana, de José Carlos Mariátegui. ¿Recuerdas? Y ella tan delicada que dijo que sí. No arguyó que ella era un testimonio vivo para comentar algún texto de Pedro. Bueno, también de Max, pero yo creo que hubiera preferido leer a Pedro. Años después, frente —esta vez— a mis estudiantes, sabría que me había perdido un aprendizaje especial. Para entonces, entre Cien años de soledad y la vida, yo empezaba a tener una percepción de las cosas más eficaz. Y eso me hace pensar que no estaba cerca de ella, sino enfrente, que no había entendido bien a Camila. Yo seguí viéndola como un icono. Ella colaboraba un poco a eso, pues se mantenía distante, cuidadosa en el trato, hablaba poco, no entraba en jaleos y comidillas, estaba por encima de todo, como de regreso. Ella estaba de regreso de un largo viaje, creo que era eso. Su dignidad era muy elaborada y con el tiempo he venido a creer que siempre la tuvo así, no era obra de acumulado. El otro momento que me parece especial fue el de la despedida. Camila viajaba a Santo Domingo y yo sentí como una urgencia. Me parecía que la habíamos aprovechado poco, que no le habíamos dicho lo que sentíamos por ella. Fue obra del azar —o de Vicentina Antuña, o de Mirta Aguirre que organizaron el almuerzo de despedida— que me sentaran a su lado en la mesa principal, porque yo no me senté por mí misma y ya al hacerlo como mandato me tenía intimidada. Mirta Aguirre estaba muy divertida con mi timidez y de vez en cuando me mandaba sus mensajes: «Que le pregunte si ya tiene los pasajes...», «Que a qué hora llegará a Santo Domingo...», «Que si la esperan allá...». Entre ellos, llegó la orientación de que en el momento culminante de las palabras de despedida, o algo así, yo le pusiera una orquídea en el pecho. Más bien aterrada por el ridículo que me esperaba con estas manos que alguna vez decidirán volar, le expliqué y le pedí que ella tomara la orquídea en sus manos y todo resuelto. «Todo se puede dominar en la vida, Diony —me dijo—, sobre todo las manos». Miré las suyas punteadas de lunarillos de la edad, temblorosas al punto de que no le era fácil comer —¿pollo, era pollo?. Y siento todavía una ráfaga de vergüenza que me recorre la columna vertebral y sus manos, y mis manos que le ponían el alfiler a la orquídea, mientras ella decía con voz amistosa y socarrona: «¡No me pinche!». Los últimos días antes de su partida la visité un par de veces. Me había brindado para buscarle libros, o «cambiarlos», me dijo ella, libros defectuosos con páginas en blanco. Y aceptó. En esas dos ocasiones

conversamos cinco minutos de cosas banales. Tal vez todavía yo le preguntaba que si ya compró los pasajes... y cosas así. El día antes de su viaje, le llevé flores. Ella tenía visita, yo le dejé aquellas rosas casi con violencia y salí corriendo. Yo iba maldiciendo esta incapacidad que tengo para despedirme.

Por eso cuando debí hacer la conferencia magistral para la celebración de su Centenario pensé redimirme, pensé escribir emocionalmente. Y no lo hice. Escribí para el Aula Magna y tratando de que no se me quedara nada por decir. Ya habían pasado muchos años de su muerte y de la etapa de estudiantes. Entonces yo había conocido la obra de Pedro y había entrado en los recovecos familiares, con ternura, pero como una intrusa. Había vuelto a conocer a Camila desde los textos, las referencias, la obra escrita. Revisé sus cartas, sus papelitos, sus fotos, recompuse una imagen en la distancia, como en un reconocimiento «lezamiano», y la vi como quisiera expresarla ahora, y no lo hago. Hoy Camila está situada en un extraño lugar donde es idea y afecto, un lugar mucho más cercano para alcanzarlo.

«Destino cumplido» era una expresión que Camila gustaba mucho de repetir. En esa plaza tan difícil de alcanzar que es el destino cumplido está situada Camila Henríquez Ureña para nosotros, los que todavía somos sus alumnos.

Para contar una historia de Navidad

Mirta Yáñez

A Camila Henríquez Ureña, *in memoriam*

Se despierta y de momento no sabe dónde está. Desde el segundo piso del edificio se deja oír un ruido como de... piedrecitas que caen. Una luz pulverizada anega el pasillo de la derecha.

El personaje, el profesor, está solo en la Facultad durante la madrugada del 25 de diciembre. Cubre la guardia de vigilancia y se ha quedado dormido después de recorrer todo el lugar y apagar las luces de las aulas y las oficinas. Recuerda que la única luz que debe manifestarse encendida es la del vestíbulo. Así que, por lo pronto, se sorprende y se despabila por completo. Revisa la caja central de electricidad y comprueba que todas las clavijas siguen en estado de interrupción.

Piensa en usar el teléfono. Son las tres de la madrugada y la ciudad duerme. Pero aunque fueran las doce del día tampoco tiene a quien llamar. El panorama afuera le parece desapacible. La portalada y el cruce de las avenidas Zapata y G, con los arbolones en sombras, se iluminan a ratos con los reflejos del semáforo. En comparación, al viejo edificio de Letras lo siente como chocantemente acogedor.

Desde el zaguán de la derecha, en dirección al Departamento de Literaturas Hispánicas, el suyo, se derrama un resplandor nebuloso, y aquel ruido como de piedrecitas que caen.

Es la noche de Navidad, recuerda, fecha en que según se cuenta suelen hacerse visibles los íncubos, los fantasmas. Al personaje no le interesa la franja que linda el mundo de los muertos con el mundo de los vivos. Una presencia del más allá es lo

menos que puede ya ocurrirle. Él mismo, durante los últimos diez años, se ha convertido en un ánima en pena. Muerto en vida, que es lo peor.

El profesor acaba de cumplir los cincuenta años, está solo, la ciudad se cae a pedazos a su alrededor, ya no le gusta dar clases, la rutina de cada día lo quebranta como una maquinilla de moler carne. La desesperanza y el aburrimiento agostan sus horas libres, las pocas que quedan fuera de su exhausta sobrevivencia en La Habana de fin de siglo.

Decide investigar qué ocurre allá arriba. Sube la escalera, cruza la antesala del claustro y se dirige al Departamento. Cuando abre la puerta, aparentemente ve lo mismo que siempre: unos estantes con libros adosados a la pared, una mesa satélite con una decrepita máquina de escribir, un buró, unas sillas y el mueble que llaman «el sillón de Camila». Lo único diferente consiste en esa luz polvorienta que sale de ni se sabe dónde y aquel ruido, que no puede identificar aún, intermitente, opacado ahora por sus propios pasos.

Algo está pasando allí. El personaje no cree ni en los peces de colores. Sin embargo, por su profesión ha leído, ha estudiado, ha meditado sobre aquellos que a veces parecen volver, con cuentas pendientes, a cumplir un llamado, a ejercer un castigo. En todo caso, el profesor percibe que la presencia es de índole benigna.

Se queda de pie ante el sillón. Ese rumor, esa cadencia. Ese ruidito... ahora lo reconoce. Es el susurro del pasar, una tras otra, las hojas de un libro. Ras, una hoja, un lapso, ras, otro pliego, otro intervalo, ras, la página siguiente... ¡está leyendo!

La quimera, el fantasma, lo que fuese, está leyendo.

El profesor sale del Departamento y cierra con suavidad la puerta. No quiere interrumpir. Comprende que tanto o más que a las personas de este mundo, la presencia añoraba sus libros. Advierte que ha llegado allí para finalizar la despedida, el último acto: no había alcanzado a terminar una lectura.

El personaje vuelve a su sitio en el vestíbulo. Escucha ensimismado el transitar de los folios de un libro y se va reconciliando, se siente en compañía, confortado en su soledad por primera vez en mucho tiempo. Recompone su antigua armonía, aquel ruidito lo abastece de una paz que casi había olvidado. Le entran ganas de releer aquellos libros amados y que hace tanto que no desempolva de su librero. Rompe el alba del día de Navidad. Se dice que, a veces, los muertos nos guían por los senderos de la vida.¹

¹ Cuento inédito de un libro en preparación.

VIII

Sedentaria obrera de la palabra

Al arribar, en 1973, a Santo Domingo, Camila Henríquez Ureña lleva consigo la primera bandera dominicana que se izó en el Instituto Salomé Ureña. Hacía cuarenta años que no visitaba su país natal. El recorrido desde Cuba, en avión, había sido largo y fatigoso, ruta «Habana-Madrid-Santo Domingo», pero ya estaba allí, con su bandera.

Camila iniciaba su visita a Santo Domingo para reencontrarse con la familia, atenderse la salud, recuperar los lugares queridos de su infancia, ver la tumba de su

madre. Allí le esperaban también algunos destinos por cumplir, entre ellos los homenajes de sus primeros compatriotas:

El 17 de agosto último, la Universidad Autónoma de Santo Domingo entregó a la doctora Henríquez Ureña el título de profesora honoraria [...] «Todo lo que sea entendimiento, acercamiento entre las naciones de América Latina, es deseable», dijo [Camila] el 17 de julio pasado. En esa oportunidad señaló que «ese acercamiento es más deseable entre países tan íntimamente vinculados por la historia y la tradición como son Cuba y Santo Domingo». La doctora Henríquez Ureña confesaba que las obras más influyentes en su vida eran las de José Martí y Eugenio María de Hostos [...] La educadora opinaba que para ella «el papel principal del escritor en la sociedad moderna es el de orientador del movimiento intelectual de su época». «No basta con que escriba cosas bonitas. No solamente cuenta lo estético, sino lo ético y lo social», decía. También señalaba que no tenía predilección por un tipo determinado de literatura, pero gustaba de la que tiene arraigo y le atraía el escritor que profundiza, según sus propias palabras.¹

¹ Julio Lora, «Fallece la educadora dominicana Doctora Camila Henríquez Ureña», *El Caribe*, Santo Domingo, 14 de septiembre de 1973.

En el hogar familiar, sigue siendo Camila, y mientras espera por una operación de la vista, en una mecedora, en su sillón, recita poemas de Juana de Ibarburu, Gabriela Mistral y Dulce María Loynaz, en la casa de su hermano Rodolfo, de la calle Socorro Sánchez 31. Allí también atiende a los periodistas que acuden a entrevistarla, y en cada una de esas conversaciones salen a la luz los ya «destinos cumplidos»: la enseñanza y La Habana. Les decía que planeaba regresar a La Habana en dos o tres meses, después de recuperarse de la operación quirúrgica.

En una entrevista, la periodista cierra con una frase que sería, tal vez, la última afirmación pública de Camila:

Finalmente la profesora Henríquez Ureña nos señala que espera restablecerse pronto para volver a ejercer en Cuba su labor educativa y de orientación en la Universidad de La Habana que la ha distinguido por su labor docente con altos lauros académicos.²

Unos días antes de partir de La Habana, y comentando sobre su estancia en los Estados Unidos y sus viajes a Europa, Camila había dicho «Yo vivía nada más que pensando cuándo volvería a Cuba, nada más que pensando en Cuba, esa es la verdad...».³

² Entrevista de Emma Tavárez Justo, ob. cit.

³ Mercedes Santos Moray, «Entrevista a Camila Henríquez Ureña», La Habana, 1973, 22 hojas mecanografiadas, en Fondo Hen-C, n. 730.

Más de dos décadas atrás, en navegación hacia Europa, el barco en que viajaba Camila había hecho escala en Puerto Plata, último sitio donde estuviera junto a su madre, la misma Salomé Ureña que izara la bandera dominicana en su escolita. Pero Camila declinó entonces el «permiso» para descender. Durante todos aquellos años, sin embargo, la bandera estuvo en su equipaje. Y aunque una muerte súbita le impidió la donación al Museo del Hombre, tal como ella deseaba, la bandera fue finalmente llevada a su destino por sus familiares, los últimos descendientes de la familia Henríquez Ureña.

«Salomé Camila Henríquez Ureña ha fallecido» dice la esquila mortuoria aparecida en *El Listín Diario*, del 14 de diciembre de 1973. «Sus hermanos doctores Enrique C., Eduardo y Rodolfo Henríquez; sus hermanas políticas, sobrinos, primos y demás familiares invitan al acto del sepelio el cual se efectuará hoy a las diez de la mañana en el Cementerio Nacional de la Avenida Máximo Gómez».⁴ La tarde anterior, alrededor de las cinco y media, algo desconcertada, según se cuenta, Camila le preguntaba a su hermano Rodolfo qué estaba pasando. Pocos minutos después, Camila ha muerto tan calma y discreta como lo hubiese querido.

Cuando la noticia llegó a nosotros era un momento malo. La tristeza de la pérdida de nuestra maestra vino a amargar más ese mes de septiembre de 1973. De este viaje ya Camila no iba a regresar como lo había hecho siempre. Y la Escuela de Letras ya no volvería a ser nunca la misma.

Había que pasar a la etapa del recuento. A preservar su legado. En algún archivo deben andar traspapelados unos cuantos pies de película con la imagen en movimiento de Camila, entrando al aula, dando una clase. Mi memoria no conserva en qué fecha ni quiénes lo hicieron, no se adónde habrá ido a parar ese testimonio de la rara ocasión en que Camila se dejó filmar.⁵ Pero mi nostalgia evoca el momento en que Camila se sentó en su mesa profesoral y comenzó a impartir una clase, tan campante, como si no hubiera cámaras tomando la escena. No se me ha olvidado que para esa circunstancia, quizás tomada por sorpresa la autoridad universitaria, nos pidieron a unos cuantos jóvenes profesores que estábamos a mano ese día, para que «actuáramos» como alumnos. ¡Como si hubiera hecho falta «actuar» para sentirse siempre alumnos ante Camila!

⁴ *El Listín Diario*, Santo Domingo, 14 de diciembre de 1973.

⁵ También se grabó su voz. El disco es de carátula verde y morada. En la contracubierta tiene una imagen a línea de una foto de Camila. Disco *Palabras de esta América*, n. 48, Centro de Investigaciones Literarias/Centro de Estudios del Caribe/Casa de las Américas, 1981, EGREM. Contiene: Cara A: «El tema de la muerte en la poesía de Julián del Casal» (fragmento); «Metal del diablo de Augusto Céspedes» (fragmento); Cara B: «Metal del diablo de Augusto Céspedes» (continuación); «Las ideas pedagógicas de Eugenio María de Hostos» (fragmento).

En el prólogo a los textos de Camila Henríquez Ureña, el entrañable volumen *Estudios y conferencias*, dejó dicho Mirta Aguirre:

Era una mujer muy alta, muy derecha, muy refinada, de noble rostro y gran encanto personal. Cuando murió, ya próxima a los ochenta años, pero todavía con completo dominio de sus facultades intelectuales y, como siempre, trabajando, nuestra cultura experimentó la pérdida de una de las mentes más serenas y lúcidas, más inquietas y desprovistas de prejuicios, más abiertas a todas las transformaciones de avance social, de cuantas han contribuido a forjarla. Y perdió, al mismo tiempo que un sólido saber, un diario ejemplo moral. Su larga vida se ubicó siempre en la más estricta dignidad. Por eso, Camila Henríquez Ureña, que sabía crear grandes cariños en torno a su persona, inspiraba, sobre todo, respeto. Modesta y sencilla hasta lo increíble, lograba en su claustro universitario, por espontáneo acatamiento de todos, que la cabecera estuviera siempre donde ella se sentaba.⁶

⁶ Mirta Aguirre, «Prólogo», en Camila Henríquez Ureña, *Estudios y conferencias*, ob. cit., p. 11.

El 9 de abril de 1994 en la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana y con el develamiento de una tarja que declaraba a Camila Henríquez Ureña

«Maestra de maestros», se dio inicio a los homenajes en torno al Centenario del nacimiento de quien fuera, efectivamente, nuestra maestra por excelencia.

El 11 de abril fue la conmemoración solemne en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, el mismo sitio donde veinte años antes habíamos estado todos para celebrar su grado de Profesora Emérita. Allí nos reuníamos otra vez, la sola mención del nombre de Camila era suficiente convocatoria.

De hecho, los homenajes habían empezado un poco antes con la preparación del documental *Camila*. Discrepantes en casi todo, conflictivos y distanciados por el tiempo, los rigores de la vida, los lugares de residencia, los quehaceres profesionales, los ex alumnos de la entonces llamada Escuela de Letras, acudían unánimes a prestar sus recuerdos para fijar la memoria de la querida Camila.

También en ese mes de abril de 1994, la XXII Feria Nacional del Libro de República Dominicana se dedicó a la figura de Camila Henríquez Ureña, de la noble estirpe de los dominicanos que han compartido la historia de los cubanos. Hasta allá fueron dos delegaciones desde Cuba, una de alto rango oficial, encabezada por el Dr. José Antonio Portuondo, autoridades del claustro universitario y eso que solemos llamar, a falta de mejor nombre, funcionarios del Ministerio de Educación Superior cubano; y otra conformada por antiguos alumnos de Camila, escritores y estudiosos de la obra de los Henríquez Ureña como Diony Durán, Teresa Blanco, Marcia Castillo Vega y yo, entre otros. El documental por causas ajenas al amor, no llegó a estrenarse, pero se cumplieron múltiples tributos a Camila Henríquez Ureña.

Durante el desfile inaugural de estudiantes, la primera escuela en pasar llevaba el nombre de Camila. Luego siguieron los actos: se hizo un conmovedor conversatorio de antiguos alumnos; se celebró un Seminario Internacional de Literatura Camila Henríquez Ureña, donde se leyeron ensayos y ponencias. Además de a los cubanos, recuerdo las intervenciones de las dominicanas Chiqui Vicioso y Daisy Cocco de Filippis; se representaron obras de teatro; se realizó un concurso juvenil «Qué sabes de Camila Henríquez Ureña»; se reinauguró la biblioteca juvenil con su nombre; se dieron conferencias y recitales, incluso un Encuentro Coral que llevaba también su nombre; se presentaron libros, hubo cocteles, banquetes. Y entre tanto trabajo, jolgorio y emociones, el jueves 28 de abril de 1994, en el Parque de las Educadoras, del campus de la Universidad Pedro Henríquez Ureña, se develó un busto con la insigne imagen de Camila. La estatua tiene una tarja en la que puede leerse «A la educadora Camila Henríquez Ureña 1894-1973». Honor merecido, aunque para mi gusto la rigidez del material, el hecho en sí mismo de la «Doctora» inmovilizada en bronce, nada tenía que ver con la personalidad de Camila quien, estoy segura, hubiera observado todo aquello agradecida, pero con sus ojitos algo burlones, pícaramente sonriendo ante los caprichos de la gloria.⁷

En esa misma ocasión, el Doctor José Antonio Portuondo dedicó a Camila su discurso de agradecimiento por la investidura como Profesor Honorario de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Primada de América, el 29 de abril de 1994. Comentando los textos de Camila, Portuondo dijo:

En todos resalta un estilo sobrio, directo, a ratos conversacional, como expresión propia de maestra ejemplar, empeñada en formar la conciencia de sus discípulos, en un lenguaje «en el cual suele el pueblo hablar con su vecino», como quería el maestro Gonzalo de Berceo. Lenguaje de Maestra que forma conciencia y engendra discípulos, antes que de Profesora que se limita a informar sobre una materia concreta a sus alumnos.⁸

Camila se llamaba a sí misma «sedentaria obrera de la palabra».⁹ La literatura fue para ella el pan de la vida, para su condumio y para la partición generosa. Fue una

maestra esencial, de vocación heredada y propia. Pero las Letras, el espléndido universo de la literatura era su pasión, el territorio donde resplandecía su estirpe de humanista. Así nos dejó dicho:

La literatura es la evolución del pensamiento humano a través de la historia, precisamente por eso, lo humano es lo importante, si no ¿por qué estaríamos leyendo libros que se escribieron hace 3 000 años?, como con gran espanto se enteró el joven que a veces me lleva a la Universidad, una vez cuando me oyó decir «tendrá unos 3 000 años», por poco le da algo, no sabía que la tierra era tan vieja, y todavía están viviendo las obras esas de 3 000 años. ¿Por qué? Por su valor humano...¹⁰

⁷ Entre esos caprichos de la gloria, creo que Camila Henríquez Ureña jamás imaginó que su vida podría servir de tema novelesco. Sin embargo, la escritora dominicana Julia Álvarez, después de una investigación, publicó en el año 2000 su controvertida obra *In the Name of Salomé* [En el nombre de Salomé], Plume Book, junio de 2000). Con una estructura paralela, alterna la vida de Camila y Salomé, avanzando o retrocediendo en los tiempos hasta coincidir en un punto. La propia autora califica este texto no como una biografía ni un retrato histórico, sino como una labor de la imaginación. El final es recordable: Camila enseñando a leer su nombre inscrito sobre lo que habría de ser su tumba.

⁸ Palabras del Dr. José Antonio Portuondo en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1994, Fondo del Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba. Inédito.

⁹ En el texto manuscrito, «Acerca de un problema vital», escrito por Camila Henríquez Ureña contra la guerra. Fondo Hen-C, n. 7. Por cierto, reitero el lamento de que Camila publicó poco. Entre sus documentos queda mucho material inédito. El volumen *Ensayos y conferencias* data de 1982. ¿Alguna editorial se sentirá aludida?

¹⁰ Mercedes Santos Moray, «Entrevista a Camila Henríquez Ureña», ob. cit.

Camila fue elegida para pronunciar unas palabras en una donación de libros a la biblioteca de la Prisión Nacional de Mujeres, ante un grupo de reclusas en la Cárcel de Guanabacoa, en 1936. En esa ocasión, sobre la cualidad de la lectura como formadora de la condición humana, decía: «además de instruir y divertir, los libros *nos ayudan a vivir*»,¹¹ el subrayado es de Camila.

Camila no dejó escrito nada demasiado personal, aparte de fragmentos en los Diarios, los poemas y algunas cartas. Así que quise releer otra vez sus ensayos, pero desde otro punto de vista. Escudriñarlos. El universo interior, su experiencia única como ser humano, incluso la cotidianidad del crítico se develan en los asuntos que investiga, en las citas que elige, en los adjetivos que coloca, en los ejemplos que selecciona, donde a veces se atisba un guiño al lector cómplice. Por muy severo, árido o académico que sea el tema, si el ensayista posee una sensibilidad humanista elevada y el dominio del estilo y del lenguaje, en las frases que utiliza asienta las ideas que conforman su esencia vital y su visión del mundo. Incluso a veces se despoja de la distancia que da cobijo a sus creencias e interrogaciones más íntimas. En los estudios literarios de Camila Henríquez Ureña se enfatiza mucho en las virtudes, se reitera la idea de las conciencias que batallan por el bien. Al final de su conferencia sobre el feminismo, termina diciendo que hay que presentarse a la lucha portando «la divisa estoica: *Constientia propugnat pro virtute*» [Conciencias que combaten por el bien].¹²

¹¹ Fondo Hen-C, n. 78.

¹² Camila Henríquez Ureña, «Feminismo», ob. cit., p. 571.

No solo por la cita seleccionada que se repite en otros de sus trabajos, sino por su vida misma puede decirse que Camila asumió las virtudes estoicas. En su estudio sobre

«La caballería en el horizonte medieval», no se resiste a la enumeración de las virtudes del caballero medieval que componen su reglamento ético.¹³ Se ve que aplicaba a su conducta ciertas reglas de la moral caballeresca y el culto a algunas de estas virtudes.

En general, Camila gustaba de terminar sus textos o conferencias aplicando una cita, con una frase que diera sentido y redondeara estilísticamente lo que había dicho antes. Abundaba también en citas dentro de los estudios, y usaba con frecuencia los subrayados. No se contentaba con lo que expresaba, sino que también lo ponderaba con el trazado gráfico de una línea, y en esos subrayados podemos descender algunos velos de su pensamiento o iluminar con luz especial determinadas ideas, como en este ejemplo, al hablar de la poética y de los poetas: «Lo que vale es la emoción que han vertido, filtro de la vida, en la copa de los siglos; es lo que brilla, como chispa de eternidad, en la *turbia mudanza de la existencia*».¹⁴

De alguna manera esquinada, se descubre además la opinión que tenía Camila del devenir de la existencia, en su «turbia mudanza».

En una de sus últimas cartas —con «vacilante escritura», como ella misma le escribía a su prima Flérida de Nolasco—, al hacer unos comentarios sobre el libro *Clamor de justicia en La Española*, afirmaba que «es libro que deja huella imborrable por bien documentado, noblemente inspirado y bien escrito, cualidades que no es fácil encontrar reunidas en una obra».¹⁵ Noble inspiración, buena información y excelencia en la escritura son las virtudes literarias que nos propone.

¹³ Yo tampoco me resisto a reproducirlas aquí: 1^{er} grupo.- virtudes estoicas: fortaleza, justicia y templanza y dominio de sí mismo. Son los conceptos fundamentales de la ética aristotélica y, más tarde, en forma más rígida, de la estoica [...]; 2^{do} grupo.- virtudes heroicas: desprecio del peligro, del sufrimiento y de la muerte; fidelidad y afán de gloria y honor (fama) [...]; 3^{er} grupo.- virtudes caballerescas propiamente dichas: generosidad con el vencido, protección al débil, respeto a la mujer, cortesía y galantería; 4^o grupo.- virtudes señoriales: liberalidad y desinterés, desdén del provecho y de las ventajas, decoro personal y «corrección deportiva». Camila Henríquez Ureña, «La caballería en el horizonte medieval», *Estudios y conferencias*, ob. cit., p. 248.

¹⁴ Camila Henríquez Ureña, «Delmira Agustini» (publicado por primera vez como «De nuestro archivo. Delmira Agustini (Ensayo de interpretación biográfica)», *Lyceum*», v. I, n. 4, La Habana, diciembre de 1936), *Estudios y conferencias*, ob. cit., p. 574. (El énfasis es mío. m.y.q.).

¹⁵ Familia Henríquez Ureña, *Epistolario*, ob. cit., p. 978.

En una conferencia sobre la poetisa Delmira Agustini, pronunciada en el Lyceum, el 27 de diciembre de 1934, Camila también nos entrega otro inestimable juicio: «Poseyó intuitivamente el sentido de la belleza, logró a veces la expresión insustituible; fueron suyos el ritmo vital, y la gracia y el ímpetu, dones de los inmortales».¹⁶ Y así ya quedamos enterados de cuáles son los atributos que exige Camila para el acceso a la inmortalidad.

Sobre su concepto de la literatura y sobre los escritores, su noción de la necesidad de la búsqueda de trascendencia en la obra literaria, de la «angustia» de encontrar la expresión, sobre el acto de la creación, sus enseñanzas son claras:

[Delmira Agustini] muere de la angustia de no hallar su expresión, y buscándola sin tregua, pasa vertiendo al mundo un torrente de emoción que no agotó su manantial. Por ello perdura su breve obra lírica, como solo perduran, al cabo, aquellas creaciones artísticas en las cuales llega hasta los hombres, dolorosa o riente, sencilla o complicada, *la emoción que en el autor provocó la existencia*.¹⁷

Ninguna sentencia mejor para caracterizar el proceso creativo y su recepción por el lector: compartir una emoción de la existencia humana.

En un estudio sobre la crítica literaria, paralelamente a la aridez del asunto, al poner como modelo el libro maravilloso de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, Camila nos deja saber, de paso, cuál es su paradigma de «frase suprema» y dice:

Cervantes tiene una frase suprema hablando de estos personajes del *Persiles*; una frase henchida de melancolía, de fatalidad y de misterio, que nos hace soñar y nos deja llenos de inquietud. «Todos deseaban, pero a ninguno se le cumplían sus deseos», escribe el poeta. Un deseo siempre anheloso, un deseo errante por el mundo, un deseo insatisfecho, un deseo que siempre ha de ser deseo: eso es el libro de Cervantes.¹⁸

¹⁶ Camila Henríquez Ureña, «Delmira Agustini», ob. cit., p. 594.

¹⁷ *Ibidem*, p. 574. El énfasis es mío. m.y.q.

¹⁸ Camila Henríquez Ureña, «La crítica», *Estudios y conferencias*, ob. cit., p. 108.

Junto al reconocimiento de la belleza poética de aquel texto sobre Delmira Agustini, también se vislumbran reflexiones acerca de sentimientos más privados:

Al abordar el tema que hoy he de tratar siento que me hallo en presencia de un misterio. Mas no miro alzarse ante mí el pórtico augusto de un templo, que me obligue a detenerme dudando de entrar. No descende sobre mí el grávido silencio del cielo en una noche serena. Ante mí se extiende algo como una ilimitada, ondulante sabana; escucho una honda voz de oleaje en la soledad enorme: avanzo por la orilla de un mar. Estrellas fugaces caen y se hunden en la sima recóndita de espumas: «Los astros del abismo». El abismo recóndito de un complejo espíritu femenino: de un alma de mujer que pareció sentir todos los estremecimientos y encerrar en sí todos los arcanos de la pasión.¹⁹

Su descripción y sus conjeturas sobre el trágico final de Delmira Agustini nos dejan adivinar sus propias ideas sobre los «arcanos de la pasión». Cuenta así Camila:

El abismo espiritual que aparentemente existía entre Delmira y su esposo no era suficientemente vasto para tragar la pasión que los aproximaba. Dejaron de vivir como esposos; pero siguieron siendo amantes que se daban cita furtivamente, en cualquier habitación pagada en algún hotel olvidado. ¿Qué sucedió en estas citas increíbles? Jamás lo sabremos. Los amantes se llevaron a la tumba su secreto, y no habrá otro Dante que pueda descender al reino de la desesperanza a interrogar las sombras arrastradas por el torbellino. ¿Tal vez la fatiga del espíritu llegó hasta el cuerpo de la enamorada, que pretendió eludir la promesa de una nueva cita? ¿Tal vez el vampiro, la fiera de amor, mordió el corazón del amante herido, hasta que del dolor brotó la locura? ¿O contagiados ambos por la angustia incurable, cansados de ir por la vida siempre juntos y siempre distantes, decidieron salir por la única puerta abierta? Solo sabemos que el amante mató a la enamorada, y junto al cadáver se quitó la vida.²⁰

¹⁹ Camila Henríquez Ureña, «Feminismo», *Estudios y conferencias*, ob. cit., p. 572.

²⁰ Camila Henríquez Ureña, «Delmira Agustini», ob. cit., p. 590.

En «Feminismo», al hablar sobre las relaciones de poder en la familia, y sobre las condiciones para la mujer casada y la felicidad en el matrimonio dice: «Así hubiera sido; pero el amor perfecto es un pájaro azul imposible de hallar».²¹

Eso pensaba Camila, es decir, *Camila*.

Han pasado tantos años, y todavía Camila Henríquez Ureña, nuestra maestra, tiene mucho que decirnos. Mucho que enseñarnos. En su última entrevista, afirmaba que nada vale lo estético sin lo ético y lo social. También recalca que si el escritor no puede transmitir, convocar una emoción, su «literatura» no será trascendente. En una entrevista, a la pregunta «¿Qué espera usted del Congreso cultural?», respondía:

Es un hecho innegable que el mundo, no importa cuáles y cuán estruendosas sean las diferencias que aún lo dividen, tiende cada vez más a la unificación [...] Al referirse a la cultura, el intelectual de hoy tiene que pensar en términos ecuménicos.²²

«Pensar en términos ecuménicos», sería una de las lecciones que yo quisiera que quedara de este álbum de recortes.

Se llamaba a sí misma una «sedentaria obrera de la palabra», pero caminó varios kilómetros a pie, ya con más de setenta años, para no faltar a clases, para llegar a tiempo a cumplir con su deber. Ese ejemplo suyo nos marcó a fuego para siempre.

Además, si los agobios de la vida cotidiana cierran el cerco, si un obstáculo se atraviesa en el camino, si la estupidez, la mediocridad o el mal gusto se oponen al destino que debe ser cumplido, nada de eso lo puede detener a uno. Otra enseñanza de Camila: nunca te rindas.

Lo que ella expresara alguna vez, pensando en Sor Juana Inés de la Cruz, se le puede aplicar a su memoria: «Su exterior serenamente intelectual encubrió una vida íntima de pasión y de conflicto».²³ Aunque también cabría decir para Camila y *Camila* lo que ella escribiera alguna vez sobre Delmira Agustini: «Fue una vida tan secreta como intensa».²⁴

²¹ Camila Henríquez Ureña, «Feminismo», ob. cit., p. 560.

²² Recorte de *El Mundo del Domingo*, La Habana, Hen-C, n. 588.

²³ Camila Henríquez Ureña, «Feminismo», ob. cit., p. 512.

²⁴ Camila Henríquez Ureña, «Delmira Agustini», ob. cit., p. 583.

Testimoniantes

Diony Durán. Cuba, 1947. Doctora en Ciencias Filológicas. Profesora Adjunta de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana. Ha publicado varios estudios sobre la familia Henríquez Ureña, entre ellos «La flecha de anhelo».

Ilse Hempel Lipschutz. Suiza, 1925. Profesora francohispanista de Vassar College. Doctorado de Harvard en 1946. Sigue ejerciendo en la actualidad como especialista de Arte en el propio Vassar College.

Rosario Novoa. Cuba, 1905-2003. Profesora Titular de Historia del Arte de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de la Habana. Profesora Emérita. Hasta su muerte ejerció como profesora de Arte en la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana.

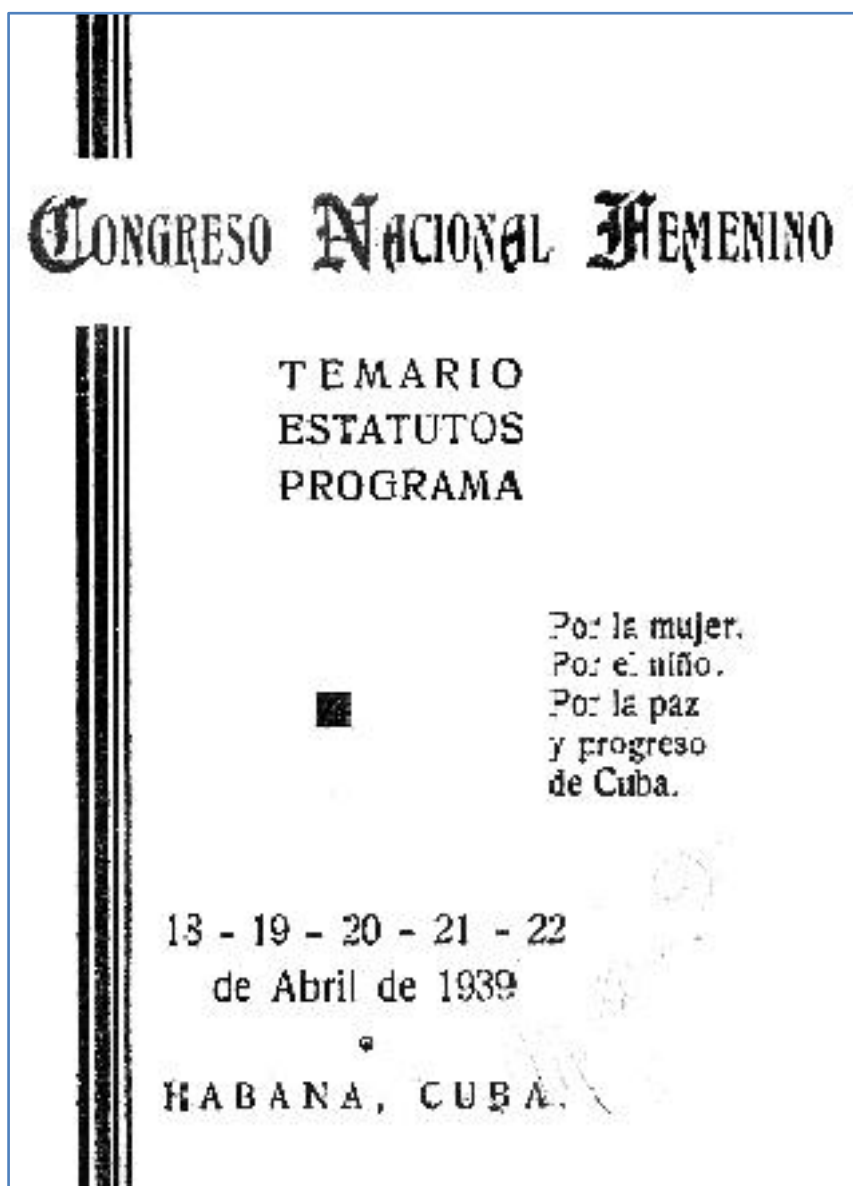
Miriam Rodríguez Betancourt. Cuba, 1939. Doctora en Ciencias de la Comunicación. Periodista y profesora de la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana. Ha publicado, entre otros, *La entrevista periodística y su dimensión literaria*.

María Luisa Rodríguez Columbié. Cuba, 1915. Doctora en Filosofía y Letras. Pedagoga. Ejerció como profesora del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana. Entre sus múltiples funciones fue Directora nacional del Instituto de Superación Educacional de Cuba y Presidenta por dos ocasiones del Lyceum de La Habana.

Mariana Serra: Cuba, 1944. Profesora de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana. Investigadora literaria. Ha publicado, entre otros, *Las universidades del Caribe*.

Rosa Leonor Whitmarsh. Cuba (?). Profesora y periodista. Graduada de la Universidad de La Habana en la carrera de Filosofía y Letras en 1961. Vivió en México entre 1961 y 1994. Reside en Miami, donde actúa como periodista del *Diario de las Américas*.

Mirta Yáñez: Cuba, 1947. Doctora en Ciencias Filológicas por la Universidad de La Habana. Escritora. Tiene varios libros publicados, entre ellos *Las visitas y otros poemas*, y *Narraciones desordenadas e incompletas*.



CONGRESO NACIONAL FEMENINO

ABRIL 18, 19, 20, 21, 22, 1939.

DIA 18

- 12 a 6 p.m. Entrega de Credenciales
- 6 p.m. Inauguración de la Exposición en los Salones del Centro Dependientes. (Trabajos femeninos) productos comerciales femeninos y de niño.
- 9 a 12 p.m. Sesión inaugural en el Teatro Nacional.

DIA 19

- 8 a 12 a.m. Sesión plenaria.—Elección de la Mesa que ha de presidir el Congreso. Formación de Comisiones.
- 2 a 6 p.m. Sesión de Comisiones.
- 8 a 11 p.m. Sesión de Comisiones.

DIA 20

- 8 a 12 a.m. Sesión de Comisiones.
- 2 a 6 p.m. Sesión de Comisiones.
- 8 a 12 p.m. Acto en el Anfiteatro con la representación de la obra cubana "Por la Ciudad rueda un Grito (ofrecido por el Ayuntamiento.)

DIA 21

- 8 a 12 a.m. Sesión Plenaria.
- 2 a 5 p.m. Sesión Plenaria
- 6 p.m. Ponche a las Congresistas ofrecido por la Dra. Juana María Catá.
- 8 a 11 p.m. (Descanso).

DIA 22

- 8 a 12 a.m. Sesión Plenaria
- 2 a 6 p.m. Sesión Plenaria
- 9 a 12 p.m. Clausura del Congreso en los Salones del Centro Dependientes. Las Sesiones Plenarias y de Clausura del Congreso serán en el Dependientes.

Temario del Congreso Nacional Femenino

LA MUJER Y LOS CODIGOS

- 1.— La Familia y su función en la Sociedad actual. La mujer y los hijos dentro de la Familia. Patria potestad, etc.
- 2.— Derechos y Deberes de los cónyuges (art. 56, art. 66 del Código Civil.)
- 3.— El divorcio y sus causales
- 4.— Personalidad jurídica de la mujer.
- 5.— Delincuencia femenina: causas y luchas contra ella.
- 6.— Cárcel Modelo de Mujeres: su carácter.
- 7.— Control de la natalidad y divulgación anticoncepcional.
- 8.— Prostitución: causas sociales y modos de combatirlas.
- 9.— La mujer y el Código mercantil.
- 10.— La mujer ante el Código de Defensa social

LA MUJER Y EL NIÑO

- 1.— Los hijos y sus derechos en el Código. Igualdad de derechos de los hijos legítimos e ilegítimos. Deberes de los padres.
- 2.— Codificación de los derechos del niño.
- 3.— Educación infantil: coeducación, laicización de las escuelas, etc.
- 4.— Higiene del niño. Prevención de sus enfermedades.
- 5.— Corrupción de menores y profilaxia social.
- 6.— Trabajo infantil y trabajo del adolescente.
- 7.— Educación antibélica del niño.
- 8.— Mejoramiento del ambiente social desde el punto de vista de la educación, (radio, cinematógrafo, prensa, etc.).

LA MUJER Y LAS LEYES SOCIALES

- 1.— Salario y condiciones de trabajo de la mujer obrera.
- 2.— Decreto 1024.
- 3.— Vivienda obrera y locales de trabajo.
- 4.— Problemas de las empleadas de servicio doméstico.
- 5.— Protección a la mujer oficinista, empleada, etc.
- 6.— Derechos de la mujer campesina: mejoramiento de la vivienda campesina, repartición de la tierra, higienización de la vida campesina, etc.
- 7.— Protección de la maternidad.
- 8.— Lucha por el abaratamiento de los alquileres, medicinas y artículos de primera necesidad.

LA MUJER JOVEN Y SUS PROBLEMAS ESPECIFICOS

- 1.— Condiciones de vida de la mujer joven en Cuba.
- 2.— La orientación vocacional de las jóvenes cubanas. Esbozo de un programa mínimo.
- 3.— La educación sexual de la adolescente.
- 4.— La educación física y los deportes aplicados a la juventud.
- 5.— El empleo del tiempo libre: socialización de las formas de recreo.
- 6.— La preparación para la vida del hogar.

LA MUJER Y LA ASISTENCIA SOCIAL

- 1.— Carácter de la Asistencia Social y forma de ejercerla.
- 2.— El aporte de la mujer voluntaria al desenvolvimiento del servicio social en Cuba.
- 3.— Posibilidad de establecer el servicio de Asistencia Social con mujeres profesionalmente preparadas para ello. Significación de la trabajadora social.
- 4.— La mujer y sus problemas de salud. Maternidad, profilaxis y tratamientos en hospitales y dispensarios.
- 5.— Problemas de la mujer sin trabajo. Centros de orientación para ella.
- 6.— Asistencia Social aplicada a los desempleados y trabajadores de reducidos salarios (dormitorios, comedores, baños públicos, etc.).
- 7.— El niño y la Asistencia Social. Lucha contra la mendicidad infantil. (creches, clínicas de conductas, casas—hogares, etc.).
- 8.— Delincuencia infantil. Su prevención y tratamiento.
- 9.— La Asistencia Social y los Patronatos de Liberados

LA MUJER Y LA CULTURA

- 1.— Contribución de la mujer a la cultura.
- 2.— La mujer y los prejuicios sobre su capacidad intelectual.
- 3.— Evolución intelectual de la mujer en Cuba.
- 4.— Problema de la mujer profesional o artista.
- 5.— El abaratamiento de los medios de enseñanza y la popularización de la Cultura en Cuba.

LA MUJER Y LOS PREJUICIOS RACIALES

- 1.— Situación de la mujer negra en Cuba. Su problema social, cultural y económico.
- 2.— El prejuicio racial y el niño. Igualdad del niño negro y el niño blanco.
- 3.— Igualdad legal y real de las mujeres negras y blancas en la vida cubana.
- 4.— Los prejuicios raciales y sus manifestaciones en el mundo: lucha contra ellos.
- 5.— Participación de la raza negra en la formación de nuestra nacionalidad.

LA MUJER Y LA POLITICA

- 1.— La mujer en el ejercicio del sufragio.
- 2.— La mujer en la política cubana. Su participación en el progreso político de Cuba.
- 3.— La mujer en la Constitución.
- 4.— La mujer y la Asamblea Constituyente.
- 5.— La mujer y el apoliticismo.

LA MUJER Y LA PAZ

- 1.— La mujeres y la guerra. Pacifismo de la mujer moderna.
- 2.— Estudio de las causales de guerra. Capacidad femenina para combatir las.
- 3.— La guerra y sus consecuencias para la cultura y el progreso.
- 4.— Consecuencias de la guerra en los países no beligerantes.
- 5.— La mujer cubana y el peligro de la guerra. Educación antibélica.
- 6.— Las mujeres de América, la democracia y el peligro de guerra.

Reglamento del Congreso Nacional de Mujeres

I

De los fines del Congreso

1) El Congreso Nacional Femenino tiene por objeto agrupar a todas las mujeres de Cuba, sin exclusiones de índole política, religiosa o racial, en la defensa de los derechos de la mujer y el niño, la paz y el progreso de Cuba.

II

De la fecha y lugar de celebración

2) El Congreso se efectuará durante los días 18, 19, 20, 21 y 22 de Abril, teniendo por sede la ciudad de la Habana.

III

De la composición del Congreso

- 3) El Congreso se compondrá de delegadas electas en la siguiente forma:
- a) En asambleas públicas convocadas por los respectivos Comités Pro—Congreso en aquellas localidades en que se hayan constituido previamente.
 - b) En asambleas públicas convocadas por representantes del Comité Ejecutivo Nacional Pro—Congreso, en aquellas localidades en que no exista previamente Comité Local.
 - c) Pueden enviarse delegadas por las organizaciones que acrediten su existencia debidamente ante el Comité Local respectivo y que se hayan constituido dos meses por lo menos antes del Congreso. No precisa que estas organizaciones estén jurídicamente acreditadas.
- 4) Las delegaciones serán elegidas según proporción siguiente:
- a) Las delegaciones procedentes de asambleas celebradas en los distintos términos municipales o barrios, en la forma indicada en los incisos A y B del artículo anterior, no podrán exceder de cinco miembros.
 - b) Las organizaciones, asociaciones, etc. a que se refiere el inciso C del artículo anterior estarán representadas en la siguiente proporción: Por dos delegadas cuando el número de mujeres que comprende sea inferior a cincuenta y por no más de cinco cuando sea mayor.
 - c) Las organizaciones, instituciones, etc. que tengan carácter nacional o provincial, podrán enviar tantas delegaciones al Congreso como términos municipales tengan acreditadamente constituidos, siempre en la proporción indicada en los incisos A y B de este artículo. Además podrán enviar delegadas de sus respectivos Comités Nacional y Provincial.
- 5) Cada delegada deberá entregar al Comité Ejecutivo Pro—Congreso una credencial en que conste oficialmente su designación por los organismos expresados en los artículos anteriores. Estas credenciales han de ser enviadas del 12 al 18 de Abril.
- 6) Las delegadas al Congreso serán provistas de un distintivo que han de ostentar durante las sesiones del mismo.

IV

De las cuotas

6) Cada delegada abonará una cuota de dos pesos (\$2.00), Los gastos de alojamiento en la ciudad de la Habana durante los días dedicados al Congreso estarán a cargo del Ejecutivo Nacional. Estas cuotas deberán remitirse a la Tesorería del Ejecutivo antes del 30 de Marzo.

V

Del temario y las Ponencias

- 7) El temario del Congreso será el que acompaña este Reglamento.
- 8) Cada delegada podrá sustentar una ponencia que deberá en todos los casos ajustarse a este temario oficial, enviado a los Comités, Organizaciones, Instituciones, etc. Para su modificación o aprobación.

9) Las ponencias deberán ser escritas a máquina, a dos espacios, en papel tamaño oficial. Ninguna ponencia podrá exceder de ocho pliegos, escritos por una sola cara.

10) Las ponencias serán presentadas a las distintas comisiones quienes rechazarán libremente las que no reúnan los requisitos especificados en el artículo anterior.

11) Con el objeto de preservar la unidad del Congreso, en ninguna ponencia ni en las intervenciones de las delegadas en el transcurso del Congreso podrán expresarse ataques a tendencias ideológicas, religiosas o políticas cuyo ideario sea compatible con la defensa de la mujer y el niño, la paz y el progreso de Cuba.

VI

Del funcionamiento del Congreso

12) El Congreso será inaugurado la noche del 18 de Abril, en acto solemne y público. En dicho acto, además de las representantes del Ejecutivo Nacional que éste designe, harán uso de la palabra, para dirigir un saludo que no excederá de cinco minutos, representativas de cada provincia designadas por los respectivos Comités Provinciales.

13) La primera sesión oficial de trabajo se efectuará en la mañana del día 19 de Abril. En esa sesión el Comité Ejecutivo Nacional Pro Congreso Femenino se disolverá deponiendo sus poderes ante el pleno de delegadas.

14) Disuelto el Ejecutivo Nacional continuará funcionando una mesa, electa de su seno y compuesta de una presidenta y dos secretarías, al efecto de elegir la mesa definitiva del Congreso.

15) La mesa permanente del Congreso se elegirá del pleno de delegadas y estará compuesto por una presidenta, una secretaria general, dos secretarías de actas y una tesorera, con sus respectivas vices.

La presidencia será rotativa debiendo designarse antes de comenzar cada sesión plenaria, la delegada que la presidirá. Los demás cargos serán permanentes y se elegirán en la sesión inicial, por mayoría de votos en la forma que el pleno de delegadas acuerde.

16) Una vez electa la mesa, se procederá en dicha sesión inicial a designar tantas comisiones de trabajo como apartados tiene el temario oficial. Las comisiones podrán acordar dividirse, para el mejor desarrollo del trabajo en tantas sub-comisiones como estimen pertinente.

17) Se celebrarán en el orden que el Comité Ejecutivo proponga y acuerde el pleno de delegadas, sesiones dedicadas al trabajo de comisiones y sesiones plenarias.

18) En las sesiones dedicadas al trabajo de comisiones, éstas se reunirán separadamente. Se procederá a la presentación de ponencias para ser aceptadas, después de lo cual se procederá a su lectura por las respectivas ponentes, abriéndose la discusión. Realizados los debates se adoptará por mayoría de votos un proyecto de conclusiones que deberá consignarse por escrito.

19) En las sesiones plenarias las respectivas comisiones presentarán las conclusiones adoptadas. El pleno de delegadas las discutirá libremente pudiendo modificarlas, rechazarlas y adoptar nuevas conclusiones. Las conclusiones serán aprobadas por mayoría de votos y se recogerán por la secretaria de actas para su aprobación definitiva.

PROGRAMA DE APERTURA

DEL

CONGRESO NACIONAL FEMENINO

Teatro Nacional 18 de Abril 9 a 12 p.m.

Habana

o

HIMNO DE CUBA Y DE LAS NACIONES REPRESENTADAS

EN EL CONGRESO

- 1.—Apertura por la Doctora Camila Henríquez Ureña.
- 2.—Saludo a las Delegadas por la Doctora Clara Luz Sifontes.
- 3.—Palabras de Delegadas Extranjeras.
- 4.—Palabras por una obrera.
- 5.—Palabras por una Campesina.
- 6.—Clausura por la compañera Edith García Buchaca Vice Secretaria del Comité Pro Congreso Nacional Femenino.

Presencia de la Mujer en el Romanticismo

EN «El estudiante de Salamanca», leyenda “quasi una fantasía”,

Espronceda ha creado un mundo poético que hoy podríamos llamar superrealista, por los lazos que unen esa visión romántica con la corriente del pensamiento contemporáneo que ha alcanzado expresión diversa en la filosofía de Bergson, en la psicología de Freud, en la estética literaria de Proust y en numerosas manifestaciones artísticas y que tiene por base la afirmación del predominio, en vida y arte, de lo subconsciente y de lo imaginario.

Es un mundo de sueño. En uno de sus aspectos es un mundo de pesadilla, en el que se desarrollan escenas más pavorosas que aquella del poema de Edgar Poe en que los espectros trepan a la torre para tocar las campanas funerales. Los seres que lo pueblan

*“They are neither man nor woman,
they are neither brute nor human,
they are ghouls”.*

Y las escenas que dan a la leyenda su final apocalíptico constituyen una tremenda evocación de la muerte, o de algo más terrorífico y misterioso: la vida de lo que creemos muerto. Esa evocación se basa en la tradición medieval de las danzas macabras; pero en Espronceda tiene un valor puramente estético. No quiere ocultar en ella un sentido filosófico; sino hacernos sentir la poesía de lo horrible.

Otra parte de ese mundo de sueños está formada por seres humanos vivientes; pero no se trata de personajes concretos. Aunque llevan nombres y apellidos tomados de la realidad ordinaria, son tan irreales como los espectros; porque son abstracciones; son los arquetipos de ciertas figuras de la literatura romántica: el Amante, la Amada, el Hermano vengador.

La idea del Amante —así lo requiere la fidelidad a la leyenda— es la del Burlador que, bajo el nombre de Don Félix de Montemar, se nos presenta en un admirable retrato en acción, en el que los rasgos externos son sugeridos por los psicológicos, porque sólo se nos da el gesto, la expresión, la intención:

*“Alma fiera e insolente,
irreligioso y valiente,
altanero y reñidor.
Siempre el insulto en los ojos
Y en los labios la ironía;
Nada teme y todo fía
De su espada y su valor.
Corazón gastado, mofa
De la mujer que corteja,
Y hoy despreciándola deja
Lo que ayer se le rindió...”*

Y en un toque final, el secreto de la admiración que provoca el seductor:

“Que hasta en sus crímenes mismos,

*en su impiedad y altiveza,
pone un sello de grandeza...”*

Pasa Espronceda del brío del octosílabo a la lenta cadencia del endecasílabo para presentar la figura de la Amada:

*Bella y más pura que el azul del cielo,
Con dulces ojos lánguidos y hermosos,
Donde acaso el amor brilló entre el velo
Del pudor que los cubre candorosos;
Tímida estrella que refleja al suelo
Rayos de luz brillantes y dudosos;
Ángel puro de amor que amor inspira
Fue la inocente y desdichada Elvira”.*

En este caso hay referencia a la persona física. Se nos dice que es bella y se deja en libertad nuestra imaginación. Enseguida se nos presenta el ser espiritual por medio de símiles y metáforas, de tal manera que el conjunto nos permite construir la imagen no de *una* mujer, sino de *la* mujer de acuerdo con el ideal romántico.

El romanticismo en su aspecto interno de sensibilidad nueva trajo implícita una transformación del ideal femenino. Existe un arquetipo de Amada romántica; pero en su formación entran elementos diversos y a veces contradictorios. Quizás eso mismo contribuya a hacer de tal personaje una criatura débil, en quien la pasividad y la fragilidad vienen a constituir el carácter.

En la literatura épica de la Edad Media, la figura femenina se dibuja con rasgos de noble serenidad (como en Doña Jimena en el *Poema del Cid*, o en la esposa del héroe en la *Chanson de Guillaume*) o de tremenda violencia, (como en las numerosas vengadoras de su honor que aparecen en el Romancero: Moriana la envenenadora, o la niña que asesina en “una fatal ocasión”) pero siempre con fuerza. Es la mujer de recio carácter que corresponde al tipo masculino del guerrero feudal y su más terrible encarnación la hallamos en Krimhilda, la princesa germana que en el *Cantar de los Nibelungos* causa, por vengar la muerte de su amado, la destrucción de toda una estirpe.

Una criatura dulce, si apasionada, aparece en las páginas de los cantares de gesta: es Alda, la novia de Rolando, que muere por amor al oír de labios de Carlomagno la noticia de la muerte del héroe. Esa mujer dulce y ardiente es la protagonista de las leyendas célticas, hermana de Isolda, que en un mismo filtro bebe el amor y la muerte, y de aquella tradición ha pasado a la gesta como ha pasado al Romancero en la novia del Conde Olinos, fiel hasta más allá de la vida. En este tipo femenino la dulzura encubre una voluntad inflexible.

Otro tipo de rasgos de carácter vigorosamente acusados se esboza en esa literatura medieval: la mujer, más coqueta que apasionada, capaz de dirigir la intriga amorosa con habilidad suprema, enredando y desenredando los hilos a su placer hasta obtener el resultado apetecido. Es, en el Romancero, la hermosa Melisenda, es la Infanta enamorada del pálido Gerineldo; va a ser en el Siglo de Oro, más refinada y cortesana, más aguda y más complicada, protagonista de la comedia española: será Marta la Piadosa, será la protagonista de *El Vergonzoso en Palacio*, o la dama boba convertida en discreta por la virtud del amor.

De la fuerza de personalidad de esas mujeres tan diferentes entre sí, no tiene nada el tipo de mujer que idealizó el Romanticismo y que Espronceda ha estilizado en su Elvira.

El Romanticismo recibió, en parte, de la Edad Media —a la que tantas veces acudió como fuente y con la que tantos puntos de contacto tiene— su ideal femenino; pero no

lo halló en la poesía narrativa y legendaria, sino en la lírica, en el concepto de la mujer-ángel. Es la mujer que cantaron los trovadores, la *donna angelicata* de los florentinos, la que encendió la pasión quimérica de Ausias March y el amor de Petrarca, por tantos imitado y que por tergiversaciones de significado llegó a llamarse “amor platónico”; es la mujer que, todavía en el Siglo de Oro fue la “luz” y la “estrella” de Fernando de Herrera.

Forma de ese ideal es la dama del caballero andante, de Oriana a Dulcinea. Exaltándose hasta merecer la devoción religiosa, ese ideal se halla divinizado en la virginidad de María.

Esa mujer angélica estaba rodeada de un misterio, de un velo de pudor tal, que con frecuencia no sabemos, aunque la hayan cantado sus amantes, ni el rostro que tenía. Su espiritualización llega a ser perfecta en Beatriz de la que apenas sentimos la presencia material, de la que sólo vemos la sonrisa y el saludo, y que, “cosa venuta di cielo in terra a miracol mostrare” se ha transformado en un símbolo al eternizarse en la obra de su poeta, como intermediaria entre la tierra y el cielo.

La *donna angelicata* era demasiado desmaterializada para tener un carácter en la acepción usual del término. Era mucho más: una fuerza espiritual. Y era una creación subjetiva, casi sin nexos con la realidad externa.

Para los románticos, cuya sensibilidad difería de la medieval, era difícil llegar a prescindir de la materia hasta el punto de ver a la mujer como esencia espiritual; pero, lo mismo que los poetas medievales, aspiraban a hacer de ella una creación subjetiva. Cuando lograron expresar en un ideal femenino la proyección de su subjetividad, éste no fue, como en Dante, una figuración de la altura más serena que puede alcanzar una segura voluntad de ascender, sino la visión de un horizonte eternamente fugitivo frente a un ansia indefinida:

*“Tú, sombra aérea que cuantas veces
voy a tocarte, te desvaneces...”*

*“Yo soy un sueño, un imposible,
vago fantasma de niebla y luz,
soy incorpórea, soy intangible...”*

Es un ideal que no se puede alcanzar porque no existe.

“Es mentida ilusión de la esperanza”.

Es el rayo de luna de la leyenda de Bécquer.

Así hallaba expresión una característica esencial del romanticismo; la insatisfacción y cierta complacencia en el anhelo *en sí*, sin realización posible, que es una forma de sentir lo infinito.

Diversos elementos vinieron a sumarse a esa abstracción para crear la figura de la Amada romántica. En primer lugar, la belleza. Si las amadas celebradas en todos los tiempos han sido siempre bellas, el concepto de la belleza no siempre ha sido el mismo. La época romántica exaltaba la belleza plástica:

*“Ella tiene la luz, tiene el perfume,
el color y la línea,
la forma, engendradora de deseos...”*

pero le añadía ciertos atributos destinados a espiritualizarla en apariencia, para ponerla a tono con la psicología angélica: era blanca, dulce y leve, y por influencia de la afición romántica a todas las lejanías, solía tener colorido exótico. La Lucía de Musset:

*“Era rubia y el rostro le cubría
la suave palidez del alabastro”.*

Los ojos de la amada de Espronceda reflejan el azul de los cielos y la musa de Bécquer tiene pupilas de violeta. En algunos poemas de las literaturas del norte se habla, en cambio, de mujeres pálidas, de largas trenzas negras.

Por esta insistencia en los detalles de la belleza física, no importa cuán delicados fueran, hallaba su expresión otra característica romántica: la sensualidad.

La Amada romántica, de la que es arquetipo la Elvira de Espronceda, no es incorpórea, y aunque está dotada de pureza angélica, no es intangible: de ahí su dualidad trágica.

Y aquí aparece la mayor diferencia que separa a la *donna angelicata* de la Edad Media de esta mujer angélica del romanticismo: la mujer medieval no era asequible en un sentido material; se mantenía distante, se dejaba amar desde lejos. En cambio, era una directora espiritual para el amante. La mujer romántica es asequible al amor material como al espiritual: ama y se entrega; pero no ejerce poder sobre el hombre; es una criatura de sentimiento, pasiva, humilde e incomprendida.

En la formación de ese tipo se ejerce otra influencia: la de Shakespeare, el creador de esos seres transparentes (Ofelia, Perdita, Miranda...) que encarnan cuanto el hombre ve en la mujer de tierno y delicado, de ajeno a la idea del mal. Son criaturas de luz que puede apagar un soplo de viento. Son frágiles. Ofelia es figura familiar en la poesía de los románticos. (Recordémosla en las *Rimas* de Bécquer). Ella es, por la pureza, la debilidad que la hace perecer en el primer choque con la vida, la capacidad para vivir y morir por el sentimiento, un prototipo de mujer romántica. La Elvira de Espronceda, para que nada falte en la estilización, imita a Ofelia en el delirio que precede a la muerte.

Este tipo de mujer muere siempre joven. El contacto con la vida la aniquila. La mata el amor. Los tipos de mujer desde la Edad Media hasta el romanticismo están concebidos en función correlativa cuyo otro término es el hombre. La segunda gran diferencia entre la mujer angélica del romanticismo y la medieval está en ese otro término: en la calidad del amor que se le ofrece. El hombre romántico no le consagra un amor sublimado:

“Amor e il cor gentil sono una cosa”.

No: le da por amante a un hombre impetuoso, sensual, ante cuyo ardor vital no puede subsistir la pureza virginal que precisamente lo atrae.

Ese amante es Fausto, que perdida la fe en el intelecto humano, no busca la sabiduría de Beatriz sino la ingenuidad de Margarita, en cuya “inocente belleza” siente que palpitan misteriosas fuerzas primigenias. Dirigiéndose a la eterna esencia de las cosas grita Fausto:

“¡Oh Naturaleza! ¡que pueda yo ser ante ti un hombre, solamente un hombre!”

Quisiera ser en el amor un hombre ante una mujer; pero no lo consigue. Sobre su espíritu pesan siglos de creencias, de prejuicios; pesan siglos de hastío. La mujer una vez tocada es sólo fuente de cansancio; es un ser vulgar al despojarse de su misterio. Del misterio que el amante le prestó en su imaginación, no del verdadero, al que él no

alcanza y que está envuelto en la capacidad para *darse* enteramente. Fausto no comprende a Margarita; en la experiencia del amor es él quien fracasa, y en ese aspecto, Fausto y Don Juan son iguales.

Pero mientras Fausto se aleja en busca de otras experiencias, (la Belleza, el Poder), Don Juan, de intenso ardor vital y pocas complicaciones intelectuales, sigue repitiendo hasta el infinito el ensayo amoroso sin atribuirle trascendencia, porque la que le falta es la fe en el sentimiento:

*“Admiro vuestro candor,
que no se mueren de amor
las mujeres...”*

Y si lo atrae la pureza angélica de la mujer es porque representa un obstáculo poderoso que vencer: Una vez deshecho, la atracción se desvanece.

Fausto y Don Juan son los Amantes que el romanticismo opone a su sentimental Amada. Uno olvida; el otro engaña: ninguno ama. La Amada queda abandonada y alcanza así su característica final: la desdicha:

*“Tú eres mujer un fanal
transparente de hermosura.
¡Ay de ti si por tu mal
rompe el hombre en su locura
tu misterioso cristal!”*

A la tentativa de idealización sucede la infamación:

*“¡Ay! Es la mujer ángel caído
o mujer nada más y lodo inmundo;
hermoso ser para llorar nacido
o vivir como autómatas en el mundo”.*

Arrebatada al ambiente mítico que la defendía y aprisionada en una realidad enemiga, esta mujer, que tiene capacidad para sufrir, pero no vigor para resistir el sufrimiento, escapa por la muerte, que con la desaparición del elemento material le devuelve, sin dualidad posible, el carácter angélico:

“Y otra vez ángel te volviste al cielo”.

Llevando ese concepto a su desarrollo último, la Amada llegará a alcanzar en la muerte el supremo poder espiritual. Margarita e Inés realizan la redención de sus amantes en la eternidad.

El que Espronceda ha estilizado en Elvira de Pastrana es el tipo más generalizado de mujer romántica; pero existen otros. Algunos no son creados por el romanticismo, sino utilizados por él.

Encontramos en las creaciones del romanticismo tradicionalista a la recia mujer de la poesía primitiva. (Por ejemplo, en algunos romances históricos del Duque de Rivas, como *El Cuento de un Veterano*. De ese mismo tipo, aunque menos violento, es la Inés de la leyenda de Zorrilla “A buen juez, mejor testigo”). El tipo se prestaba para el desarrollo de uno de los temas románticos más usuales, después del amoroso: el de la venganza.

Encontramos en muchos casos a la ingenua apasionada del tipo de Julieta. Esta no conoce la tragedia de Margarita, porque el que la ama no es Fausto, sino Romeo, el amante por antonomasia, tipo que viene al romanticismo por largo camino, desde el fondo de las leyendas de Bretaña, junto con su compañera, la mujer que sabe no sobrevivir al amado. Esa pareja tiene en la literatura española un prototipo perfecto, anterior al drama de Shakespeare, en Calixto y Melibea, y en el romanticismo halla su figuración más delicada en los amantes del drama de Hartzenbusch, ya conocidos en la literatura del Siglo de Oro.

Otro tipo de mujer que pertenece propiamente al romanticismo y es muy diverso del anterior, es la apasionada de tipo instintivo y primario, —animal, diríamos— que se ha hecho encarnar especialmente en una mujer del pueblo, española. Es el tipo que Espronceda nos pinta en la Salada de su *Diablo Mundo*, como compañera e iniciadora en el amor del hombre primitivo, traído, para su desgracia, al seno de la sociedad. Es la mujer que Prosper Mérimée hizo entrar en la literatura universal con la figura cálida y pintoresca de Carmen.

Encontramos, por fin, (sin aspirar a recorrer toda la galería de retratos femeninos del romanticismo) el tipo que es, en ciertos aspectos, la imagen invertida de Don Juan: la seductora que con mentidos halagos de amor arrastra al hombre a su perdición; la que se reviste en la poesía germánica con el misterioso encanto de Lorelei. El hombre empieza por creerla ángel, pero es una encarnación del espíritu del mal. En formas menos idealizadas, la hallamos en la perjuración que hierde

*“Recatándose en la sombra,
sellando con un beso su traición”*

en la mujer inconstante y cruel que tanta amargura ha puesto en los versos de Bécquer, de Musset y de Heine.

La sentimental Amada romántica cuyo arquetipo es Elvira de Pastrana, sólo encuentra la solución de su conflicto en la muerte, y deja tras de sí, para el hombre, acaso la amargura o la muerte quizás, por mano vengadora.

La recia mujer capaz de buscar justicia por sí misma, siembra en torno suyo mortandad y dolor.

La mujer dulce y apasionada muere con el amante, porque bebe y le hace beber en la copa envenenada de Isolda.

La mujer ardiente y sensual se enfrenta con un dilema trágico: torturar al hombre hasta hastiarse de él o llegar ella a causar hastío.

Lorelei, la hechicera, es la fiera de amor, cuyo goce supremo está en sentir la agonía de su presa.

La conclusión que se deriva del conjunto de estas ideas románticas sobre la mujer creo encontrarla expresada en el soneto final de la composición del poeta hispanoamericano Guillermo Valencia, titulada *Las dos cabezas*. Después de presentar como tesis y antítesis, respectivamente, dos conflictos famosos en la historia: Judith y Holofernes, Salomé y Yokanaan, llega a la siguiente síntesis:

*“Cuando oyó mi poema Jonatás el Rabino,
el espíritu y carne de la bíblica ciencia,
con la risa en los labios me explicó la sentencia
que soltó la paloma sobre el texto divino.
Nunca pruebas, me dijo, del licor femenino,
que es licor de mandrágoras y destila demencia;*

*si lo bebes, al punto morirá tu conciencia,
volarán tus canciones, errarás el camino”.*

Y añadió:

*“Lo que ahora vas a oír no te asombre:
la mujer es el viejo enemigo del hombre;
sus cabellos de llamas son cometas de espanto.*

*Ella libra a la tierra del amante vicioso
y ella calma la angustia de su sed de reposo
con la sangre que vierten las heridas del santo”.*

¡Huid del amor! exclamaba Espronceda. Su fuente está en el cielo; pero

*“El corazón ardiente
que el agua clara por beber se afana
lágrimas verterá de duelo eterno,
que su raudal lo envenenó el Infierno”.*

Así, colocando la felicidad amorosa a la distancia inconmensurable de una Idea platónica, los románticos permanecían, los ojos fijos en el horizonte, en su actitud característica de insatisfacción, con esa complacencia en el anhelo *en sí*, sin realización posible, que era una manera de sentir lo infinito.

CAMILA HENRÍQUEZ UREÑA.

Publicado por primera vez en la revista *Lyceum*, v. V, n. 17, febrero de 1947. Tomado de Camila Henríquez Ureña, *Estudios y conferencias*, La Habana, Letras Cubanas, 1982.

El primer año en la vida del Lyceum

No podía faltar en este vigésimo aniversario de la fundación del LYCEUM, un testimonio de gratitud hacia el primer núcleo de mujeres que contribuyó con su esfuerzo creador y fecundo a realizar el ideal de establecer en Cuba una institución destinada a impulsar las ansias de superación femenina. Nada nos ha parecido más adecuado a ese fin, que ofrecer la reseña del primer año de existencia de nuestro club tal y como la hiciera *Berta Arocena de Martínez Márquez*, una de las fundadoras del LYCEUM y su primera Presidenta. Hela aquí:

*Señorita Presidenta:
Compañeras del Lyceum:
Señoras y Señores:*

Ha sido, a no dudarlo, la casualidad —un poco feliz por cierto ya que consiste en una licencia concedida, por motivos de salud a nuestra secretaria, Matilde Martínez Márquez, quien

supo fungir a maravilla de Presidenta en el período anterior— la que pone en mis manos la secretaría del Lyceum, precisamente al cumplirse el año de haber inaugurado, desde esta misma tribuna, con mis palabras y como primera Presidenta, las actividades de esta Institución.

Cúmpleme hoy, leeros la memoria anual. Confieso que al anotar datos precisos, una intensa alegría se apoderó de mí. ¡Hemos cumplido nuestras promesas! Aquellas promesas que brotaron a la sombra tutelar de un bello poema en prosa de Eugenio D'Ors. ¿Lo recordáis? Se trata de “El Molino de Viento”. Mientras alza al cielo sus aspas, muele incesante la harina para el pan de los hombres.

Conferencias, exposiciones, conciertos, repartos, ventas de libros. Además, clases. De idiomas —inglés, francés, italiano— ofrecidas generosamente por Mrs. Martin, Madame Ferrari y Aldo Ravina. De taquigrafía y mecanografía a cargo de Isabel Margarita Ordext, y de las que también participan mujeres no asociadas. De artes aplicadas, tales las de pintura al “batik” que enseñó a emplear a nuestras socias, la Srta. González, y la de lacs aztecas bajo la dirección del propio Embajador de los mexicanos. Apenas si queda en nuestro calendario, una página en blanco.

Luego, los proyectos no cumplidos están al cumplirse. Aseguran los editores de 1930 — buenos amigos del Lyceum— que la primera representación del teatro de vanguardia no tardará en efectuarse, la residencia de señoritas, un poco más lejana, hay motivos para imaginarse que será una realidad. La niña Delia Estévez y Ortíz disfruta de una beca en el internado de la academia “Minerva”, ofrecida al Lyceum por la Sra. Mercedes Ramos de Relaños, para una niña cubana y pobre. María Winspa, doctora en Filosofía y Letras, graduada en Oxford, trata en la actualidad de reunir entre las socias del Lyceum, un grupo, para ofrecerle un curso de Literaturas extranjeras. Tenemos en proyecto una revista para la mujer. Hemos cumplido pues, Srta. Presidenta, compañeras del Lyceum, señoras y señores, las promesas que brotaron a la sombra tutelar de un bello poema en prosa de Eugenio D'Ors.

Nuestro acto inicial fue una clarinada de renovadora juventud. Exposición de arte moderno: Sicre, Víctor Manuel, Romero Arciaga, López Méndez, Carlos Enríquez, Yunkers, Jaime Valls, José Manuel Acosta, Navarro, Sabas, y otros más entre los que temblaban sugeridores algunos nombres de mujer. María Capdevila nos dio unas gracias emocionadas por nuestra hospitalidad a sus hermanos los artistas. El Presidente de la República terminó con unas frases de franca simpatía, y antes de irse nos ofreció colaborar en nuestra obra, comanzando el “court de Tennis desplegado a la vera de nuestra casa. Fué esa misma tarde, 22 de febrero de 1929, cuando abrimos al público la primera exposición. Exposición que clausuró la palabra de un poeta, la de Juan Marinello.

El Embajador de México inauguró con una conferencia su propia y pintoresca exposición de lacas, el día 16 de marzo. De su clausura se encargó Jorge Mañach.

Francisqueta Villalta, guitarrista y Hermina Alvarez Romaná, pianista, nos ofrecieron un concierto a principios de abril.

Conrado Massaguer nos descubrió con una charla la interesante personalidad de Harry Tauber, arquitecto decorativo. Tauber expuso en el LYCEUM sus escenografías y figurines de ultramoderna factura, durante dos semanas

Un té, ofrecido a los primeros colaboradores de nuestra obra incipiente, y una merienda a los niños pobres, cupieron en el paréntesis abierto por las dos exposiciones.

Joaquín Turina dio en estos salones un concierto, el día 25 de abril. Huelgan adjetivos.

Una exhibición de cristales de Venecia se inauguró el 14 de mayo con una conferencia — explicativa e ilustrada con proyecciones cinematográficas— de Guido Campilli.

A iniciativas de Consuelo Machado, una de nuestras socias más entusiastas, conmemoramos la muerte de Martí con el Día del Libro. El 19 de mayo de 1929 vendimos una respetable cantidad de volúmenes cubanos. Del lucimiento del acto, fueron responsables en primer término, las vocales de la Biblioteca, Reneé Méndez Capote de Solís, fundadora del Lyceum, y espíritu abierto a todas las perspectivas culturales, y Dulce María Castellanos. Lo demás lo hicieron nuestros autores. Muchos hasta donaron el producto de la venta de sus libros a la biblioteca del Lyceum. Debo advertir que, sufragados los gastos de aquel día, el resto se dedicó

a un fondo especial que servirá en su oportunidad para editar el libro de una mujer cubana. Una exposición de libros lujosos y ediciones raras sirvió de marco adecuado al acontecimiento.

María Pepa Lamarque, con sus estampas del convento de Santa Teresa y Luis de Soto presentando a la pintora, consumieron el siguiente turno. La exposición de María Pepa se inauguró el 11 de junio, y cosa inaudita, se vendieron todos sus cuadros.

Para recibir a la novelista Concha Espina, el Lyceum preparó una tarde de música cubana con el concurso de Moisés Simons y Carmen Burguete, el día 13 de junio. Se sirvió un “buffet” típico que acentuó el carácter criollo de la fiesta. Concha Espina firmó libros suyos, vendidos a los concurrentes, en la biblioteca del Lyceum.

Por sorteo reglamentario, efectuado ante notario, correspondió la presidencia del Lyceum a la Srta. Matilde Martínez Márquez, el día 23 de junio.

Warner y Agüero expusieron sus artísticas fotografías el sábado 13 de julio. Hizo la presentación Francisco Ichaso.

La señora de Florit, María Sánchez Fuentes, nos habló sobre flores en una charla inter-socias, el día 18 de julio.

Con una conferencia de Mariblanca Sábás Alomá y unas palabras del Excelentísimo Sr. Pedro Erasmo Callorda, ministro del Uruguay, nos sumamos al homenaje que allá en Montevideo, el día 10 de agosto, rindió nuestra América a la poetisa Juana de Ibarbourou.

A fines de septiembre nos visitó la Dra. Noel, miembro prominente del Lyceum de París. Mme. Noel tuvo para nosotras palabras de aliento y simpatía.

Fernando Ortíz pronunció el 5 de octubre una conferencia que, según reseñas del acto, tuvo “cocoricamo”.

Emilia Bernal recitó poesía portuguesa el día 12 de octubre, y el 26, después de unas palabras de Jorge Mañach, el poeta Navarro Luna nos deleitó con sus propias composiciones.

Lola de la Torre y Margot Rojas, soprano y pianista ilustraron en el LYCEUM la música primitiva, clásica y moderna en una serie de tres conciertos.

Uno de los actos de propaganda a favor de la Liga Antituberculosa de las Damas Isabelinas tuvo aquí lugar en el mes de octubre.

Para disertar sobre la “Evolución de la Mujer” volvió a ocupar esta tribuna María Sánchez de Fuentes de Florit

El día 30 de noviembre, Hortensia Lamar pronunció una conferencia: “La Mujer Ciudadana”; y en los primeros días de diciembre Rita Shelton, doctora en medicina, nos habló del “Amor a la Infancia”.

En la noche del 12 de diciembre, disertó el Dr. Ramón Grau San Martín en torno a “Las proporciones normales del organismo”. Invitada especialmente, María de Maeztu compartió la presidencia con Matilde Martínez Márquez y el conferencista. Las palabras de la educadora española, al terminarse el acto, vibraron de afectuosa simpatía por la labor del Lyceum.

El día 23 de diciembre, previo sorteo reglamentario, pasó a ocupar la Presidencia, la señorita Carmen Castellanos.

Con una exposición de juguetes infantiles coincidió el día 27 de diciembre, una conferencia sobre “Valor psicológico del juguete” pronunciada por Estela Agramonte.

Comenzamos enero con una sugerente disertación de María de Maeztu. “La residencia de señoritas en España: su fundación y su organización” fue el tema suculento en torno del cual se agrupó una selecta concurrencia.

Con un reparto de juguetes a los niños pobres, amenizado por una representación infantil en la que tomaron parte los niños Arellano, Florit, Cancio y algunos más, celebramos el día de los Reyes Magos.

El día 29 de enero María Cervantes de Aulet y Yiyina de Cárdenas dieron un concierto de música cubana, dedicado especialmente a las danzas de Ignacio Cervantes.

El Círculo de Amigos de la Cultura Francesa, celebró el día 24 de enero una de sus sesiones aquí en el LYCEUM. Sobre “Paroles des grands hommes” disertó María Ursula Ferrari, querida y generosa amiga.

Fue el día 10 de febrero cuando el Dr. Ernesto de Aragón nos expuso sus ideas sobre la “Protección a la Maternidad”.

Y el día 13, con una palabras previas de Jorge Mañach, se inauguró esa exposición de Abela que aún prestigia de arte los muros de nuestros cuartos de exposiciones.

Ahora va a cerrarse nuestra memoria, con un capítulo brillante. Cerca de mí, Alfonso Hernández Catá, ilustre compatriota, espera su turno. “Tres retratos de mujeres” para adornar el Lyceum. Vale la pena, señorita Presidenta, compañeras del Lyceum, señoras y señores, haberme escuchado pacientemente para obtener el regalo de esa conferencia de Alfonso Hernández Catá.

Muchas gracias.

BERTA AROCENA

Tomado de revista *Lyceum*, v. V, n. 17, febrero de 1947.

Colaboradores

Lourdes Gómez Franca. Se inicia en la pintura a partir de 1956 en el Salón Anual de Pintores Noveles de ese año en el Lyceum, y realiza su primera exposición personal, también en el Lyceum en 1957. Ha estudiado en Cuba en la Academia de San Alejandro y bajo la dirección de Víctor Manuel, y en 1957 en París con André Lhote y el grabador Hayter. Últimamente ha exhibido en exposiciones colectivas en la Casa Cultural de Católicas, en el Lyceum y en el Concurso-Exposición Guerlain.

Roberto Sánchez Ferrer. Director de Orquesta, conocido por sus arreglos e instrumentaciones, gran parte de las cuales están grabadas comercialmente. Fue durante varios años Director Musical en el Canal 2 de Televisión. Dirige y entrena la Orquesta de Cuerdas de las Juventudes Musicales de Cuba. Esta Orquesta fue fundada a fines del pasado año y está integrada por jóvenes estudiantes a los cuales se les ofrece la oportunidad de formarse musicalmente ejecutando música culta.

Camila Henríquez Ureña. Una de las más destacadas figuras de la intelectualidad hispanoamericana. Conferenciante y ensayista, ha publicado notables trabajos sobre literatura y pedagogía. Actualmente ocupa una cátedra en Vassar College.

Jorge Guerra y Debén. Vinculado de manera casi permanente a diversas actividades industriales y científicas, ha dedicado sus ratos libres a cultivar su vocación por la literatura cuentística. Casi todos sus cuentos de ambiente cubano han encontrado inmediata acogida en variadas publicaciones periódicas nacionales de gran circulación. Ha publicado muy recientemente un libro, “Nueve cuentos por un peso”, en que recoge algunas de sus creaciones en el género.

Referencia sobre Camila en Revista *Lyceum* (septiembre de 1959) donde apareció su conferencia «Comentarios en torno al libro *El señor presidente*, de M. A. Asturias», impartida el 7 de septiembre de ese año.

CAMILA MAESTRA

Miriam Rodríguez Betancourt y Minerva Salado

Profesionalmente, esta entrevista fue hecha con mucho rigor; su evidente toque poético es de la entera responsabilidad de Minerva Salado, coautora.

Nada se dejó al azar. Obtuvimos una cantidad importante de información inédita: los alumnos y compañeros de cátedra de la ilustre profesora de la entonces Escuela de Letras de la Universidad habanera, se prestaron sin titubeos a dar sus opiniones. Había un entusiasmo colectivo tremendo en torno al trabajo, un genuino espíritu de colaboración. Se convirtió casi en un homenaje en vida porque Camila era intransigente en cuanto a hablar de sí misma.

Nuestra insistencia, la ayuda de la profesora Nuria Nuiry, editora de la revista a la cual sería destinada la entrevista, y también ese fervor ambiental que seguramente la entrevistada notaría, propició que aceptara por fin el diálogo aquella tarde inolvidable, con dos jóvenes inexpertas, aún estudiantes de periodismo y que ni siquiera habían sido alumnas suyas.

La conversación transcurrió en el tono y ambiente que describimos en el propio trabajo. Ella confirmó, con su delicadeza y mesura, lo que nos habían dicho sus discípulos y colegas. También a nosotras nos hacía sentir importantes, seguras, tolerando quién sabe cuántas preguntas obvias, con aquella discreción suya, inigualable.

El proceso de redacción también fue muy cuidadoso. Discutimos apasionadamente el enfoque y la estructura del trabajo. Reconfirmamos datos y comprobamos la información previa. Puede decirse que revisamos palabra por palabra. Cuando al fin apareció publicado y comenzaron a llegarnos felicitaciones, solo un temor atravesaba nuestra alegría: ¿le gustaría a ella? Lo supimos indirectamente, y aunque el mensaje de reconocimiento que nos enviaba era parco en verdad, nos sentíamos henchidas de orgullo, sencillamente porque se trataba de un elogio de Camila.

Desde su mesa de profesora Camila lee. Se trata de una obra del teatro griego. Solo se escucha su voz. Clara. Timbrada. Inflexiones para cada personaje. No hay alteración. La voz no se dice, sale. Perfecto español. Interrumpe el timbre. Camila se levanta. «Continuamos en la próxima clase. Espero que puedan perdonarme si he cometido algún error al leer, lo estaba haciendo directamente de la edición griega».

Los Henríquez Ureña están hechos de la materia especial del maestro. Pedro y Max han pasado a la historia de las letras hispanoamericanas como maestros en las disciplinas literarias. Camila, su hermana menor, hace ya tiempo posee un lugar en América como especialista en literatura general, como educadora. Durante años fue profesora en Estados Unidos. De regreso a Cuba imparte desde las aulas de la Escuela de Letras y de Arte de la Universidad de La Habana la asignatura de literatura general. Y de una manera y de otra —saber y personalidad— Camila Henríquez Ureña contribuye a la formación del intelectual dotado, en exactas cantidades, de humanidad y

cultura. Se la encuentra en su apartamento. Homero. Tomos de Aguilar. Escritorio mínimo. Mar.

—No sé por qué van a hacer un trabajo sobre mi vida. No tiene nada de importante.

El lugar es amable. Las cortinas se mueven. Entra la luz.

—*Pudiéramos comenzar hablando de su infancia en Santiago de Cuba, sus estudios...*

—En 1904 llegué a Cuba siendo niña y estudié la escuela primaria en la Escuela Modelo de Santiago. En ese período también recibí clases de una profesora francesa y perfeccioné la gramática del francés que había aprendido con mi padre. En 1911 marché a la capital para hacer el bachillerato en el Instituto de La Habana. Lo terminé en dos años con muy poca asistencia a clases. Después matriculé en la universidad. Esto coincidió con una estancia de mi hermano Pedro aquí y él me preparó en los estudios literarios. En 1917, en febrero, obtuve el doctorado en Filosofía y Letras. Más tarde obtuve el doctorado en Pedagogía. Fui a Estados Unidos. Allí tuve la oportunidad de tomar cursos de literatura comparada de lenguas romances en la Universidad de Minnesota. Estudié durante tres años *La divina comedia*. Obtuve allí un nuevo título universitario.

Ya en aquel momento Camila sentía devoción por Dante. Lo había leído inicialmente en su niñez en el idioma original, que estudió prácticamente sola. Actualmente conoce varios idiomas. El último —el ruso— lo aprendió en 1957 con la esposa de un ex príncipe blanco. un Wolkonsky. A través de ella conoció a Alejandra Tolstoi. Si Camila fuera un sonido, probablemente sería la voz humana.

—*¿Qué es un escritor?*

—Es una persona consagrada a escribir y en la mayor parte de los casos es un creador. Por eso no me considero escritora, porque no he hecho nada de creación.

—*¿Se siente usted crítico?*

—Hasta cierto punto, yo no me creo un crítico especializado.

—*¿A quién considera usted un buen crítico cubano?*

—Enrique Piñeyro es un ejemplo dentro de su época.

—*¿Y Martí?*

—Martí sí, pero Martí es el genio, la excepción, y no se puede tomar un genio como regla, porque escapa a todas las reglas.

En 1924 Camila volvió a Santiago de Cuba como profesora de la Academia Herbart y más tarde de la Escuela Normal de Maestros, donde ejerció desde 1927 a 1945 aproximadamente. En ese período también dio clases durante un año en el Instituto de Matanzas. Fue en la década del cuarenta cuando marchó a Estados Unidos de nuevo para enseñar en el Vassar College. Entonces venía casi todos los años a Cuba y en varios veranos dio cursos de seis semanas en la Universidad de La Habana. Cuando se quedaba en Estados Unidos impartía clases durante el verano en la Escuela Española de Middlebury, donde se ofrecen cursos de especialización en determinados idiomas.

Durante esos años pasó en México un año como editor consejero del Fondo de Cultura Económica. Luego realizó trabajos de investigación en el Archivo de Indias en Sevilla, sobre las mujeres que se habían destacado en la colonia.

—Me llamó la atención que en la colonia existieran mujeres no solo con una gran cultura, sino a veces con funciones políticas, hecho insólito.

Algunas conferencias ofreció sobre este tema. Si le preguntamos por qué no divulga sus trabajos, dirá:

—No me gusta publicar porque me considero profesora, no escritora. Yo dicto las clases, y después no me preocupo de que se publiquen.

Si Camila fuera un defecto de seguro sería la modestia excesiva. Cuando en 1917 fue a Estados Unidos por primera vez, solo había visitado Cuba y Haití, además de su original Santo Domingo. Después vivió largos años en Norteamérica. Ahora se detiene, responde:

—Estaba allí porque tenía trabajo interesante. Pero nunca me adapté a otros aspectos de la vida norteamericana. Siempre quise volver a Cuba. Estaba impaciente por volver.

En este momento un silencio. La tarde en la habitación. Quieta. Si Camila fuera una ciudad sería La Habana Vieja al amanecer. De nuevo la palabra. Ademanos precisos. Respuesta total.

—*¿Por qué vive en Cuba?*

—Nunca he querido vivir más que en Cuba. Soy cubana. Santo Domingo es la patria de mis padres y de mis hermanos mayores.

Gabriela Mistral visitó La Habana en la década del treinta al cuarenta. Camila estaba aquí en ese momento y se conocieron. Fue ella quien presentó a la Mistral en las conferencias que ofreció en Cuba en la Sociedad Hispano-Cubana de Cultura. De la chilena guarda múltiples anécdotas y una impresión:

—Parecía de piedra. Tenía una especie de inmovilidad indígena. Hacía lo que quería, siempre... Cuando estuvo acá, Dulce María Loynaz organizó en su casa una recepción de intelectuales en su honor. El día de la recepción Gabriela no apareció por allí. Al cabo de dos horas de haber empezado aquello, llamó y le dijo a Dulce María: «Oye, no he podido ir, sabes, porque estoy aquí mirando el mar».

Después le tocó a Camila ir a Vassar College, donde Gabriela había impartido clases.

—Hablaban siempre como en un monólogo. Como si hablara consigo misma. Tenía el don de la frase de respuesta absolutamente lapidaria. Las clases de ella eran especiales. Se sentaba a conversar sobre un tema y a veces no se refería casi nada a él, pero siempre absorbía la atención. Al día siguiente preguntaba invariablemente: «A ver, niña, ¿qué dije ayer?»

«Bueno, profesora, dijo que la sencillez siempre es bella». «Yo no he dicho eso, niña. Porque hay la sencillez de la paloma y la sencillez de la gallina».

Si Camila fuera una flor, ¿Qué flor sería? Un lirio.

¿Si fuera un libro? Un diario.

¿Si un ave? La paloma.

¿Si un poeta? Juan Ramón Jiménez.

¿Si una virtud? La sencillez.

¿Si un defecto? La modestia excesiva.

¿Si fuera un árbol? El pino.

¿Si un sentido? La voz humana.

¿Si un efecto de la naturaleza? La brisa.

¿Si una luz? La mirada.

¿Si una ciudad? La Habana Vieja al amanecer.

¿Si un sentimiento? La ternura.

Hablan de Camila estudiantes que hace muy poco son sus alumnos; otros que la conocen más, profesores que la recuerdan desde Santiago cuando ya era una Henríquez Ureña y tenía —también entonces— la mirada serena del que se acerca al futuro sin sobresaltos.

Y yo creí que no me conocía, que no recordaría mi nombre entre tantos, porque, ¿quién era yo sentada allí y escuchando sus explicaciones? Y de buenas a primeras, dulcemente y por mi nombre de pila, me dice «Diony, qué disgustada estoy con usted. Una muchacha tan inteligente, tan “literata”... ¡con tan mala ortografía!»

Bueno, el primer día de clases con ella: nosotros hemos oído la clase de profesora que es: uno está a la expectativa y se sienta delante de esta gran mujer que dicen que es severa, tierna, dulce. Y uno va a ver qué pasa. Y ya no la podrá olvidar jamás.

DIONY DURÁN, cuarto año de Letras

La conocí en Santiago de Cuba. Yo tenía quince años y recuerdo que aquel día tenía una sensación de autoimportancia porque iba a conocer a Camila Henríquez Ureña. Hay mucho que decir: cómo a uno nunca hace sentir que ella es la personalidad intelectual, el pozo del saber... y que uno no lo es. A mí me da la impresión de que ha arribado a un equilibrio espiritual completo. Nunca está amargada; se irrita y parece humor o comicidad. A pesar de su edad y de sus dolencias físicas, ella es la primera en ir a dar conferencias en las fábricas, y no solo la primera en ir, sino la primera en valorar el trabajo que se realiza. Llueva o truene, allí está Camila, por encima de todas las dificultades, sin una queja, siempre con una sonrisa, con una palabra de comprensión hacia las dificultades. A Camila Henríquez Ureña la cultura le ha servido para la vida, le ha pasado a la sangre, a los poros. Es una demostración de que cuando no es así, la cultura se convierte en un edificio inmenso donde no dan muchas ganas de entrar.

BEATRIZ MAGGI, profesora de literatura

Como profesora, ¿qué decir? Extraordinaria podría ser la palabra. Una mujer y una profesora extraordinarias. Hay en ella esa combinación —más armonía que combinación— de valores humanos e intelectuales: un todo. Su influencia sobre el alumnado se siente inmediatamente, ese sentido del humor tan especial, esa sensación que transmite como de haber vivido cualquier momento de la cultura humana, esa disposición de ánimo, esa serenidad ante todos los problemas que jamás entraña indiferencia, sino energía, majestad.

R. RODRÍGUEZ CORONEL, quinto año de Letras

No le puedo tomar notas, lo importante es oírla. ¡Cómo disfruta leyendo! ¡Cómo habla de cine! Está al tanto de todo lo que pasa. Disfruta mucho con las maldades de los demás, con el humor de los escritores, con Baroja, por ejemplo. Y ríe con un gusto tremendo. Pero un día, en el aula, nos leía Adiós, cordera, de Clarín y todos nos impresionamos mucho porque sin detener la lectura, con las inflexiones de voz necesarias, vimos que estaba llorando. Es la mejor profesora que hemos tenido; yo «entré» en el Quijote gracias a ella. Soy del grupo último al que Camila ha dado clases, y eso hace que uno se sienta triste y orgulloso al mismo tiempo. Mira, si yo pudiera ser adúladora con alguien, lo sería con ella.

MIRTA YÁÑEZ, cuarto año de Letras

Hace cuarenta años fui su alumna en el bachillerato, en la Academia Herbart, de Santiago de Cuba. La recuerdo, caminando por aquellos pasillos: joven, alta, muy clásica en el vestir. Era nuestro modelo. Segura en las explicaciones, delicada en sus orientaciones, con una forma especial para corregir los errores que jamás hirió a nadie. Creo que no se ha destacado la influencia que Camila Henríquez Ureña ha tenido en la educación en Cuba. Después de la revolución el Ministerio de Educación le encargó los programas de español; es la primera que inicia la formación técnica de un grupo de inspectores. En Cuba no se enseñaba la lengua española, sino gramática. Camila le da una nueva orientación a la enseñanza del idioma español. Nos señaló el camino.

MARÍA L. RODRÍGUEZ COLUMBIÉ, profesora de literatura

En ellos se advierte cómo admiran una actitud ante la vida. Cada palabra evoca al maestro; se va armando con estos recuerdos la figura —como de un héroe— y su alegría profunda.

Revista *Vida Universitaria*, marzo-abril de 1968

LA CULPA NO ES DE LOS DEMÁS

NURIA NUIRY

En marzo de 1967 la Escuela de Letras y Arte que incluía en ese momento a Periodismo, se dispuso a volcarse en todos los rincones del país para realizar su primer trabajo social. Profesores y alumnos se mostraban inquietos. Para la mayoría, era la primera experiencia en ese sentido. Algunos se sentían escépticos, pero el ambiente, en general, era de entusiasmo.

Se eligieron los puntos: Gran Tierra, Ocujal del Turquino, Matahambre, algunos de ellos ni siquiera aparecían en el mapa. La doctora Camila Henríquez Ureña era de las más decididas.

Poco antes de la fecha de salida, los participantes se reunieron en el anfiteatro de la Escuela, y Camila con gesto suave y firme comenzó a dar orientaciones sobre cómo deberían hacerse las que tituló lecturas comentadas. Con voz lenta y modulada, entre otros conceptos, expresó:

Ustedes no deben pensar que son los lectores y ellos el público, sino *todos* [y subrayó oralmente la palabra] son los encargados de realizar la lectura. Todos deben estar en actividad mental. Hay que establecer una comunicación estrecha con los oyentes; estar conscientes de que no es una lectura privada. El que lee para otro debe estar en la misma actitud que el autor; el público no debe quedar pasivo. Será un mal lector el que no sepa transmitir al que lo escucha la emoción de lo que ha leído. Leer es transmitir una experiencia —sentenció.

Un completo y respetuoso silencio reinaba en el anfiteatro. Los presentes tomaban notas con atención. Muchos empezaron a comprender en ese momento el oculto secreto de las lecturas de Camila en clase.

De elevada estatura, sumamente erguida, color aceitunado, pelo entrecano, modales suaves, y dicción impecable, despertaba un sentimiento inmediato de respeto y admiración.

Después de una breve pausa, continuó la profesora:

Para leer a otro, el que lee tiene que comprender él mismo, captar el sentido de las palabras, de los párrafos. Primero uno debe leer y comprender. El lector es un intérprete del pensamiento de otro. Hay que compenetrarse con ese pensamiento; en el momento en que leemos, tenemos que ser el autor. Al leer una obra es necesario darle su expresión justa.

Expuso además numerosos consejos acerca de cómo proyectar la voz y dónde situar el libro cuando se está leyendo. Al finalizar sus palabras de esa tarde, expresó la advertencia oportuna a aquellos que en muchos casos iban a conocer por primera vez las zonas campesinas del país:

No debemos —dijo— tener la idea preconcebida de que no nos van a comprender. Cultura es una cosa y sensibilidad es otra.

Y concluyó con una frase lapidaria que bien pudiera ser el lema de aquellos que se dediquen al magisterio, a labores de animación cultural o a otras profesiones relacionadas con el ser humano:

Cuando otros no nos comprenden —afirmó— la culpa no es siempre de los demás.

La que así hablaba era una altiva y humilde profesora de más de setenta años de edad, de los cuales había dedicado, en ese momento, casi cincuenta oficialmente a la docencia en diversos países y universidades del mundo.

Cuando brindaba esta charla, hacía algunos años que había regresado definitivamente a Cuba después de un largo periplo por numerosos países de Europa y América.

Había nacido Salomé Camila Henríquez Ureña, en Santo Domingo, el nueve de abril de 1894. Tres años después, falleció su madre. Respecto al ambiente que imperaba en su casa quisquellana, manifestó en una charla que brindó el diecisiete de mayo de 1969 a los alumnos de Periodismo:

Yo creo que el motivo fundamental de esta dedicación a la enseñanza de mi hermano Pedro, es un motivo familiar; todos los Henríquez Ureña se han dedicado a la enseñanza. Mi madre fundó en Santo Domingo las Escuelas Normales que entonces se llamaban Institutos de Señoritas. Ella graduó dos generaciones de maestros. En mi familia todo el mundo se dedicó a estudiar: era la nuestra una casa de estudio.

En esta misma exposición dijo, al referirse al hermano de su padre:

Mi tío Federico vivió ciento cinco años. Fue Rector de la Universidad hasta que cumplió noventa y cinco. El día que cumplió cien, dictó una página, dictó porque ya no escribía bien por debilidad de la vista: una página en defensa de la independencia de Puerto Rico. La hizo publicar, porque la independencia de Puerto Rico, como la de Cuba, había sido uno de los móviles de su vida. Él fue compañero de trabajo de Hostos, como lo fue también de Martí en el poco tiempo que estuvieron juntos en Santo Domingo, Gómez estaba envuelto también en ese trabajo, desde luego, en aquel momento, como ustedes saben, Gómez abandonó entonces Santo Domingo para venir a Cuba a combatir.

No podemos dejar de recordar que fue a este amigo entrañable al que dirigió José Martí la carta fechada el 25 de marzo de 1895, que es considerada como su testamento político.

En los límites del siglo, el padre de Camila, el político, médico y abogado, Francisco Henríquez y Carvajal, se había trasladado por motivos políticos a Cuba. En 1903 revalidó su título de doctor en Medicina en la Universidad de La Habana y comenzó a ejercer esta profesión en Oriente.

Máximo Gómez era muy amigo de nuestra familia, una amistad muy grande lo unía a mi tío Federico, mi padre lo atendió en Santiago cuando se enfermó por última vez. Luego lo trasladaron a La Habana donde murió.

En unas notas manuscritas donde por algún motivo escribió su autobiografía, expuso:

Tuve la fortuna de no hallar nunca obstáculos en el camino de mi formación profesional. Nací y me formé en el seno de una familia de estudiosos. Mis padrtres —la poetisa Salomé y el Dr. Francisco Henríquez y Carvajal— el compañero de luchas a quien Martí llamó “Amigo y hermano” —consagraron su vida al estudio y la enseñanza, y trabajaron activamente en el desarrollo de la educación en su país, la República Dominicana.

La niña terminó la primaria en la Escuela Modelo de Santiago de Cuba. En 1911 se trasladó a La Habana con el fin de estudiar bachillerato. Estaba vigente el Plan Varona, que duraba cuatro años. En dos cursos la adolescente examinó y aprobó con magníficas calificaciones todas las asignaturas.

El veintisiete de septiembre de 1913 le fue expedido el título de Bachiller en Ciencias y Letras, y el día veintinueve del mismo mes matriculó las carreras de Filosofía y Letras y Pedagogía, en la Facultad de Letras y Ciencias de la única Universidad que existía en Cuba en esos momentos.

El título de su tesis de grado de Filosofía era: “Francisco de Rioja: su verdadera significación en la lírica española”. La exposición se realizó el 7 de febrero de 1917.

El tribunal, integrado por los profesores Adolfo Aragón, Guillermo Domínguez y Salvador Salazar, le otorgó la calificación de sobresaliente, y recomendó que el trabajo se publicara en la Revista de la Facultad.

Era requisito establecido que el día del ejercicio de grado se sacara a elección un tema, y que en el término de veinticuatro horas se ofreciera una clase que no excediera los cuarenta y cinco minutos. A Camila le correspondió tratar acerca de “Racine y la tragedia francesa”, y obtuvo igualmente la calificación de sobresaliente y la felicitación del tribunal.

Después viajó a los Estados Unidos con su hermano Pedro. En la Universidad de Minnessota comenzó a trabajar como profesora, al mismo tiempo que recibía cursos especializados.

En 1924 volvió a Santiago de Cuba y ejerció el magisterio en la Academia Herbart y en la Escuela Normal de Maestros. En esta última trabajó desde el primero de noviembre de 1927 hasta el primero de octubre de 1931, y luego se reintegró el once de abril de 1934 hasta el primero de septiembre de 1945.

Los años intermedios entre 1931 y 1934 —expresó en una entrevista— corresponden al período de suspensión de empleo por el gobierno de Machado.

Y continuó:

En la escuela Normal a cada rato lo dejaban a uno cesante. Nos cerraban la Escuela y nos dejaban con los brazos cruzados.

El treinta y uno de enero de 1927 presentó su tesis de Pedagogía. El tribunal lo constituían en esta ocasión los doctores Alfredo Aguayo, Luciano Martínez y Rafael Fernández.

La tesis se titulaba “Las ideas pedagógicas de Eugenio María de Hostos”. El tema que desarrolló como clase esta vez correspondió al programa de Cívica del sexto grado y se titulaba: “La ciudadanía”.

Poco antes, en diciembre de 1926, ella había renunciado a su ciudadanía con el fin de adquirir la cubana.

En la Universidad de La Habana ganó también el premio especial “María Luisa Dolz”.

En Santiago de Cuba conoció a García Lorca cuando el poeta visitó esa ciudad.

Después de describir las múltiples actividades que como animador cultural su hermano Max realizó en Oriente, en la entrevista ya mencionada de la Escuela de Periodismo, le preguntaron:

¿Y no había otro miembro de la familia Henríquez en Santiago en aquel momento?

Respuesta:

Una Henríquez Ureña que estaba trabajando a la sombra de Max.

En esta contestación podemos apreciar una de las características de su carácter: el tratar de no llamar la atención hacia ella, el brindar abundante información sobre otros: Dante, Shakespeare, sus hermanos Pedro o Max, pero colocarse ella en la sombra, y ser sumamente parca cuando de sí misma tenía que hablar.

En 1936 pasó a vivir a La Habana. No era la doctora Henríquez Ureña una intelectual enclaustrada ni ajena a la vida del país. Durante este período, mantuvo una labor intensa de animación cultural en la sociedad *Lyceum*, de donde fue vocal de conferencias, miembro del Consejo de Redacción de la Revista y Presidente de la Institución.

En una ocasión fue detenida en La Habana y enviada alrededor de diez días al Reclusorio de mujeres de Guanabacoa. Cada vez que se le preguntaba el motivo de ese encierro, sonreía con la pícara dulzura que le era característica y contestaba:

Yo lo único que hice fue acudir a recibir a unos intelectuales que eran considerados revolucionarios.

Alrededor de 1940, ejerció como profesora del Instituto de Matanzas. Fue miembro fundador de la Institución Hispano-Cubana de Cultura, donde realizó las correspondientes presentaciones de los poetas Juan Ramón Jiménez y Gabriela Mistral. Participó como delegada del *Lyceum* en el Congreso Nacional Femenino de 1938 y en la Conferencia que celebró en 1941 la *General Federation of University Women*.

En ese mismo año, viajó por numerosos países de América. Latina, y en 1942 comenzó a ejercer como profesora en *Vassar College* en los Estados Unidos.

En 1948, aprovechando el año sabático, viajó a México y trabajó en el fundo de Cultura Económica.

Realizó en España, de 1952 a 1953, trabajos de investigación en el archivo de Indias de Sevilla, sobre las mujeres que se habían destacado en la colonia.

Durante los diecisiete años que trabajó en los Estados Unidos, aprovechó cada verano para volver a Cuba y ofrecer innumerables cursillos y conferencias.

Su permanencia en los Estados Unidos se debía a que sus servicios no parecían interesar en Cuba, pero siempre estaba ansiosa por volver.

En el año 1958 después de un viaje por Europa, regresó a los Estados Unidos y se jubiló del *Vassar College*.

Cuando triunfó la Revolución Cubana vivía en los Estados Unidos, tenía sesenta y cinco años y percibía dos salarios mensualmente. Uno por su jubilación oficial, el otro por el retiro privado al que como profesora, había contribuido económicamente durante largo tiempo.

Con mesura y decisión preparó su exiguo equipaje. Renunció a sus dos pensiones y vino a Cuba, no como espectadora, sino a participar en lo que fuera necesario.

El 15 de septiembre de 1960 comenzó a trabajar en el Ministerio de Educación (MINED), como asesora técnica.

Fue la primera en iniciar la formación técnica de un grupo de inspectores de Español en el MINED. Realizó actividades en la Escuela de Educación, donde ofreció seminarios a los profesores. Posteriormente cooperó también con el Instituto Pedagógico.

Trabajó en el llamado “Plan Fidel”, que tenía como objetivo principal formar rápidamente miles de maestros que resultaban indispensables en el país.

Al constituirse en 1962 el Consejo de publicaciones de la Casa de las Américas, se integró a él como fundadora. En esta época se hizo miembro del Comité de Defensa de la Revolución y poco después se inscribiría en la Federación de Mujeres Cubanas. Ese mismo año el Decano de la Facultad de Humanidades, Dr. Elías Entralgo, le solicitó que comenzara a trabajar como profesora de literatura en la Escuela de Letras y Arte.

Muy distinto era ese lugar del sereno recinto del *Vassar College* donde ella había dictado sus últimas conferencias universitarias en los Estados Unidos antes de acogerse al retiro. Poco antes se había producido la Reforma Universitaria. Sobre esta ley ha escrito el Dr. Carlos Rafael Rodríguez:

Así, en 1960, nos vimos por vez primera con la Universidad en manos del pueblo y asumimos la responsabilidad de modelarla de acuerdo con las necesidades nacionales. Fue necesario elegir entonces qué Universidad tendríamos —continúa expresando Carlos Rafael—, a pesar de que en ese momento inicial el socialismo no había sido proclamado todavía como objetivo inmediato, la lucha por la Reforma se realizó bajo el signo del socialismo posible, pues dos dirigentes de aquel empeño lo considerábamos ya inevitable.¹

Los acontecimientos se sucedían vertiginosamente en el Alma Mater. Entre los múltiples cambios que se produjeron con la Reforma estuvo el de su estructura. Desde esa fecha se agruparon en la nueva Facultad de Humanidades una serie de antiguas Facultades y otras nuevas que se crearon y que a partir de ese momento se denominaron Escuelas. La Facultad de Filosofía y Letras se convirtió en la Escuela de Letras y Arte, y no fue sólo el nombre lo que cambió en esta etapa. El erecto edificio blanco de cristales a todo lo largo, situado frente al Castillo del Príncipe, se había estremecido hasta los cimientos. Los alumnos se multiplicaban, y los profesores no alcanzaban.

Las aulas que habían albergado antes del triunfo de la Revolución grupos de alrededor de treinta alumnos por año, se vieron de momento invadidas por cientos de ávidos estudiantes, que se debatían en medio de fuertes luchas ideológicas.

En Letras fue profesora, jefe de la Sección de Literatura del Departamento Hispánico, y participó en todas las tareas en las que la Escuela se encontraba inmersa en cada momento. En 1963, fue designada por la Universidad delegada a la Primera Conferencia Nacional de Formación y Superación Docente auspiciada por el MINED y por el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Enseñanza. En 1965 representó a la Escuela de Letras en el Seminario de Unidad del Sistema de Enseñanza, en el que presidió la sesión de español.

Participó como jurado de los concursos Casa de las Américas, Extensión Universitaria y Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

En numerosas ocasiones, trabajó en la orientación y dirección de seminarios, así como en la redacción de textos y publicaciones.

Cuando ocurrió la universalización de la Universidad, se conmovió de nuevo la bicentenaria Casa de Estudios. Ya no se trataba solamente de que más estudiantes

asistieran a los centros docentes, sino que la Universidad acudiera a todas partes: talleres, llanos y montañas. Comenzaron a crearse aulas en centros obreros, y los que sabían algo tenían la obligación de enseñar a los demás. A fábricas y centros de trabajo se trasladó Camila con su perenne entusiasmo.

Al realizar las tareas de aquel momento, la Dra. Henríquez Ureña, se enfrentaba al concepto de lo que es una universidad clásica, se estaba dirigiendo. Y formando, a los jóvenes que se preparaban para trabajar en el campo intelectual dentro de una Revolución. Comprendiéndolo así, adecuó sus métodos docentes a la realidad en la que se iban a desenvolver los futuros graduados, sin hacer concesiones ni rebajar el rigor docente a que estaba acostumbrada. Un nuevo intelectual se estaba formando, y Camila brindaba todo su apoyo con el fin de que esto ocurriera.

Son numerosas las personas que sienten aprensión ante la palabra intelectual, porque piensan de inmediato en un ser extravagante, egocéntrico, que sólo concibe un mundo cerrado, sin salida, carente de perspectivas halagüeñas. Muy lejos de todos estos conceptos retrógrados, debemos situar la figura de Camila. Poco después del Congreso de Educación y Cultura, al ser entrevistada declaró:

Los intelectuales en la sociedad socialista, no pueden considerarse como una fuerza aislada ni por ninguna forma de privilegio separada de la fuerza total del pueblo.²

No hubo nunca en su vida una acción o un concepto político que podamos calificar de claudicante; por el contrario, su vida avanzaba a favor de la historia, y su pensamiento, que siempre fue progresista, se fue radicalizando cada vez más a través de los años. Aunque no fue la suya una formación marxista, era una persona honesta y sensible, que buscaba la verdad a partir de un profundo respeto por el ser humano.

En el libro *Invitación a la lectura*, que ha sido varias veces reproducido, y en el que se recogen las conferencias que poco después del triunfo de la Revolución ofreció a inspectores y asesores del Ministerio de Educación, puede apreciarse su educación idealista.

Comenzó a estudiar marxismo y otras disciplinas que nunca había impartido. Con ejemplar sencillez, se sentaba en una silla de paleta provista de libreta y lápiz, y tomaba cuidadosamente notas de las clases que dictaban jóvenes profesores cubanos, a quienes escuchaba con el aire de quien estaba aprendiendo.

En 1966 le fue otorgado el certificado correspondiente por haber asistido como alumna al seminario sobre materialismo dialéctico e histórico, que se brindó en la Escuela de Letras. Algunas de sus libretas de notas que se conservan, recogen sus apuntes de estas clases, a las que asistió como alumna y de las lecturas de marxismo que realizaba.

También en uno de estos cuadernos se conservan sus impresiones del seminario que se realizó en su Departamento acerca del discurso pronunciado el siete de abril de 1967, por el doctor Armando Hart en el acto de iniciar la Construcción del Partido en la Universidad de La Habana.

De ese seminario, escribió Camila sus impresiones personales:

Yo creo —anotó en su tosca libreta— que lo primero es elevar el nivel de formación ideológica del profesorado, para que este pueda orientar la enseñanza de su materia de acuerdo con la ideología socialista y así contribuir a la mejor formación ideológica de los alumnos. Esto exige de un numeroso grupo de profesores una seria labor de estudios que sería preciso organizar y dirigir y asignarle tiempo.

La evolución ascendente de su pensamiento político, puede apreciarse también en el inestimable trabajo *Martí, periodista* que escribiera a solicitud del *Boletín de Letras y Periodismo*. Con rasgos sencillos, firmes y sintéticos, describió y analizó la trayectoria política y periodística de nuestro Héroe Nacional.

En 1970 fue electa Trabajadora de Avanzada por aclamación, mérito que le fue ratificado en cada asamblea celebrada. Su nombre figuraba entre los trabajadores de la Escuela de Letras que ostentan la distinción “Héroes del Moncada”.

En diciembre de 1970, la Universidad de La Habana la investió como *Profesora Emérita*. Fue la primera persona a la que se otorgó tan alto reconocimiento después del triunfo de la Revolución.

En 1971, con motivo de celebrarse en La Habana el Primer Congreso de Educación y Cultura, fueron seleccionados como *Educadores Destacados*, un grupo de nuestros más representativos profesores. Entre ellos se encontraba Camila.

Con estos reconocimientos se estaba premiando a una profesora ejemplar que había comenzado a ejercer su magisterio hacía más de medio siglo.

En una de las múltiples autobiografías que debió escribir durante su estancia en Cuba, pueden descubrirse sutiles muestras de su personalidad y sentido del humor. En la planilla que contestó el ocho de mayo de 1968, a la pregunta: ¿Ha tenido algún tipo de vicio?, respondió:

No, que yo sepa.

A la pregunta de si tenía o había tenido creencias religiosas, contestó con un escueto y tajante: No.

En el mismo cuestionario pueden verse las siguientes respuestas:

Ciudadanía: Cubana

¿Ha tenido otras?: Sí

¿Cuál?: Dominicana

Motivos: Por nacimiento

Cuando le preguntan las causas por las que había sacado pasaporte, respondió escuetamente:

Tenía costumbre de viajar.

Es significativo el uso del verbo en pasado. La viajera impenitente parecía haberse aposentado ya definitivamente, pero el recuerdo de la patria de sus mayores varió sus planes.

En Camila Henríquez Ureña se mezclaron siempre su profunda identificación con Cuba y los estrechos vínculos familiares que nunca rompió. De ella resulta difícil hablar individualmente; es indispensable, al mencionarla, referirse no sólo a sus padres, sus hermanos, sino también a su tío Federico. Ninguno de ellos nació en Cuba, pero no puede escribirse política o culturalmente de este país sin mencionar a los llevan como primer apellido Henríquez y como segundo Carvajal o Ureña.

El dieciocho de octubre de 1971 envió una carta a las autoridades universitarias, en la que manifestaba:

Mi familia residente en Santo Domingo, República Dominicana, me pide que yo vaya a visitarla, después de tantos años de separación. Como quiera que mi edad reduce velozmente cada día el tiempo que pueda quedarme para hacer tal visita, yo querría realizarla ahora.

Por prescripción facultativa, debió esperar hasta la primavera de ese año (SIC), pues a pesar de la cercanía física de ambos países y por los motivos que todos conocemos, tuvo que realizar un largo recorrido antes de llegar a su patria natal.

“Salud mediante, pronto estaré de regreso”, escribía desde Santo Domingo, y enviaba constantemente cartas y cables. Seguía espiritualmente con nosotros. Los jóvenes profesores la esperaban para iniciar un seminario sobre “Mi hermano Pedro”.

La noticia de su muerte ocurrida en Santo Domingo en 12 de septiembre de 1973, se mezcló con la de los trágicos sucesos de Chile. No se pudo entonces realizar, por razones obvias, la valoración de su vida tal y como nos proponemos hoy.

Murió donde había nacido. Su ejemplo y su magisterio pertenecen a América, y los cubanos la sentimos, como nuestra.

Al hacer este recuento de sus datos biográficos, podrían aplicarse a ella lo mismo que manifestó cuando presentó en La Habana al poeta español Juan Ramón Jiménez:

Cumpliendo deseos que he interpretado como órdenes, vengo hoy a pronunciar las palabras rituales. Pues sólo, en virtud de un rito establecido por la tradición puede explicarse que yo deba servir de heraldo a alguien de quien basta pronunciar el nombre para hacer superflua toda palabra que se pretenda añadir.

Desde pequeña se manifestó en ella su firme vocación de trasladar sus conocimientos a los demás, de hacer que a la voz de otros trataran de razonar por ellos mismos.

Profesó en una escuela primaria en Santiago, el Instituto de Segunda Enseñanza de Matanzas, en la Escuela Normal de Oriente y en la Universidad de La Habana. Ningún nivel académico de Cuba le fue desconocido.

De todas esas etapas, hay personas que la recuerdan, y cuyas vidas y mentes aún se rigen por conceptos aprendidos de sus labios. Se preocupaba de formar maestros que elevaran realmente el nivel general del pueblo en su conjunto y de advertir a los jóvenes estudiantes —y algún que otro profesor— cómo transmitir conceptos culturales a personas que poseen otros valores que tal vez no coinciden exactamente con los de los profesores.

Sin la participación activa de los estudiantes, no había para ella verdadero aprendizaje. En el seminario que impartió a los profesores de segunda enseñanza recién llegada a Cuba, insistía en que

El profesor debe procurar por todos los medios que el alumno piense por sí mismo... (debe) darle a leer la obra.

Estaba convencida de que la labor del maestro consistía no en pensar por el alumno, sino en darle a este información y orientación.

Singular importancia revisten los *Apuntes de los comentarios al proyecto de programa de literatura española*, donde sugería con pulso firme a los profesores de preuniversitario cómo dar una clase. Por cierto, que no fuera mala idea releer estas 113 cuartillas mimeografiadas y pensar en una edición con un prólogo aclaratorio. Aunque no es ese el programa vigente, sería de gran ayuda este material para nuestros profesores de literatura.

En esos encuentros insistía en que las clases de literatura son una tarea conjunta, y no una actitud impersonal.

En el programa de Literatura Hispanoamericana que impartió al cuarto año de la escuela de Letras en el curso 1967-68, expresaba al definir los objetivos del programa:

Nos proponemos en este curso estudiar —aunque sea someramente— en unión de los alumnos...

Son frecuentes en sus temas encontrar expresiones tales como: “Fijémonos... oigamos hablar a...”

Recomendaba:

Ningún texto debe ser analizado o comentado sin que previamente los alumnos lo conozcan y a este propósito las lecturas extensas se indicarán con suficiente anticipación.

Sugiere (ordena) a los profesores cómo enfocar los temas y dar las clases. Con su manopla de seda, expresaba: “Sería conveniente”, (...) “Será de interés para los alumnos saber...”.

En todo momento puede apreciarse en ella un énfasis especial en habituar al alumno a desarrollar sus capacidades intelectuales.

En la segunda sesión del seminario para profesores de institutos preuniversitarios ofrecido a finales de 1961, comenzó su exposición afirmando:

Decíamos en nuestra primera sesión que el profesor debe procurar por todos los medios que el alumno piense por sí mismo.

Una y otra vez insistía en que es indispensable el contacto directo con la obra, porque “en el terreno del arte nada puede sustituir a la experiencia personal”. Y continuaba:

La contemplación del cuadro o de la estatua, la audición de la obra musical, la lectura del poema o de la novela, constituyen experiencias internas que nadie puede recibir de segunda mano. En vano se me describirá de palabras un cuadro de Goya, una novela de Dostoyevski. Tal descripción no podrá darme otra cosa de valor que el deseo de conocer la obra, es decir, de llegar a contemplarla, a [SE INTERRUMPE LA CITA EN LA PUBLICACIÓN]

Aunque no era severa al calificar, sus cuestionarios de exámenes hacían palidecer a más de un alumno. Leamos el cuestionario de generalidades que presentó a su grupo el tres de octubre de 1967, y en el que *generosamente*, les decía que desarrollaran solamente dos de los siguientes temas:

1) ¿En qué forma cree usted que se refleja en el *Quijote* la realidad social de su época y qué actitud tiene Cervantes frente a ella?

2) El concepto del pícaro como personaje novelesco: de *Lazarillo de Tormes* a *Buscón*.

3) La primera y la segunda parte del *Quijote*: evolución de la novela en espíritu y técnica.

En sus clases, defendía el concepto de la unidad cultural de América, y expresaba que debía insistirse en buscar la raíz común y no acentuar las diferencias que existan.

En sus programas de Literatura Hispanoamericana destacaba la importancia que tiene el estudio de la literatura precolombina. Durante muchas décadas desde la fundación de la bicentennial casa de estudios, había existido un denso silencio con respecto a esta etapa. Camila se apresuró a mostrarla y a subrayar sus valores. Cuando leía sus clases con su voz de impecable timbre, se apreciaba que se relacionaba con los clásicos con el deleite de quien se encuentra con un viejo amigo. Su talento innato no quedó en promesas. Unió a las dotes que le proporcionó la naturaleza un continuo trabajar y superarse.

Sabía unir la constancia, la sencillez de asceta; la agudeza mental, con un profunda, dulce y fina ironía; un penetrante sentido del humor, de flor sin espinas y cristal sin aristas.

Su pensamiento seguía una fuerte lógica interna y poseía una coherencia total. Su intención era exponer, para que los demás se informaran, razonaran y se formaran en sus propias opiniones, y animarlos con el fin de que se acercaran cada vez más al mundo.

No encontramos de modo explícito, casi nunca; ninguna moraleja en sus palabras, pero es evidente que sus propósitos quedaban muy claros y el oyente se sentía impulsado a hacer lo que ella planteaba.

Era en la manera de enfocar los temas —o de omitirlos— que presentaba su mensaje. En ese sentido, como en tantos otros, era una verdadera animadora, una promotora

cultural. El aprender no era para ella una función individual. Tenía necesidad de volcar en los demás lo que sabía.

Al preguntársele en una entrevista publicada en *Vida Universitaria* de diciembre de 1969 si se sentía crítica, respondió:

No me gusta publicar porque me considero profesora, no escritora.

A fuerza de tanto desplazarse una y otra vez por el mundo, su biblioteca no era voluminosa. Lo que más espacio ocupaba en el apartamento eran las tarjetas de diversos tamaños y las libretas que utilizaba para sus clases.

Allí, en archivos metálicos, aparadores, cajas, en cualquier sitio, pero siempre ordenadas, se encontraban las miles de clases impartidas en varias y fructíferas décadas de ininterrumpida labor docente.

En la Escuela de Letras nunca improvisó una clase. Invariablemente la llevaba escrita. Gracias a eso, se han conservado docenas de sus lecciones magistrales impartidas en Cuba.

En toscas libretas de ásperas cubiertas, están analizados los más diversos temas: Dante, Shakespeare, Horacio Quiroga, Baldomero Lillo, Juan Rulfo. En alguna se recoge un balance crítico de las obras publicadas hasta ese momento por la Casa de las Américas. En otra, las notas de clases que tomara como alumna de marxismo o crítica literaria.

Luchaba tenazmente contra la rutina. El trabajo de investigación que reclama su enorme fichero personal, dirá la última palabra acerca de su batalla contra el estancamiento mental.

Entendía el magisterio como comunicación y entrega. Disfrutaba enormemente la clase. En ese momento se fundían en ella la actriz, la intérprete, la persona que necesita dar a conocer un mensaje. Casi podría pensarse en un moderno juglar que viajó incesantemente de plaza en plaza, para nutrirse de ideas y comunicarlas a los demás.

Para Camila, lo que no se transmitía llegaba a carecer de importancia. Y hay que reconocer cómo sabía trazar los puntos comunes y las diferencias entre una exposición académica y una tarea de extensión cultural.

Los cambios sustanciales que estaban ocurriendo en el país eran evidentes para ella. En todo momento abogaba por ir a lo esencial, un ejemplo de lo cual está expresado en la charla sobre literatura y Revolución ofrecida en 1968, donde expuso que lo importante no era tan sólo escribir sobre la Revolución, sino desde ella, y subraya el hecho de que “Hay una nueva manera de expresarse que revela un modo de ser nuevo”.

Sus valoraciones estéticas coincidían plenamente con su actitud ante la vida. Cada palabra suya perseguía un propósito determinado. En ocasiones describía, para que el lector pudiera comprender lo que ella quería decir, pero esto jamás se nota en su prosa.

En una biografía manuscrita, al parecer redactada en 1971, concluía con el siguiente párrafo:

Como dijo Lenin: Debemos dedicarnos a toda costa, primero, a aprender, segundo a aprender y tercero, a aprender. Y después, hagamos de modo que ese aprendizaje no quede en letra muerta, sino que se convierta en parte de nuestro propio ser y en elemento plenamente integrado de nuestra vida social.

Y concluía su escrito con una afirmación que bien pudo haber sido el lema de su vida:

Y no olvidemos que tratar de enseñar es la mejor manera de aprender.

Jamás interrogaba a su interlocutor. Este podía decir, o no decir, lo que estimara conveniente, que de ella no partía la presión directa para que se ofreciera un dato; pero

lo que ocurría realmente era que las condiciones se creaban de manera tal, que en la mayoría de los casos la confesión surgía de manera que se pensaba era espontánea.

Recomendaba leer los clásicos periódicamente y, por supuesto, mantenerse siempre actualizado. Pero ese leer y releer no significaba cambiar la vivencia por la letra, sino aplicar lo aprendido a la vida. Podía concebirlo todo, menos que una persona, especialmente entre los que se preciaban de ser intelectuales, no tuvieran tiempo para la lectura. Con tono sencillo y como de costumbre, penetrante, solía decir que su hermano Pedro trabajaba para ganarse la vida y que esto no era óbice para que leyera un libro diario.

Su autoridad no le venía dada desde afuera, sino por el respeto inmediato que inspiraba y por su actitud ante la vida, no sólo ante los problemas más graves y trascendentes, sino en las múltiples situaciones del acontecer cotidiano y la manera cómo se enfrentaba a ellos.

Al realizar una observación a un programa, refutar un concepto, hacer una pregunta, señalar un error, el interlocutor crecía por dentro, y se sentía seguro de poder resolver por sí mismo el problema planteado.

Parecía tener un sentido del tiempo muy diferente a los demás. Nunca se le veía abrumada ni aturdida, por urgentes que fueran las tareas que tuviera que realizar simultáneamente. No parecía tener prisa ni estar agobiada. Impecable se mostraba siempre en el gesto, la acción y la palabra. A pesar de su porte erguido y su gesto equilibrado, la Dra. Henríquez Ureña parece haber tenido a lo largo de su vida el don de la ubicuidad. Sumamente trabajoso resulta el poder concretar su síntesis biográfica, pues a una extraordinaria movilidad se unía la excesiva modestia y su delicada, pero férrea resistencia a hablar de ella misma. Siempre anuente a ofrecer cualquier otra información que se le solicitara, esquivaba con dulzura y humor todo lo relativo a su persona.

Por otra parte, no son ni un *curriculum vitae* ni una enumeración de fechas las que pueden brindarnos la exquisita sensibilidad, la calidad humana, la trascendencia de esta mujer sencilla y extraordinaria.

Su producción está dispersa en multitud de publicaciones nacionales y extranjeras. Pudiera trasladarse a ella la frase martiana: “Antes quiero hacer yo colección de mis obras que de mis versos”. Y la tarea principal de Camila fue la decisiva influencia que ha ejercido sobre miles de alumnos y docenas de compañeros de trabajo que sucesivamente recibieron su influencia magistral durante más de cincuenta años.

Era esta la persona que recomendaba aquella tarde a los integrantes de la Escuela de Letras y Arte que se esforzaran en ser comprensibles, sin talar la altura de la apreciación estética. Muy al contrario, como maestra profesora perenne, pensaba que cada lector, estudiante, debía encararse directamente con la obra.

Como promotora, animadora cultural, divulgadora, opinaba que es necesario ir iniciando en los complejos senderos del arte a aquellos que aún no han transitado por ellos. La cuestión no consiste en empavorecer a los neófitos, sino en ir llevándolos paulatinamente por los caminos del arte y la cultura.

Su respeto por el ser humano le impedía rebajar la calidad de la enseñanza. Lo que trataba de inculcar la eterna profesora, era el método de acercamiento a aquellos que hasta entonces habían tenido una vida muy distinta de los que durante años —con más o menos provecho— habían asistido cotidianamente a un centro de estudios.

Por todos esos motivos cuando aquella tarde de marzo de 1967 Camila aconsejaba a los profesores y alumnos de la Escuela de Letras y Arte que partían hacia un trabajo social, no abogaba por el facilismo —esto hubiera sido traicionar su ancestral trayectoria docente—. Lo que pretendía era enseñar a enseñar a los que iban a salir en

aquel momento como “maestros ambulantes”, tal y como pidiera Martí en su momento histórico.

Los que entonces escucharon los consejos de Camila, tuvieron la oportunidad de recoger la experiencia de una humanista de vida ejemplar que había acumulado a lo largo de su existencia varios títulos en diversas universidades del mundo, conocido a los intelectuales más relevantes de su tiempo, impartido docencia en centros de reconocida calificación y que, por todas esas razones, advertía a los que se dirigían a las zonas más intrincadas del país, que, si los otros no los entendían, tal vez la culpa no fuera siempre de los demás.

18 de julio de 1984

BIBLIOGRAFÍA ACTIVA

Apuntes y conferencias ofrecidas a los alumnos de español del curso de formación para profesores de enseñanza secundaria básica (Mimeografiado)

Apuntes de los comentarios al proyecto de programa de literatura española. Seminario para profesores de español de los institutos preuniversitarios. Octubre-diciembre de 1961 (Folleto mimeografiado).

Apreciación literaria. (Primera parte). Curso 1964. (Folleto)

“Martí periodista”. *Boletín de Letras y Periodismo*. Año 1973.

Libretas de apuntes de clases.

Estudios y conferencias (Selección de trabajos). Editorial Letras Cubanas. La Habana, 1982.

EXPEDIENTES

— Expediente laboral de Camila Henríquez Ureña.

— Expediente en la Facultad de Letras y Arte

— Autobiografía que llenó cuando la Construcción del Partido en la Universidad de La Habana.

AUTOBIOGRAFÍAS

— *Breve información sobre mi vida profesional*. Manuscrita. Sin fecha. Escrita en un papel timbrado del Seminario del Congreso Cultural de La Habana.

BIBLIOGRAFÍA PASIVA

Aguirre, Mirta: *C. Henríquez*. (Discurso en el acto de otorgamiento de la categoría de Profesora Emérita de la U:H., el 21 de diciembre de 1970).

Benitez, José A.: Artículo sobre Camila, publicado en el periódico Granma. Septiembre de 1973.

González Manet, E.: “Todos hemos de actuar en provecho de todos”. (Entrevista). Periódico *Granma*. Abril de 1971.

Hart, Armando: *Cambiar las reglas del juego*. Editorial Letras Cubanas. Ciudad de La Habana, 1983, p. 36.

Nuiry, Nuria: Entrevista realizada con los alumnos de la Escuela de Periodismo. Revista *Vida Universitaria*.

Rodríguez, Carlos Rafael: “La Universidad en el socialismo”. En: Revista *Casa de las Américas*, No. 141, nov.-dic. de 1983, p. 28-41.

Santos Moray, Mercedes: “La huella profunda de Camila Henríquez Ureña”, *La Gaceta de Cuba*. Octubre de 1977.

Salado, Minerva; Rodríguez, Miriam. Entrevista a Camila. Revista *Vida Universitaria*. No. 217. Año 1969.

Memorias del Congreso de Educación y Cultura. La Habana, 1971.

Tomado de Revista *Universidad de La Habana*, n. 226, septiembre-diciembre de 1985.

LOS CRÍTICOS...*

Entre las obras literarias cubanas más importantes publicadas en el país entre 1959 y hoy, señalaré las diez siguientes, por su significación dentro de los respectivos géneros:

NOVELA: Alejo Carpentier: *El siglo de las luces* (1963).

ENSAYO: Juan Marinello: *Martí, escritor americano* (1962).
Alejo Carpentier: *Tientos y diferencias* (1966).
José Antonio Portuondo: *Crítica de la época* (1964).

POESÍA: Nicolás Guillén: *Tengo* (1964).
Cintio Vitier: *Testimonios* (1968).
Roberto Fernández Retamar: *Poesía reunida* (1966).
Fayad Jamís: *Cuerpos* (1967).

TEATRO: José Triana: *La noche de los asesinos* (1965).

CUENTO: Antonio Benítez: *Tute de reyes* (1967).

* «Los críticos. Camila Henríquez Ureña». En *Casa de las Américas*, La Habana, a. IX, nn. 51-52, pp. 180-181, noviembre 1968-febrero 1969.

Conversatorio con Camila. (Grabación).

Doctora Henríquez Ureña: Creo que ustedes querían saber algunos detalles biográficos relacionados con mi hermano Pedro, de modo que podemos comenzar por ahí; porque el problema es que todo comentario que se haga sobre Pedro, es tal la variedad de temas y de trabajos que abarca, que no sería posible de ningún modo reunirlos en un solo contexto. Así es que vamos a ir eligiendo, y pueden ustedes comenzar con algunas preguntas sobre su vida.

P.— ¿Están publicados los poemas de Pedro?

R.— Los recogió hace poco, muchos años después de la muerte de Pedro, Emilio Rodríguez Demorizi, historiador dominicano, en un pequeño volumen de *Poesía juvenil de Pedro Henríquez Ureña*. Pedro nunca, durante su madurez, cultivó la poesía. Pero un dato que puede ser interesante en este sentido es el que apunto nuestro hermano Max con su biografía de Pedro, *Hermano y maestro*, donde señala que:

Los primeros versos de genuino sabor modernista que ostentan la firma de un autor dominicano son un pequeño poema de Pedro que se titula «Flores de otoño», que escribió en su adolescencia, en 1901, y dice así:

*Crisantomas,
Crisantomas como el oro,
Crisantomas cual la nieve,
desplegad vuestras corolas;
las corolas como el sol del mediodía
las corolas como el mármol inmortal.
¡Qué lucientes en el rico invernadero
o tras límpidas vidrieras,*

*entre rosas como auroras,
entre lívidos claveles como sangre,
entre tímidas violetas como el mar!
¿Es que sueñan
en atávicos ensueños,
en olímpicas nostalgias,
con su país encantado,
con su patria luminosa que no han visto,
con Cipango,
con el lejano Japón?
Desterradas, sólo nacen con las nieblas,
sólo viven en otoño.
Flor de oro, flor de nieve,
ya ha pasado entre esplendores el estío,
ya es la hora,
¡desplegad vuestro botón!*

Así, pues, tiene la curiosidad ese pequeño poema de ser el primer poema modernista que lleva la firma de un dominicano. Y en aquel momento los amigos y los parientes de Pedro, todos pensaban que iba a ser poeta; fue el primer despuntar, pero eso no es raro; ustedes saben que la poesía es fruto temprano.

P.— ¿Qué le hizo dedicarse a la enseñanza?

R.— En eso hay un motivo fundamental, que es familiar, y es que todos los Henríquez se han dedicado a la enseñanza. Y a él se agrega la circunstancia de que los Ureña también. Nuestra madre fue la fundadora de la enseñanza superior de la mujer en Santo Domingo. Cuando trabajó allí en la reforma de la enseñanza el gran puertorriqueño Eugenio María de Hostos, ella fue su colaboradora, y fundaron las Escuelas Normales, que desde luego tenían que ser privadas. No había otra posibilidad en ese momento, y a mi madre le tocó la dirección de la Escuela Normal de Maestras. No se llamó así: se llamó «Instituto de Señoritas», y graduó dos generaciones de maestras, las primeras de Santo Domingo.

P.— ¿Qué recuerdos tiene usted de Salomé Ureña?

R.— Mi madre murió en el año 1897; hecho por el cual yo no la recuerdo.

P.— ¿Y Pedro?

R.— Sí, desde luego que sí, porque Pedro era muchos años mayor que yo. Era diez años mayor que yo, exactamente. De modo que él, sí, era un niño, pero mayorcito, y sí había recibido mucha influencia formativa de ella, e incluso ella le había leído mucho; cuando él todavía no leía lenguas extranjeras, ella le traducía de varias lenguas y comentaban juntos las lecturas. La casa era realmente una casa de estudio. Toda la familia se dedicó siempre a estudiar.

P.— ¿Desde cuándo se pusieron en contacto con los clásicos?

R.— Cuando él y Max eran aún bastante pequeños leían a Shakespeare, traducido. Por entonces llegó un gran actor italiano, si no muy grande como actor, sí notable por su cultura y su afán de difundir los conocimientos; ese actor se llamaba Roncoroni y representaba obras de Shakespeare y otros autores a través de toda la América Latina. Llegó a Santo Domingo y empezó a representar Shakespeare. Los muchachitos —Pedro y Max— le pidieron a su padre que los llevara a verlo; su entusiasmo fue tal, que al día siguiente se presentaron en la librería más importante de Santo Domingo a pedirle al señor Mejía —que era el dueño de la librería— que les vendiera las obras completas de Shakespeare, y a Mejía le dio aquello gran risa y les dijo:

—Ustedes no pueden entender esto.

—¡Oh, sí! —le dijo Max—. Lo entendemos y nos gusta mucho.

Mejía se rió, y no les quiso vender los libros. Pedro, que siempre fue muy tranquilo, acalló a Max y le dijo: «Mañana volveremos con papá». Y al día siguiente volvieron con nuestro padre, Francisco Henríquez y Carvajal, y Mejía tuvo que vender el libro, con gran sorpresa, a aquellos muchachitos que lo leían y les gustaba.

P.— ¿Utilizó algún seudónimo?

R.— Pedro escribió unas crónicas que firmó: P. Garduño. Y simplemente porque consideraba que era una obra de puro interés periodístico, que tal vez no se le iba a poner mucha atención, la publicó bajo ese seudónimo; no uso seudónimo por otro motivo.

P.— ¿Qué influencias cree usted que tuvo Pedro?

R.— Mi madre no escribió prosa. Lo que escribió lo hizo en verso. Es probable que en el uso de la prosa se ejerciera sobre Pedro la influencia de Federico Henríquez y Carvajal, que fue poeta, pero fue también escritor en prosa bastante prolífico. Sin embargo, su estilo no es del tipo del de Pedro. El estilo de Henríquez y Carvajal es un poco declamatorio; como de su tiempo: oratorio. (El mismo estilo de Martí era muchas veces oratorio). Esto precisamente es lo contrario del estilo de Pedro, que es un estilo sencillo, desnudo, que persigue una gran exactitud, una gran pureza.

Creo que fue en algo muy personal; a ello dedicó una gran asiduidad. Hay páginas suyas, de las primeras, como la página introductoria de *Horas de estudio*, en que se nota el cuidado en perfeccionar una forma de prosa que era nueva. Podría en ella señalarse como origen la prosa modernista, por la frase corta, el período no demasiado extenso, la ausencia de declamación, la pureza en la elección de los términos.

Hay que recordar que aquel período, de fines del siglo pasado a principios de éste, fue un período de escritores estilistas. El período en que Azorín y Unamuno y en general la Generación del 98 están precisamente haciendo labor constructiva en el estilo español. Y si alguna influencia puede señalarse en Pedro es sin duda la de la Generación del 98. Ustedes recordarán que Pedro escribió un estudio bastante extenso sobre Azorín, que creo está incluido en la *Obra crítica* publicada recientemente por el Fondo de Cultura Económica. Esa preocupación no fue sólo de él. Más tarde, cuando él fue a Mejico, se encontró con el grupo de los jóvenes mejicanos que formaron la Sociedad de Conferencias, la que después fue el Ateneo de la Juventud. Todos ellos tenían esa preocupación por el estilo, empezando por Reyes, que llegó a ser uno de los mejores estilistas de la lengua española.

P.— ¿Conocían ustedes a Máximo Gómez?

R.— Los Henríquez fueron muy amigos de Máximo Gómez. Había una vieja amistad entre las familias. Mi padre era su amigo personal. Mi tío Federico también. Cuando Gómez tuvo su última enfermedad, el primer médico que lo asistió fue mi padre, en Santiago de Cuba. De allí lo trajeron para La Habana, donde murió.

P.— ¿Usted conoció a su tío Federico Henríquez y Carvajal?

R.— Sí: vivió ciento cinco años. Fue rector de la universidad hasta los noventa y cinco. El día que cumplió cien años dictó —porque ya no escribía, por debilidad de la vista— una página en defensa de la independencia de Puerto Rico. La hizo publicar. La independencia de Puerto Rico, como la de Cuba, había sido uno de los móviles de su vida. Él fue compañero de trabajo de Hostos, como lo fue también de Martí en el poco tiempo que estuvieron juntos en Santo Domingo. Gómez estaba envuelto también en ese trabajo, desde luego, en aquel momento. Como ustedes saben, Gómez abandonó entonces Santo Domingo para venir a Cuba a combatir.

P.— ¿Organizó Pedro algún círculo en Cuba?

R.— Sí; un grupo no muy grande, pero muy asiduo. Entre ellos estaban Mariano Brull, Francisco José Castellanos, que murió en plena juventud, Chacón y Calvo, y otros menos asiduos. Pedro era muy exigente consigo mismo y con sus compañeros de estudio; había que

trabajar mucho; él les decía que nadie que no se leyera un libro diario, durante largos años, podía aspirar a llamarse un hombre culto en la materia en que quisiera especializarse. De ahí que Alfonso Reyes, por ejemplo, que siguió esa orientación sin desviarse ni un momento, llegara a acumular aquella cantidad de conocimientos que tenía. Decía Juan Ramón Jiménez que Pedro y Alfonso habían realizado una verdadera hazaña intelectual, que no se encontraba nada dentro de su materia que no hubieran leído. Era una obligación sistemática la lectura. Y estos hombres trabajaban para ganarse la vida. Mi hermano Pedro trabajó para ganarse la vida desde que entró en la casa de Silveira a los diecisiete años. Así que no fue porque no tuvieran otra cosa que hacer más que leer.

En la casa comercial de Silveira era secretario, o como se llama hoy, oficinista. Era una empresa comercial, compañía de seguros. Él y nuestro hermano Francisco entraron allí a trabajar hacia 1902. Francisco se quedó durante largo tiempo. Pedro se fue uno o dos años después para México y Max lo siguió poco después.

Por supuesto, un hombre como Chacón y Calvo, nacido para el estudio, verdadero temperamento de erudito, un poeta tan refinado como Mariano Brull, un ensayista tan sutil como Francisco José Castellanos, fueron miembros permanentes del grupo que trabajó con Pedro en La Habana, en 1914.

Recuerdo que se reunían en casa, en el Vedado. Se sabía cuándo llegaban a la casa; pero nunca se sabía cuándo terminaban: a las dos o tres de la mañana, o nunca.

P.— ¿Qué hacían en esas reuniones?

R.— Leían y discutían; porque claro es que muchas cosas las habían leído ya, pero se volvía sobre esos pasajes, se volvían a discutir y comentar.

P.— ¿Sobre cualquier tema?

R.— No; a mí me parece que no era libremente, sino que las conversaciones se agrupaban en torno a un tema, y en torno a éste ellos iban leyendo obras que se discutían, hasta agotar el tema o pasar de él a otro, ya que un tema iba sugiriendo otros.

P.— ¿Qué idiomas conocía?

R.— Sé que Pedro dominaba el inglés, el francés y el italiano con perfección suficiente, no sólo para leer y escribir sino para hablar y escribir en ellos. Algunas de sus obras, como *Las corrientes literarias* fueron escritas en inglés; algunas de las que se publicaron en revistas francesas fueron escritas en francés. Realmente dominaba esos idiomas con verdadera maestría.

P.— ¿Es cierto que Alfonso Reyes no sabía griego?

R.— Bueno, eso yo no lo entiendo; porque él tradujo, se supone que del original, la primera rapsodia de la *Ilíada*.

El grupo del Ateneo no estudiaría el griego y el latín para empezar, porque no entraban en el sistema de enseñanza de México; allí el positivismo había desterrado del bachillerato el griego y el latín. Lo mismo que en Cuba; las lenguas muertas no eran estudio predilecto de los positivistas. No sé si más tarde Alfonso llegaría, ya que su traducción de la *Ilíada* la hizo cuando era muy mayor, a leer el griego; aunque es evidente que en su juventud no lo sabía leer. Sin embargo aquellos jóvenes conocían la literatura griega al dedillo; la leyeron traducida, pero penetraron en ella; consagraron años al estudio de los griegos. Eso lo hacía un grupo bastante grande de jóvenes; los de la Sociedad de Conferencias o Ateneo de la Juventud. Pedro me contaba de cuando decidieron leer, una noche, el *Banquete* de Platón, siete de ellos; leerlo como si representaran el *Banquete*, interpretando cada uno de ellos a uno de los comensales, y luego hacer el comentario de la lectura; comenzaron en la prima noche, les amaneció y no se habían dado cuenta: el día los sorprendió.

P.— ¿Quiénes estaban esa noche?

R.— Recuerdo que estaban, además de Pedro, Alfonso Reyes, Antonio Caso, el mayor del grupo, que ya era maestro de Filosofía en ese momento. Alfonso Gravioto, Acevedo, quizás uno de los Valenzuelas y Jesús Urueta, el gran orador. Uno de los mejores oradores de la época; orador de párrafos perfectos, de elegancia incomparable y gran admirador de Grecia; vivía soñando con la Grecia antigua. Todos ellos tuvieron una etapa de «fiebre griega», y nunca perdieron luego el nexo estrecho con la cultura griega. En Alfonso Reyes se nota a través de todos sus trabajos sobre la crítica, que basa en el estudio de los griegos. Escribieron hasta tragedias helénicas. La *Ifigenia cruel* de Alfonso Reyes es muy bella; *El nacimiento de Dionisos*, de Pedro, es un ensayo de tragedia griega. Hacían esos ejercicios sobre todo para penetrarse bien de la estructura y el espíritu de las creaciones griegas.

P.— ¿Trabajó como traductor?

R.— Como traductor, Pedro tradujo, por ejemplo, *Los estudios griegos*, de Walter Pater. No tradujo del griego. Él no conocía el griego. Tradujo, sobre todo, del inglés; pero no se consagró nunca especialmente a la traducción.

P.— ¿Y Max?

R.— Max hizo traducciones de poesía moderna inglesa, y de la francesa, *Los trofeos* de Heredia, en verso.

P.— ¿Dónde estudiaron sus hermanos?

R.— Sí; mis hermanos fueron a estudiar al extranjero cuando tenían poco más de quince años. Fueron a estudiar a los Estados Unidos. Pedro y Frank, los mayores, y llegaron a conocer el inglés como su propio idioma; porque ellos eran así: se dedicaban a conocer las cosas muy profundamente. Yo recuerdo que al mayor, Francisco, la gente lo tomaba por inglés cuando hablaba ese idioma. Se asombraban de la dicción fluente y pura. Max aprendió muy bien el francés, mucho antes que el inglés, que vino a dominar más tarde.

P.— Respecto a la actividad de Pedro en el periodismo, ¿qué puede decirnos?

R.— No sé yo de ningún estudio suyo que en particular trate de esa materia. No lo conozco, digo, o no lo recuerdo. Es posible que no, que no tratara esa materia nunca especialmente. Aunque él y Max cultivaron el periodismo; fueron fundadores de periódicos y revistas desde que eran niños; sus primeras revistas las escribían a mano y las circulaban en la familia, y luego entre los amigos; tuvieron una revista que tenía un solo ejemplar, porque había que escribirla a mano. Aun así, hubo veces que tenían dos revistas, porque Max tenía una y Pedro otra, en su niñez.

P.— ¿Fundaron alguna revista?

R.— Les voy a decir los nombres de esas revistas, como los registra Max. Dice: «Pedro y yo no nos conformábamos con ser noveles hacedores de colecciones de versos». Una de las primeras actividades, fue hacer antologías, antologías dominicanas, donde incluían cuanta poesía veían que se publicaba; las ojeaban, las cortaban y las pegaban en un libro. No contentos con tomar de los periódicos, «quisimos tener periódicos propios», dice Max. «Yo lancé a la circulación en el hogar una hojita manuscrita semanal, con pésima letra y alguna que otra falta de ortografía». Le puso por nombre *La Tarde*; naturalmente, se editaba un solo ejemplar que circulaba por la casa de mano en mano. Alguien le hizo observar que el nombre elegido era más propio de un diario que saliera todas las tardes y éste era semanal; entonces cambió el título por el de *Faro Literario*. Pedro echó a la circulación otra hojita también hebdomadaria que bautizó *La Patria*, y en ella aparecieron reproducciones de obras de nuestros poetas, con comentarios suyos que

acaso fueron la primera manifestación de sus futuras dotes de crítico y ensayista. De modo que siempre fueron, espontáneamente, periodistas. Max no dejó nunca la actividad de fundar y dirigir periódicos durante su vida y Pedro escribió en periódicos siempre. Fundaron también sociedades literarias como la que llamaron *El Siglo XX*, cuando todavía no era el siglo XX.

Está muy bien resumida por Max la actividad periodística que ellos desarrollaron desde los primeros años. Ya ustedes ven que hacían estos periódicos manuscritos. Después de *La Patria* y el *Faro Literario* hubo uno que se llamó *El Siglo XX*, y como les decía yo, eso fue antes del siglo XX; es decir, que ellos tenían una edad muy tierna, porque habían nacido en los años 84 y 85, y antes del siglo XX ya habían fundado una revista con ese nombre. Después ya se reunieron con grupos de otros jóvenes que también se dedicaban a la actividad literaria, y publicaron una revista que se llamó *Nuevas Páginas*, fundada por el mayor de nosotros Frank, y otros jóvenes. Pedro y Max, además, escribían en la *Revista Literaria*, ya una revista seria, publicada por un escritor llamado Enrique Deschamps. Entonces vino el primer viaje de Pedro y Frank a los Estados Unidos, todavía jovencitos. A Max no lo mandaron, porque estaba aún demasiado joven; se quedó en Santo Domingo, y siguió publicando una revista que se llamó *El Ideal*, y Pedro, desde los Estados Unidos, colaboraba con ella y no dejaba de publicar constantemente.

Cuando Max vino para Santiago de Cuba, fundó una revista seria; él ya era un hombre, aunque todavía de menos de veinte años. La revista fue *Cuba Literaria*, que todavía se recuerda, y de la que existe una colección en la Biblioteca Nacional. *Cuba Literaria* publica los primeros trabajos de Pedro como crítico y ensayista; entre ellos su estudio sobre Rodó y su estudio sobre D'Annunzio, que después van a formar parte del libro *Ensayos críticos*.

Cuando se traslada Max a La Habana viene a colaborar en el diario *La Discusión* y la revista semanal *El Fígaro*, y Pedro se dirige a México. Allí es redactor de la revista *El Dictamen*, y luego de la revista *Crítica*, que fundó junto con Arturo de Carricarte (no sé si ustedes recuerdan a Carricarte, que fue un martiano bastante activo; en aquel momento estaba en México). La revista *Crítica* alcanzó cierta resonancia en el mundo intelectual, aunque de ella sólo se publicaron tres o cuatro números.

Esto se publica en Veracruz. Pero *El Dictamen* no fue fundado por Pedro; él era redactor solamente. *El Dictamen* era algo que ya existía. En cambio, la revista *Crítica* la fundaron él y Carricarte. Se publicaron solo tres o cuatro números porque Pedro se trasladó a la capital mexicana. Allí conoce al grupo literario de la *Revista Moderna* de México, entre otros, al poeta Jesús Valenzuela, y también entra a formar parte del cuerpo de redacción del diario *El Imparcial*, que es uno de los grandes diarios de México en aquella época; así, era ya periodista profesional. Pero todo ese movimiento periodístico se completaba con las actividades intelectuales del grupo; se reunían siempre en las que llamaban «tertulias literarias». En casa de Valenzuela se reunían muchos escritores y poetas de alta significación dentro del movimiento modernista, que se desarrollaba entonces; por allí desfilaban los grandes escritores mexicanos, Luis Urbina, Balbino Dávalos, José Juan Tablada, Jesús Urueta, Efrén Rebolledo; venía de Jalapa Salvador Díaz Mirón. Y concurrían, junto con los hijos de Valenzuela, entre los cuales Emilio solía cultivar el verso, no pocos jóvenes de la nueva generación. Esa nueva generación va a originar el grupo del Ateneo de la Juventud de México: Alfonso Gravioto, Antonio Caso, Rafael López, gran poeta; Ricardo Gómez Robelo, Abel Salazar, Eduardo Colín, Manuel de la Parra, Roberto Argüelles Bringas, Luis Castillo Ledón, Ángel Párraga, Nemesio García Naranjo, Carlos González Peña —el novelista—, Jesús Acevedo, Rubén Valenti, Genaro Fernández Maogroger, Isidro Fabela —que murió hace poco—, Jesús Villaseñor y el benjamín del grupo, Alfonso Reyes, que tanto en el verso como en la prosa hacía ya gala de las excepcionales dotes que lo han consagrado como maestro del pensamiento y artífice de la expresión. Y además de eso había pintores, había músicos. Ponce estaba entre ellos, el compositor mexicano; y más tarde vinieron a engrosar este grupo juvenil hombres venidos de estados interiores de México, entre ellos José Vasconcelos, que va a ser después el que reforme, en un momento dado, el sistema educacional de México.

Recuerda Max una protesta que hicieron con motivo de un hecho periodístico. Un escritor de segundo orden, llamado Manuel Caballero, decidió volver a publicar la revista *Azul*. Ustedes saben que la revista *Azul* fue el primer órgano del modernismo y fue fundada por Manuel

Gutiérrez Nájera, desde luego, ya muerto en ese momento de las «tertulias literarias». Ustedes recuerdan que toda la primera generación modernista, con la excepción de Darío, muere antes de 1896. Ahora este hombre quería volver a publicar la revista *Azul*. El grupo de jóvenes protestó y publicó un manifiesto, oponiéndose.

De esa protesta nació la Sociedad de Conferencias, de la que más tarde nació el Ateneo de la Juventud, fundado por Gravioto, Caso y Pedro, los que dictaron las primeras conferencias.

P.— ¿Pedro escribió para periódicos norteamericanos sobre algunas cuestiones políticas y sociales que reflejan su pensamiento político?

R.— Creo que lo más importante en cuanto a su pensamiento político y social está en sus *Ensayos en busca de nuestra expresión*, y en un pequeño discurso —no muy conocido— que tituló *América, patria de la justicia*, donde se ve muy claramente su orientación ideológica.

P.— Dice Rodríguez Feo que él escribía sobre cuestiones sociales. Él se refiere a cuando Pedro era corresponsal de *El Herald*.

R.— Sí, donde él firmaba Garduño; eso no está recogido; hay una inmensa parte de sus escritos que no se ha recogido en ninguna parte, que no podemos consultar. Se piensa que se puede recoger. La editorial Fondo de Cultura Económica llegó a publicar, como ustedes saben, un volumen de *Obra crítica* de Pedro. No continuó, porque en eso la editorial cambió de manos y ya no creo que se ocupe de dar curso a esa publicación. No sé si la nueva Editorial Siglo XXI, que Orfila creó, se propondrá hacerlo. En todo lo que se ha recogido no hay uno solo de esos artículos; de modo que no nos es posible saber hasta qué punto es como lo dice Rodríguez Feo. Rodríguez Feo dice: «Muchas veces me habló de su labor periodística, citando sus artículos sobre teatro y música, porque eso era en realidad lo que a él le interesaba; pero más tarde descubrí otro aspecto de las crónicas sobre los problemas sociales»; pero no se reproduce ni uno solo en la selección, lo que es muy extraño; sin duda no los tuvo a mano Rodríguez Feo, cuando no ha podido recoger ni uno solo de sus artículos. Max tampoco los recogió, de modo que son artículos que existirán solamente en las colecciones de los periódicos en que vieron la luz y que tendríamos que poder encontrar para determinar hasta qué punto son interesantes. Hay otro aspecto también político de su pensamiento, que está en todo lo que escribió a favor de la independencia de Santo Domingo, es decir, de la desocupación de Santo Domingo por los americanos. Él tomó parte en esta lucha tanto como Max; aunque no pudo acompañar a nuestro padre en su viaje a través de toda América presentando el caso de Santo Domingo, él escribió mucho sobre ese punto. Esto tampoco se ha recogido.

R.— Su obra está en manos de su familia directa, sus hijos y su viuda, que residen en México, de modo que es en México donde se debe acabar de hacer su publicación. Por motivo de las interrupciones que han tenido las publicaciones del Fondo de Cultura Económica, ignoro si se podrá llegar a sacar a la luz la obra completa de Pedro; porque el proyecto de imprimirla completa se paralizó en el primer tomo.¹

P.— ¿Qué opinaba Pedro de Jorge Luis Borges?

R.— Yo creo que ustedes habrán leído, en el prólogo de Rodríguez Feo, la opinión severa, aunque amistosa, de Pedro sobre Borges, reconociendo el enorme talento de Borges y su cultura refinada, pero también sus limitaciones, sobre todo de gusto. En su opinión, Borges no se ocupaba en muchos aspectos de la cultura que para Pedro eran esenciales, uno de ellos la cultura española e hispanoamericana. Recuerdo que él dice que Borges no se interesaba en lo español ni aun en lo francés; en nada latino; se interesaba solamente en las culturas germánicas: inglesa, alemana y escandinava, y así lo juzgaba sumamente limitado. También se interesaba Borges mucho en cosas de las viejas culturas asiáticas, por ejemplo, de la India, de la China, pero en nada de lo moderno. Por eso lo consideraba en ese aspecto también muy limitado. Desde luego, Borges en mucho más joven que Pedro; pero fueron buenos amigos.

P.— ¿Qué estudios realizó Pedro?

R.— ¿Quiere decir estudios académicos? Pedro era Doctor en Letras por la Universidad de Minnesota y era Doctor en Leyes por la Universidad de México.

P.— ¿Qué hechos realizaron los Henríquez Ureña en Santiago de Cuba?

R.— Max solamente; Pedro no vivió en Santiago. Ellos eran de manera que donde quiera fundaban un periódico, fundaban una sociedad, organizaban cursos, publicaban. Max fue uno de los fundadores de la Normal de Oriente. Publicó varias revistas, desde *Cuba Literaria* hasta *Archipiélago*, revista de la Institución Hispano-Cubana de Cultura, que él dirigió allá. Fundó la Academia Domingo del Monte, de estudios de Derecho, y yo no creo que hubo una sola manifestación cultural en Santiago en que él no tomara parte, porque su actividad era incesante, y desde luego tuvo mucha influencia; allí se acuerdan todavía, los que vivieron la época aquella, de la actividad que llegó a tener Santiago, ciudad que tiende a abandonarse intelectualmente; no es suficientemente activa, siempre necesita un animador, y ése fue el papel de Max. Como él era músico también, pianista más que aficionado, pues en realidad él estudio para profesional y tenía un conocimiento extenso y profundo de la música, también provocó un movimiento de vida musical en Santiago, como no lo ha habido después. Porque en cuanto desaparece el animador, Santiago tiende a abandonarse. Lo mismo, desde luego ha pasado con otros animadores que ha habido en diversos momentos; en cuanto desaparece la persona que lleva el impulso adelante, todo decae.

P.— ¿Y no había otro miembro de la familia en Santiago en aquel momento?

R.— Una Henríquez Ureña que estaba trabajando a la sombra de Max.

P.— ¿Conoció usted a Federico García Lorca en Santiago?

R.— Sí. Su poema, el son «Iré a Santiago», provocó una discusión muy grande sobre si el poeta había estado en Santiago o si no había estado; pero a mí me consta que estuvo, porque allí fue donde yo lo conocí. Y nunca lo volví a ver, de modo que no me puedo haber confundido. Cuando se suscitó esa discusión, yo le escribí una carta a Marinello explicándole que yo había conocido a Lorca en Santiago y hablándole de la conferencia que allí había dado. Un escritor oriental, que se llamaba Sario (murió poco después aquí), acabado de llegar a La Habana, escribió un sueltcito que publicó en el periódico, recordando haber abrazado a Lorca en Bayamo, cuando pasó por allí. En Santiago hay todavía algunas personas que se acuerdan de haberlo conocido. Pero era un momento tan difícil, las cosas eran tan irregulares, que esa visita no se consignó debidamente. Viene a aparecer el dato en un número de *Archipiélago* posterior a la caída de Machado, según explica el propio Marinello; se refiere esto a los números de *Archipiélago* que aparecieron después de 1936. Pero en la época en que se efectuó la visita no apareció ninguna referencia, porque se interrumpió la publicación de la revista. Precisamente yo hice un prólogo para la colección de *Archipiélago* que la Biblioteca Nacional está publicando, que abarca los años 1928 y 1929, pero como entonces se interrumpe la publicación, el dato sobre la conferencia de García Lorca no apareció hasta años después, cuando se reanudó la revista. La culpa de la confusión sobre si García Lorca estuvo o no en Santiago la tuvo el propio García Lorca. Le gustaba ser muy libre; se le escapaba a Antonio Quevedo, el musicólogo, que lo tenía aquí de huésped. Un día se le fue, pero como tenía costumbre de escaparse y desaparecer, y Quevedo no sabía dónde se metía, no se le ocurrió que se hubiera ido a Santiago. Quevedo por eso ha asegurado que Lorca no fue a Santiago, porque el viaje, cuando estuvo proyectado, se suspendió; y cuando el poeta fue no le dio la noticia a Quevedo. Marinello ha publicado las cartas que se cruzaron entre él —que estaba a cargo de la Institución Hispano-Cubana aquí en La Habana en ese momento, por enfermedad o viaje de Fernando

Ortiz— y Max, allá en Santiago, sobre el viaje de Lorca, y las variaciones y los arreglos en torno a él. Marinello dice cuándo fue al fin Lorca a Santiago.

P.— El discurso *América, patria de la justicia*, de Pedro Henríquez Ureña...

R.— A mí me parece interesante porque señala la orientación del pensamiento de Pedro respecto a la vida política y social de América.

P.— Camila, no queremos agradecerle simplemente el hecho de haber estado hoy aquí con nosotros; queremos reiterarle una vez más que consideramos un verdadero privilegio el poder contar con su compañía.

R.— Ustedes son unos amigos muy cariñosos.

¹ La pregunta —de fácil comprensión por la naturaleza de la respuesta— falta en el original. (N. del E.)

Tomado de Camila Henríquez Ureña, *Estudios y conferencias*, Letras Cubanas, La Habana, 1982. Publicado por primera vez en *Boletín* del Departamento de Lengua y Literatura Hispánicas. Escuela de Letras y Periodismo, Universidad de La Habana, número especial de 1970.

¿CAMILA MARGINAL?

UNA RELECTURA DE LOS PUNTOS DE VISTA
DE CAMILA HENRÍQUEZ UREÑA
Y EL TEMA DE LA MUJER EN LA CULTURA *

Con la entrada de los primeros años del siglo XX, la mujer latinoamericana y dentro de ella, la cubana, empezó a desempeñar un papel creciente en las luchas sociales. Ya Cuba había alcanzado su Independencia del colonialismo español, pero ahora se trasladaba la oposición a la penetración imperialista norteamericana y a los diversos embates de una economía dependiente.

Ponencia leída por Mirta Yáñez en el Coloquio Internacional de Literatura Dominicana «Camila Henríquez Ureña», celebrado en República Dominicana, en abril de 1994.

En esas primeras décadas del siglo XX, aquella imagen de la mujer como ángel inculto e inútil de la tradición patriarcal pugnaba por mantenerse incólume. El «sistema», llamando con semejante tecnicismo a todo el complejo de las relaciones sociales, aspiraba así a continuar relegando a la mujer al papel secundario de madre, esposa o hija, aunque todo ello se volvía aún más complicado, por la necesidad de incorporarla al sector productivo y, de hecho, duplicar su esclavitud. Eva no podía seguir viviendo de Adán y estaba obligada a aportar el sudor de su frente al pan precario de la familia. Junto a esto, los debates por los derechos de la mujer no estuvieron separados, ni conceptualmente, ni de manera práctica, de las pugnas por el progreso social. En el caso de las mujeres intelectuales de la época defendieron las ideas del feminismo, sin enajenarlos de la aspiración mayor hacia un mundo sin opresores ni oprimidos. Esta proyección abonó la reflexión y la conducta de la mujer cubana que, a diferencia de otros países, tenía una actitud más combativa y menos sumisa, a pesar de los obstáculos que le imponían los prejuicios. De ello lo prueba, por ejemplo, su persistencia en ocupar cátedras dentro de las universidades e incluso de estudiar carreras

vedadas para las mujeres, cuando el alto centro docente todavía pretendía mantenerse como coto exclusivo de varones y en la creación de espacios de participación como la fundación en La Habana del «Lyceum», destacado centro de cultura, estudio, comunicación y colaboración social que reunió a un grupo numeroso de mujeres, entre ellas, a Camila Henríquez Ureña. Si en otras épocas y lugares, las reivindicaciones femeninas exigidas por grupos fuertemente marginados habían sido acompañadas por una enajenación del análisis y crítica de la discriminación como conjunto resultante de una opresión social más general, ello no sucedió en el proceso de luchas de las mujeres cubanas de la etapa republicana, lo cual se hizo extensivo al programa propuesto por las principales ideólogas de esta época en América Latina.

Las intelectuales cubanas de la primera mitad del siglo XX no estuvieron, pues, ni mucho menos al margen de la problemática de su tiempo, y sus demandas —tanto en el orden público, como en el orden del individuo— provenían de una reflexión penetrante ante su situación en la sociedad y de esta como conjunto. Según el grado de conciencia, de su concreta ubicación dentro de la estructura económica, de su psicología, de su clarividencia, así resultarían los diversos grados de proyección de las ideas y de la intencionalidad de la obra creadora.

Más de medio siglo atrás, Camila Henríquez Ureña dictaba dos conferencias sobre la mujer en la cultura, cuyas ideas mantienen una vigencia y frescura que sobresaltan por su lucidez y fina percepción:

Si estamos de acuerdo en que *cultura* es el esfuerzo consciente mediante el cual la naturaleza moral o intelectual del ser humano se refina e ilustra con un propósito de mejoramiento colectivo, no es posible decir que existiera antes del siglo XIX una *cultura femenina*. [...] La llegada de la mujer, de la mitad de la humanidad, a la libertad y a la cultura es una de las mayores revoluciones de nuestra época de revoluciones. Y es un hecho indiscutible e indestructible.

Y más adelante añade:

La inferioridad mental de la mujer ha sido principalmente falta de libertad. Y la libertad no se conquista de pronto: es obra prolongada, conquista cotidiana.¹

Como es sabido, desde muy joven, Camila Henríquez Ureña estuvo estrechamente vinculada a las luchas de emancipación femeninas, a las que prestó su voz y su talento. Fue fundadora del Lyceum y dentro del Lyceum intervino en muchas actividades difundiendo esas ideas que estuvieron tempranamente señaladas por una proyección social capaz de distinguir con claridad que las mujeres eran un sector explotado, pero dentro de un gran contexto de opresión que necesitaría de un giro revolucionario para su solución. Y esta afirmación -ahora tan repetida- fue dicha por Camila a finales de la década del treinta.

En su tierra natal de Santo Domingo, la misma de la trágica reina Anacaona, la relación de la lucha feminista con un contexto mayor también fue tempranamente reconocida entre las mujeres intelectuales, como es el caso de la narradora y poetisa Delia Weber (1900-1982), parte de la directiva de Acción Feminista Dominicana que afirmaba su modelo sobre los derechos de la mujer en el énfasis de esta como pilar de la familia, en su vinculación con un proyecto más amplio que abarcaba toda la sociedad, en el que, según Daysi Cocco de Filippis, «las mujeres de la Acción Feminista toman el paralelismo tradicional casa/patria y presentan la labor feminista como una acción favorecedora a todos los miembros de la familia. [...] Ser feminista es ser patriota».²

Chiqui Vicioso, escritora dominicana también, cataloga a Camila Henríquez Ureña como «pionera», al indicar algunos aspectos claves de la teoría de Camila acerca de los fundamentos de la creación femenina, tales como la necesidad de tener un progreso de conjunto, y la utilidad de la propagación de esa cultura femenina para seguir

progresando.³ En efecto, la visión de la lucha de la mujer como «colectiva» y parte de una lucha mayor, junto a la difusión de su labor creadora, constituyen dos reflexiones capitales de Camila Henríquez Ureña, quien en fechas tan tempranas se atrevía a denunciar que los problemas de la mujer no son sólo como sexo, sino «como clase social».⁴

Y así, Camila es también una adelantada en la defensa de los derechos de la mujer a su propio espacio, en la caracterización de una identidad y en la definición, sin rabias, de la tipicidad de un discurso. Muchos de los puntos analizados en las actuales corrientes afirmadoras del género y del lenguaje femenino, tienen un eminente antecedente en los distintos textos de Camila. Mas, a mi modo de ver, el aporte fundamental de Camila consiste en su enfoque eminentemente ético, que cubre y penetra todos sus estudios, tratan del asunto que tratan. En específico, sobre el problema de la mujer, esta perspectiva que suma lo didáctico a lo ético le permite afirmar:

Las funciones de la nueva vida a que nos asomamos nos exigen cualidades positivas: independencia de criterio, firmeza, serenidad, espíritu de cooperación, sentimiento de la comunidad humana. Esto es muy difícil. Era más sencillo permanecer entre limitaciones y prestar obediencia, aunque en ello se ignorara la dignidad. Pero esa etapa terminó, y aunque lo lamenten los que lo temen, hemos de seguir adelante. ⁵⁾

Junto a ello, para mí, la otra contribución valiosa de Camila Henríquez Ureña es la denuncia serena de la persistencia de la marginalidad de la mujer en la cultura, incluso en sus formas más sutiles. Sobre esto dice Camila: «el verdadero movimiento cultural femenino empieza cuando las excepciones dejan de parecerlo».⁶

Una de las condenas actuales a las reivindicaciones de la mujer carga la mano sobre la probable *automarginación*, pero, como ya es aceptado en otros temas, para que exista una actitud de «automarginación», como de «autocensura», ¿no es lógico que se produjese primero una *marginación*? Las escritoras no pidieron andar en capítulo aparte, aunque así se les encuentra en muchos textos y antologías en minúsculos capitulillos de consuelo y como fuera de la corriente del tiempo y de la estética.

Por otra parte, la marginalidad no es sólo un riesgo de la mujer, como bien indica la también dominicana Angela Hernández en un estudio sobre la crítica y las creadoras cuando habla de:

la creación de mujeres y hombres en tanto ciudadanos de un país donde por sí la literatura es marginal. Actividad marginal por las estrecheces económicas que acompañan regularmente su ejercicio. Marginal por el analfabetismo. Marginal por el empeño sobrevivencial de la mayoría de la población. Marginal también, preciso es decirlo, porque en los modelos políticos alternativos es común que la creación y la literatura sean instancias ignoradas, subordinadas o encajonadas en imprecisos y helados esquemas.⁷

Participar en la elaboración de la historia es también intervenir en la *elaboración de la cultura*. La lucha por la asimilación de estas ideas, por la repercusión en la práctica, y por la eliminación completa de prejuicios, son el meollo de la relación entre la verdadera posición que ocupa la mujer en una sociedad específica y la obra literaria que surge dentro de estos contextos.

Para la creación literaria no basta con la condena repetida a la mentalidad del pasado. Mientras existen, vivitas y coleando las reglas patriarcales acerca de la imagen de la mujer, tanto como objeto de la literatura como sujeto de ella, para el acto de crear no serán suficientes ni la independencia económica, ni tan siquiera la privacidad de la habitación personal tan reclamada en su época por Virginia Woolf. Costará todavía no poco esfuerzo eliminar los viejos criterios de discriminación y su escamoteo bajo apariencias inocentes, si no se logra también la erradicación de una latente subestimación, inconfesada y en muchos casos inconciente; y a la par, la aceptación de

una colaboración pareja, espontánea, de la mujer en los distintos niveles de la actividad literaria. Si dentro del campo cultural no se termina para siempre con los prejuicios y el supuesto de lo femenino como una determinación de inferioridad o limitante; si no se erradica la autocensura —alimentada durante demasiado tiempo como para que desaparezca de un plumazo—, que inhibe al ejercicio literario de ciertos temas o enfoques hasta ahora tácitamente proscritos por una moral apócrifa; si no se alcanza el respeto por una peculiar interpretación de la realidad desde el particular punto de vista de la mujer y se replantean los códigos de análisis heredados de la cultura de la marginación; si no se presta una atención sistemática hacia su presencia en listados e jurados, antologías, eventos, y otros acontecimientos; si no se toma en cuenta todo lo anterior no bastará el salario seguro, ni el cuarto propio, ni todas las leyes a su favor, y se avanzará, pero mucho más lentamente. Ya están pasando para siempre los tiempos en que a la mujer que aspiraba a «literata» se le perdonaba cualquier cosa, excepto el talento.⁸

Camila Henríquez Ureña fue muy clara sobre estos problemas, y no sólo fue explícita en sus textos teóricos, sino evidenció su punto de vista feminista incluso en otro tipo de aproximación literaria, como es el caso de la intensa narración que hizo sobre la tragedia de la poetisa Delmira Agustini. En ese sentido, cabría hacer énfasis en un aspecto que, a mi modo de ver, es reflejo de la personalidad y la actitud de Camila ante la creación: si revisamos algunos conceptos interesantes acerca del discurso femenino, como el expuesto por Daisy Cocco de Filippis⁹ donde define tres etapas de las creadoras latinoamericanas en que estas pasan de «combatidas» (autocensura) a «combativas» (rabia) a «combatientes» (seguridad del propio ser que permite el abordaje de la realidad con humor, ironía y accesibilidad al diálogo), puede verse que desde aquellos textos hay en Camila una iniciática postura contemporánea de claro sentido de la identidad, sin cólera y con aceptación de la necesidad de un sereno intercambio. Ya desde la década del treinta, Camila Henríquez Ureña había dejado atrás la autocensura y la rabia, para enfocar el problema de la mujer con naturalidad y sin resentimientos.

Pero no se llamó a engaño. No fue simple premonición, ni pesimismo ligero lo que llevó a Camila a una dura conclusión:

Quando la mujer haya logrado su emancipación económica verdadera; cuando haya desaparecido por completo la situación que la obliga a prostituirse en el matrimonio de interés o en la venta pública de sus favores; cuando los prejuicios que pesan sobre su conducta sexual hayan sido destruidos por la decisión de cada mujer de manejar su vida; cuando las mujeres se hayan acostumbrado al ejercicio de la libertad y los varones hayan mejorado su detestable educación sexual; cuando se viva días de nueva libertad y de paz, y al través de muchos tanteos se halle manera de fijar las nuevas bases de unión entre el hombre y la mujer, entonces se dirán palabras decisivas sobre esta compleja cuestión. Pero nosotros no oiremos esas palabras. La época que nos toca vivir es la de derribar barreras, de franquear obstáculos, de demoler para que se construya luego, en todos los aspectos, la vida de relación entre los seres humanos.¹⁰

Quando Camila Henríquez Ureña nacía, estaba terminando el siglo de ese inefable romanticismo, aparentemente tan «femenino» y en esencia tan marginador de la mujer. Ahora estamos en otro fin de siglo que tiene demasiados nombres y atributos que el tiempo irá afinando, pero pase lo que pase, este siglo que termina tendrá un sello irreversible, es el siglo de la lucha por la liberación de la mujer.

Se ha convertido casi es un lugar común indicar lo adelantado del pensamiento de Camila Henríquez Ureña, pero yo quisiera insistir en algo más importante y doloroso, aunque resulte paradójico, y que es *su vigencia*, porque de alguna manera tiene que resultar dramático que algunas ideas sobre la difícil situación de la mujer, y de la mujer

en la cultura, mantengan su vigencia casi sesenta años después de haber sido dichas. Y en ese sentido de vigencia de la denuncia, es Camila una marginal, como es marginal la mexicana Sor Juana Inés de la Cruz atrapada por las «trampas de la fe», marginal la insigne cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda rechazada en la Academia Española de la Lengua, marginal la uruguaya Delmira Agustini en su violenta muerte, marginal la ensayista cubana Mirta Aguirre por su enfoque de la sexualidad, y como seguimos siendo, de una u otra manera, marginales todas, y a mucha honra.

Notas:

- 1) Camila Henríquez Ureña, «La mujer y la cultura» (conferencia leída en la Sociedad Lyceum en el acto de propaganda por el Congreso Nacional Femenino el 9 de marzo de 1939), en *Estudios y conferencias*, Ciudad de la Habana, Ed. Letras Cubanas, 1982, pp. 449,451-2 y 455.
- 2) Daisy Cocco de Filippis, «Prólogo» a *Antología de cuentos escritos por mujeres dominicanas*, Editora Taller, Santo Domingo, 1992, p. 19.
- 3) Chiqui Vicioso, «Los caminos de la solidaridad entre mujeres escritoras», en *Antología...*, ob cit.
- 4) Camila Henríquez Ureña, «La mujer...», ob. cit., p. 455.
- 5) Camila Henríquez Ureña, «Feminismo», en *Estudios...*, ob cit, pp. 570-1.
- 6) Camila Henríquez Ureña, «La mujer...», ob. cit., p. 451.
- 7) Ángela Hernández, «De críticos y creadoras», en *Antología...*, ob. cit., p. 427.
- 8) De estos traspiés del pensamiento no se libran ni eminencias como el propio Pedro Henríquez Ureña, cuando llego a escribir: «Y tampoco las mujeres vivían todas en ociosidad mental», este es, nada menos, su comentario al hablar de las primeras poetisas de América (nacidas por cierto en Santo Domingo, de hecho el país americano donde se inicia la literatura femenina del Nuevo Mundo), Doña Elvira de Mendoza y Doña Leonor de Ovando. Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, Instituto Cubano del Libro, 1971, p. 56.
- 9) Daisy Cocco de Filippis, ob. cit.
- 10) Camila Henríquez Ureña, «Feminismo», ob. cit., p. 570.

Tomado de Revista Unión, a. VII, n. 20, julio-septiembre de 1995.

VICENTINA ANTUÑA

Camila Henríquez Ureña

*In memoriam**

Hace justamente tres años que nos congregamos en esta Aula Magna en torno a Camila Henríquez Ureña, para el acto solemne de su investidura como *profesor emeritus* de la Universidad de La Habana. Fue el 21 de diciembre de 1970 y nuestra casa de estudios

celebraba la Jornada del Maestro otorgando la más elevada jerarquía académica a quien tan meritoriamente se había hecho acreedora a ella.

* Trabajo leído en el Aula Magna de la Universidad de La Habana el 28 de diciembre de 1973, con motivo del homenaje póstumo rendido a la profesora emérita Camila Henríquez Ureña

Hoy, en medio de la desolación que sentimos no solo por el hecho natural de la muerte de Camila a edad bastante avanzada, sino por el irreparable vacío que deja su desaparición en la cultura cubana y, en lo personal, en nuestro entrañable afecto, nos reunimos de nuevo para tributarle público homenaje de recordación.

Hace tres años, en aquella fiesta del espíritu, la compañera Mirta Aguirre¹ y el entonces rector de la Universidad, compañero Miyar, tuvieron a su cargo exaltar las excepcionales calidades que tan singular hacen el magisterio de Camila Henríquez Ureña. En esta ocasión, ¿qué puedo hacer yo que no sea repetir lo que, interpretando cabalmente el sentir colectivo, expusieron ellos en forma inigualable? Por otra parte, después de la síntesis biográfica que acabamos de escucharle a Nuria Nuiry, quizás solo me resta extraer de los largos años en que gocé del privilegio de la amistad de Camila, recuerdos y anécdotas que muestran rasgos de su carácter y aspectos menos conocidos de su quehacer público, que completan la imagen que atesoramos de esta mujer extraordinaria. Y puesto que se trata de evocarla lo más fielmente posible, citaré su propio testimonio siempre que me sea posible, pues, aunque era muy poco dada a hablar de sí misma, tenemos a nuestro alcance algunas entrevistas que, en los últimos años, le hicieron alumnos devotos interesados en conocer detalles de su fructífera vida y la trayectoria de su impar magisterio.

En una de esas entrevistas, refiriéndose a su niñez y a sus años juveniles, Camila dice sencillamente:

En 1904 llegué a Cuba siendo niña y cursé la enseñanza primaria en la Escuela Modelo de Santiago. En ese período también recibí clases de una profesora francesa y perfeccioné la gramática del francés que había aprendido con mi padre.

En 1911 marché a la capital para hacer el bachillerato en el Instituto de La Habana. Lo terminé en dos años con muy poca asistencia a clases. Después matriculé en la Universidad. Esto coincidió con una estancia de mi hermano Pedro aquí y él me preparó en los estudios literarios. En 1917, en febrero, obtuve el doctorado en Filosofía y Letras. Más tarde obtuve el doctorado en Pedagogía. Fui a los Estados Unidos. Allí tuve oportunidad de tomar cursos de literatura comparada de lenguas romances en la Universidad de Minnesota. Estudié durante tres años *La divina comedia*. Obtuve allí un nuevo título universitario.²

¹ Mirta Aguirre: "Para Camila Henríquez Ureña". *Casa de las Américas*, n. 65-66 [marzo-junio], 1971.

² M. Salado y M. Rodríguez, "Camila Maestra". *Vida Universitaria*, n. 216-217, 1969.

Así, de esta manera parca, escueta, resume los primeros treinta años de su vida, como para corroborar lo que poco antes ha afirmado a los entrevistadores: "No sé por qué van a hacer un trabajo sobre mi vida. No tiene nada importante". En esta afirmación y en el párrafo que he copiado resalta su excesiva modestia; pero también el recato de una personalidad como la suya, profunda y reservada, no hecha a desnudar su intimidad y a comunicar vivencias que piensa no deben rebasar el límite de lo individual.

Sabemos que en esos años en que se forjaba la austera estructura intelectual y moral de Camila, reconocía ella la enorme influencia que ejercieron su hogar —“la casa”, dice ella en una oportunidad, “era realmente una casa de estudio; toda la familia se dedicó siempre a estudiar”— su padre y sus hermanos mayores, especialmente Pedro, su maestro no solo en los estudios literarios, sino también su guía en la vocación por el magisterio y en la formación de una actitud ética y humanista en el mundo de la cultura. Conocemos asimismo que fue su colaboradora en la Universidad de Minnesota, donde Pedro Henríquez Ureña creó el Departamento Hispánico y donde dejó una estela imperecedera, como me fue dable comprobar veinticinco años más tarde, cuando estuve en ese Departamento como profesor visitante.

En 1924 Camila regresa a Santiago de Cuba y comienza a trabajar en la Academia Herbart, María Luisa Rodríguez Columbié rememora aquella etapa: “Hace cuarenta años fui su alumna en el bachillerado en la Academia Herbart, de Santiago de Cuba. La recuerdo, caminando por aquellos pasillos: joven, alta, muy clásica en el vestir. Era nuestro modelo. Segura en las explicaciones, delicada en sus orientaciones, con una forma especial para corregir los errores que jamás hirió a nadie”.³ Tres años después se hace cargo de la cátedra de Lengua y Literaturas Hispánicas de la Escuela Normal de Oriente, en la cual también son profesores su padre, Francisco Henríquez Carvajal, y su hermano Max Henríquez Ureña, que fue uno de sus fundadores. Podemos, pues, recordar aquí lo expuesto por Camila en relación con la dedicación de su hermano Pedro a la enseñanza:

Hay un motivo fundamental, que es familiar, y es que todos los Henríquez se han dedicado a la enseñanza. Y en él se agrega la circunstancia de que los Ureña también. Nuestra madre fue la fundadora de la enseñanza superior de la mujer en Santo Domingo. Cuando trabajó allí en la reforma de la enseñanza el gran puertorriqueño Eugenio María de Hostos, ella fue su colaboradora y fundaron las escuelas normales, que, desde luego, tenían que ser privadas, no había otra posibilidad en ese momento, y a mi madre le tocó la dirección de la escuela normal de maestras que se llamó Instituto de Señoritas, y graduó dos generaciones de maestras, las primeras de Santo Domingo.⁴

³ *Idem.*

⁴ “Conversatorio con Camila”, *Boletín de Lengua y Literaturas Hispánicas*. Escuela de Letras, Universidad de La Habana, número especial, 1970.

La labor de los Henríquez Ureña, empero, no se circunscribe a las aulas, sino que la extienden a la colectividad, como propagadores de cultura. En esa época era Max en Santiago el máximo animador de actividades literarias y artísticas, y como tal, expone Camila, que colaboraba en sus empeños,

Publicó varias revistas, desde *Cuba Literaria* hasta *Archipiélago*, revista de la Institución Hispano-Cubana de Cultura, que él dirigió allá. Fundó la Academia Domingo del Monte, de estudios de Derecho, y no creo que hubo una sola manifestación cultural en Santiago en que él no tomara parte, porque su actividad era incesante, y, desde luego, tuvo mucha influencia. Allí se acuerdan todavía, los que vivieron en la época aquella, de la actividad que llegó a tener Santiago, ciudad que tiende a abandonarse intelectualmente; no es suficientemente activa: siempre necesita un animador y ese fue el papel de Max. Como él era músico también, pianista más que aficionado, pues en realidad estudió para profesional y tenía un conocimiento

extenso y profundo de la música, también provocó un movimiento de vida musical en Santiago, como no lo ha habido después.⁵

⁵ *Idem.*

En los primeros años de la década del treinta, las graves perturbaciones políticas de la lucha antimachadista provocan la clausura temporal de la Escuela Normal de Oriente, como de los restantes centros secundarios de la República, y de la Universidad; muere por esos años el padre de Camila y su hermano Max deja Santiago. Es entonces cuando Camila vuelve a La Habana, no todavía permanentemente, pero sí por largos períodos que le permiten desarrollar cursos, ofrecer conferencias y colaborar activamente en el Lyceum y con la Institución Hispano-Cubana de Cultura. Recuerdo que su primera conferencia en el Lyceum fue en 1934, sobre la poetisa uruguaya Delmira Agustini; esa conferencia fue publicada dos años después en la recién fundada revista de la asociación,⁶ de la que fue Camila una de las primeras directoras.

.Muy importante fue por entonces la larga estancia en Cuba del gran poeta español Juan Ramón Jiménez, que se interesó vivamente por conocer la producción de los poetas jóvenes cubanos, a quienes invitó a través de la Institución Hispano-Cubana de Cultura, a enviarle sus creaciones. Su entusiasmo le hizo llamar a colaborar con él a Camila Henríquez Ureña y a José María Chacón y Calvo, para entre los tres seleccionar lo mejor de los poemas recibidos. La selección constituyó la antología *La poesía cubana en 1936*, publicada bajo los auspicios de la Institución Hispano-Cubana de Cultura.

⁶ Camila Henríquez Ureña: "Delmira Agustini". *Lyceum*, vol. I, n. 4, 1936.

Por esa misma época, ocurrió un incidente en la vida de Camila que no quiero pasar por alto, porque se enlaza con uno de los aspectos menos divulgados de su actuación pública. Con motivo de la visita a Cuba del conocido dramaturgo, entonces comunista, Clifford Odets, una comisión de artistas y de hombres y mujeres de izquierda acudió al muelle a darle la bienvenida. Entre las lyceístas que formaban parte de la comisión, estaba Camila. La persecución ideológica desenfundada por aquellas fechas, hizo que se detuviera, con amplio despliegue de fuerzas policíacas, a los integrantes de la comisión. Camila y sus compañeras de aventura fueron enviadas a la Cárcel de Mujeres de Guanabacoa, donde existía ya un numeroso contingente de presas políticas. Ella, por supuesto, no perdió en ningún momento la serenidad y el buen humor y, por compañeras que compartieron con ella los diez o quince días que duró su encierro, conocemos lo que significó para todas su digno porte, su disciplina moral y su adaptabilidad a las penosas condiciones de la prisión. *Charo* Guillaume me ha contado cómo, al llegar aquel nuevo grupo de mujeres hubo necesidad de improvisar incómodos catres para ellas, pues todas las camas disponibles estaban ya ocupadas por reclusas, y cómo Camila que, por su elevada estatura, apenas cabía en el catre que se le asignó se negó de plano a aceptar el ofrecimiento de *Charo* y de otras compañeras de cederle su cama. Maestra fue allí también y no solo por el ejemplo de su conducta personal, sino por su preocupación por elevar el nivel de convivencia de aquel disímil grupo de mujeres entre las que había obreras, estudiantes, profesionales y políticas de muy variadas culturas e ideologías. Cada noche se reunían a su alrededor para disfrutar de sus amenas pláticas, pues era una conversadora insuperable, y para oírle leer y comentar, con arte exquisito que solo en ella hemos conocido, alguna obra de contenido

literario o político social, porque “diariamente”, les decía, “hay que leer un libro”. Y fue así tan eficaz su prédica y su ejemplo, que, liberada ella, continuaron esta práctica las reclusas; “seguimos yendo después a la escuela”, me decía una, con mucha gracia.

No fue poco también lo que debió a su influjo personal la Unión Nacional de Mujeres, una de las organizaciones unitarias de mayor importancia en la historia del movimiento femenino en Cuba, que se fundó poco después de ser liberadas las presas políticas y que Camila presidió algún tiempo. Fue esta Asociación la que, en 1938, tuvo la iniciativa de convocar el III Congreso Nacional de Mujeres, cuya organización puso en manos de un Comité Gestor, integrado por representantes de todos los sectores de la población. Después de un año de trabajo preparatorio se celebró este masivo Congreso en el mes de abril de 1939, con la asistencia de unas dos mil trescientas delegadas de todo el país. Camila tuvo a su cargo el discurso inaugural, y presidió después la Comisión “La mujer y la cultura”. En días de exacerbadas pasiones políticas, en vísperas de la Asamblea Constituyente y de las elecciones generales, que la fuerte oposición interna y la situación internacional habían obligado a Batista a convocar, es fácil comprender el cuidado y el tacto que fueron necesarios para evitar escisiones en el seno de aquel Congreso. Apenas realizada la primera sesión plenaria, en la que se eligieron la mesa del Congreso y las de las distintas comisiones, se produjo un conato de división por un exiguo grupo de mujeres de derecha, inconformes con la tónica izquierdista que, necesariamente, tomaba la asamblea. Aquellas mujeres entre las cuales figuraba una fundadora del Lyceum, trataron de lograr que esta asociación, la de mayor prestigio entre las adheridas al Congreso, hiciera públicas declaraciones en las que denunciaban la parcialidad de este, y separándose de él. Esto, por supuesto, no se hizo; pero lo que ignoran muchos es que fue la limpia actitud de Camila Henríquez Ureña, su vigorosa personalidad, su respeto a los principios y sus profundas convicciones, los que salvaron la unidad del Congreso. Nunca olvidaremos cómo en la urgente reunión de las que figurábamos como delegadas del Lyceum, convocada para aquella misma noche, por la presidenta de la asociación para discutir la solicitud que se le había hecho por las mencionadas mujeres, Camila, una vez informada, puso punto final al asunto con estas palabras: “De ninguna manera estoy dispuesta a abandonar un Congreso que acaba de iniciarse, pronosticando, sin base objetiva alguna, lo que va a ocurrir en él. Esto sería traicionar los intereses de nuestra causa. Lo correcto es mantenernos dentro del Congreso y adoptar una línea de conducta vigilante, para coadyuvar al logro de sus fines”. Les confieso que para mí, que me iniciaba por entonces en estas lides, fue una de las más elevadas lecciones, de las muchas que debo a Camila.

Unos meses después, en julio de 1939, pronunció en la Institución Hispano-Cubana de Cultura, de la que fue vicepresidenta, una conferencia, “El feminismo”,⁷ resultado de un profundo estudio, como todos los suyos, sobre la situación de la mujer desde las sociedades primitivas hasta nuestros días. En esa conferencia, cita obligada para todos los que con posterioridad nos hemos ocupado del tema, expuso sus criterios sobre el *status* social de la mujer que, sin duda, debieron parecer audaces, cuando no censurables, al ambiente pacato e hipócrita de la burguesía contemporánea.

⁷ C.H.U.: “El feminismo”. *Ultra*, n. 39, septiembre de 1939.

Muchas mujeres [dice en los párrafos finales] de los tipos considerados por el hombre como *virtuosos* se han educado en la creencia de que las mujeres de otros tipos no merecen ni protección ni miramientos. Cualquier ley o costumbre que

podría favorecer a las otras la interpretan como una medida en contra de los derechos adquiridos por ellas al precio de mantener la virtud. Leyes que puedan hacer menos rígido el matrimonio, que protejan al hijo ilegítimo, que den a las mujeres sin virtud el derecho a vivir, les parecen un atentado contra su seguridad. Otras muchas mujeres, por la educación que han recibido, no se preocupan y miran con absoluta indiferencia los problemas femeninos de orden social. Cuando el reciente Congreso Nacional de Mujeres, reunido en La Habana promovió discusiones en torno a todos los problemas que interesan a la humanidad, y, entre ellos, problemas especiales de la mujer, una dama de familia acomodada y de instrucción poco común, me dijo: “No he asistido a ese Congreso, porque no me interesa. Ninguno de esos problemas atañe a las mujeres de mi clase. No tenemos esos problemas. Si algunas han concurrido será por altruismo”. Cuando aquella señora me dejó, yo me quedé pensando en un drama de aquel gran defensor de la mujer, el escritor noruego Ejórnst Bjórnsen. Es una tragedia intensísima. A consecuencia de un conflicto económico, la ruina de una familia es inminente. Acarreará consigo el deshonor y la muerte.

A través de las escenas vivimos momentos de angustia, en un ambiente ominoso. Sobre la cabeza del padre, de los hijos, de la mujer, por tanto, se cierne la catástrofe. Mientras, ella, la esposa del protagonista, la madre de familia, entra y sale murmurando con aire de quien tiene que resolver el más arduo de los problemas: “¿Qué me haré, qué menú dispondré para la comida de esta noche?”. No cambiará, no puede cambiar en pocos años la mentalidad que ha llegado a tal grado de invalidismo.

La lucha está muy lejos de vislumbrar una terminación; pero lo importante es que la mujer puede trabajar y lo hace, por lograr que la ley y la costumbre se modifiquen y permitan su avance por la ruta que se propone seguir, cuyos jalones son los siguientes puntos fundamentales: a) la emancipación económica, que implica la reforma de las condiciones sociales que limitan el desarrollo de su capacidad para trabajar y producir; b) la capacidad jurídica completa por la reforma de todas las leyes que la mantienen en condiciones de inferioridad en relación con el hombre, y el establecimiento de leyes especiales favorables a la maternidad; c) la obtención de todos los derechos políticos; d) el derecho y las posibilidades para obtener la educación integral; e) la revisión de los fundamentos en que descansa la moral sexual [...]

Cuando la mujer haya logrado su emancipación económica verdadera, cuando haya desaparecido por completo la situación que la obliga a prostituirse en el matrimonio de interés o en la venta pública de sus favores; cuando los prejuicios que pesan sobre su conducta sexual hayan sido destruidos por la decisión de cada mujer de manejar su vida; cuando las mujeres se hayan acostumbrado al ejercicio de la libertad y los varones hayan mejorado su detestable educación sexual; cuando viviendo días de nueva libertad y de paz, a través de muchos tanteos se halle manera de fijar las nuevas bases de unión entre el hombre y la mujer, entonces se dirán palabras decisivas sobre este complejo problema.

Me he detenido en hacerles esta larga cita, por más de una razón. Me parece, en primer término, que a los que conocen a Camila solo como la imponderable profesora y crítica de literatura que fue, les revela su posición combativa y progresista a favor de la transformación de la sociedad, en contra de todo lo limitador, anacrónico e injusto. Tanto en el terreno intelectual como en el de la vida práctica, dista mucho Camila de situarse en una atalaya o en una torre de marfil. Por otra parte, si en el fragmento leído

se pone de relieve el valor de esta mujer para, sin perder el buen gusto que la caracterizaba, exponer crudas verdades, también se condena el ciego egoísmo y la insensibilidad moral de mujeres que se consideraban situadas en los peldaños superiores de la escala social, unas por razones económicas y otras por su éxito artístico o profesional. Y esto era entonces una cuestión importante, sobre todo en relación con las mujeres que se destacaban por su talento en diferentes ramas de la cultura. Porque una de las formas más sutiles de combatir los esfuerzos que se realizaban a favor de la superación colectiva de la mujer, fue la de contrastar la existencia de extraordinarias capacidades femeninas en el pasado —una Gertrudis Gómez de Avellaneda, por ejemplo— con la ausencia casi total de ellas en momentos en que tenían acceso a todas las posibilidades de educación y cultura.

En un breve trabajo intitulado “La mujer y la cultura”,⁸ leído por Camila en un acto de propaganda del Congreso Nacional de Mujeres y publicado después en la revista *Lyceum*, aborda el tema y lo discute sagazmente, con su habitual probidad intelectual y, sobre todo, con sus sólidos criterios de mejoramiento social. Dice en una parte de ese trabajo:

⁸ C.H.U.: “La mujer y la cultura”. *Lyceum*, vol. IV, n. 13, 1939.

Las mujeres de excepción de los pasados siglos representan, aisladamente, un progreso en sentido vertical. Fueron precursoras; a veces, sembraron ejemplo fructífero. Pero un movimiento cultural importante es siempre de conjunto, y necesita propagarse en sentido horizontal. La mujer necesita desarrollar su carácter en el aspecto colectivo, para llevar a término una lucha que está ahora en sus comienzos. Necesita hacer labor de propagación de la cultura que ha podido alcanzar, para seguir progresando. Y siempre que la cultura tiene que extenderse, da la impresión de bajar de nivel. Se trata de una ilusión óptica. Igual impresión se tuvo cuando empezó a aplicarse a la educación la teoría democrática [...] Quizás las mujeres cubanas, por dedicarse con tanto entusiasmo a esa labor de propagación, no tengan ahora tiempo para la de concentración en el aislamiento que implica la creación de una gran obra personal en el arte o en la ciencia; pero están realizando una obra colectiva de inmensa trascendencia, en la que se suman sus esfuerzos a los de todas las mujeres americanas, como los esfuerzos de arquitectos, escultores y pintores sin nombre ni número conocido se sumaban en la magnífica realización de la catedral gótica, expresión viva de una época del espíritu humano. Esa labor de la mujer cubana será perdurable y su radio de influencia sobrepasará los límites del país. Si más de una capacidad personal superior palidece o queda escondida en el esfuerzo de conjunto, no lo lamentemos demasiado, porque nos ha tocado establecer los cimientos de un edificio indestructible.

No es frecuente hallar, en la historia de la cultura femenina, mujeres superiores por su cultura y por su talento, dispuestas a sacrificar generosamente la ilusión de una obra de creación personal, a favor de la elevación cultural y social de sus congéneres. Las cubanas contamos, por lo menos, con dos: María Luisa Dolz, a principios de este siglo, y Camila Henríquez Ureña; ambas, y no por casualidad, educadoras eminentes.

Estas actividades de Camila que acabo de recordar se corresponden en el orden intelectual, con el interés que demostró siempre en el estudio de la presencia de la mujer en la historia y en la literatura. Asunto de notables trabajos ensayísticos suyos son, entre otros, estos temas: “La carta como forma de expresión literaria femenina”, “La mujer

en el teatro de Bernard Shaw”, “Presencia de la mujer en el Romanticismo”¹⁰, así como el de “Mujeres de la Colonia”¹¹, sobre el cual realizó trabajo de investigación en el Archivo de Indias, en Sevilla, aprovechando para ello su año sabático del Vassar College, en 1953.

⁹ C.H.U.: “La carta como forma de expresión literaria femenina”. *Lyceum*, vol. VII, n. 25, 1951.

¹⁰ C.H.U.: “Presencia de la mujer en el Romanticismo”. *Lyceum*, vol. V, n. 17, 1949.

¹¹ C.H.U.: “Mujeres de la Colonia”. *Lyceum*, vol. XI, n. 39, 1954.

Uno de los rasgos más acusados del carácter de Camila era el de la seriedad en el tratamiento de cualquier cuestión, por poco importante que esta pareciera, lo que no estaba reñido con su fino sentido del humor, que le permitía matizar agudamente lo mismo un comentario de lectura que una conversación privada. Lo único que no toleraba era la frivolidad, la ligereza en la consideración de cuestiones fundamentales. Recuerdo algunas ocasiones en la Junta Directiva del Lyceum en las que suavemente, pero con gran firmeza, exigía el análisis de alguna afirmación superficial o apresurada. Seguramente lo recuerdan también los que tuvieron la dicha de ser sus alumnos: aquella expresión suya: “¿Cómo? Vamos a ver eso con mayor detenimiento...”, con la que iniciaba un diálogo a la manera socrática hasta esclarecer totalmente el punto deseado.

Recuerdo también, en este sentido, incidentes de la conferencia celebrada en La Habana por la Asociación americana de la Federación Internacional de Mujeres Universitarias, en 1941, presidida por aquella notable educadora norteamericana, Virginia Gildersleeve, rectora hasta su muerte del Barnard College. Asistieron a esa Conferencia delegadas de casi toda la totalidad de los países de Norte y Sur América y, como invitadas especiales, designadas por el Lyceum, pues la asociación de mujeres universitarias no estaba constituida en Cuba, participamos Camila, Piedad Maza y yo. Todas las delegadas eran mujeres cultas, educadas y sumamente preocupadas por la guerra mundial, en pleno desarrollo en aquellos momentos. Solo una, representante por cierto, de uno de los países del Cono Sur, se caracterizó por su actitud frívola y por sus comentarios de corte francamente facista en el curso de los debates. Por fortuna, algunos de esos comentarios, como el que hizo sobre la cuestión judía, fueron cortados enérgicamente por Camila, quien dirigía los debates en lengua española, y no fueron traducidos al inglés ni pasados a las actas. Más de una ocasión tuvimos durante la celebración de la Conferencia para sentirnos orgullosas de nuestra Camila, especialmente en la sesión inaugural, en que pronunció un hermoso discurso que espero haya conservado entre sus papales, y podamos recuperarlo.

Cuando se pasa revista a los años que van de 1936 a 1942, causa asombro el intenso ritmo de la actividad cultural de Camila en ellos, pese a que todavía la retenía la Escuela Normal de Oriente y se veía obligada periódicamente a cumplir allí deberes docentes, hasta que finalmente pudo obtener un traslado temporal a una plaza de Literatura Española vacante en el Instituto de Segunda Enseñanza de Matanzas. Los que ansiábamos tenerla de profesora en nuestra Universidad, creímos llegado el momento al convocarse un concurso-oposición a una nueva cátedra monstruosa, pues comprendía la historia de la literatura española y las de las literaturas inglesa, francesa y alemana. Nadie había que pudiera disputársela a Camila, conocedora de esas literaturas en sus lenguas originales, pues es bien sabido que dominaba el francés, el inglés y el italiano y que leía con facilidad el alemán y, cosa extraordinaria, hasta el noruego. Nadie había tampoco que pudiera presentar un expediente tan rico como el suyo en servicios a la

docencia y en labor ensayística sobre temas de esas literaturas. Pero ella, que tenía muy elevado concepto de la especialización científica, por respeto a sí misma, se negó a figurar como candidato a semejante cátedra. Y así, por la absurda agrupación de materias en una cátedra y por la misma rigidez de una estructura académica de coto cerrado que nos impidió incorporar a nuestro claustro a muy destacados profesores españoles exilados, nuestra juventud universitaria se vio privada, durante veinte años, de uno de los profesores de literatura más completos, de nuestro Continente. Solo la Escuela de Verano, de más flexible organización en cuanto a la contratación de profesores, pudo beneficiarse con algunos cursos de Camila, en la década del cincuenta.

Fue necesario que el huracán de la Revolución barriera las arcaicas estructuras académicas, para que Camila, como lo expresó varias veces, realizara su viejo ideal de enseñar en su universidad, y para que esta se honrara teniéndola en su seno. Haber trabajado con ella durante los últimos once años, haber tenido ante nosotros el incentivo de su elevación moral e intelectual, ha sido, para los profesores y alumnos de la Escuela de Letras, disfrute provechoso de una lección permanente de sabiduría y de decoro.

Profesora, maestra de literatura, que es decir ser capaz de formar, de sentir y transmitir el goce estético, de entusiasmar y de crear conciencia de valores humanos, del bien y de la belleza: eso fue Camila Henríquez Ureña; eso, tan difícil, que muy pocos pueden lograr, porque exige excepcionales dotes y consagración sin límites. No es frecuente que se conjuguen, como en ella, la más depurada sensibilidad literaria, una profunda cultura y una amplitud extraordinaria de intereses humanos y vitales, con la vocación didáctica, con la aptitud y la disposición para la enseñanza.

Esa vocación didáctica que, ya lo hemos visto, poseían todos los Henríquez Ureña: Pedro, *primado* de la cultura americana; Max, fundador de escuelas, como su madre; y Camila, maestra inolvidable; esa vocación, repito, no está hecha solo, ni principalmente, de condiciones innatas para transmitir conocimientos, como tampoco puede deberse solo a influjo de un ambiente, de un gran maestro o de una tradición familiar, aunque esto pueda pesar bastante en ella, sobre todo en sus inicios. Lo que hace, en verdad, permanente y valiosa esta vocación, y esto deben recordarlo siempre nuestros profesores noveles, es el amor a la juventud, que se traduce en interés y simpatía por sus problemas, sus dudas y tanteos y sus desvelos; y es, en última instancia, una fe acendrada en la perfectibilidad del ser humano mediante la educación. Porque Camila tenía esta vocación, fue tan gran maestra, y porque, para serlo, supo conservar una lozanía de espíritu y una muy flexible concepción de la cultura, que le permitían comprender todos los cambios y acoger y asimilar toda corriente renovadora, lo mismo en lo literario que en lo didáctico y en lo social.

El profesor Moritz, nos decía en una conferencia Pedro Henríquez Ureña, acostumbraba a afirmar humorísticamente que un buen profesor de literatura tiene que ser embustero porque al presentar una obra literaria a sus alumnos, para lograr que se entusiasmen con ella, tiene que revivir sus propias emociones, como si fuera la primera vez que se pone en contacto con dicha obra. Es, desde luego, una manera festiva de referirse a la primera condición que debe tener una enseñanza literaria no erudita, sino verdaderamente formativa.

Que Camila lograba, como nadie más, despertar el entusiasmo de sus oyentes, lo sabemos de viejo cuantos pudimos asistir a sus cursos y conferencias en otros tiempos, pero es interesante escuchar al respecto el testimonio de sus alumnos más recientes. Habla Mirta Yáñez:

No le puedo tomar notas, lo importante es oírlo. ¡Cómo disfruta leyendo...! Disfruta mucho con las maldades de los demás, con el humor de los escritores, con Baroja, por ejemplo. Y se ríe con un gusto tremendo. Pero un día, en el aula, nos leía *Adiós, cordera*, de *Clarín*, y todos nos impresionamos mucho porque sin detener la lectura, con las inflexiones de voz necesarias, vimos que estaba llorando. Es la mejor profesora que hemos tenido; yo “entré” en el *Quijote* gracias a ella. Soy del grupo último al que Camila ha dado clases, y eso hace que uno se sienta triste y orgulloso, al mismo tiempo.¹²

Diony Durán comenta: “Bueno, el primer día de clases con ella: nosotros hemos oído la clase de profesora que es: uno está a la expectativa y se sienta delante de esta gran mujer que dicen que es severa, tierna, dulce. Y uno va a ver qué pasa. Y ya no la podrá olvidar jamás”.¹³

Y Rogelio Rodríguez Coronel: “Su influencia sobre el alumnado se siente inmediatamente; ese sentido del humor tan especial, esa sensación que transmite como de haber vivido cualquier momento de la cultura humana, esa disposición de ánimo, esa serenidad ante todos los problemas que jamás entraña indiferencia, sino energía, majestad”.¹⁴

¹² “Camila Maestra”, *Vida Universitaria*, n. 216-217, 1969.

¹³ *Idem.*

¹⁴ *Idem.*

En Camila, la lectura oral, expresiva, adquiría categoría artística; su voz, rica en matices e inflexiones, y su cuidada pronunciación, castiza, pero sin afectación alguna, cautivaban al oyente. En sus explicaciones usaba un lenguaje sencillo y a la vez elevado, sin rebuscamientos ni exotismos, lo mismo que en la conversación. Su porte majestuoso y su inalterable serenidad era lo primero que impresionaba a cuantos se le acercaban y fomentaba un profundo respeto.

Su sencillez era proverbial y corría pareja con su modestia y su ausencia total de narcisismo. Nunca olvidaremos sus compañeros la alegre disposición con que acudía a los seminarios marxistas y a los círculos políticos, dándonos un ejemplo más de modestia y humildad intelectual. No olvidaremos tampoco su insaciable curiosidad e interés científico; cómo, por ejemplo, estudiaba, gozándose en ello, la teoría de conjuntos, al establecerse la matemática moderna en nuestra enseñanza. Oigamos lo que, con su fina percepción de los valores, nos dice de ella Beatriz Maggi:

Hay mucho que decir: cómo nunca hace sentir que ella es la personalidad intelectual, el pozo del saber... y que uno no lo es. A mí me da la impresión de que ha arribado a un equilibrio espiritual completo. Nunca está amargada; se irrita y parece humor o comicidad. A pesar de su edad y de sus dolencias físicas, ella es la primera en ir a dar conferencias en las fábricas, y no solo la primera en ir, sino la primera en valorar el trabajo que se realiza. Llueva o truene, allí está Camila, por encima de todas las dificultades, sin una queja, siempre con una sonrisa, con una palabra de comprensión hacia las dificultades. A Camila Henríquez Ureña la cultura le ha servido para la vida, le ha pasado a la sangre, a los poros. Es una demostración de que cuando no es así, la cultura se convierte en un edificio inmenso donde no dan muchas ganas de entrar.¹⁵

¹⁵ *Idem.*

Porque este juicio es exacto, pudo Mirta Aguirre exclamar, al conocerse la muerte de Camila: “¡Hemos perdido nuestro último humanista!”

Aquí, compañeros podría terminar, pero me parece que este acto de recordación sería un pobre tributo a la memoria de Camila Henríquez Ureña, si no fuera acompañado del compromiso de perpetuar su luminoso magisterio. Nuestra Universidad tiene ese deber con la cultura cubana y con la formación de la juventud. Recoger los artículos de crítica literaria, los ensayos y los trabajos didácticos de Camila, publicados unos en revistas y folletos, e inéditos los más, las lecciones de sus cursos universitarios y extracadémicos, que se hallan en su archivo, es tarea que debe realizar, y realizará la Escuela de Letras, para publicar unitariamente toda la obra de Camila. Cuando esto se haga, cuando nuestros jóvenes profesores y estudiantes puedan seguir aprendiendo de aquella extraordinaria maestra a través de su obra, podremos decir que, aun sin su presencia física, Camila sigue viviendo entre nosotros.

Tomado de revista *Casa de las Américas*, n. 84, mayo-junio de 1974.

LISTÍN DIARIO — Viernes 14 de Septiembre de 1973 — Página 3

Inhuman restos doctora Camila Henríquez Ureña

Por MARINO MENDOZA

Los restos mortales de la doctora Camila Henríquez Ureña fueron inhumados en la mañana de ayer en el Cementerio Nacional de la avenida Máximo Gómez, en medio de una solemne expresión de dolor.

La notable dama, cuya nobleza está sellada en más de 40 años que dedicó a la educación y a la literatura, era la única sobreviviente de los hijos del matrimonio de Salomé Ureña y Francisco Henríquez y Carvajal, eximias figuras de la literatura nacional.

La muerte sorprendió a la doctora Camila Henríquez a los 79 años de edad en la clínica Espaillat Cabral, donde se recuperaba de una intervención quirúrgica en los ojos. Su deceso aconteció la tarde de anteayer.

Su cadáver fue velado en la Protectora La Altagracia, en la avenida Bolívar, y de allí fue llevado al paraninfo de Ciencias Jurídicas de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, donde se le rindió honores póstumos, en su condición de profesora honoraria del más viejo centro académico de América.

Familiares, amigos y allegados a la familia Henríquez-Ureña asistieron a las honras fúnebres. Más de una veintena de personalidades, instituciones de distintos quehaceres, públicas y privadas, enviaron ramos de flores.

Mientras se le rendía honores póstumos en la cuatricentenaria universidad estatal, el doctor Abelardo Vicioso, decano de la facultad de Humanidades, pronunció un panegírico.

Recordó que hace menos de un mes la notable escritora y educadora honró la UASD al aceptar el título de “profesora honoraria”, cosa que llenó de satisfacción a la familia universitaria.

“En esa ocasión afirmaba que el homenaje que la UASD le rendía a la profesora Henríquez Ureña era un homenaje a la propia universidad, y muy particularmente a la facultad de Humanidades y a su departamento de Pedagogía, porque nos sentíamos altamente honrados al recibir tan alta personalidad en el seno de nuestro cuerpo profesoral”, dijo el panegirista.

Al exaltar las virtudes de la distinguida dama fenecida, el profesor Vicioso dijo que Camila Henríquez Ureña realizó, durante su fecunda existencia, una obra de carácter social digna de los mejores aplausos, destacándose de manera principal en el campo de la pedagogía, al cual dedicó sus mejores años en la hermana isla de Cuba.

El fruto de sus estudios lo vertió en obras como “Las ideas pedagógicas de Hostos”, en la cual demuestra sus dotes de investigadora y su profundo conocimiento de la doctrina filosófico-educativa de esa gran figura cuyo pensamiento positivista jugó tan importante papel en el desarrollo de la cultura nacional a partir del siglo pasado.

El doctor Vicioso dijo que al entregarle el título de “maestra honoraria”, la comparaba con un “faro orientador cuya luz había alumbrado el camino de muchas generaciones de jóvenes cubanos deseosos de servir mejor a su pueblo con las armas de la cultura.

Y exclamó: “Hoy sentimos que ese faro se apaga definitivamente. Hoy nos encontramos de nuevo frente a frente a ella y no vemos el despliegue de su sonrisa franca bajo el marco de sus canas venerables”.

“Pero hoy sentimos, como ayer, que estamos en presencia de una mujer singular, de un espíritu que ha servido a la humanidad y la seguirá sirviendo como ejemplo, como guía de virtudes ciudadanas. Paz eterna a Camila Henríquez Ureña”.

Era hermana de Max y Pedro Henríquez Ureña, ya fallecidos. Se radicó en Cuba desde muy temprana edad, donde ejerció el magisterio por más de tres décadas.

Había venido al país a principios de junio último a pasarse una temporada vacacional con sus familiares. A fines o principio de año se disponía retornar a La Habana, donde ejercía cátedras de pedagogía.

El día 4 de julio concedió una entrevista al LISTIN DIARIO con el periodista que firma esta crónica, y durante la cual hablaron amablemente sobre cuestiones literarias, pedagógicas y acerca de sus progenitores.

Entre las personalidades que asistieron al sepelio de Salomé Camila Henríquez Ureña, se encontraban las doctoras Altagracia Pérez Peña, subsecretaria de Educación, y Gladys de los Santos, de Salud Pública; doctor Marino Ariza Hernández, director de la Defensa Civil; Rafael Herrera, director del LISTIN DIARIO, Joaquín Salazar, decano de Humanidades de la UNPHU.

Don Enrique Apolinar Henríquez, don Sócrates Nolasco, Flérida de Nolasco, licenciada Consuelo Nivar, José de Jesús Alvarez, director de Bellas Artes, contralmirante (r) César de Windt Lavandier, director de Caza y Pesca, profesor Colombino Henríquez, Federico Henríquez Gratereaux, don Armando Lemus Castillo, director de Horizontes de América.

Rafael Kasse Acta, Abelardo Vicioso, Ibelisse Prats-Ramírez de Pérez, José Sánchez y Francisco A. Henríquez, integraron una comisión de la UASD para asistir a las honras fúnebres.

A la fallecida escritora y docente le sobreviven sus hermanos Enrique Cotubanamá, Eduardo y Rodolfo Henríquez, hijos del segundo matrimonio de don Francisco Henríquez y Carvajal.

El padre Luis Maldonado ofició una misa de cuerpo presente en la capilla del camposanto por el descanso eterno del alma de la dama fallecida.

* Tomado de *El Listín Diario*, Santo Domingo, viernes 14 de septiembre de 1973, p. 3.

Introducción*

El fondo documental de la Familia Henríquez Ureña fue donado al Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba por gestiones personales de su entonces directora la Dra. Mirta Aguirre. Está constituido por más de 3000 documentos personales pertenecientes a Camila Henríquez Ureña, quien fue la formadora del fondo, a sus padres Francisco Henríquez y Carvajal y Salomé Ureña y a sus hermanos Pedro y Max.

Con el presente catálogo nos proponemos dar a conocer particularmente la papelería de Camila Henríquez Ureña, como un homenaje a la querida profesora y a la destacada intelectual dominicana y cubana, en ocasión del centenario de su natalicio.

* Clasificación del Fondo Camila Henríquez Ureña del Instituto de Literatura y Lingüística, de la Academia de Ciencias de Cuba.

Camila Henríquez Ureña (1894-1973) nació en Santo Domingo. A los diez años viene a residir con su familia a Stgo. de Cuba. Se graduó de doctora en Filosofía y Letras y en Pedagogía en la Universidad de La Habana. También realizó estudios en las universidades de Columbia y Minnesota en Estados Unidos. Fue profesora de la Escuela Normal de Oriente en Santiago de Cuba. En la capital cubana integra la directiva de la Sociedad Lyceum y de la Institución Hispano-Cubana de Cultura. Impartió cursos en el Lyceum y en la Escuela de Verano de la Universidad de La Habana. En México trabajó como Consejero-editor del Fondo de Cultura Económica. En Estados Unidos fue profesora en Middlebury College y en Vassar College; en este país obtuvo su jubilación en 1958. Dos años más tarde regresa a Cuba donde laboró como asesora técnica en el Ministerio de Educación, y contribuyó con sus conocimientos y experiencias a la formación de profesores de literatura y español. Al fundarse la Escuela de Letras de la Universidad de La Habana, pasó a formar parte de su claustro de profesores hasta su fallecimiento, ocurrido durante un viaje de visita a la República Dominicana. El alto centro docente cubano le había otorgado en 1970 el título de Profesora Emérita.

Clasificación del fondo

Para su ordenamiento y estudio se dividió en grandes grupos teniendo en cuenta no sólo las actividades que desarrolló su formadora sino también al tipo de documentos que encontramos.

1. Ensayos, conferencias, discursos y poesías.
2. Cursos y seminarios impartidos en diversas instituciones.
3. Notas de clase.
4. Programas de cursos impartidos.
5. Correspondencia.
 - 5.1 Cartas recibidas
 - 5.2 Cartas enviadas
6. Documentos personales.
7. Sobre Camila Henríquez Ureña.
 - 7.1 Artículos y entrevistas
 - 7.2 Poemas dedicados a Camila
- 8 Bibliografías.
- 9 Notas tomadas en cursos a los que asistió.
- 10 Varios.

Grupo 1. “Ensayos, conferencias, discursos y poesías” es uno de los más importantes. En él se encuentran valiosos trabajos sobre la mujer y estudios dedicados a escritoras cubanas y latinoamericanas, así como sus poemas, que suponemos inéditos, y que están acompañados de juicios críticos de Juan Ramón Jiménez y de Pedro y Max Henríquez Ureña.

Grupo 2. “Cursos y seminarios impartidos en diversas instituciones” está compuesto por documentos de gran valor, muchos de ellos inéditos, y que constituyen profundos estudios sobre las diferentes materias de que tratan.

Grupo 3. “Notas de clase”, junto con los anteriores, conforma la parte más rica de la papelería, ya que en él se halla gran cantidad de documentos que pudieran considerarse artículos o ensayos sobre escritores cubanos, latinoamericanos y europeos. También contiene notas sobre los diferentes géneros y movimientos literarios.

Grupo 4. “Programas de cursos impartidos” en Estados Unidos y en la Universidad de La Habana, que pueden ser de gran utilidad a profesores y alumnos de pedagogía.

Grupo 5. “Correspondencia” posee muestras epistolares de personalidades destacadas como Juan Ramón Jiménez y Zenobia Comprobí, José María Chacón y Calvo y sus hermanos Max y Pedro.

Grupo 6. “Documentos personales” es de consulta obligada para los estudiosos de su vida y su obra. Se han incluido los diarios de viaje inéditos entre los que descuellan los periplos a Italia y Sevilla.

Grupo 7. “Sobre Camila Henríquez Ureña” agrupa los artículos y entrevistas aparecidos en la prensa y los poemas dedicados a Camila.

Grupo 8. “Bibliografías” reúne información específica que utilizaba en la preparación de sus clases y trabajos.

Grupo 9. “Notas tomadas en cursos a los que asistió” recoge anotaciones que testimonian la sólida formación académica que recibió Camila Henríquez Ureña.

Grupo 10. “Varios” como su nombre indica contiene trabajos de índole y temática variadas.

Esperamos que con la publicación de este catálogo podamos contribuir al estudio de la vida y la obra de esta mujer excepcional.

Por último, queremos advertir que los asientos han sido ordenados alfabéticamente dentro de cada grupo y numerados de forma consecutiva. El índice de materias ha sido ordenado también alfabéticamente y los números consignados en ellos remiten al asiento principal. La signatura que aparece al final del asiento corresponde al número del documento en el archivo.

La Habana, enero de 1994

Tomado de Marcia Castillo Vega, *Catálogo de los documentos manuscritos de Camila Henríquez Ureña*, Santo Domingo, Publicaciones ONAP, 1994.

CONVERSATORIO SOBRE CAMILA HENRÍQUEZ UREÑA*

MIRTA YÁÑEZ: [Pregunta acerca de la entrevista que Miriam Rodríguez Betancourt y Minerva Salado, ambas entonces estudiantes de la Escuela de Periodismo, le realizaron a Camila Henríquez Ureña para la revista *Vida Universitaria*].

MIRIAM RODRÍGUEZ BETANCOURT: Ella nunca pidió la entrevista para leerla, a pesar de esa reticencia a ser entrevistada, a ese rigor con que evidentemente esta mujer todo lo enfocaba, en ningún momento ella nos la pidió. Después, hemos tenido la oportunidad de entrevistar a otras personas, que ni la chancleta, por decirlo bien, de Camila y [nos] han pedido la entrevista para revisarla. Y esta mujer, nada más cuando salió la entrevista publicada —que enseguida los compañeros en la Escuela de Letras fueron muy gentiles y además se produjo una alegría muy grande cuando por fin salió la entrevista y todo el reportaje acerca de ella— Camila simplemente nos envió un mensaje verbal, no recuerdo ahora, pero habrá sido Nuria quien lo transmitió, diciendo que le había gustado. Y eso era un elogio desmesurado para nosotros, nos llenó de alegría, de orgullo; para nosotros además era el último año, ya no íbamos tanto por la Escuela [de Periodismo], salíamos hacer aquellos trabajos de inserción, y ya no tuvimos oportunidad de verla más, murió poco tiempo después...

MY: En septiembre de 1973.

MRB: Bueno, pasaron unos años desde esta entrevista, que se hizo en 1968, y ya nosotros no la vimos más, o sea, nos mantuvimos al tanto de su trabajo, de toda la trayectoria de ella, pero no hablamos con ella más y así quedó en mi recuerdo Camila Henríquez Ureña, con esa naturalidad. Y nos dio una gran lección, para mí fue una gran lección, en primer lugar por su sencillez de verdad, uno tiene pocas veces oportunidad de conocer una sencillez así, y en segundo lugar por el rigor, por el rigor con que ella... no hubo respuesta que no diera absolutamente total, con fechas..., y también por su naturalidad de responder y darnos tanto de su tiempo, a aquellas dos aprendices que comenzábamos, de manera que yo tengo esa lección y esa gran gratitud hacia esa extraordinaria mujer que fue Camila Henríquez Ureña.

* Realizado en ocasión del Día del Idioma, en abril de 1999, en la Fundación Ludwig, organizado y moderado por Mirta Yáñez, con la participación de María Elina Miranda, Teresa Blanco, Nuria Nuiry, Miriam Rodríguez Betancourt, Mercedes Santos Moray y diversas personas del público como Carolina Aguilar, y el propio director de la Fundación, Helmo Hernández. La grabación fue pésima, y

se ha editado la transcripción, suprimiendo buena parte de las divagaciones o repeticiones, así como otros problemas técnicos y humanos.

TERESA BLANCO: Por supuesto, yo no voy a hablar aquí de cómo ella leía emocionada «Adiós, Cordera», ni nada de eso, porque esto todo el mundo ya lo sabe...

MY: No, por favor, ya lloramos con «Adios, Cordera», nada más de mentarla.

TB: Sin embargo, yo tengo algo que recordar como alumna, fíjense, que solamente he podido entender con el paso del tiempo y ya después con la experiencia profesional... una respuesta que Camila dio. Es decir, tengo dos anécdotas en relación con esto, las respuestas que Camila daba cada vez que algún alumno se acercaba para que le pospusiera la prueba o algo así. Ella siempre se negaba. Una es mía, personal, recuerdo, en el año 1967, que yo estaba trabajando ya en el Instituto del Libro y que tenía que trabajar de madrugada en los talleres, había una prueba, obviamente yo me había pasado toda la tarde y toda la madrugada [en el trabajo]; eran aquellas cosas que uno podía hacer, porque era más joven, y me fui a examinar y no tuve tiempo de volver a releer la obra, en fin, de volver a estudiar, de volver a ver las notas, sobre todo de leer directamente, y le dije: «Doctora, mire, me ha pasado esto, si usted me pudiera posponer, permitirme hacer la prueba pasado mañana». Vaya, no era tan dilatado en el tiempo, pero ustedes saben que los alumnos a esa hora... pues un día es un respiro. Entonces ella, con aquella sencillez, no había una forma planchante, sino con una sencillez enorme, dice: «No, usted la hace ahora o tiene que venir el año próximo». Es decir, eso era una enormidad; a mí, como alumna, recuerdo que la mesa quedaba más alta y yo me quedo así..., es una respuesta que uno no espera, es una respuesta muy fuerte para un alumno; uno siente que ha trabajado toda la noche y, en fin, obviamente, ¿qué es lo que hay que hacer ante una respuesta como esa? Irse para el asiento y, bueno, sea lo que sea, ahí hay que pulirla, y hay que hacerlo, que salga lo que salga y, realmente, sea porque se había estudiado, sea porque de buenas a primeras te pones en tensión, en una tensión positiva, como todo esfuerzo en un momento dado, tiene ese momento tensivo que es positivo, bueno, pues las cosas salieron bien.

Y recuerdo, en otra ocasión, que yo era jefa de grupo de ese año, también otra posposición. Me parece que estábamos en Isla de Pinos, el aula entera quería posponer, y ella se opuso, pero era una posición muy tajante: «Esto está para tal día y esto tiene que ser para tal día», y figúrate, como lo decía Camila, y nadie iba a buscar una instancia, a nadie se le ocurría ver a Vicentina [Antuña] ni nada de eso; no, ya lo dijo Camila y eso es ley. Obviamente, eso parecía una cosa negativa, en aquel momento se sentía, uno lo sentía como algo muy fuerte. Es decir, en aquel momento fue terrible, fue retumbante para mí; sin embargo, solamente con el paso del tiempo, después que uno ha estado dando clases, que se ha enfrentado a todo tipo de cosas, al alumno que sinceramente viene y le dice que no ha podido estudiar, o quizás al medio descarado que también le dice lo mismo, y uno no sabe interpretar, o uno ve que pudiera quizás estarlo engañando..., esa posición firme, una posición que no es de capricho ni de coacción, sino de rigor, y me parece que eso también fue lo que le dio a la Facultad ese prestigio, ese rigor le dio ese prestigio; es decir, una posición firme, no hay paternalismo, pero tampoco hay una dureza extrema, sino sencillamente que el alumno cuando matricula un plan de estudio y cuando usted se compromete a hacer una cosa, usted tiene que lograr terminarla y terminarla bien; ese es el compromiso que ha establecido usted consigo mismo, y por lo tanto no puede obligar a los demás a que lo readecue en relación con determinadas circunstancias personales del alumno. Esto para mí ha sido una enseñanza enorme, con los años, al tener que —obviamente aquí no hay ningún tipo de comparación, no caben las comparaciones— tomar una decisión de esa índole; le

permite al alumno posponer o no se lo permite, hay debilidad aquí o hay ayuda, hay paternalismo o hay comprensión de una situación determinada...Y Camila era muy estricta, y eso es lo que creo que le ha dado al claustro, a ella misma, esa fama que hoy, en estos momentos, nosotros estamos hablando bien de Camila, estamos poniendo algo que parece que es negativo, y solamente con el paso del tiempo uno ha entendido que esa firmeza era positiva, eso era lo que había que hacer.

MY: Yo creo también, Teté, que además, no solamente porque fuera Camila, sino que todos sabíamos que ella era así mismo con ella. Porque está la famosa anécdota de que vino caminando [desde su casa], y aceptaba tareas que nosotros en esa época ya nos vomitábamos [por tener que hacerlas] y teníamos veinte años... sin embargo, ella fue Responsable de Año, y anotaba en sus libretas que si Rodríguez Coronel faltó tal día, Marina Esturo faltó tres...

TB: Y ese rigor se lo trasladaba a todo el mundo y a uno le parecía que podía ser duro y sin embargo así era como...

MRB: Ella era exigente con los alumnos porque era exigente consigo misma. Solamente pueden hacer esa exigencia si... lo más sencillo del mundo se predica con el ejemplo.

MY: Y sin arbitrariedades, porque había, como ha existido siempre, el rigor arbitrario.

MRB: Claro, correcto.

TB: Era algo verdaderamente justo, es decir, yo, tratando de recordar, pienso que todo el mundo guarda esa imagen de aquella...

[Se interrumpe la grabación]

[MY narra cómo Camila iba a almorzar al Comedor universitario, como una más]

MY: Ella iba con su bandejita, nadie le cargaba la bandeja, ella era disciplinada, se comía aquellos horrores...

TB: Y eso que era una época de oro del comedor.

[Risas]

TB: Ese es más o menos mi testimonio, porque lo otro son recuerdos que ustedes y yo más o menos compartimos, su elegancia, su sencillez, la lectura de los textos aquellos; es un conjunto de recuerdos que todos tenemos la fortuna de compartir, pero de lo que se trata ahora es de irlo modelando en ese aspecto de un rigor, un rigor consigo misma.

[Murmullas sobre la edad que tenía Camila entonces]

MY: Si a Mirta Aguirre le decíamos «la Vieja» y tenía cuarenta y pico de años.

MARÍA ELINA MIRANDA: ¿Tú te acuerdas cuando Mirta Aguirre cumplió cincuenta? Para nosotros era vieja ya, estaba más allá del bien y del mal. Lo que iba a decir de Camila, [era] que, en aquella época —no me acuerdo la edad que tenía—, ella trabajaba en la Facultad, pero no abandonaba su trabajo en el Ministerio de Educación, y trabajaba en el Consejo de Cultura. Era la anécdota famosa que ella decía, que normalmente cogía un taxi y el Consejo de Cultura estaba en la calle 2, e invariablemente la llevaban a la calle 12, cada vez que ella decía «Por favor, a la calle dos», la llevaban a la calle «doce». [risas] Para una persona que había estado en Vassar [College], que tenía una tradición de trabajo digamos más calmada, venir en los años 60 a incorporarse a la vorágine en que vivíamos, era muy grande. Y también, por ejemplo, no solo desde el punto de vista del trabajo. Yo pensaba, cuando hablaba Teté, la relación de ella con los alumnos. Nosotros teníamos una Asociación de Estudiantes y organizábamos fiestas —esa tradición en los últimos años desapareció totalmente de la Facultad—, hacíamos fiestas de bailes, y la profesora que siempre asistía a todas nuestras fiestas, a todos nuestros bailes, en horas de la noche y viviendo en el [Edificio]

Sierra Maestra, era Camila Henríquez Ureña. [ininteligible] Allá iba ella y empezaba a compartir con todos nosotros hasta la hora que fuera. Era esa cosa de compartir con el alumno [ininteligible]. Ella nos prestó... era la época en que no había textos y ella, por ejemplo, nos dio todas sus notas de clase, que no eran notas de clase, era donde ella llevaba sus conferencias completamente desarrolladas. Ella nos las daba, y en la Asociación de Estudiantes nosotros las mecanografiábamos y las reproducíamos, nos daba sus libros para que hiciéramos lo mismo, nos sacaba libros de la biblioteca para que pudiéramos hacer nuestros trabajos; es decir, una relación con el estudiante que, por una parte, era lo que llamaba Teté: el llamado de atención, que era cierto, nadie imaginaba hacer otra cosa que el deber de uno, y, por otra parte, la comprensión para facilitar el estudio. Y también Teté se acordará que ese primer año, el hecho de haber sido el primer grupo de estudiantes de la Escuela de Letras, inauguramos como estudiantes la Escuela de Letras. Por otra parte, muchos profesores que nunca habían dado clases en la Escuela de Letras comenzaron a trabajar en ella, como Mirta Aguirre y también Camila, y de ambas nos hablaban... y entonces Camila además de, por supuesto, esa presencia que ella tenía que hacía verla un poco idílica, y ese placer que ella le daba a la lectura, para nosotros era totalmente inexplicable... Teníamos una compañera que se llamaba Agnes (?) —[Roberto Fernández] Retamar le decía Ignés, no sabemos por qué, Retamar jamás le dijo Agnes—, Camila llegaba 10 ó 15 minutos antes de que comenzara la clase, cuando tocaba el timbre ya ella estaba en la clase, y Agnes invariablemente llegaba y le regalaba unos caramelitos a Camila y le subía [ininteligible] [risas], y Camila con esa tolerancia y esa cosa que siempre ha tenido, ese respeto a los demás que siempre ha tenido, se sonreía y dejaba que Agnes le arreglara la sayita y le regalara, como si fuera una niña, dos o tres caramelitos.

Y otra cosa de ese tipo fue cuando ella contaba que [Yuri] Gagarin fue al cosmos. Para ella trabajaba una persona que limpiaba la casa; ante la noticia le dijo: «Ay, ¿qué usted cree, Camila, habrá visto a Dios?» y Camila, en ese momento, [nos decía] «Y qué le voy a decir».

[Risas]

TB: En relación con los alumnos, la actividad que ella desplegaba ya tenía una larga experiencia con esto en Vassar College, yo recuerdo haberle dicho a la gente de la FEU que, por favor, no la dejaran fuera nunca de ningún concurso [literario], porque ella quería ser jurado siempre de los concursos, para ver, para ir palpando cómo iban; es decir, por qué línea más o menos se estaba, digamos; dirigiendo la preocupación de los muchachos, de los noveles que en aquel entonces empezaban, como Sergio Chaple y demás; y eso también nos llamó mucho la atención. Mirta, yo no sé si eso está recogido en alguna parte.

MY: No creo.

TB: Pero yo sí recuerdo que decía «No me dejen fuera de ningún concurso de estudiantes». Imagínate tú, una persona de ese calibre, querer participar, cuando todo el mundo a esa edad lo que siempre está tratando es de no ser jurado de nada. Bueno, pues ella quería ser jurado.

MY: Eran otros tiempos...

TB: Sí, también eran otros tiempos.

[Desde el público: Y otras personas...]

TB: Y otras personas, claro, y esta es su grandeza; es decir, lo quiere para saber por dónde puede estarse desarrollando una línea de creación, poderla sentir, poderla palpar, y a mí me parece que eso es importante. Yo no sé hasta qué punto nosotros en aquel momento sabíamos medir aquello, teníamos como una intuición, pero no... claro, lógicamente la perspectiva, los años, te van dando, no sé, una distancia y lo ves todo de

otra manera; también una madurez para poder calibrar todas estas cosas; pero realmente fue formidable, y creo que para nosotros ha sido un elemento formador extraordinario querer ser como Camila; es decir, que todavía se vive como canon. Me parece que esa es una de las virtudes que debe tener siempre un maestro, poder ser un modelo, poder ser un patrón que los alumnos deseen imitar, alcanzar la talla de Camila. Nadie quiere ponerse en paridad, como su igual, sino sencillamente querer ser como [ella], mejorar. Se considera como una meta, como un ideal.

MY: Ella no está y uno siente que, si uno se equivoca, Camila todavía lo puede regañar, portarse bien para... Una de las grandes enseñanzas —yo creo que en eso coincidimos todos, y tiene que ver con lo que tú estás diciendo— es que aunque había mucha familiaridad con los profesores en aquel momento, había la correcta y necesaria distancia que también se ha perdido. Yo creo que eran familiares sin perder la dignidad profesoral, la tan olvidada categoría de distancia, de jerarquía, la palabra es «jerarquía», la presencia de la jerarquía, y yo creo que esa es una de las grandes enseñanzas de aquellos profesores que ahora nosotros añoramos, realmente, porque uno se siente todavía alumno de ellos.

MRB: Yo no sé, Mirta..., una pregunta que yo quería hacer. No sé si lo tengo en el recuerdo de la revista, si nos lo dijo, si me lo dijo alguien o es parte de la leyenda, porque estas figuras crean también una leyenda. ¿Es cierto que Camila, para cada curso, rompía sus planes de clase?, alguna idea tengo yo, si nos lo dijo en aquella entrevista que, como aprendices...

MY: No, en la entrevista tuya no está publicado eso.

MRB: No, pero puede ser que fuera en la conversación y no lo utilizamos...

MY: En ninguna parte, en ningún papel que yo he visto hasta ahora he encontrado eso.

MRB: Yo tengo muy mala memoria y debo confirmarlo con la otra compañera que me ayudó. Yo voy a confirmarlo, pero de algo yo lo saqué, de que ella rompía las notas de clase de cada curso para obligarse a crearlas mejor para el otro, las rompía y las volvía a hacer; nos lo dijo en aquella ocasión o alguien me lo dijo... voy a tratar de confirmarlo.

MY: Lo que sí es cierto es que en toda la papelería [de Camila] están todas las notas de clase conservadas, todos los programas, lo guardaba todo. Por ejemplo, está todo anotado por ella, de cada clase, ella guardaba todos los papeles, todo lo guardaba. Lo que sí puedo apuntar, por mi parte, en este espionaje que yo le tenía montado a Camila en ese entonces, es que ella siempre, siempre —se acordarán ustedes—, ella llegaba como una hora antes de la una y media en que empezaban las clases, y ella iba pacientemente a la biblioteca, sacaba los libros de la clase de ese día y los hojeaba; tomaba nota, día por día, no sé lo que haría en su casa, lo que sí es cierto es que una hora antes de empezar la clase... y yo me acuerdo que un día justamente antes de empezar nosotros a dar lo que voy a decir después, yo me sentaba y la miraba allí, yo no me podía resistir más, yo veía que ella se reía —el famoso cuento de que después ella se ríe y llora—, pero se reía sola en la biblioteca y yo no me podía aguantar más y me pegué a ella a ver qué... con cualquier pretexto, y estaba leyendo *El Quijote*. Y después, ese día, ella empezó *El Quijote* con nosotros, ella solita iba antes a releer lo que luego nos iba a leer y se reía sola ahí, no era ningún numerito que después nos montaba a nosotros en el aula, para nada...

MEM: [Era un] modelo de enseñanza, que se ha perdido un poco después de toda la «era metodológica» que vivimos. Camila, por ejemplo, esa confianza que tenía en el alumno estaba no solo cuando se presentaba [ininteligible], sino en los trabajos que ella proponía, porque para nosotros, que teníamos dieciséis o diecisiete años y estábamos en

primer año de Letras, el contacto con la literatura era totalmente novedoso, ella nos estaba explicando *La Ilíada*, *La Odisea*, y nos pide que hagamos como trabajo de curso una comparación entre una obra antigua, una obra de la literatura antigua, y una obra moderna que debíamos de buscar nosotros, proponérsela a ella: yo quiero comparar esta con esta. Se abría la posibilidad de que tú tenías que buscar la obra moderna, tenías que leerla; ella te ayudaba, te daba sugerencias, a lo mejor cosas que jamás en la vida a uno se le ocurrirá volver a establecer nexos entre ellas, pero de acuerdo con ese tipo de trabajo que le pedía al estudiante implicaba una confianza enorme.

NURIA NUIRY: Creo que es interesante recordar, los que conocimos a Camila, en qué etapa de su vida la conocimos. Camila nace en 1894 y todos aquí estamos hablando de la década del 60, quiere decir que Camila —para los que la conocieron en el 62—, Camila tenía en esos momentos 68 años; o sea, estamos hablando de una persona de 68 años, que había renunciado a dos retiros en los Estados Unidos para venir a comenzar en Cuba. Ella vino sin libros, por eso consultaba los libros de la biblioteca, ella no tenía una biblioteca en su casa. La sensación que daba es que era como una especie de estatua que se desplazaba. Y fíjense que todo el mundo ha hablado aquí de la presencia física de ella, muy sencilla la ropa —creo que no eran muchos los vestidos—, sabían todos los que la conocían perfectamente bien, muy sencilla, sin ningún lujo, ella caminaba por aquel pasillo, una Niobe que transitaba por aquellos pasillos. Yo no fui alumna de Camila, yo conozco a Camila en el [año] 60 cuando ella empieza a trabajar en el Ministerio de Educación, hizo los programas de Educación de aquel momento junto con María Luisa Rodríguez Columbié, en lo que se llamaba Instituto de Superación Educacional, en el ISE. Trabaja en la Casa de las Américas, en la Federación [de Mujeres Cubanas], pasa a la Universidad por primera vez después del triunfo revolucionario. Era una persona tan sencilla que molestaba. ¿En qué sentido?, pues porque había que ocuparse de Camila. Esta compañera que le llevaba los caramelos estaba en lo cierto. Por no molestar, molestaba más, porque uno tenía que saber si Camila había almorzado o no el día anterior, porque el día que ella no iba a la Universidad, que estaba en el [Edificio] Sierra Maestra, si alguien no le facilitaba la comida, ella no almorzaba; si alguien no se brindaba para transportarla, ella no lo pedía, y entonces exigía un esfuerzo extra. Pero vuelvo a encontrarme con Camila en el 66 cuando empieza como profesora de la Universidad, y qué va a hacer Camila ahora. Yo voy a contar una anécdota, una que sí está publicada, que es cuando comenzaron los trabajos en el campo, nos situaron a todos en el anfiteatro de Letras y nos empezaron a dar consejos de qué debíamos hacer en el campo, como teníamos que tratar a la gente, y Camila dijo una frase que a mí nunca se me olvida, dice: «Ustedes van a tratar con los campesinos, si los campesinos no los entienden a ustedes, la culpa no es de los demás». Yo creo que ese es el slogan de la vida de Camila, cuando alguien falla, buscar en ellos [mismos] y no en la otra persona. A mí siempre me daba la sensación, cuando hablaba con Camila, que ella había aprendido mucho conmigo, que era ella la que había aprendido, y esa sensación se la daba a muchas personas, ella lo hacía sentir a uno tan importante que uno salía satisfecho de haber hablado con Camila, porque uno decía: «Mira lo que aprendió Camila conmigo», y era exactamente a la inversa. Ella no preguntaba, inducía, y uno terminaba contándole lo que ella quería que uno le contara, pero ella no lo preguntaba. El colmo de la discreción, diría yo. Yo tenía un Chevrolet del 56 que su más antiguo anhelo era coger candela. Algunos de ustedes lo recuerdan, era blanco y azul, yo andaba ya con un saco de arena en el maletero porque la cogía por cualquier lugar, le ponían un chucho que estaba en la guantera, pues por ahí cogía candela, bueno... Un día bajábamos [Nuria y Camila] por la calle G, y en G y 19 aquel pebetero empezó a producir, yo me tiré rápidamente de la máquina; pasó una moto que

se tiró, una moto con un extinguidor, diez espontáneos, y como a los ocho minutos oigo una voz que dice: «¿Llamaré mucho la atención si me bajo del auto?» [risas] Yo, frenética...

En este Chevrolet, para situar otra comparación, un día se monta su antítesis, en lo aparente; me estoy refiriendo a Mirta Aguirre, y Mirta Aguirre se da un cabezazo, y dice: «¡Yo no soy Camila!» y una palabra impublicable. Pero Camila no se bajó para no llamar la atención, en un lugar donde había un hombre con un extinguidor, diez personas, yo histérica, ella pretendía opacarse. Esa anécdota que dice Miriam, de que posiblemente... esa anécdota circuló mucho... ella rompía las tarjetas. Ella llegó a Cuba sin equipaje. Da la casualidad que yo recogí parte de la documentación de Camila cuando ella falleció; eran cajones, libretas muy toscas.

«Camila, ¿usted tiene bolígrafo?», «No, estoy escribiendo con un lápiz». Allí no había prácticamente libros, y las libretas no repetían el mismo tema, o sea, que era muy posible que fueran las clases que a ustedes les impartiera ella y que se iba a la biblioteca para refrescar; se sabía las obras de memoria, pero ella decía que su hermano Pedro afirmaba que había que leerse a los clásicos, a todos, una vez al año. Y es uno de los grandes misterios: a Camila le alcanzaba el tiempo para todo, tenía el don de la ubicuidad. Yo, diariamente, recuerdo a Camila, porque además era de una erudición muy grande, yo no la recuerdo tanto por su erudición, pero —erudición aparte—, ella, si alguien no reaccionaba adecuadamente frente a la vida cotidiana no era una persona inteligente, y a veces nosotros tenemos muchos eruditos que después en la vida cotidiana no saben cómo hacer, no son sensibles. Yo creo que todo esto que hemos hablado de Camila es un recuerdo que está presente y que además no queremos renunciar a él, porque hay otros recuerdos que uno es inconsciente del recuerdo. Camila es un recuerdo que está presente, no queremos renunciar a él, y fíjense que aquí, casi todas las que hemos acudido hoy, hemos acudido a una llamada por teléfono de Camila; o sea, no estamos cumpliendo con nadie, estamos porque es Camila, y hablamos de Camila como si estuviera ahí. Otra gente tiene otra etapa de Camila, por ejemplo, Beatriz Maggi, María Luisa Rodríguez Colombié, fueron sus alumnas en Herbert, en Santiago de Cuba, y tienen una imagen de la misma majestad, Rosario Novoa habla de la gran bailadora que era Camila; o sea, que hay facetas de Camila, pero siempre hay una gran honestidad, un desinterés total, un deseo de darse a los demás. Es una maestra, no una maestra porque está en el aula con una tiza en el pizarrón, es una maestra de la vida cotidiana. Y la ética de Camila creo que es una ética inolvidable, y que todos nosotros nos sentimos siempre comprometidos con Camila hasta los tuétanos. Todo eso en medio de una sencillez y de un darse, de un entregarse, de un estar para los demás, de una ubicuidad completa y de un equilibrio emocional fuerte. Mercedes [Santos Moray] tiene anécdotas de algún momento en que se violentó, pero si [de] Camila, que nació en el 1894 y murió en el 1973, alguien tiene alguna anécdota de que se violentó, creo que cualquiera de nosotros tendría una multitud de anécdotas más grandes, pero la suma de su vida es una persona con un equilibrio interior, que ese velo que dice esa señora es cierto, Camila pasaba y todo el mundo la miraba, y los alumnos tenían diecinueve y veinte años y Camila estaba en los setenta, y estoy hablando de las etapas... de estas compañeras que empiezan con ella al principio, ya casi prácticamente llegando Camila, y a las que dan clase hasta el 80, 81, 82. Camila ya casi... nació en el 94, y está dando clases hasta última hora, y las cartas de Camila a la que era , directora de la Escuela de Letras, cuando está en Santo Domingo, es hablándole de su próximo curso; o sea, Camila no pensaba renunciar a la docencia, y ya había pasado de los setenta años... con gran velocidad. Del sentido del humor se habló, los documentos que llenaba Camila son realmente... por ejemplo, aquellas planillas «¿Ha sacado usted pasaporte? Sí. ¿Por qué?

Tenía la costumbre de viajar». «Ha tenido otra nacionalidad? Sí, nació en otro país». «¿Tiene usted vicios? Sí, el café». O sea, se ve que se está burlando de la planilla de principio a fin, pero no hay manera de objetarla ni de reprocharle nada.

MY: Nuria, se estaba burlando de tu carro. Yo creo que aparte de no querer la notoriedad, dijo «¿Se notará mucho?» Yo creo que en la parafernalia que había armada, ella se estaba también burlando de todo lo que estaba pasando.

NN: Fue una gran puesta en escena. La calle G, el extinguidor, la gente, yo sacando el saco de arena...

MY: El gran sentido del humor de ella es una de las cosas que [recordaba] cuando tú estabas enumerando las cualidades.

Yo creo que otra herencia que tenemos de ella es ese tomar la vida con una sonrisa, porque se le recuerda con una sonrisa, pero también ella vivía así la vida. Ella también tenía una frase en un Diario que dice: «Una sonrisa...(no puedo citar textualmente, creo que es así) la sonrisa, aunque haya un fondo de dolor, hace la vida más agradable». Y yo creo que ese también fue, para mí, el gran lema de Camila, vivir la vida con una sonrisa.

NN: Pero enfrentarla con coraje.

MY: Ah, claro.

NN: No es una sonrisa de resignación, es una sonrisa de asimilación ante un problema que se presenta, que quizás después de todo no tenga mayor importancia, porque si se va a resolver, lo resuelve ella. La noticia de la muerte de Camila llegó justo con la noticia de la muerte de [Salvador] Allende. La noticia llega a Cuba el 13, en una manifestación que había en la Universidad se empieza a filtrar que ha llegado un cable que dice que Camila ha muerto, y déjenme decirles que lo que se formó, el sentimiento que se formó, entre la muerte de Allende y la muerte de Camila fue una cosa impactante, porque sabíamos que estaba mayor, sabíamos que estaba enferma, pero todo el mundo esperaba que ella volviera a dar sus cursos.

MY: En una entrevista que salió publicada en Santo Domingo, que parece ser la última entrevista dice, «Bueno, yo ahora dentro de unos días regreso a Cuba».

NN: Y sin embargo murió donde había nacido.

MY: Otra cosa simpática: se acuerdan que en aquella época pasábamos muchas penurias y yo me acuerdo que [en uno de los festejos que se hacían en la Escuela] había aquella gran mesa que tenía de todos los manjares. Ustedes se acordarán que había rollitos con jamón, con no sé qué, entonces todos nosotros íbamos, cogíamos un rollito y regresábamos a nuestros puestos, así, con pena; entonces Camila se paró al lado de la mesa y comió sin parar, ni mirar para al lado, muy elegantemente, pero cuando ella [terminó] se volvió a sentar, se volvió a sonreír, sin ninguna pena.

[Risas]

[Desde el público: Ella, la gran Camila]

NN: Sabe Dios el hambre que había pasado en esos días. Ella pasaba días completos sin comer.

MY: Pero no tenía la falsa picuencia, esa hipocresía de comerse [solo] un rollito cuando estábamos muertos de hambre igual, Nuria. Entonces, ella tenía esa dignidad y al mismo tiempo... ¿por qué no?, si tenía ganas de comerlo, ¿por qué no?

NN: Y estaban allí, no tenía que molestar a nadie, porque ella no llamaba por teléfono para decir «estoy sin comer hoy», «estoy sin un bolígrafo», «no tengo transporte». Gente menos importante que ella nos hacía la vida insostenible.

MRB: Hay una cosa que me llama la atención; cuando Nuria con el registro cronológico nos dice la fecha de su nacimiento, ha sido una sorpresa para nosotros la cantidad de años que tenía; es decir, nosotros la recordamos como una persona mayor —como dirían los mexicanos, una persona grande, esa cosa tan bonita que tienen los

mexicanos de decir que es una persona grande en vez de decir que es vieja. Nosotros la recordamos como una persona mayor; sin embargo, cuando nos dicen la edad, todo el mundo se asombra, porque es una persona que tenía mucha juventud. Tenía mucha juventud...

MEM: Ahora que se recordaba la actitud de Camila y se decía que a algunos les gustaba oír leer a Camila, aparte de que leyera bien, uno percibía que ella estaba disfrutando tanto con la obra literaria, la podía leer cuatrocientas veces, y cuatrocientas veces la disfrutaba; entonces pienso que no solo en el caso de la literatura, que era su segunda naturaleza, sino también cuando estaba en la Asociación de Estudiantes con nosotros, estaba disfrutando hablar con los jóvenes, leer lo que estaban produciendo, eso era esa unión entre la vida y la literatura que también transmitía.

MRB: Debió ser una persona muy feliz, muy feliz.

[Ininteligible]

TB: Revisando la papelería de Camila, en aquellos planes editoriales ella anotaba quién le había dicho que debía entregar tal día tal libro. Es una cosa fabulosa, todo un calendario al margen de los planes editoriales, por dónde van los libros...

MERCEDES SANTOS MORAY: Hay muchas cosas de Camila... está esa Camila personal, ella tenía una buena amiga que se llamaba Pepa [la rectifican], Coca, que vivía aquí frente a la Casa de las Américas, ella venía los domingos a disfrutar de los conciertos en el Amadeo [Teatro Amadeo Roldán]; iban las dos a disfrutar del concierto del Amadeo. Una de sus satisfacciones era también el radio-teatro, que lo ponderaba enormemente, era una oyente crítica de los radio-teatros, pero también le encantaba el cine... Tenía un chofer de taxi, medio loco, medio amigo de ella y lo llevó a ver una versión de *La Odisea* y cuando ve toda la historia de Penélope y de Ulises, y del sitio de Troya, entonces el hombre se queda verdaderamente ensimismado, empieza a comentar con Camila, y Camila [lo escuchaba] con una modestia infinita, como si estuviera aprendiendo también la interpretación que ese hombre sencillo, que no tenía lecturas de ningún tipo, había hecho de eso, porque Camila tenía un esencial respeto de la persona. Camila es el único intelectual que he conocido en mi vida que no hablaba mal de nadie, y esa es para mí la virtud que la singulariza dentro de la cultura cubana, de la gente que he podido conocer a lo largo de mi vida; Camila jamás habló mal de nadie. Una de sus cóleras, que yo la pude ver y sí era colérica, lo que pasa es que era tan dama como Vicentina [Antuña] —porque Vicentina, que tenemos una imagen de ella tan suavecita, de suavecita nada, era un fuego aquello. Mirta [Aguirre] tenía fama de que se comía el mundo con los tanques rusos, pero era una mujer tierna, delicada— y una vez... a otros grupos Camila les daba clases del Seminario aquel de Cervantes, y leía el *Quijote*, se divertía con el *Quijote*, pero al grupo mío, no sé por qué razón, quien le empezó a dar clases de Cervantes fue Mirta [Aguirre], y no Camila; de pronto todos nosotros estábamos afilados para volver a Camila y disfrutar el Cervantes de Camila y lo primero que hizo Mirta [Aguirre] en el aula fue, con esas patadas de caballo que ella daba, decirnos que no esperaran que fuera a leer capítulos de *Don Quijote* en el aula, como hacían otras gentes, que ella no iba a hacer eso. Y eso se lo fueron a contar a Camila de chisme y ella estaba en su sillón, su sillón eterno, y bueno, como que se encolerizó sin perder la elegancia; se puso rígida y cuando la persona, cuyo lamentable nombre no quiero recordar se fue, yo que iba allí, modestamente, a enseñarle mis poemas, a enseñarle a Camila mis primeros poemas, me dijo «Mirta Aguirre no solamente es una gran intelectual, es una gran hija». Mirta tenía a su madre muy enferma y a la viejita le dio una temporada por nada más querer comer croquetas, si no había croquetas no comía... «Mirta es una gran amiga», y se había muerto Gisela Hernández, y había estado toda la tragedia de su enfermedad, y Mirta preocupada ahí, «Mirta es una gran

persona». Y en eso entra Mirta con Lola Nieves, y me dice Camila: «Enséñale tus poemas a Mirta»... (con intencionalidad en la expresión), y así fue que se los enseñé a Mirta. Pasó el tiempo y en una de esas horribles evaluaciones del Departamento, en que cada uno de nosotros tenía que darse látigo y decir que era más malo que la maldad para ser evaluado, y Mirta, con su ética, que también la tenía, empezó por la A de Aguirre, y como a nosotros, los jóvenes, nos iban a entrar a golpes, había que entrarle a ella primero. Yo le pasé un papelito contándole la anécdota, obviamente callando la malhadada persona que lo hizo, esa es una de las cosas que recordaré siempre de Camila. Nosotros, por suerte, Helmo [Hernández], Teté [Blanco], Mirta [Yáñez], tuvimos en la Escuela de Letras un claustro privilegiado, cosas irrepetibles, privilegiado por información, por erudición, por cultura, por actitud ante la vida, por autenticidad, por su diversidad y sus complejidades; pero Camila como que sobresale por encima de todo, por esa singular y auténtica modestia, y por su respeto al otro. Ahora que hablamos tanto de autoridades, Camila fundamentalmente asumía el respeto al otro. Jamás la vi gozar de las dificultades físicas de nadie, de la torpeza de nadie, de la pobreza de nadie, de la incapacidad intelectual de nadie. En una Escuela donde todo el mundo tenía uno que otro chiste infeliz sobre alguien, Camila, al contrario, tenía una bondad de alma, y sin paternalismo, porque era como tú decías, inflexible. Una vez, puso a raya al aula entera, de 115 alumnos, y nos mostró que aquella mujer que se acababa de reír con Bocaccio, sin moverse, sin alterar la voz, sin elevar el tono, nos ponía como unos imbéciles, todos nos quedamos consternados, pero jamás Camila Henríquez Ureña, en todo el tiempo que la pude conocer, dentro y fuera del aula, jamás me mostró un lado feo, y por eso estoy aquí.

MY: Es lo que dijo Nuria, yo sabía que nadie iba a fallar porque quien estaba convocando aquí era Camila, pero antes de acabar... Si alguien más quiere participar...

[Se corta la grabación]

CAROLINA AGUILAR: Realmente es una cosa... impresionante, después que ha pasado una década y media, una década, donde el auge del tema, donde las categorías analíticas, bueno, han sido estudiadas en todo el mundo, en el mundo académico, en el mundo político, ese texto de Camila está en plena vigencia en este año, el año 99. Esa es una de las cosas que quería decir. La otra es que hace rato que estoy queriendo hablar de esto, porque Camila fue una de las primeras dirigentes de la Organización de Mujeres. Ella fue presidenta, la primera presidenta de la Unión Nacional de Mujeres de Cuba. Entonces aquí traigo algo que me prestaron ayer, porque yo quería hablar de este tema porque me parecía un lugar propicio para haber leído todo el documento, y hablar de la Camila dirigente de mujeres, y como este documento yo lo había visto, fui a la casa de la dueña de los documentos, y me los prestó, que son los Estatutos de la Unión de Mujeres, firmado por Camila, en el año 36, tenía 42 años Camila. La Unión de Mujeres, el reglamento, el reglamento está impreso en el 38. Es una cosa maravillosa.

MY: Hay que fotocopiar eso...

CA: Maravilloso, yo se lo puedo dejar para que lo fotocopien y pasado mañana lo vengo a buscar, porque si no, me matan... Esta es una amiga personal mía, que trabajó con nosotras en la Federación [de Mujeres Cubanas] desde 1959, que fue dirigente de esta organización en Santa Clara, que se llama Melitina Delgado, su mamá se llama Marta Gutiérrez, y es una abogada muy importante. Y esta era la carta [de convocatoria]. Y entonces Melitina me había contado cómo Camila había redactado la carta, muchas cartas firmó para mandarles a las mujeres que ella entendía que debían representar, ser representantes; se pusieron de acuerdo y ella firmó las 500 cartas. Y entonces Melitina me decía: es una pena, pero nada más fueron 380. [risas]. Entonces, este fue el temario, los estatutos, el programa, del famoso Congreso Nacional de

Mujeres. Entonces yo, antes de venir, me dije: tengo que llevar esto, hoy la he conocido más, me alegro infinitamente. Yo la conocí mucho a través de Vicentina, que me contó muchas cosas, porque cuando, en el año 1959, hace 40 años, estábamos dando los primeros pasos en la Federación, fuimos a hablar con Vicentina y nos dijo que la que sabe muchísimo de eso es Camila Henríquez Ureña. Este es el programa, y es tan actual, que todavía en el 2000 estamos...

MY: ¡Qué barbaridad! También eso es terrible. La vigencia de eso es...

CA: Es una batalla milenaria también, porque, bueno, la discriminación de la mujer es una cosa de todos los tiempos.

MY: Eso es un tesoro [los documentos].

CA: Yo no sabía si se iba a tocar el tema. Es la Camila política, es la Camila dirigente de mujeres, la Camila que creía en todo el poder de la educación por todas las vías.

MY: Camila daba círculos de estudio en la cárcel...

CA: Círculos de estudio, porque ella lo cuenta...

MY: Y lo cuenta Vicentina...

CA: Cuando fue a esperar esta delegación de norteamericanos. Esta es una Camila bastante inédita. Entonces yo le pregunté a Vicentina, quién hizo esto, porque esto lo tiene que haber hecho alguien. «Pues, bueno, le voy a tener que decir la verdad, esto lo hicimos entre Camila y yo; por ahí también contribuyó Edith García Buchaca, Mirta Aguirre, que tenía mucha experiencia, otra compañera que no sé si de ustedes alguno la conoció que se llamaba Esther Noriega, que fue nuestra primera secretaria de la [ininteligible]. Era el año 1938, el 1936...». Entonces eso también es lo que pasa en los Congresos, todos los documentos son anónimos, los informes son anónimos, de la presidenta; pero detrás hay un equipo de trabajo, las tesis son anónimas, y todo eso, pero entonces ella [Vicentina] me dijo: «No, mira, esto lo hicimos entre nosotras dos y después lo unimos con [los criterios] de las demás». A partir de entonces nosotras nos propusimos recoger todos los documentos del Congreso, las participantes, otros datos. No sabíamos nada de nada. Todos estos documentos están en el archivo de la Federación, es decir, del Congreso Nacional Femenino y la Unión Nacional de Mujeres, está todo.

MY: Y antes de pasar a otra cosa... el Lyceum es otra cosa que prácticamente no se ha estudiado. Las muchachas jóvenes deberían ocuparse de eso, porque se va a perder por completo. Siguiendo la línea de Carolina, y para no demorarnos mucho más, entre los textos que tiene inéditos y de que [María Elina Miranda] vaya a hablar sobre su Cátedra, y yo quisiera antes cerrar el tema político. Quiero leer una cosa que Camila escribió en relación con la Guerra de España y se llama «Acerca de un problema vital», lo debe quizás haber publicado; está manuscrito allí [en el Fondo Henríquez Ureña de la Academia de Ciencias de Cuba] y empieza así: «No es a mí seguramente, no es a ningún sedentario obrero de la palabra, (nos llama sedentarios obreros de la palabra) a quien correspondería en dignidad venir aquí a hablar de la tragedia del mundo», entonces continúa y cuando empieza la cuestión de la mujer dice: «por este movimiento contra la guerra y la opresión, las mujeres no intentan reclamar derechos legítimos, pero secundarios en importancia, sino colocarse junto a los hombres en la lucha definitiva contra la injusticia de que todos por igual son víctimas, lo que reclamamos en esa lucha es nuestro puesto al lado de nuestros compañeros. Las mujeres de hoy en su mayoría están de vuelta del antiguo concepto del feminismo que significó, fenómeno natural pero pasajero, antagonismo hacia el hombre. Si se siguen organizando congresos y asociaciones privativas de su sexo es con el fin de organizar las actividades femeninas aún no encauzadas». Eso lo decía Camila cuando la Guerra civil española...

HELMO HERNANDEZ: Déjame hablar ahora porque tiene que ver con la política lo que yo quiero decir y después me parece mejor que María Elina hable de la Cátedra. Esta es la primera actividad que tú logras hacer aquí. Primero, darte las gracias a ti y a todos los presentes por haber venido, por dejarse convocar por Camila y también decir que, nada me parece más legítimo en esta Fundación —que va a cumplir cinco años en enero y que se dedica a alentar y a promover la acción creadora e investigativa y experimental de las más jóvenes generaciones de creadores cubanos, y cuando digo las más jóvenes generaciones de creadores, a veces coincide con que son muy jóvenes—, que hablar, analizar, no creo que suficientemente aún, de un paradigma como Camila. Porque muy a menudo, cuando converso con los creadores jóvenes, con artistas plásticos, con los teatristas, les digo con mucha pena: «me da mucha lástima con ustedes porque yo puedo recordar con muchísimo respeto a mis maestros». Y yo creo que eso es trascendental en la vida de un ser humano. Yo creo que la educación puede ser un proceso muy traumático, todo depende de cómo uno lo mire. Hay muchísimos criterios contemporáneos que avisan sobre toda la maldad del proceso de educación en la sociedad contemporánea. Y también creo que puede ser un proceso constructivo, enaltecido, extraordinariamente trascendente en la vida de un ser humano. Cuando yo miro para atrás y busco cómo se ha ido fabricando esta vida, pienso en los paradigmas que han ido construyéndome en un intelectual... Yo no fui alumno de Camila, por eso estoy diciendo esto. Nunca fui alumno de Camila en las aulas, ni hablé mucho a derechas con Camila de manera directa, pero crecí en una Escuela de Letras marcada profundamente por la presencia de Camila. Quería retomar el tema político, al cabo de los años, mi capacidad de análisis sobre la verdad de la circunstancia cotidiana, como estaba diciendo Nuria [Nuiry] ahora, hace mucho tiempo que creo que la cultura nada más que sirve para vivir, y la erudición nada más sirve para hacer la vida más amable a los demás. [En ese sentido], Camila generó instrumentos de análisis a los cuales tenemos que acudir nosotros; no voy a hablar de los del feminismo, o sea, de los que ustedes ya... el análisis de la mujer y cuál es la circunstancia de la vida de la mujer y la responsabilidad política de todos los seres humanos, y de la mujer también. Voy a hablar de esa otra parte de la vida de Camila, a la que todos nos hemos estado refiriendo. Camila, claro que era una maestra, era ese paradigma de la maestra, como nosotros decíamos. Yo creo que Camila jamás hubiera podido posponer la prueba, dentro de esos paradigmas. Aquí se ha hablado mucho de Vicentina, porque sí, yo tuve la suerte de ser su alumno de manera muy directa porque no me enseñó latín, me enseñó a vivir. Y creo que había una relación muy profunda entre Vicentina y Camila; muy profunda, demasiado profunda en ese sentido. Camila no hubiera permitido que se pospusiera la prueba. De la misma manera que, nunca se nos va a olvidar, alguien tendrá que hacer los testimonios de María Teresa Freyre de Andrade, otra de las personalidades importantísimas de la cultura cubana, que también le dio por ser maestra al final, y entonces en una asamblea del sindicato cuando todos éramos maestros, me acuerdo que Simón, un representante del sindicato, estaba explicando los parámetros de la emulación y decía que uno de los parámetros era llegar temprano a clase y no faltar a clase y entonces María Teresa, pidió la palabra en la asamblea, se paró y dijo: «Pero, ¿qué es eso, Simón, es que aquí hay maestros que no vienen a clase todos los días, o aquí hay maestros que llegan tarde a clase?». Y entonces la Dra. [Elena] Calduch que tenía un espíritu más bien conciliador —en el sentido en que estoy diciendo conciliador, a mí me parece muy beligerante María Teresa y muy conciliadora, en el peor sentido de la palabra, la respuesta que le dio Elena— se paró y le dijo: «No, María Teresa, mira, que esto obedece a razones que tú no conoces bien, que tú no entiendes bien». Y dice María Teresa: «Yo te entiendo, Elena, es una razón muy misteriosa». Por esa misma razón,

que a mí nunca se me ha olvidado, yo creo que, de ninguna manera, Camila podía permitirle a un estudiante... Yo me acuerdo que unos alumnos de Camila se ponían a reírse en el aula de Camila, porque aquí hay que decir toda la verdad monda y lironda, eran grupos de intelectuales que vinieron después de nosotros, lo he hablado porque si no, no es válido el análisis de Camila. Camila es una de las mentes, en términos pedagógicos, más trascendentales y lúcidas que este país ha tenido y por lo tanto yo quisiera que no se escribiera nada en el futuro sin recordar esto, porque el precio lo estamos pagando muy caro. Ese grupo donde había gente que uno respeta, inteligente, se daba el lujo de dormirse en las clases de Camila, de reírse, vigilar a Camila cuando estuviera leyendo e irse corriendo para afuera, para los pasillos, acuérdense bien.

[Murmullos]

HH: Espérense un momento, caballeros; mucha gente de esos grupos tienen responsabilidades altísimas en la burocracia del poder, espérense un momentico, y están todos por ahí y esa falta de sensibilidad nosotros la sufrimos ahora. Se reían de Camila, no era culpa de ellos, ni quiere decir que eran malos. Camila, cuando uno le hablaba de esto, y yo me acuerdo, estaba en otra cosa, Camila decía: «No, ese no es mi problema, ese va a ser el problema de ellos con la vida». Y eso nos parecía a nosotros que «qué complaciente Camila, ya está más allá del bien y del mal...». Mucho tiempo antes, en un artículo que es lo que más le agradezco yo a Camila, porque es muy útil aún para entender mi vida cotidiana, en la revista *Universidad de La Habana*, ahora no me acuerdo, no sé si en *Universidad de La Habana* o en *Alma Mater*...

MY: *Vida Universitaria* debe ser.

HH: *Vida Universitaria*, ahí ella escribió un artículo sobre el proceso de democratización de la enseñanza, que es uno de los logros más importantes de este proceso que estamos viviendo, y es un artículo sobre la democratización que Cuba estaba produciendo, sin precedentes en el proyecto educacional, en el proyecto pedagógico de este país, y en un año en que no tocaba hablar de eso y a la mayor parte de la gente le pasó inadvertido. Les pido que lo busquen y que no les pase inadvertido, porque, miren las consecuencias actuales, y el precio que la nación pagará por eso. El precio, la nación lo está pagando, no lo hemos pagado, no lo hemos terminado de pagar y pasará mucho tiempo en que tendremos que seguir pagando ese precio; y la falta de conciencia que tengamos nosotros de que estamos, en una medida trascendental, viviendo la circunstancia de ese proceso que Camila describió, nos hace entender la vida que vivimos en la actualidad, o sea, yo no tengo ningún otro ejemplo, porque tal vez conocí menos a Camila que ustedes, que me pueda hablar de cómo Camila era capaz de aplicar el instrumental que había adquirido a lo largo de su vida para entender un hecho absolutamente insólito e inédito para ella, que era vivir en una Revolución desde dentro. Busquen la fecha de ese artículo, estoy seguro de que estoy hablando de una fecha en que a nadie en Cuba se le ocurría cuestionar el proceso de democratización de la enseñanza, ni a ella se le ocurría tampoco. Resulta que ella estaba dispuesta a correr ese riesgo, a que se le durmieran en el aula y a que se le fueran. Eso era parte de ese cuento. Ella era parte de ese cuento, le iba a tocar vivir ese cuento. Y además, aun sabiendo que eso le podía pasar, quería seguir viviendo en este país y seguir participando. No hay nada que me hable más de la grandeza ni de la sabiduría de ese ser humano que la reacción ante la infamia que contó Mercedes [Santos Moray], porque yo creo que nada puede ser más sabio en la vida, más profundamente sabio que menospreciar la infamia, o la otra actitud, la actitud de decir: esto que estoy viviendo es natural, es lo que me toca y me toca mi parte en este cuento y no me voy a rajar, voy a seguir hasta el final en este proceso. Me toca soportar que se me vayan del aula; pero, bueno, yo no les voy a posponer la prueba, yo voy a tratar de hacer lo que yo pueda. Hizo todo lo que pudo,

hasta que no pudo, para demorar, efectivamente, el efecto: que las consecuencias terribles, pero necesarias, de la democratización se amortigüen lo más posible. Lamentablemente, ni ella, ni todos nosotros, podemos impedir las consecuencias; pero pienso que si tuviéramos todos la lucidez de darnos cuenta, todos los días, de las consecuencias que se están pagando no solo en las aulas universitarias, no solo en lo que ocurre hoy en la Universidad, sino en lo que ocurre en la vida cotidiana nuestra, en lo que ocurre con los niños, con los adolescentes, con los pintores, con toda esta gente con que nosotros estamos teniendo que trabajar todos los días y que son el resultado de un proyecto pedagógico que es, lamentablemente, así y todo, el más avanzado que ha habido en este continente. Es lo mejor que pudimos hacer... con estas consecuencias.

NN: Si no hubiera ocurrido, estaríamos pagando otras consecuencias.

HH: Claro, lo que Camila nunca previó, déjeme decirlo clarito aquí también, fue la influencia soviética por el camino. Los asesores soviéticos en el Ministerio de Educación, eso Camila no lo previó. [risas] Había otras cositas por el medio, que... bueno, se le fueron. Ella hablaba de la democratización dentro del esquema pedagógico que ella conocía y adoraba. Ya que nos invadiera la pedagogía soviética, ese es otro cuento que ella no llegó a analizar, no sé qué análisis tendríamos que hacer nosotros, ¿se dan cuenta? Ahora, yo quería terminar diciendo eso: nada me parece más apropiado que, cuando se habla de los jóvenes, pensar en ese paradigma que los jóvenes tanto necesitarían. También pensar nosotros qué responsabilidad nos toca frente a esos jóvenes; no son hijos, pero son la gente con las que trabajamos, ser capaces de devolver esa misma sabiduría que Nuria [Nuiry] exigía para analizar la vida cotidiana, esa misma capacidad de reacción ante la infamia que describió Mercedes, y la misma integridad y la misma honestidad con que Camila supo vivir la vida... O sea, yo quiero que se rindan —todos me parecen pocos en este momento en Cuba—, la mayor cantidad de homenajes posibles a la integridad, a la sabiduría. Camila era una sabia, tenía actitud de sabia, pero los sabios no son los que acumulan información, son los que saben pensar y utilizar la información, y Camila sabía hacer eso. Yo quise traer a colación lo de la educación, porque hablar de un maestro que sea capaz de entender con sabiduría la importancia, la trascendencia política del proceso pedagógico y la relación entre la escuela, la sociedad y el futuro, me parece una cosa trascendente también. Yo creo que Camila lo dijo con lucidez. No he oído que se mencione la crítica de Camila a la primera parte de *Lucía* que apareció publicada en *Cine Cubano*; a mí me sigue pareciendo, en el tiempo, un paradigma del trabajo político, ¿se dan cuenta?, o sea, de vinculación. En este caso, para mí era la vinculación de una maestra con la vida cultural en esos momentos, dando ejemplos para sus estudiantes. Eso era exactamente lo único que yo quería decir, quería hablar de esa importancia trascendente porque, además, es una mujer dando opiniones sobre la sociedad que yo creo que es la mejor expresión de defender el derecho de la mujer...

NN: Helmo ha puesto una especie de petardo moral, por lo siguiente: yo creo que nosotros no hemos hecho justicia al magisterio cubano. Yo, por ejemplo, que soy de graduaciones anteriores a las de ustedes, fui el año pasado a buscar datos de [Raimundo] Lazo, de [Manuel] Bisbé, de [Elías] Entralgo; cuando fui al archivo a buscar datos de Bisbé, digo «de Bisbé no se ha vuelto a hablar», y [una persona] me dice: «por algo será...» [risas]... y creo que la Escuela de Letras de la Universidad de La Habana tiene una cantidad de profesores que el día que Letras haga una recopilación..., porque ahora estamos hablando de Camila, pero yo voy más atrás, desde la ética, porque Entralgo era un hombre de una ética, inclusive hubo una época en la Escuela de Letras se había suprimido la palabra «Entralgo». Tenemos una responsabilidad, si los conocimos a

ellos, si sabemos por lo que lucharon ellos, debiéramos hacer un esfuerzo, y aquí volvería a decir la frase de Camila, «la culpa no es de los demás».

MY: Quisiera que María Elina hable de la Cátedra [«Camila Henríquez Ureña»], porque yo creo que es una forma de mantener viva a Camila, a todos los profesores, y también estoy pensando en mis profesores del [Instituto Pre-Universitario Especial Raúl] Cepero Bonilla, la generación mía que estudió allí también tuvo unos maestros excepcionales que nos enseñaron algo más, y lo más difícil, que es a pensar.

MEM: La Cátedra, como muchos de ustedes saben, se creó en el año 1980 cuando se convoca a hacer un nuevo énfasis para la lectura. Fue una iniciativa del Departamento de Lingüística y Letras Clásicas, y en aquel momento nos pareció que había que difundir la lectura o tratar de, a través de la lectura, difundir la cultura. Y la mejor advocación que podía tener la Cátedra era Camila Henríquez Ureña, por eso mismo que hablábamos hace un momento de cómo Camila enseñaba a disfrutar la lectura y ahí están los libros desde al año 1959, de la propia Camila; cómo ella enseñaba a disfrutar la lectura, como *Invitación a la lectura*, en ella asumía esa preocupación que tiene que ver con el proyecto de democratización de la cultura. La primera presidenta de esa Cátedra fue, precisamente, la Dra. Vicentina Antuña. Para mí, Vicentina y Camila están tan unidas que a veces cuando alguien me habla de una Cátedra de Vicentina, yo digo, nosotros tenemos una, porque estaban muy unidas. Se han venido haciendo cursos. Vicentina, por ejemplo, trató de que no solo debemos leer a Martí; había que leer a Martí, pero hay que leer a los maestros de Martí; es decir, Vicentina tenía esa idea de extender la lectura desde nuestras raíces. También se han hecho otros tipos de trabajos, sobre todo aquellos con bibliotecarios, maestros primarios, etc., que tienen contactos con formación de niños. Después de la muerte de Vicentina, la Cátedra cayó más o menos en un impasse, porque no era fácil con estos dos nombres ocupar un lugar, pero hace un año nos propusimos que el mejor homenaje a ambas tenía que ser revitalizar esta cátedra, debía ser no solo un lugar para propiciar la difusión de la lectura, sino también un lugar para rescatar la obra de la propia Camila, y de gente como Camila, propiciando trabajos de investigación, ediciones de libros, y también pensamos que si Camila se había preocupado muchísimo por dar a conocer la obra de mujeres, pues pudiera ser esta también una línea; es decir, tener varias líneas, no concretarnos a una sola, sino a varias. Este es el proyecto que teníamos, y, por supuesto, el anterior que teníamos de difusión de la cultura a través de la lectura. Ha sido un proyecto ambicioso, y el año pasado realmente solo se mantuvo lo de dar cursos para la difusión de la cultura. Hablando con Mirta [Yáñez], también surgió la idea de favorecer la obra de las autoras cubanas, en el sentido de que las dificultades actuales para los libros hacen que a los jóvenes estudiantes, o a todos, se les dificulta mucho. Fulana escribe, pero cómo consultar los libros, cómo leerlos, dónde están, y Mirta nos dio en ese momento una idea que pensamos poner en práctica, pedirles a las propias autoras que nos donen sus libros. Pero también quisiéramos rescatar... el tiempo va pasando y ya puede seguir pasando para nosotros, pero los jóvenes que están en la Facultad no las conocen, no lo saben y es un proyecto interesante y sería propiciar de alguna forma que se trabajara sobre la obra... que se rescatara... de manera libre, por qué no pedirle a los estudiantes, y a todo el mundo, que escriban, que se interesen y encontrar el modo de hacerlo. Es un proyecto, más que nada es eso, un proyecto que queremos darles a conocer a todos, que sí quisiéramos que igual que cuando Vicentina convocó por primera vez la Cátedra, esté integrada por muchísimas personas, no solo de la Facultad, no solo de la Universidad, sino de distintas instituciones... y que la Cátedra sirviera de puente para profundizar en aspectos como los que señalaba Helmo [Hernández]. En estos momentos sería el mejor homenaje que le pudiéramos hacer a Camila.

HH: Yo creo que si pudiéramos lograr eso... Yo quería decir una cosa... cuando yo era jovencito había determinados modelos intelectuales y una funcionalidad de lo que ellos mismos me estaban enseñando. A mí no me estaban enseñando a ser una persona pasiva en cuanto a comportamiento, sino como decía Mirta [Yáñez], a buscarle la razón de ser a todo, la función de cada cosa. Reduciendo nuestro análisis a Camila nada más, a mí me parece que Camila, como bien yo pensaba en esa época, iba a ser como yo supe que quería ser, y a lo mejor, efectivamente, no solamente es irreplicable, sino no necesariamente repetible, no habría por qué en el mundo contemporáneo; sería prácticamente imposible encontrarnos una niña que fuera capaz de leer italiano a los cuatro años, viniendo de esa extirpe, todos los mitos que configuraban el gran modelo de intelectual humanístico que Camila fue entre nosotros. El problema es que, por las consecuencias de las que hablé hace un ratico, hemos llegado al otro extremo. Yo, por ejemplo, no voy a hablar del arte separado de las letras porque yo estudié en una Escuela de Letras y Arte, no por gusto. En esa época eso no estaba separado, en esa época había un afán, y las Lenguas también estaban, todo eso había que saberlo a la vez, no era nada raro; hasta Periodismo nació dentro de esa Escuela también. O sea que estoy hablando de una unidad humanística, que a mí me parece que en el mundo contemporáneo, donde el gran enemigo, en mi opinión, que Camila señalaría con audacia en estos momentos, es la banalización para la vida y el mal gusto. Todo parte de la banalización que a veces esta disfrazada de «metatranquismo», hay muchas maneras, pero la banalización resulta que, a veces, como en las obras de Molière, está disfrazada de un lenguaje que nadie entiende. Entonces, hablando así en «metatranca», la gente parece que dice cosas muy importantes. En mi época decíamos el «cadáver exquisito» y jugábamos al «cadáver exquisito», que no quería decir nada, ahora me gusta decirle «metatranquismo», un lenguaje que la crítica contemporánea usa en Cuba, que uno no entiende lo que quiere decir, porque de verdad no está diciendo nada. Lo que quiero decir es que toda esta lucha contra la banalización nos debería llevar a pensar en por qué, por ejemplo, los estudiantes de Historia del Arte, que son habitantes de La Habana, se gradúan de Historia del Arte y no tienen ninguna conciencia de la ciudad en que viven, no entienden la ciudad en que viven, no logran amar la ciudad. Porque los estudiantes de Letras no tienen ninguna formación en cuanto a las artes visuales. Pero resulta que me he encontrado cosas peores. Me he encontrado graduados actuales de Letras, para llegar al terreno de Camila totalmente, que no saben leer bien, se gradúan sin que se les desarrolle el hábito de lectura; a mí me parece una cosa insólita. Algo tiene que ver con la «metatranca» en el fondo, creo yo, de manera muy profunda, algo tal vez demasiado; tiene que ver con la utilización excesiva del pretendido, infalible «metatranquismo», como único instrumento de análisis que sustituye la imperiosa necesidad de aprender a leer.

MY: Y de disfrutar.

HH: ¡Pero, claro! Las maestras como Camila, como Beatriz [Maggi], que me acabo de enterar que fue alumna de Camila a su vez. A mí me enseñó a leer muy bien Beatriz. Entonces, yo se lo agradezco muchísimo y se lo voy a agradecer toda mi vida. Pero esa tradición es una tradición de la cual todas ellas son paradigmas y portadoras. A dónde ha ido a parar, a dónde la dejamos ir a parar, eso sí es responsabilidad de nosotros. ¿Saben qué les digo? Miren, cada vez que aquí viene un joven graduado de Historia del Arte, porque es un terreno que a mí me toca, [le pregunto] cuáles son los tres órdenes clásicos, y si no me dice rápidamente: jónico, dórico y corintio, así sin titubear, le digo no tenemos más nada que hablar porque esas cosas hay que saberlas; es así, porque se puede haber llegado a extremos de toda naturaleza y yo no puedo sentir que esa Escuela

[de Letras y Arte] donde yo me formé esté sacando profesionales para la calle que yo sé que no saben leer.

MSM: Y con faltas de ortografía.

HH: Pero, aparte de las faltas de ortografía, Mercedes, que se sientan a leer un libro y no lo saben leer...

MSM: Interpretar...

HH: Que todavía no haya nadie que les haya enseñado a pensar por qué en el escudo de Aquiles hay más escenas de paz que de guerra, o que sepan...

MY: Por qué calla Paolo.

HH: Sin leerlo en un libro, por qué Paolo se queda callado y no habla. Ese tipo de análisis son el resultado de saber leer. A mí me enseñaron a leer, tuve una suerte infinita de tener esos paradigmas que yo estoy hablando. Ahora yo creo que, en una buena medida, la tradición de Camila entronca con este problema real que tiene la Escuela de Letras actual. Mi propuesta, María Elina, es preguntarte por qué a través de la Cátedra «Camila Henríquez Ureña» no se puede hacer una labor de promover, en esa Facultad de Letras y Arte, que no ha perdido su nombre, por lo menos el nombre lo tiene igual [en realidad se llama Facultad de Artes y Letras], no se trata de promover una vocación de ese carácter humanista que impulse el disfrute de la lectura literaria, y de la lectura visual también, del mundo en que se vive y que el público de esa Cátedra sean también los estudiantes de esa Escuela, y que la Cátedra se pueda poner en el banco. ¿Por qué no se rescata el banco y la Cátedra se hace en el banco? [se refiere al banco del vestíbulo donde solían celebrarse antaño unas famosas y enjundiosas tertulias].

MY: Rescatar a los profesores que se han ido alejando de esa Escuela que se convirtió en un infierno burocrático y todos lo sabemos aquí. A veces lo hacemos como un chiste... pero, ¿por qué no rescatar pequeñas cosas? Ir al rescate, en favor de los estudiantes.

HH: Mirta, por favor, perdóname, porque a mí me parece que eso es verdad, pero antes de que llegara la metodología aquí, este proceso de democratización de la enseñanza ya Camila lo había analizado antes.

MY: Yo no me refería solamente a la metodología.

HH: Iba a pasar de todas maneras, pero, bueno, ¿no se puede trabajar con los alumnos de la Escuela de Letras y hacerlos leer?

MEM: A mí se me ocurría, por ejemplo, hacer una especie de concurso o de algo a ver si la gente vuelve a... Yo me acuerdo que en nuestra época hacíamos concursos literarios, aquí se hablaba de que Camila quería ser jurado de esos concursos. Ahora no se hacen y si se hacen la gente no presenta nada; es decir, tratar de promover, efectivamente, ese ambiente y que aprendan a leer, hasta aprender a leer la obra en voz alta, porque vemos que no saben ni leer.

MY: Siguiendo lo que tú decías, un momentico, sin convertir esto en una «Asamblea de Producción» de la Escuela de Letras, yo creo que justamente tú tienes toda la razón. Viene de mucho antes. Porque me acuerdo que en una reunión [de profesores] alguien, que no voy a decir el nombre, cuando estábamos reclamando algunas cosas de estas, se paró y dijo: «Basta, por favor, que la Escuela de Letras no es una escuela para creadores». Y ahí mismo se iba no solamente contra la creación de la ficción, sino también contra la idea de que el maestro es un creador. Entonces, realmente vino de muy atrás, pero no vamos a ser pesimistas, estamos vivos todavía y estamos aquí hablando, quizás se pueda todavía hacer algo, con estas cosas se logra algo. Y antes de que se pase a otro tema, porque esto va para largo, yo quiero instar a las aquí presentes a colaborar con esa biblioteca de autoras, a que donen sus libros para ir formando un patrimonio de autoras cubanas.

HH: Mirta, no menosprecies lo que yo digo de la «metatranca».

MY: Pero, ¡si te estoy dando toda la razón!

HH: Lo sé. Además, tú sabes por qué. Ahora, de pronto, nos vamos a topar con mucha gente jovencita de este país, y que empieza a hablar de Camila: «pobrecita, ella no entendía para nada la literatura». ¿Qué te apuestas?

MY: Está claro, está claro.

TB: Yo quería decir algo sobre eso, porque Helmo ha planteado dos cosas que son fundamentales: una, no se enseña a leer, porque leer no es un acto mecánico de enlazar un signo con el otro, la verdadera lectura es la interpretación; pero, vamos a disculpar a la Escuela de Letras, ya llegan así. En algún lado de nuestras historias personales, en la medida en que cada uno de nosotros ha podido influir en todas esas cosas de planes, programas, redacción de libros de texto, etc., etc., por alguna parte nosotros tenemos la culpa.... [protestas] Vamos a repartir para que nos toque a menos, [risas] pero yo pienso que sí hay que hacer algo un poquito más activo, máxime cuando tenemos ya la conciencia de que en algo hemos fallado, quizás en algo podamos todavía rectificar, porque, efectivamente, sería una contradicción que una Cátedra que lleva el nombre de Camila no hiciera nada justamente por potenciar la verdadera educación que para mí es un concepto mucho más amplio. Porque, precisamente por esa «metatranca»... uno continuamente está analizando libros y textos y originales, y se pregunta: «¡pero... ¿qué dijo?», porque entonces [ese autor] se siente de lo más mal si no cita a Lotman... [risas] Tan fácil y tan enjundioso que es ese tipo de análisis, esa crítica que ahora resulta que se llama impresionista, por ejemplo, la de Piñeyro. Rescatar nuestra propia tradición, en eso se está también.

[El conversatorio continuó... largo rato más]

FOTOS











